

Torres góticas

La vida de un Cardenal Secretario
de Estado del Vaticano



J.A.
Forteza

✦ Editorial Dos Latidos

Benasque (España)

ISBN: 978-84-934945-0-6

Publicación en formato digital, febrero de 2013

✦ Copyright José Antonio Fortea Cucurull

Todos los derechos reservados.

www.fortea.ws

Quise escribir una historia centrada en el día a día de un cardenal del Vaticano. Un texto que fluyera sin trama. Un libro centrado en los pequeños detalles. La historia que se cuenta es el trabajo diario de un alto dignatario vaticano. Ésa es la historia, sin necesidad de ninguna otra. Mi propósito no era escribir una novela al uso, que repita unos cuantos estereotipos. Pretendí una obra que respirara veracidad; veracidad y complejidad. La novela no resultará sencilla para el lector común.

Asimismo, quise que ésta fuera un texto que se recrease en los rituales litúrgicos. Cuando hace muchos años vi películas como *El Cardenal* o *Becket*, recuerdo cuánto me deleité en las partes en las que aparecía el ritual de ordenación. Con gusto hubiera deseado que esos dos directores hubieran alargado esas partes. En esta novela, me recreo en los actos litúrgicos, sin prisa, sin necesidad de *ir a otra parte*. El lector que emprenda la lectura deseoso de que acaben las descripciones litúrgicas o del mundo interior del protagonista eclesiástico, para que empiece la historia de verdad, mejor hará cerrando el libro y buscando otro título. Porque, en estas páginas, la historia de verdad, insisto, es ese día a día del cardenal. No hay una historia después de las descripciones. Las descripciones son la historia.

De ahí que el amante de aventuras mejor hará en no recorrer el camino de esta historia. En cierto modo, reconozco que ésta es una historia para eclesiásticos. A veces, hasta vanidosamente me complazco en la idea de que haber escrito una novela para obispos. Quizá la primera novela para obispos en la Historia.

Escrito en Roma, 21 de noviembre de 2012,
bajo el pontificado de Benedicto XVI

Torres góticas

J.A.
Fortea



Índice



Bajo las bóvedas neoyorquinas de San Patricio

Bajo el cálido sol de Jerusalén

Deliberaciones atenienses

La dureza de las piedras romanas

Una llamada desde la Toscana

La bella Francia y asuntos del oficio

Un porche irlandés y una mecedora

Esplendores lateranenses

Boston y las nubes carmelitanas

Buscando los dos tercios

Palestrina, Bernini e incienso

Epílogo australiano



TORRES GÓTICAS



Bajo las bóvedas

neoyorquinas de San Patricio



11 de octubre de 2029

Henry Williams descendió del coche oscuro. La entera Quinta Avenida, en todos sus carriles, estaba ocupada por unos pocos vehículos que transitaban lentamente, vehículos oficiales que sin prisa se hacían hacia la derecha para que descendieran sus ocupantes. El magno acontecimiento estaba a punto de comenzar. En tres vías de las cinco, los automóviles paraban ordenadamente mientras la gente bajaba de los coches. El orden y la seguridad eran sencillamente perfectos. En las aceras, había un policía cada diez metros. A pie, entre los carriles, dirigiendo la circulación, los agentes eran abundantes. Henry miró el reloj otra vez, había llegado muy justo, pero a tiempo. En cinco minutos el tráfico de la Quinta Avenida sería cortado y ya nadie podría acercarse a la catedral de San Patricio.

Henry fuera del vehículo, se puso sin prisas su elegante americana oscura de lana. Si alguien entre la gente que aburrída esperaba detrás de la barrera policial, se hubiera fijado

específicamente en él, no hubiera percibido nada especial: un hombre de unos sesenta y tantos años con unos pantalones impecablemente planchados, zapatos lustrados esa mañana, y una barba entrecana perfectamente recortada, con un cierto parecido en la mirada a Sean Connery. Pero cualquiera que se hubiera fijado en los detalles, se hubiera dado cuenta de que ese hombre que vestía clergyman negro desde el cuello hasta la planta de los zapatos, era alguien con responsabilidades dentro de la Iglesia.

En la acera había un cordón policial, más allá del cual no se podía pasar. En el límite que marcaban esas barreras de la policía metropolitana, se agolpaba la gente que quería ver y hacer fotos. Henry no se dirigió hacia esa barrera, sino que se dirigió hacia un control lateral, por donde entraban equipos de periodistas y algunos miembros de la organización del acontecimiento. Algunos turistas, curiosos y neoyorquinos también allí insistían en preguntar a los agentes si no podían pasar un poco más adelante. Los rostros de los policías, amables, pero algo cansados, repetían con pocas palabras que las órdenes eran no dejar pasar más allá de esa línea a nadie sin la acreditación necesaria.

Henry no tenía ningún carnet que le autorizase a traspasar ese control, pero no importaba. Cuando estaba en el coche, le había bastado hacer una sola llamada con su móvil para solucionarlo todo. Le habían dicho que se dirigiera allí, a ese punto concreto, en la confluencia de la Calle 52 con la Avenida Madison, y que en ese

puesto una persona encargada de protocolo ya le estaría esperando. Cuando Henry llegó al lugar donde la barrera se abría, con toda tranquilidad le dijo a una obesa agente de color que quería hablar con Anthony Milton. La agente ya había sido advertida pocos minutos antes de que alguien preguntaría por Anthony Milton. De forma que le dijo que esperara y marchó a buscarle, y en menos de cinco segundos apareció Anthony Milton abriéndose paso entre los agentes. El cual no tuvo necesidad de averiguar el nombre del que había preguntado por él. Reconocía el rostro del Secretario de Estado del Vaticano. Milton se limitó a estrecharle la mano con deferencia y a decirle:

-Eminencia, por favor, pase por aquí.

Henry iba vestido con un sencillo clergyman negro y americana, pero era cardenal. Por eso no había tenido que mostrar ningún pase, ni ninguna credencial. El agente de policía de paisano y el cardenal se dirigieron hacia la catedral que estaba a dos minutos andando. Por allí, tras el cordón policial, la calle presentaba un aspecto completamente inusual: los carriles de circulación completamente vacíos, y las aceras repletas de gente, gente contenida por las barreras metálicas.

Henry entró en la catedral, el agente le llevó hasta una segunda persona encargada de protocolo, la cual le acompañó hasta su puesto en una especie de tribuna lateral destinada a las autoridades. El cardenal, evidentemente, podría haberse sentado en

uno de los puestos más privilegiados del acto, pero a esa hora era ya impensable el revestirse con las vestiduras adecuadas a su rango, y ocupar su sitio en la comitiva. Al menos, había llegado a tiempo para ver el comienzo desde el extremo izquierdo del crucero.

Al poco de entrar él en la nave lateral, mientras se dirigía hacia su asiento, los guardias situados en la misma Quinta Avenida a cinco manzanas de distancia recibieron la orden de cortar ya el tráfico. Los que no habían llegado, a partir de ese momento tuvieron que quedarse allí tras el nuevo cordón policial que comenzó a colocar otras barreras en mitad de la avenida. Mientras, por la calle perpendicular a la Quinta Avenida, comenzó a verse la cabecera de la procesión. Una procesión fastuosa como no había visto el siglo XXI: la procesión para la apertura del Concilio Ecuménico comenzó a discurrir por las calles neoyorquinas. Concretamente partió del Rockefeller Center hacia la calle 52, enfilando después hacia la mole catedralicia, una mole gris, vertical, magnificente, con una invencible impresión de solidez, alrededor de la cual se apretujaba la multitud.

A la impresionante cruz de oro y plata que abría la procesión, seguían quince acólitos con distintas funciones, cada uno en su puesto. Tras aquel incienso, tras los ciriales, era llevada procesionalmente la Sagrada Escritura en una cubierta de cuero claro engastada de turquesas, malaquitas y jaspes. Detrás de la Biblia

comenzaba la fila de mil doscientos obispos con sus capas y mitras, seguidos de cuatrocientos treinta arzobispos, y ciento veinte de cardenales. La espléndida procesión era rematada por el Sumo Pontífice que portado en una silla gestatoria de roble y terciopelo de color celeste. El Santo Padre, rodeado de cinco diáconos con sus dalmáticas doradas, iba impartiendo bendiciones a ambos lados de la avenida.

No hace falta decir que el ingreso de semejante procesión por las escalinatas de San Patricio fue apoteósico. Las tres puertas catedralicias de la fachada, abiertas de par en par, asumían incesantemente aquel río de clérigos. Una madre de color, a su hijita de cuatro años, le señaló el lugar de donde procedía la procesión. Se lo señaló con auténtica fe candorosa:

-Mira, cielito, va a aparecer el Papa.

La niña miró a los ojos emocionados de su madre, sin comprender.

-Él es el dulce Vicario de Cristo en la tierra, el Apóstol Pedro entre nosotros.

La madre había dicho esas palabras llena de inocencia. La hijita, embutida en un abrigo de paño de lana con seis gruesos botones, miró a su madre y tornó a mirar a la procesión, sin entender nada.

La madre y su hijita parecían hormigas frente a las torres góticas de San Patricio. Poderosas y empinadas torres góticas que parecían temblar por la ovación de los miles de afortunados que, desde las aceras próximas, pudieron ser testigos directos de la procesión del comienzo del Concilio. Eso sobre las calles, porque en las alturas, las campanas resultaban atronadoras. El espacio de la Quinta Avenida, encajonado por los altos edificios, aparecía recorrido como por una especie de nevada formada por los papelitos blancos y diminutos que tiraban desde las ventanas de los altos edificios cercanos. Y todo esto acompañado de los flashes de las cámaras de la prensa y los asistentes que no cesaban. A cada segundo de aquel ingreso en la catedral no había menos de mil destellos de flash. Era todo un espectáculo. Un grandioso espectáculo retransmitido en directo a todo el mundo. Desde Pekín a Berlín, desde Melbourne a Buenos Aires, desde Oslo a Johannesburgo, millones de personas veían desde sus casas en directo aquella procesión grandiosa.

Los arzobispos sin prisas iban subiendo ya las escalinatas del pórtico. Tras traspasar los portones de bronce, aparecía el espacio sagrado de las tres naves solemnes, con el gran baldaquino de bronce dorado en el final del presbiterio. Entrar en la catedral era como entrar en un reino de paz. El silencio del interior era un contraste con la alegre explosión de aplausos y ovaciones del exterior. El fragor de la Quinta Avenida se escuchaba dentro, pero

como un rumor lejano. La comitiva de los más de cuatrocientos arzobispos pasó de aquel radiante octubre reinante en las calles, a la serena atmósfera de las vidrieras, las velas y la suave melodía, dulzona, del motete *Vidi Speciosam* de Tomas Luis de Vitoria. Dentro de la catedral, aguardaban en sus escaños el resto de los dos mil participantes del Concilio.

El Papa, Clemente XV, portado en alto en su silla gestatoria, camino hacia su sede del presbiterio, pudo ver el magnífico orden visual que conformaban los participantes de aquella sesión de apertura. A un lado, agrupados en la parte más cercana al altar mayor, los obispos, revestidos con sus ornamentos, imponentes, un bosque de mitras. Al lado de ellos los representantes de las grandes órdenes religiosas y de una constelación infinita de institutos de vida consagrada. Desde el pasillo central, se distinguían sin dificultad los distintos grupos de hábitos: sotanas de sacerdotes seculares, hábitos de dominicos, franciscanos, cistercienses. Todos estaban allí, formando pequeños conjuntos visuales de hábitos similares.

Al otro lado, al lado izquierdo, los representantes de los laicos. En el extremo de este millar de laicos, estaba situado el grupo de los teólogos. Los doscientos cincuenta teólogos más prestigiosos de todas las universidades: religiosos, laicos, hombres y mujeres.

El Papa subió al presbiterio, su sede estaba situada entre el altar decimonónico bajo el baldaquino y el ara posterior, más

adelantada en el presbiterio. El Santo Padre aparecía esplendoroso de pie, rodeado a derecha e izquierda por sus ciento veinte cardenales revestidos de cogullas de seda roja. Tras la inclinación de cabeza de dos diáconos con la naveta y el incensario, el Romano Pontífice procedió a incensar el altar neogótico de mármol.

Después de unos cuantos ritos ceremoniales, un acólito entregó al Santo Padre sus papeles y éste comenzó a leerlos:

Hoy, 11 de octubre del año de Nuestro Señor de 2029, damos por abierta la primera sesión de este Concilio Ecuménico.

Henry Williams como el resto del público presente, estaba fascinado ante aquel acto cuya pompa y solemnidad ninguna coronación, ninguna toma de posesión presidencial, ningún acto social, podía comparársele. El Concilio proseguiría sus sesiones en Boston tras la primera semana de trabajos. El que la apertura del Concilio tuviera lugar en Nueva York había sido fruto de un acuerdo llevado a cabo por varias comisiones, acuerdo que se debía a complejas razones. Pero en un par de días todos los padres conciliares se trasladarían a la fría y ya nevada capital de Massachusetts. Aquel año había sufrido un inusual adelanto del invierno. Aunque la primera sesión se abriera en Nueva York: el Concilio Bostoniano había comenzado.

Dos mil participantes para aquella asamblea, dos mil en representación de toda la Iglesia. Cada obispo allí representaba a su

vez a varios obispos. Se había decidido fijar un límite de asistentes para que la reunión permitiera el uso de la palabra y la deliberación. Dos mil asistentes había parecido a todos un número adecuado. Allí estaban también representantes no sólo de los obispos, sino también de las congregaciones religiosas y de otros tipos de entidades eclesiales. Sentados en las tres naves de ese templo se hallaba representada la Iglesia entera, todos sus grupos, estados de vida, espiritualidades, movimientos y tendencias.

Aquella congregación de fieles representaba a la Iglesia entera en toda su pluralidad. Incluso se hallaban presentes dos centenares de observadores enviados por otras confesiones cristianas. Asistentes sin voto, pero de indudable peso, con derecho incluso a tomar la palabra en las sesiones, e intervenir en las sesiones de trabajo. A la primera sesión, incluso, asistieron en gesto de buena voluntad cuarenta representantes de otras religiones no cristianas. Y así, entre tanta mitra y esclavina se pudieron ver, agrupadas en una parte del templo, varias túnicas azafrán, turbantes blancos y negros, judíos ortodoxos junto a otras coloridas vestiduras.

¿Qué es lo que pretendía aquel concilio? Pues por encima de las buenas palabras que el Santo Padre estaba pronunciando en ese momento con su voz rítmica y pausada, palabras genéricas y formales por otra parte, había dos intenciones principales. Para unos el Concilio debía dar un empujón al movimiento de renovación comenzado en el Vaticano III, seguir un poco más allá en el camino

de apertura que la Iglesia había comenzado cuarenta años antes, antes de ese mismo concilio. Para otros la intención era clarificar las desviaciones que se habían producido, poner orden en ese avance hacia la modernidad.

Tras el brevísimo pontificado de Juan Pablo I, tras el breve paso de Juan Pablo II por el Solio de Pedro, truncado en el año 81 por un atentado en la Plaza de San Pedro, vino un tercer pontificado bastante neutro, el de Juan Pablo III: continuismo puro y duro de Juan XXIII y Pablo VI. Sus cinco años como obispo de Roma, fueron seguidos por el largo y decisivo pontificado de Aniceto II. Los treinta y tres días de pontificado del primer Juan Pablo, los dos años y medio del segundo, los cinco años siguientes del tercero no dejaron rastro alguno en el curso de la Iglesia. Fue su sucesor, Aniceto, el que con veintisiete años de permanencia en el trono petrino, imprimió una dirección clara a la Iglesia universal. Una dirección progresista, de apertura, que fue culminada en el año 2000 con un gran concilio en Roma. El concilio que abría la Iglesia al nuevo milenio, el Vaticano III. Se pensó que no se convocaría una asamblea de ese tipo hasta, por lo menos, medio siglo después. Que con los sínodos sería suficiente. Pero este Concilio Bostoniano era fruto de una necesidad, no de un capricho. El clamor para ir más allá de las reformas del Vaticano III era ya imparable. Desde Aniceto II habían pasado tres papas, ya no era momento para más esperas y dubitaciones. Había que reunirse y decidir algo entre todos. Y

decidirlo del modo más solemne y vinculante para los renuentes a los cambios. Si se seguía el camino de proseguir aquella apertura, había que dejar claro a todos que no era un camino opcional. Todos debían andar unidos.

Henry, acabada la primera sesión salió de la catedral, cansado de las largas ceremonias, dedicó sólo veinte minutos a los saludos imprescindibles a las personas que le reconocieron. Pero en cuanto consideró satisfechos los mínimos requisitos impuestos por la cordialidad, se montó en un inmenso y viejo taxi amarillo, y le indicó al taxista pakistaní la dirección de la casa provincial de los jesuitas donde se hospedaba. Él, además de Secretario de Estado del Vaticano, era jesuita.

El taxista, poco hablador, en todo el viaje, sólo le dedicó por el retrovisor un par de miradas al pasajero. Un cura, pensó. No se fijó en la cruz que pendía sobre su pecho. Si se fijó, no le dio mayor importancia. Pensó que quizá todos los curas se ponían, a veces, cruces como ésa. Era una cruz sencilla, colgando de una cadena que parecía de hierro. Para ir de aquí para allá por la calle, el cardenal usaba esa cruz. En Roma, bajo llave, guardaba varias en distintos estuches. Una de ellas, de oro y perlas, valiosísima. Pero él sabía cuando debía ponerse la sencilla de acero, y cuando las otras. Cada ocasión requería una cruz pectoral determinada.

El pakistaní se fijaba en el tráfico. El cardenal, en el amplio asiento de atrás, se concentraba en sus asuntos. Un mismo coche con dos mentes inmersas en sus propios mundos. Una pantalla de plástico transparente dividía la comunicación entre esos dos mundos. Henry se acomodó mejor en su sitio, era un viaje de casi cuarenta minutos. Unos minutos... Los años pasaban. En las mujeres y en los purpurados, la edad no es un factor sin importancia. A Henry Williams le faltaban tres meses para los setenta años, pero eran setenta años rebosantes de vitalidad, no aparentaba su edad. El taxi amarillo atravesó el Puente de Brooklyn. Una estructura tan neogótica como la catedral de la que había salido. El cielo se encapotaba y la temperatura había bajado mucho.

Las gaviotas sobrevolaban las aguas del East River. De acuerdo a la Iglesia Católica ni una sola de ellas moriría, sin que expresamente lo permitiese un Ser Infinito. El jesuita se sorprendió de lo caóticos que pueden llegar a ser los pensamientos desgastados en el asiento de atrás de un taxi. Volvió a mirar el reloj. Cerró los ojos y apoyó su aristocrática cabeza cana en el incómodo reposacabezas de plástico liso.

Henry hubiera podido llegar a ser, sin duda, un gran teólogo. Aunque, desde el comienzo de su sacerdocio, se había dedicado a cuestiones diplomáticas en la Secretaría de Estado. Y la gestión y la investigación teológica son ocupaciones incompatibles. La gestión, la diplomacia, los problemas terrenos que te hacen viajar de un lado

a otro, raramente se pueden compaginar con el cultivo de la Teología que requiere de calma y tiempo. Pero no se arrepentía del camino que había tomado su vida. En general, Henry se arrepentía de pocas cosas. Él no era ni pretencioso, ni amante de llamar la atención. Desempeñaba su trabajo en el silencio, siempre en un segundo plano. Desde hacía años, en un importante segundo plano.

Trabajar en el Vaticano no había sido una opción personal. Sus superiores así lo decidieron. Él se limitó a obedecer con indiferencia ignaciana. Él, un joven australiano, hubiera recibido con igual satisfacción ser enviado a una húmeda selva amazónica que a las amplias estancias de los palacios renacentistas romanos. Dios había decidido por él, a través de una sucesión de carambolas causales. Una sucesión de causas y efectos en la que cualquier mínimo cambio, le hubiera hecho acabar en otro lugar del mundo, con preocupaciones enteramente diversas a las que ahora le esperaban en las carpetas guardadas por su secretario vaticano. Carpetas guardadas en cajones cerrados con llave que aguardarían pacientemente. La voz profunda y grave del bronceado taxista con turbante, le indicó con pocas palabras y sin amabilidad alguna en el tono, que ya estaban llegando. El cielo había seguido empeorando. El sol frío pero claro del comienzo de la mañana, era ya un recuerdo.

Nada más pagar al taxista, se bajó del coche sin equipaje, sin maletín. Comenzaba a nevar al salir del taxi. Los copos blancos resaltaban sobre la tela negra de su americana. Aun así, sin prisas, se

dirigió hacia la puerta de entrada de aquella gran residencia con su típica fachada de piedra de un estilo muy episcopaliano, parcialmente cubierta por la hiedra. Desde el taxi, de camino, había llamado al superior, le esperaban. Henry, retocándose con la mano los mechones canos de sus sienes, atravesó el pequeño jardín hacia el vestíbulo de aquel edificio de puntiagudos tejados de pizarra.

-Henry, ¿qué tal?

Abrazos, sonrisas, palabras amables, preguntas de rigor acerca de su salud y de cómo iban las cosas.

-Viejo Henry, ¡¡qué alegría verte por aquí!!

Muchos comentarios acerca del tiempo. No se había visto una nevada tan temprana desde hacía treinta y nueve años. Cuando en el camino del vestíbulo al salón de estar ya estaban metidos en la tercera conversación acerca del clima, se aproximaba otro jesuita y le estrechaba la mano durante medio minuto.

-Cardenal Williams, pero qué bien que esté aquí.

En la mesa de la casa provincial, mientras cenaban, sus compañeros de la Compañía le preguntaron muchas cosas. Él respondió a todos con la cortesía y con la afabilidad que le caracterizaban. Afabilidad llena de dignidad, que algunos tomaban por distancia. Incluso algunos pensaban, sin decirlo, que siempre estaba en guardia. Eso sí, respondía a todo y a todos, sin prisa, infatigable, sin levantar la voz ni un solo decibelio se tratase de lo

que se tratase. Aunque estaba claro que por más que respondiese preguntas, nunca revelaba nada. Parecía que lo decía todo y no decía nada. En realidad, más que no decir nada, lo que hacía era no decir ni una palabra más de lo que podía decir. Podía estar hablando durante horas, pero nunca comentaría nada que no pudieran saber por *L'Osservatore Romano*. Como era lógico, ellos buscaban saber cosas que no pudieran conocer por los medios habituales. Pero el viejo jesuita era un maestro en el arte de responder y ocultar, sin necesidad, ni una sola vez, de decir: a eso no puedo responderte. Aun así a todos los dejaba contentos. Contentos e ignorantes de los papeles que pasaban por la mesa de su despacho en la Secretaría de Estado.

-Henry –los jesuitas entre sí se trataban sin formalidades-, ¿por qué no has estado sentado con el resto de cardenales en la apertura del concilio?

-Créeme, Benoit, que si no he asistido, ha sido porque algún deber ha exigido mi asistencia en otra parte.

Una respuesta así, en una comida entre miembros de la Curia, no hubiera provocado más preguntas. Pero allí, entre compañeros religiosos, había menos diplomacia y más confianza. Así que el jesuita de la pregunta insistió:

-¿Puede haber un deber más importante que el de asistir a la apertura de un concilio ecuménico?

El cardenal se sonrió.

-Puede haberlo –contestó-. Puede haberlo... En cualquier caso, el Santo Padre estaba informado de antemano y me pidió que me encargara de ese asunto, aunque no llegara a la apertura de la primera sesión.

-¿Le llamaste al Papa desde el taxi? –preguntó otro. En su interior se relamía ante la mera posibilidad de poder llamar al Papa desde su móvil.

Henry se rió.

El jesuita como vio que Henry se ponía más remolacha y no le respondía, le preguntó con amable vivacidad:

-¿Pero le llamaste o no?

Henry le miró con condescendencia. Como hubiera mirado a un hermanito pequeño caprichoso.

-Nunca llamaría al Papa en un país extranjero, para comunicarle el resultado de una gestión importante –contestó añadiendo guisantes a la roja remolacha-. Cuando estemos en Roma, ya departiremos. Nunca se sabe qué línea puede estar intervenida. Jamás hay que correr riesgos.

La comida prosiguió en aquel clima de confianza. Los carritos metálicos traían fuentes de champiñones, zanahorias y brócoli para acompañar los filetes de ternera. La cincuentena de jesuitas, la mayoría de avanzada edad, que allí estaban iban y venían a los carros trayendo y llevando esas fuentes para que se sirvieran

los que estaban en las mesas. Unos, dada la estación en la que estaban, vestían gruesos jerseys de tonos más bien grises, otros iban de negro, algunos frioleros se les veía más abrigados. Allí todos contaban con una larga vida de apostolado tras sus espaldas, una vida al servicio de la congregación. Más de la mitad eran profesores en activo en varias universidades, el resto que compartía mesa eran profesores jubilados.

Conforme avanzaba la cena, las preguntas al cardenal por parte de los compañeros de mesa fueron entrando en temas más profundos y menos superficiales. Aunque todos los temas se reducían a uno: el Concilio.

Henry sabía muy bien que en el concilio había dos posturas, y que esas dos posturas lucharían con todas sus fuerzas, con todos sus hombres, sin regatear su poder e influencias por lograr lo que consideraban que era lo mejor para el Pueblo de Dios. La Iglesia había necesitado tres generaciones para alcanzar el nivel de cambio del que ahora gozaban.

El primer paso que se había dado, hacía ya mucho tiempo, había sido la permisión del celibato opcional para los sacerdotes. El segundo paso había consistido en introducir más y más a los laicos en todos los escalafones de dirección de la Iglesia. Y eso se había concretado en que la mayor parte de los oficios de casi todas las curias episcopales estaban en manos de laicos. No era extraño, el

mismo oficio sacerdotal había ido tomando un aire cada vez más laical. Una cuarta parte de los sacerdotes estaban casados. Una décima parte de los obispos también.

El sacramento del sacerdocio está reservado a los varones por voluntad divina, esas habían sido las palabras de todos los papas posteriores al Vaticano III, y esa barrera nadie había osado traspasarla. Pero otras barreras sí que habían sido traspasadas. El cardenalato no era un sacramento, era sólo una dignidad, una colaboración en el gobierno de la Iglesia. Y allí sí que se había introducido la presencia de los laicos. Para muchos la verdadera raíz de todos los cambios posteriores había estado en la decidida voluntad de introducir más y más laicos en el colegio cardenalicio. Esa decidida voluntad del Papa León XIV se había traducido en introducir un cuarto orden cardenalicio y así ahora había cardenales-obispos, cardenales-presbíteros, cardenales-diáconos y cardenales-laicos.

Por tres generaciones la Iglesia llevaba conviviendo con esos *aggiornamenti*. Y tras tantos años ya todo el mundo veía bastante normal que dos terceras partes de los cardenales fueran laicos. Existía un gran debate eclesial acerca de si introducir a las mujeres en el número de los cardenales. Eso sí, una teología aperturista se compatibilizaba con una gran formalidad ritual. La Iglesia del siglo XXI se había vuelto, al igual que la iglesia anglicana, muy amante de las formalidades externas, de la pompa y el protocolo.

Los cardenales-laicos en las ceremonias romanas también vestían sotanas rojas, pues todos los aspectos estéticos se cuidaban más que nunca. En este sentido se decía en broma que los anglicanos habían desembarcado en la Iglesia Católica con toda su etiqueta y su gusto por la indumentaria. Y así como bien había dicho Geoffrey Wainwright: *progresismo no significa necesariamente ir con una corbata y unos pantalones de las rebajas, sino a veces todo lo contrario*. En liturgia, el tiempo de la pandereta y la guitarra había acabado. El futuro había resultado ser justo lo contrario a la sencillez improvisada: coros de cien monjes salmodiando en gregoriano, ceremonias en templos neogóticos iluminados sólo con velas, cálices merovingios de oro y perlas, motetes barrocos a cuatro voces. El futuro había resultado ser mucho más *retro* de lo que pudieran haberse imaginado los experimentadores litúrgicos de 1970. La verdadera revolución litúrgica había resultado ser una revolución conservadora. Curiosamente se había unido la teología más progresista a la estética más neogótica.

En cualquier caso la cuestión litúrgica era lo más irrelevante. Las polémicas litúrgicas, tan vivas en los años 70, se habían apaciguado. Eran los cambios eclesiales los que eran objeto de encendidos debates. Pues en los últimos años, en menos de una generación, las modificaciones experimentadas en el Colegio de Purpurados pronto trasladaron sus efectos a la Curia. Y ésta fue viendo como más y más laicos ocupaban los puestos de dirección en

los dicasterios. La pregunta que muchos se hacían una y otra vez era: *¿es necesario el sacramento para tal o cual tarea de gestión?* El resultado: ya antes de finalizar la segunda década del siglo XXI, tres cuartas partes de la Curia Romana estaban en manos de laicos. Incluso muchos cargos como el de prefecto o secretario de las congregaciones eran desempeñados por hombres y mujeres; casados unos, célibes otros.

La cena con el cardenal continuaba. Un jesuita más joven trajo una bandeja con mazorcas de maíz, preguntando si alguien quería alguna. Las mazorcas fueron colocadas sobre la mesa, junto al puré de patatas. Era una cena usual de la casa: comida sana y sencilla. Varios de los presentes en esa residencia habían sido compañeros suyos en el noviciado o en la universidad, de la época ya lejanísima cuando Henry estudió su licenciatura en Los Ángeles y después su doctorado en Roma. Por eso allí se sentía como en su hogar, por eso había tanta confianza en la conversación. Confianza, aunque respeto. Ninguno olvidaba que él era el Secretario de Estado.

Hacia la mitad de la cena, un jesuita obeso, con indudable parecido a Charles Laughton, su nombre de pila también era Charles, le preguntó:

-¿Qué opinas de la situación actual de la Iglesia? A las funciones de los laicos me refiero.

El cardenal estaba lejos de imaginar lo que mucho que esa cuestión mortificaba a ese comensal en concreto. Así que, sin darle importancia, ofreció una cauta respuesta que en nada le comprometía:

-Nuestra época no ha visto nada que no hayan visto tiempos anteriores, aunque haya sido en menor medida -respondió.

El jesuita obeso valoró la diplomacia de aquella respuesta. Sonrió. Sonrió, pero quiso insistir y sonsacar los verdaderos pensamientos del cardenal. Así que le volvió a preguntar:

-Ya, pero la *potestas docendi* por ejemplo, ¿ve bien que la enseñanza de la teología esté prácticamente sólo en manos de laicos?

-No es culpa de los laicos el que gran parte de las grandes vacas sagradas del pensamiento teológico actual, sean catedráticos laicos y no clérigos.

El jesuita obeso, el padre Charles, indicó con la cabeza que no estaba de acuerdo. Así que el cardenal añadió con tranquilidad:

-Si el mejor especialista en Teología Dogmática es un laico casado, no veo bien que concedan la cátedra a un cura por el hecho de ser cura.

En apoyo del cardenal intervino otro jesuita.

-Es cierto que la potestad de enseñar en las universidades está en manos de los laicos, pero eso no ha sido culpa más que de los ordenados. Competencia pura y dura. Los puestos docentes se entregan a los más preparados.

-No comparto esa visión de las cosas –repuso el padre Charles-, los criterios no son tan objetivos como dices. Se prefiere a los laicos. Una visión distinta, dicen. Una visión más pegada al mundo, más inserta con la vida real. Disiento. Pero ¿y qué opina de la potestad judicial? ¿Por qué la Signatura Romana y el Tribunal de la Rota han de estar ahora en manos de no ordenados?

-Si los mejores canonistas son laicos, ellos serán preferidos para los puestos –repuso de nuevo el cardenal.

-Pero son laicos.

-Bien, son laicos, ¿y qué? Hay pocos sacerdotes. Ya que disponemos de pocos, coloquémoslos en puestos que no sean administrativos.

-Ya, pero son laicos que juzgan. Presiden tribunales eclesiásticos. Y a veces juzgan a clérigos e imponen penas canónicas.

-El que otorga esa potestad de juzgar es el Romano Pontífice. Si él confiere a esos jueces la potestad de juzgar, juzgan; estén o no ordenados esos jueces.

-Todo esto es un grave error –concluyó el padre Charles bajando la cabeza para seguir con su plato de lonchas de pavo con guisantes.

-Si el Papa lo ha decidido, está bien decidido –sentenció el cardenal.

El jesuita levantó la cara y añadió en voz baja rezongando, mientras se servía un poco más de remolacha:

-El Papa, éste y el anterior, han acostumbrado a los laicos a juzgar a los ordenados. Las consecuencias de todo esto, afortunadamente, ya no las veremos nosotros. Menos mal –gruño por lo bajo el padre Charles.

El provincial no quiso darle el gusto al padre de decir la última palabra. Así que sin impacientarse lo más mínimo, acostumbrado como estaba al carácter de ese compañero, intervino en la disputa:

-El tribunal eclesiástico actúa con potestad vicaria del Santo Padre. Vas a negar al Papa la potestad para delegar.

-Muchos nos preguntamos -intervino otro sacerdote más joven en un tono más sereno que el del padre Charles y sin dejar contestar a éste- si debe concederse esa potestad a un no ordenado. Y, sobre todo, me refiero a los jueces eclesiásticos; sobre todo a eso.

-Quizá no, lo admito -comentó el provincial-, pero si Clemente XV le concede a un laico esa potestad de juzgar, su sentencia será válida y vinculante.

El padre Charles no se aguantó e intervino de nuevo:

-La potestad de magisterio, la potestad judicial y buena parte de la potestad de gobierno en manos de laicos, que Dios nos asista -sentenció aquello sabiendo que ya se estaba poniendo un poco pesado. Por eso, tras aquellas palabras, tuvo la intención de no

volver a añadir ni una palabra más en toda la cena que no fuera sobre el tiempo o la comida.

El provincial que conocía bien la postura de su colaborador, el padre Charles, tradicional, muy recto, gruñón a ratos, se lo tomó con buen humor. El cardenal se mantuvo en silencio escuchando unas y otras opiniones en la mesa, ya estaba acostumbrado a este tipo de conversaciones. En los ojos del padre Charles, callado, podía atisbar no sólo argumentos, sino también una pizca de algo parecido a la envidia. Unos diminutos gramos de envidia mal digerida, del que tiene sentado a la mesa a un compañero jesuita casi de la misma edad y que ha llegado a la cúspide, mientras él -el padre Charles- seguía siendo ecónomo de esa casa. Los dos habían comenzado a la par en el noviciado. Y uno había acabado codeándose con embajadores y ministros. Y otro seguía haciendo números y cuentas en un despacho, el de ahora, que era un feo lugar de trabajo mal ventilado.

Sí, no sólo había argumentos, también había algo personal. En las cuestiones de Estado, como en toda política, como en toda teología, siempre hay algo personal. Y las cuestiones eclesiásticas no eran una excepción. Pero Henry no se engañaba por aquel tono ligeramente agrio de la voz del padre Charles, sabía que la divergencia de opiniones que reinaba en esa mesa llena de platos y comida, era la misma que existía en toda la Iglesia. El Concilio trataría esta cuestión. La Asamblea de Padres se encargaría. Sí,

Henry conocía esas cosas, y también sabía más cosas que sus contertulios de cena, porque por la mesa de trabajo de su despacho habían pasado más papeles, más informes. Por eso no desdeñaba los gruñidos del padre Charles, tenían su razón de ser. Pero él como cardenal y como Secretario de Estado, en la mesa sólo podía defender la política papal.

Acabado el postre, Henry se fue a dar un paseo a solas con el provincial por los jardines de la casa. Hacía frío, la nieve no había cuajado, los gruesos abrigos negros, los guantes y las bufandas les protegían del tiempo inclemente.

-Estoy muy preocupado, Alan.

-Vamos, ¿estoy junto al invencible Henry? ¿Qué pasa?

-Nunca pierdo la tranquilidad, pero esta vez sí que me estoy inquietando.

-¿De qué se trata?

-Lo que ha dicho Charles es una gran verdad. Todas estas reformas... Si algún día un Papa quiere dar marcha atrás, no podrá. La Curia, el Colegio Cardenalicio, todo se pondrá en contra de una decisión que recorte los poderes que los nuevos grupos han obtenido. Cualquier medida que sea considerada involucionista se encontrará con la oposición frontal de las universidades del mundo entero y, sobre todo, de la Curia entera, formando un solo bloque.

-Míralo de otra manera, lo que pasa es que quizá la Iglesia ya nunca volverá a esa posición llamémosla *tradicional*. La modernización de la Iglesia pasa por una desclericalización de los puestos de gobierno en ésta. Hemos luchado mucho por ello. Estábamos de acuerdo desde los tiempos en que hablábamos y hablábamos en mi habitación del noviciado de Mount Vernon. *Hay que acabar con los profesionales de la religión, hay que introducir todo lo que se pueda a los laicos en todas las funciones eclesiales, incluidas las de gobierno, ¿no te acuerdas? ¿O no decíamos eso?*

-Sí, lo decíamos –la voz de Henry sonó abatida.

-Lo decíamos y lo hemos logrado. Es cierto que en la Curia tendrá siempre que haber profesionales por tratarse de funciones especializadas. Pero en las diócesis, los más altos puestos hay que encomendárselos a cristianos normales. ¿Se va a hundir la Iglesia con todo esto? ¿Se están dinamitando sus pilares por eso?

-Tú y tu Iglesia espontánea y humana. Ya no lo veo tan claro, Alan -y le miró a los ojos. Su interlocutor vio en los ojos de Henry un atisbo de tormento y duda interior-. Ya no lo veo tan claro – repitió.

-Nos podemos sentir orgullosos. No sólo hay obispos casados, sino que en el mundo hay treinta y ocho diócesis cuyos obispos, con permiso papal, son padres de familia con sus familias y su propio trabajo. Empresarios, catedráticos, gente con su propio oficio que, además, ostenta el gobierno de la diócesis. ¿Y funcionan

mal esas diócesis? ¿Se han venido abajo esas iglesias particulares? Más bien al contrario. La Iglesia experimenta un renovado vigor.

-Ya, pero después esos obispos tienen que delegar sus cotidianas funciones de gobierno en los profesionales de la curia diocesana.

-¡Funciones administrativas!

-En esa administración se cuece el gobierno de las pequeñas cosas –repuso Henry, caminando y mirando al suelo.

-Bien, pero al menos la cabeza de la diócesis queda en manos no profesionales.

-¿Era ésa la voluntad de Cristo?

-¿Por qué no?

-Cuanto más tiempo pasa -dijo Henry- más claro veo que hemos traspasado una línea... una línea que no debíamos haber traspasado.

-Nuestro Santo Padre, al que Dios guarde por muchos años, es un ordenado *in sacris*. Además, junto a él hay infinidad de obispos que le ayudan a gobernar la Iglesia. Lo de los laicos es una colaboración. Nadie niega la doctrina. Pero todo lo delegable, deleguémoslo.

-Tras tus palabras, tú y todos los que piensan como tú, queréis que el sacerdote ejerza sólo su función sacramental, lo relegáis sólo a los sacramentos, y deseáis que el resto de funciones de gobierno y organización sean compartidas por todos.

-Sí, no sufrirá la Iglesia por ello. Después de tres generaciones empeñados en este proceso, ya ha sucedido todo lo que tenía que suceder. Pero los problemas de adaptación ya han pasado. Además hemos logrado que la Iglesia sea una Iglesia prestigiosa. ¿Acaso no ves el prestigio del que goza la Iglesia hoy día en la sociedad? Una Iglesia abierta, con las puertas y ventanas abiertas de par en par a la modernidad.

-El sacerdote ejerciendo sólo sus funciones sacramentales.... - Henry repetía pensativo esas palabras caminando junto al seto.

-¿Qué pasa? ¿Es que tienes miedo de que los involucionistas hagan algún tipo de contraataque? Cada decenio que pasa son menos. ¿Tienes miedo de que en las cabezas de algunos dinosaurios se comience a insinuar la tentación de alguna acción disidente? La historia nunca retrocede, siempre va hacia delante.

-¿Qué es ir hacia delante en materia eclesiástica?

-¿Para ejercer tu oficio es preciso ser sacerdote? Hasta el nombre de tu puesto es nombre de oficio civil: Secretario de Estado. ¿Qué problema hay en que los nuncios sean laicos? Son embajadores. Mira, hasta en el siglo XX se dieron cuenta de que para ser jefe de prensa del Vaticano no hacía falta ser cura. Y nadie levantó la menor queja contra Navarro Valls. Algunos retrógrados se preguntaban, entonces, que cómo un laico podía hablar en nombre del Vaticano.

-Ya, pero una cosa es la oficina de prensa, y otra la Congregación para la Doctrina de la Fe. Salvo media docena de clérigos, esa Congregación está completamente en manos de no ordenados.

-¿Es que la Teología no entra bien en la cabeza de los laicos?

-Oh, vamos. No seas sarcástico.

-Veo que en el fondo no piensas de modo tan distinto al pobre y enfadado padre Charles –la voz del provincial tenía el tono de riña afectuosa-. Sabes que él quería decirte esas cosas desde hacía una semana. Creo que tenía pensada su agria intervención en la mesa, desde que se enteró de que estarías hospedado aquí. Sentado en su sofá al lado de la chimenea, tenía una perfecta visión del salón de estar. Estoy seguro de que aguardaba vigilante, para levantarse raudo y sentarse cerca de nosotros en el comedor. No se sentó cerca por casualidad. Estaba sentado en el sofá media hora antes de la cena. Y eso que sólo tenía la sospecha de que quizá vinieras a cenar, no lo sabía seguro. Pero había oído campanadas en la cocina. Evelyn le cuenta todo cuando va a buscarse sus dichas aceitunas negras. Le encantan como aperitivo.

Alan observó que nada animaba a Henry. Hubo un instante de silencio. Andaban en silencio por ese sendero. El cardenal, tras unos pasos, añadió:

-Yo, en público, siempre defiendo la posición romana. Bien lo sabes.

-Haces muy bien, que se note que somos jesuitas. No como esos franciscanos... Desde el comienzo parece ésa una orden inclinada hacia el extremismo. Y de los dominicos prefiero ni hablarte. Creo que son una versión primitiva y menos avanzada de los jesuitas. Lo mejor y más sensato que podrían hacer, es fusionarse con nosotros.

Ambos rieron.

-Sí, los únicos que nunca dan problemas son los cartujos – comentó el provincial en tono jocoso.

-Reconozco -dijo el cardenal- que los cambios, el futuro, a ciertas edades nos provocan cierto miedo. Debe ser cosa de los años.

-Cuando queremos hacer cambios, somos jóvenes y no tenemos el poder. Cuando tenemos el poder, ya no queremos hacer cambios.

-No dirás eso por mi joven secretario. ¿Le has oído hablar?

-No, no lo digo por él. Y sí que le he oído hablar. Tu secretario es de un tradicionalismo... desagradable. Francamente, no sé cómo lo aguantas.

-Sí, tan joven y tan amante de misas tridentinas, bordados y cosas por el estilo. No tengo la menor duda de que el tiempo moderará esos excesos.

-¿Excesos de juventud? Vamos, hombre. Tu secretario es tonto de remate.

-El tiempo... el tiempo moderara los extremismos de Angelo.

-¿Y si no los modera?

-Marguerite Yourcenar decía que el extremismo es una virtud en la juventud.

-Confiemos, entonces, en el paso del tiempo. *Povero Angelotto*. Siempre he confiado mucho en el tiempo –dijo el provincial-. Más que en mis colaboradores.

-Desde luego si Angelo se pasa de la raya lo enviaré sin dudar a alguna nunciatura de Asia.

Henry estornudó. ¿Se habría resfriado con aquellas nieves?

-Pero James, mi segundo secretario, es muy buen chico. Créeme.

-¿Abhay? Menuda cobra india.

-Eres un voltaire jesuítico. Después, claro, que critican a la orden de San Ignacio.

-Está bien, está bien, eminencia. Son todos unos angelitos.

-El Tiempo, confiemos en el Tiempo.

-¿Y si somos nosotros los que nos pasamos de la raya? ¿Quién moderará nuestros excesos? -se preguntó de un modo retórico el superior jesuita-. ¿Tendremos que confiar en el tiempo también nosotros? -un largo suspiro salió de la boca del provincial-. *Vox temporis vox Dei*.

-No todo es duda. El camino vaticano es una vereda segura.

-Oye, el Papa es infalible en materia de fe. Creer que es infalible en todo, hasta en sus decisiones de gobierno, no sólo no es más ortodoxo, sino que hasta resulta herético.

-Ya pero...

-No, ¡insisto! –le interrumpió el provincial agarrándole del codo con fuerza y zarandeándole un poco-. ¡Afirmar que tu jefe no se equivoca en ninguna decisión, es una herejía! Podrías ser condenado por tu jefe, y quemado en una hoguera por un exceso de devoción. Hay muchas razones para ser condenado, pero morir quemado por un exceso de devoción, resulta de las más lamentables.

Volvieron a reír. Alan era fantástico para levantarle el ánimo.

-Debería hablar más a menudo contigo –le dijo el cardenal poniéndole la mano sobre el hombro-. Disipas todos mis problemas.

-Pero Nueva York está lejos.

En este comentario del provincial había una segunda intención, que el cardenal no captó. De hecho, ensimismado en sus pensamientos, Henry continuó diciendo:

-Sí, desvaneces mis problemas. Pero, es que hoy estoy preocupado de verdad. Aquí no se trata de dogmas, sino de direcciones. La cuestión es qué dirección ha tomado la Iglesia. Desde luego no todas las direcciones son correctas. La dirección que tomó el papado en el Renacimiento no fue la correcta. Costó mucho retomar el rumbo adecuado. O la que tomó en algunos momentos de

la Edad Media tampoco. Además, no es tan sencillo desalojar a alguien del poder, aunque se trate de un poder eclesiástico.

-Y ahora, según tú, Henry, los prelados laicos se han hecho con demasiadas cuotas de poder.

-Exacto.

-*Dad al César lo que es del César.* Dejadles a los laicos las universidades, las congregaciones romanas, los obispados, las nunciaturas, los tribunales eclesiásticos. Quedémonos nosotros, los eclesiásticos, con lo que de verdad es nuestro: la Santa Misa, los sacramentos, los sagrados misterios.

-Tú lo ves muy sencillo –repuso serio el cardenal.

-Es sencillo, tú lo haces complicado –insistió el provincial.

-Estás muy equivocado. La cuestión no son las universidades, sino los dicasterios. Cristo nos entregó el poder de atar y desatar a nosotros.

-Y nosotros hemos delegado.

-Siembras vientos.

El superior de los jesuitas creyó que era lo más adecuado, no seguir dándole vueltas a un tema que estaba claro que pesaba como una losa sobre su amigo. Quería un paseo tranquilo. No una reunión de trabajo por el jardín tras la cena y con ese frío. Así que aprovechando que pasaban junto a una nueva ala del viejo edificio, le explicó las nuevas ampliaciones de la casa provincial, los nuevos nombramientos en la casa generalicia de Roma, cosas de ese tenor.

Henry vivía en Roma. Pero los entresijos de la curia generalicia los conocía mejor el provincial. Pero por más que la conversación trataba distintos temas, comprobaba en el semblante de Henry que éste continuaba bajo la losa de sus intranquilos pensamientos, que su mente seguía inmersa en el tema anterior. O quizá en otros temas que no le había comentado. Aun así el provincial siguió explicándole cosas y más cosas sobre la Compañía en Sudán y en la India.

El cardenal seguía guardando silencio. Llegaron a la vieja tapia de ladrillo del límite del jardín, así que torcieron a la derecha hacia una vetusta estatua de San Ignacio de Loyola. Un padre fundador que levantaba una diminuta custodia de piedra, con una mano también pétreo cubierta de líquen. El musgo cubría como una alfombra la base del pedestal y la parte inferior de su hábito. En el pedestal, la inscripción del lema de la Compañía *ad maiorem Dei gloriam* ya estaba muy desgastada. Aquella inscripción, concretamente, databa de antes del Vaticano II, y había llovido mucho desde entonces. Pero San Ignacio seguía mirando con fe granítica hacia la custodia de piedra caliza que sostenía. Una custodia en forma de sol, con rayos metálicos ondulantes, y con las palabras IHS en su centro. El padre fundador miraba con férreo rigor transido de caridad. Era como si esos fríos ojos siguieran hablando casi quinientos años después de apagadas las auténticas pupilas. El provincial observó que el cardenal se quedaba con la mirada fija en la estatua, sumido en pensamientos no gratos.

-Oye, de verdad, ¿cuál es el problema, Henry?, te noto ensimismado, ausente.

El cardenal, caminando a paso lento y meditativo, pasó su mano por aquel pedestal. Sus dedos tocaron la punta del pie del San Ignacio. Después dijo:

-Mira, no debería decírtelo, pero los informes en la Secretaría de Estado son claros: No es que en las cabezas de algunos se insinúe la posibilidad de alguna acción de protesta, es que se prepara un cisma.

-¿Un cisma?

-Ahora mismo esa ruptura se halla en fase de gestación. Las nubes se tornan más negras cada día, la tormenta puede estallar en cualquier momento. Pero ya es inminente. Se trata de algo que va a suceder en los próximos días.

-¿Tan mal están las cosas?

-¿Mal? Pésimas. Las cosas están pésimas. No ha trascendido. Nadie lo sabe todavía. Pero un grupo de obispos está cohesionándose como una verdadera fuerza de presión. El asunto, insisto, no ha trascendido, pero pronto percibirás, todos lo percibirán que el ruido de sables va *in crescendo*.

-¿Por qué lado va a venir el golpe?

-Por el lado de los más tradicionales.

-Menos mal que el Concilio ha comenzado. Estoy seguro de que servirá para clarificar las cosas.

-Ojalá, pero en el grupo de los disconformes hay dos posturas. Unos quieren hablar, y hacerlo bien fuerte en el Concilio. La otra postura defiende que el comienzo del Concilio es el momento óptimo para marcar con toda claridad un punto y final, para trazar la línea a partir de la cual deben comenzar ellos a mover fichas.

-¿Por qué dicen eso? ¿Por qué no quieren hablar en el Concilio?

-Porque han hecho números y saben que están en minoría. No quieren participar en un concilio en el que tendrán que acatar los resultados de unas votaciones que siempre les serán contrarias.

De pronto, en el bolsillo de la americana de Henry sonó un bip-bip. Consultó el mensaje escrito. Al levantar la cara le dijo:

-Me informan que han confirmado que a estas horas varios obispos de Japón y China se dirigen hacia un punto de reunión.

-¿Qué punto?

-Todavía no lo sabemos.

-¿Significa esto algo?

-¿Qué puede significar que unos obispos muy concretos, de varios países, obispos que conocemos muy bien, se vayan a reunir, cuando en la agenda eclesial no hay ninguna reunión programada? ¿Qué puede significar el que se reúnan de forma secreta?

-En pocos días lo veremos. De todas formas, sí que estáis siguiendo el tema con cuidado.

-Tenemos a personas que nos informan desde el interior de los círculos cercanos de cada uno de esos obispos que son fuente principal de nuestra preocupación. Son cuatro. Esencialmente, cuatro son las cabezas de la disidencia.

-¿Y a cuántos capitanean?

-No menos de una veintena se les unirían sin dudarlo en cuanto toquen la trompeta de la rebelión. En un segundo momento, pueden ser más.

-Desde hace dos días, sabíamos que unos catorce obispos se iban a ausentar de sus diócesis, cada uno por motivos diversos: excusas. Qué casualidad que justamente esos obispos iban a salir de viaje el mismo día. Nos constaba que ninguno de ellos había querido comentar con sus colaboradores la verdadera razón de su viaje. Ahora me han comunicado que, por fin, a estas horas, para ellos en Asia es por la mañana, se están dirigiendo todos hacia algún sitio. Van a tener una reunión.

-¿Cuántos arzobispos importantes hay involucrados?

-Diez.

-No son muchos.

-Esos son los que tenemos localizados. No sabemos a cuántos más están convocados.

-Aun así son una minoría.

-El problema es que alguien alce la voz. Si alguien se decide a levantar el estandarte, va a tener seguidores.

-¿Por eso no llegaste a la sesión de apertura?

-En efecto, estas noticias, acerca de lo mal que estaba todo en ese grupo de disidentes, nos llegaron hace dos días. Viajé y me encargué personalmente de hablar con las cabezas a partir de las cuales puede prenderse el fuego de la rebelión. El Santo Padre me pidió que me encargara de ello. *Si no puedes asistir a la apertura del Concilio, no te preocupes. Esto tiene prioridad.*

-¿Son sólo asiáticos?

-No. Los asiáticos, hoy por la mañana, están tomando los vuelos. Pero van hacia algún lugar, a reunirse con obispos de otros continentes. Eso es seguro.

-Veo que las cosas están mal.

-No lo sabes bien.

Bajo el cálido

sol de Jerusalén



Casi un mes después.

8 de noviembre

Sesenta y tres obispos reunidos en la Basílica del Santo Sepulcro, escuchaban el discurso inicial del patriarca de rito latino de Jerusalén. El patriarca había comenzado con estas palabras:

Estimados hermanos en el episcopado. Nos hemos reunido en este santo templo para deliberar acerca de lo que debemos hacer para devolver a la Iglesia a su estado primitivo. La Iglesia yace bajo el poder de los laicos. Urge, nos apremia, es un deber, reorganizar la distribución interna de las fuerzas eclesiales.

Hay que tornar a recolocar las cosas en su sitio natural. Desde aquí, llamamos a todos los pastores de almas a retomar las sagradas funciones que les fueron conferidas en la ordenación. Debemos proceder en cada diócesis, en cada vicaría, en cada arciprestazgo, en cada parroquia, a recordar que el pastoreo de la grey ha sido encomendado exclusivamente a los clérigos.

Dado que las cosas han llegado demasiado lejos, somos muy conscientes de que las ovejas descarriadas y ensoberbecidas, envenenadas por las nuevas doctrinas, no van a dejarse guiar dócilmente al recto y derecho camino de la obediencia. Así que urgimos a los obispos a conminar a sus fieles a la obediencia, y a no tener temor a expulsar del rebaño a aquellos que osen poner en duda su autoridad como verdaderos, auténticos y únicos pastores de la Iglesia de Dios. No sólo hacemos un llamamiento universal a esta tarea, sino que, además, en los próximos días, los hermanos aquí congregados deliberaremos acerca de las medidas que debemos tomar en orden a devolver las cosas a su estado primitivo.

No desconocemos que hermanos nuestros en el episcopado se hayan reunidos en concilio. Pero si ellos han decidido acudir a esa asamblea, nada nos impide a nosotros convocar este sínodo. Si ellos se pueden reunir, también nosotros nos podemos reunir para hablar, para deliberar, para ver qué se puede hacer. Hay una diferencia entre ambas reuniones. Allí se reúnen obispos y laicos. Aquí nos reunimos sólo obispos. Invitamos a todos aquellos obispos de la Iglesia Católica a que vengan y se reúnan con nosotros en nuestras deliberaciones. Todos serán bienvenidos. Y entre todos los sucesores de los Apóstoles y sólo entre los sucesores de los Apóstoles, tomaremos las decisiones que creamos más adecuadas para el gobierno de nuestras diócesis.

Los aplausos de los sesenta y tres obispos presentes resonaron bajo las cúpulas y bóvedas de la venerable basílica. Las palabras del patriarca les habían parecido contundentes, firmes pero serenas. Los aplausos seguían sin parar. Duraron un minuto entero. Bien que lo vieron en Roma. Las pantallas de televisión les traían esas imágenes a sus despachos. Algunos canales de noticias ofrecieron resúmenes del discurso, explicando de que se trataba. Varios portales de Internet retransmitieron integralmente el evento en directo. Para los monseñores romanos ver aquello era como estar allí. Lo que sucediera en esa vetusta iglesia hierosolimitana, tenía una trascendencia mundial. El minuto de aplausos se les hizo eterno a los prefectos de los dicasterios que sentados en las distintas congregaciones romanas, observaban con todo detalle la escena. El Vaticano no tuvo más remedio que aceptar con sumo disgusto, que el patriarca de Jerusalén se encontrara entre los disidentes. Resultaba evidente que su sede resultaba particularmente simbólica.

De todas maneras, aunque el enérgico patriarca fuera escogido para pronunciar el discurso inicial, él no era una de las cabezas de la rebelión. Es más, los informes de la Congregación de Obispos indicaban que se trataba de un hombre bastante mediocre, un hombre mediocre a la cabeza de una diócesis de treinta y dos mil fieles. Sin embargo, se trataba de Jerusalén. Aquel prelado sólo era la cabeza de una comunidad de pocas decenas de miles de fieles, pero a su derecha estaba el arzobispo de Kioto que gobernaba una

diócesis de dos millones de fieles. A su izquierda el arzobispo de Adelaida era otra de las cabezas de la disidencia. En cualquier caso, aunque en los dicasterios analizaron una y otra vez, el peso e influencia de los grandes arzobispos presentes en Jerusalén, la entera escena de los sesenta y tres obispos sentados frente al habitáculo del Santo Sepulcro, constituía una imagen extraordinariamente incómoda. Y que, evidentemente, se iba a repetir durante días y días en los medios. El patriarca pasó a ser la cabeza visible de esa disidencia, siempre acompañado en sus intervenciones por los arzobispos de Kioto y Adelaida, que eran los pesos pesados del grupo de los disconformes. Afortunadamente, el resto de los obispos gobernaban diócesis pequeñas o muy pequeñas.

Aquella escena, abundantemente aireada en los informativos de ese día, contenía un mensaje muy claro: esos obispos querían fundar de nuevo. Afortunadamente, esas medianías que ansiaban retornar a los orígenes, no contaban con líderes claros. Las tres cabezas más visible, eran sobresalientes, pero no aceptadas por todos. El desarrollo y conclusiones que pudiera producir el sínodo, tampoco presentaban un curso todavía muy definido. Discutir acerca de la situación de la Iglesia, redactar quizá una declaración, poca cosa más. El Vaticano confiaba en que las cosas no fueran más allá, por lo menos en ese primer paso, que había sido ese sínodo ilícitamente convocado. Pero, aun así, la imagen poseía un gran impacto: Jerusalén frente a Roma, el poder apostólico establecido en

la ciudad sagrada frente al poder de las llaves establecido en la ciudad de la Curia. No podían haber escogido nada más simbólicamente incómodo para la autoridad papal. Pero como comentaron por los pasillos vaticanos: *ya se sabe, los cismáticos dan el golpe donde más duele*. De todas las infinitas opciones que tienen a su elección, siempre asestan el golpe justo en el lugar donde menos lo deseas, repetían. Los rebeldes tenían decidido que aunque el Patriarca Latino de Jerusalén, finalmente, no se hubiera unido a ellos, hubieran convocado el sínodo en esa ciudad. Pues eran conscientes de que ésta iba a ser no sólo una guerra teológica, sino también mediática.

Desgraciadamente, a pesar de esta falta de agenda inicial en la reunión de Jerusalén, las posturas de los grupos integrantes del sínodo en los días siguientes fueron radicalizándose. La idea de una nueva fundación de la Iglesia iba haciéndose cada vez más aceptable. Pronto se vio que las conclusiones del sínodo no serían meramente teóricas. El Cardenal Williams desde las frías y nevadas tierras de Massachussets, desde otra casa provincial con sus chimeneas humeantes, sabía muy bien las consecuencias terribles de la tormenta eclesial que se forjaba en aquel monasterio soleado y rodeado de palmeras en el que se hospedaban a las afueras de Jerusalén. Allí discutían los sesenta y tres obispos rebeldes. Sabedores de que sus decisiones podían afectar a la Iglesia durante generaciones.

El Cardenal Henry Williams mirando por la ventana al ancho río Charles cubierto de nieblas, pensaba una y otra vez en aquella cálida tierra a casi diez mil kilómetros. Frío gélido, nieve, luz mortecina entre la bruma, casitas de madera con techos inclinados, frente a una tierra en la que un sol brillante reina, polvo, tierra seca, casas rectangulares de gente que protege sus ojos de la luz intensa. Dos mundos completamente diversos. Henry paseaba por su habitación, preocupado. Era la hora del almuerzo. Descendió las escaleras camino del comedor. Un cisma puede desaparecer enseguida o consolidarse y permanecer durante siglos. ¿Qué es lo que hace que unos cismas se hundan y desaparezcan en las aguas de la Historia, y otros se enquisten y nos acompañen durante siglos? Aquella misma tarde tomaba el primer vuelo hacia Roma.

Deliberaciones

atenienses



Cinco días después

13 de noviembre

En terreno neutral, en el Hotel Western Trip de Atenas se reúnen por un lado cuatro monseñores de la Secretaría de Estado y tres de la Congregación para la Doctrina de la Fe, todos presididos por el cardenal Williams. Por el otro lado, nueve obispos enviados por el Sínodo de Jerusalén. Henry, organizador del encuentro, hubiera preferido que se hubieran reunido en un lugar más acogedor, en algún emplazamiento agradable que favoreciera el buen ánimo para el entendimiento. Henry había pensado en una acogedora casa de religiosos salesianos en plena campiña escocesa. Un lugar que conocía bien. Ya el entorno, auténticamente delicioso, hubiera predispuesto a todos al mejor de los humores y, por lo tanto, al entendimiento. En el desempeño del arte de la diplomacia se pueden evitar muchas guerras, también guerras eclesiales.

Pero la comisión del Sínodo de Jerusalén había impuesto que el encuentro tuviera lugar a mitad de camino entre Roma y el sínodo. Y eso significaba Grecia. Roma hubiera preferido reunirse en un monasterio, pero los de Jerusalén habían puesto tantas condiciones acerca del lugar, que al final, cansados, habían optado por un hotel. Así que allí estaban los unos y los otros, en una sala de tonos crema y mobiliario moderno, sentados a ambos lados de una mesa de superficie pulida sobre la que ya colocaban los maletines y sus folios los serios miembros que formaban cada comisión.

El cardenal Williams pensó mientras sacaba papeles de sus dos carpetas y organizaba sus notas, su pluma y dos bolígrafos azul y rojo, sobre la mesa, en las muchas reuniones de ese tipo que habían tenido lugar en la Historia de la Iglesia: reuniones con luteranos, anglicanos, nestorianos, arrianos, veterocatólicos, lefevrianos. En el pasado, encuentros de ese tipo habían conjurado tormentas, otras veces no. Nadie recordaba ya los estandartes de la división caídos y que nadie había recogido. A los sesenta y tres obispos reunidos ilegítimamente en Jerusalén, en las dos semanas siguientes se les habían unido quince más. Lo cual hacía un número de setenta y ocho. Aunque ya el goteo de adhesiones había finalizado, y era muy difícil que se sumase ninguna mitra más. La reunión dio comienzo.

El tiempo fue pasando. Las formas entre ambos bandos eran exquisitas. En el mundo civil, era difícil encontrar una confrontación en la que los oponentes tuvieran una formación tan impresionante como los que se sentaban a esos dos lados de la mesa. Todos sabían hablar más de cuatro lenguas y leer otras tres. Cada uno estaba especializado en alguna rama del saber teológico, litúrgico o histórico. Todos los presentes eran grandes intelectuales que habían acabado o gobernando varias diócesis sucesivas, o formando parte de la Curia Romana. En aquellos dos pequeños grupos, los integrantes mostraban un porte distinguido. Unos pocos iban vestidos con sotana, la mayoría con clergyman. Nadie levantaba la voz. Los minutos seguían pasando.

Se hacía raro ver a esos preladados en una sala de colores blancos y beige, en medio de una sala de decoración minimalista, ni un solo cuadro en las paredes, sólo superficies de blanca pero bella frialdad. Ellos, acostumbrados a moverse en salas medievales, decimonónicas o del quattrociento, ahora estaban sentados en aquel entorno tan moderno. Sólo cuatro grandes jarrones chinos con helechos daban un toque de color a una sala que parecía un campo nevado.

El idioma en el que hablaban durante esa reunión era el inglés. Los sentados en el lado de la mesa de los cismáticos, el inglés se pronunciaba con la dureza y aristas con que lo hablan los latinoamericanos, griegos y árabes. Mientras que al otro lado de la

mesa, se hablaba con la musicalidad y suavidad con que lo hablan los italianos. Sólo Henry hablaba su propia lengua con la precisión y soltura que ofrece el haberlo hecho desde la infancia. Eso sí, con el deje propio de los australianos que, a veces, le confería un tono rudo a su habla. Habla que sonaba, por lo demás, muy británica, sino fuera por lo proclives que son los australianos a pronunciar algunas vocales de un modo tan peculiar.

Los minutos se habían ido desgranando como un lento rosario. Llevaban ya reunidos dos horas y tres cuartos. Los enviados del Vaticano se habían mostrado en todo momento muy conciliadores pues a toda costa deseaban evitar un cisma. Los obispos disidentes que tenían enfrente, eran del ala más moderada. Pues la comisión había sido escogida por votación y la mayoría de los reunidos en Jerusalén deseaban no romper la comunión.

-Reconocemos -dijo un monseñor romano- que, por nuestra parte, se han llevado las cosas al límite del Derecho Canónico, que se ha concedido a los laicos todo poder posible. Pero reconozcan también ustedes que no se ha ido más allá de los límites dogmáticos. No se ha trasgredido ningún límite que afecte a la fe.

-Lo reconocemos, no tenemos ningún empacho en admitirlo. ¡No se ha quebrantado ningún dogma! Pero ¿y la voluntad de Cristo? Su deseo era que los que han recibido el sacramento del orden, fueran los que gobernarán la Iglesia.

-De acuerdo, personalmente creo eso mismo. Pero admita usted también que la potestad de la que actualmente gozan los laicos es conforme a todos y cada uno de los cánones del Código de Derecho Canónico, y por tanto que esa potestad es válida y legítima. No le estoy pidiendo otra cosa. Excelencia, sólo le pido que admita eso.

-¡Pero no era ésa la voluntad de Cristo! -repitió crispado el obispo.

-Aquí la cuestión no es si hemos hecho bien o no. La cuestión es si esa potestad vicaria de la que gozan es válida o no.

-Nadie pone en duda su validez. Aquí de lo que se trata es de qué quería Nuestro Redentor -intervino otro de los obispos rebeldes.

-¿Qué otra cosa que la continuidad, podemos esperar de un colegio electoral con tanta presencia de cardenales-laicos? -añadió otro obispo en su apoyo-. Continuidad. El círculo está cerrado. No hay manera de quebrar este círculo vicioso. Por eso hemos decidido salir de ese círculo. No nos habéis dejado otra opción.

-Excelencias, podían haber expuesto sus inquietudes al Concilio. ¿Cómo se les ha ocurrido convocar ese sínodo, mientras se está celebrando una reunión conciliar universal?

-Por favor. Qué cosa nos dice. ¿Para qué íbamos a ir? ¿Para que se nos aplicara la ley de la apisonadora? ¿Para que se nos abrumase con el mero peso de unos votos? Ir, el mero hecho de ir,

hubiera supuesto aceptar nuestra participación como figurantes en la escena apoteósica de nuestra derrota.

-Vamos a enfocar el problema desde otro lado –intervino el cardenal Williams-. El feudalismo con sus investiduras laicales fue una corruptela, en eso todos estamos de acuerdo. ¿Pero si ustedes hubieran vivido en esa época, hubieran provocado un cisma, si Roma no hubiera puesto remedio a las investiduras laicas?

-Por supuesto que no. Pero no es la misma situación.

-Es la misma –repuso otro monseñor romano.

-Piensen lo que quieran, pero mientras los obispos deciden qué hacer con ese problema, nosotros, obispos también como ellos, pondremos remedio por nuestra parte.

-Mire, si hacen eso, no será un enfrentamiento entre los que propugnan lo que Cristo quiso y los que le han desobedecido. Será un enfrentamiento entre el supremo poder de atar y desatar, y ustedes. Dotados de buena intención, pero dispuestos a romper la comunión en pos de su buena intención.

-Eso lo dice usted. Nosotros lo vemos de otra manera.

-Son ustedes los que se separan, no nosotros.

-Nosotros no nos vamos a ningún lado. Son ustedes los que se han alejado del recto obrar hace mucho tiempo. Nosotros nos mantenemos en lo que debe ser. No se puede expulsar a nadie por mantenerse en la tradición. El hereje es el que innova.

-Todos los herejes de la Historia han clamado que ellos no hacían otra cosa que mantenerse en la pureza –les recordó uno de los monseñores vaticanos.

-Vamos, vamos –dijo el cardenal Williams reconviniendo al colega sentado a su derecha-. Aquí nadie está hablando de herejía. Esto, en todo caso, será un cisma. Si llega a serlo. Confiamos en que el buen sentido se mantenga y todo quede en una... disensión.

-Todos deseamos eso –añadió el arzobispo sentado frente a él.

El Cardenal Williams continuó:

-Pero, bueno, permítame decirle que su sínodo de Jerusalén no va a suponer un enfrentamiento entre laicos y obispos. Aunque ustedes lo vean así, habrá obispos en ambos lados. Usted lo sabe. Sus setenta y ocho obispos disidentes son una minoría. En el lado de los laicos estarán la inmensa mayoría de los obispos... y el Papa. ¿Son conscientes de que su acción no clarificará nada?

-Al menos, la luz de la verdad resplandecerá en todas partes, gracias a los medios de comunicación. Resplandecerá, aunque muchos no la sigan –dijo uno de los disidentes-. Pero todos sabrán que las cosas no se están haciendo bien.

-Todo lo contrario, si se produce un cisma, los postulados que ustedes defienden quedarán más desprestigiados que nunca – replicó uno de los monseñores del Vaticano-. A partir de su cisma,

defender que el gobierno de la Iglesia debe quedar en manos de ordenados *in sacris* parecerá una doctrina cismática.

-La cuestión no es lo que las cosas parezcan, sino la verdad – dijo otro de los obispos disidentes-. ¿Acaso no piensa usted, que Cristo quería que los clérigos fueran los que gobernarán su barca? Se lo pregunto a usted: ¿qué es lo que piensa?

-Sí, efectivamente, no tengo inconveniente en admitir la aseveración general de que los ordenados son los que deben regir la Barca de Pedro. Pero su acción va a hacer odiosa la verdadera doctrina sobre el tema. Nadie ha hecho más daño a la Biblia que Lutero. Nadie ha hecho más daño a la Tradición que Lefevre. No se dan cuenta de que su decisión de saltarse todas las barreras será precisamente el mayor perjuicio que pueden hacer a sus propias posiciones. No están calibrando la distorsión que van a provocar en la verdadera doctrina, con su decisión de romper la comunión. Se van a echar al campo. Lo de Jerusalén es un terrible error. Regresen a sus diócesis. Mire, el mismo concilio bostoniano no tendría inconveniente alguno, en reconocer públicamente, de modo solemne, que el ejercicio de la potestad de jurisdicción en la Iglesia debería ir unido a la potestad de orden.

-No basta con que lo reconozcan. Hay que ponerlo ya de una vez en práctica.

-Verá –intervino un monseñor romano-, voy a llevar la cosa al extremo. Imaginen que todos los obispos del mundo se hubieran

pasado a su lado de la mesa. Y que de este lado sólo estuviera el Papa y todos los laicos del mundo. ¿Piensa que eso cambiaría algo? La legitimidad seguiría estando a este lado de la mesa. Parece mentira que tenga que recordarle eso a un conservador como usted. Ya que ustedes llevan toda la reunión dale que dale con la tradición, pues que les quede claro que la Tradición, la tradición esencial, es que hay que estar unidos al Sucesor de Pedro. Eso sí que es esencial en la Tradición.

-No me va a impresionar. Lo que importa es la voluntad de Dios.

-¿El poder de las llaves no le dice nada?

-La voluntad de Dios es lo primero. Yo creo en el poder de las llaves tanto como usted, monseñor.

-¿Los dos creemos en esas llaves?

-¡Sí!

-¿Pues por qué no obedece al que las tiene?

-Yo le obedezco. Pero primero a Dios.

-O sea, que obedece, pero no obedece –exclamó el monseñor romano.

-Sí, explíquenos esto, porque no lo entendemos –le apoyó otro monseñor.

-¡Obedecemos!, pero siempre y cuando eso no vaya contra la voluntad de Dios.

-¿Y eso lo decide usted?

-Eso lo decide Dios. Lo ha decidido ya hace dos mil años. Yo sólo sigo el camino seguro, firme y ortodoxo.

-Dicho de otro modo, que usted siempre obedece, hasta que decide no obedecer. Usted obedece a Dios desobedeciendo a su representante en la tierra.

-Mire, no necesito que me den lecciones.

-Van a enfilear la Nave de la Iglesia hacia el pandemonium, y no necesita que le den lecciones. Por hacer la voluntad de Cristo, enfilean esa Barca de Cristo hacia unos desfiladeros de los que quién sabe cuándo saldremos.

-Si Dios quiere que la enfilemos hacia ahí, la enfilearemos.

-Aquí sólo hay un capitán.

-Sí, Nuestro Señor Jesucristo.

-Luego no reconocen la autoridad de Pedro.

-La reconocemos, pero antes hay que obedecer a Cristo.

-¿Se da cuenta de que eso es precisamente lo que han dicho todos los cismáticos que en la Iglesia han sido?

-Para nosotros Cristo es lo importante –el obispo cismático fue tan férreo en sus palabras como en su mirada.

-¿Y el poder que Jesús le entregó a Pedro?

-Cristo –y volvió a repetir esta palabra tres veces, sin pestañear, con lentitud, pronunciando cada una de las sílabas de ese nombre como si el nombre en sí fuera la respuesta definitiva.

-Cuando algún día usted ordene algo a sus fieles, quizá le contesten lo mismo que ahora usted me contesta a mí. Quizá ellos en vez de obedecer, le responderán: Cristo.

-Con la ayuda de Dios sabré ser un pastor fiel y recto, que se sepa ganar la obediencia de sus fieles.

-¿Y quién decide que usted es un pastor fiel y recto? ¿Los fieles?

El cardenal Williams observó que no avanzaban nada. Así que quiso retomar algún tema previo de encuentro para llegar a algún tipo de acuerdo. Así que dijo:

-Vamos a recapitular una lista de puntos en los que estamos de acuerdo. Vamos a ver, está claro que aceptan la autoridad del Romano Pontífice.

-La aceptamos en tanto en cuanto esté de acuerdo a la doctrina de Cristo.

El cardenal vio su lista obstaculizada en su mismo primer punto. Henry, conteniendo su disgusto, preguntó:

-¿Y quién decide si está o no de acuerdo?

-La verdad no la decide nadie.

-Miren, su comunión con Roma está pendiente de un hilo. A poco que se muevan, romperán definitivamente los ya débiles lazos que les unen con la Grey de Cristo. Les ofrecemos que acepten el acuerdo que les hemos propuesto antes. Luchen por sus posturas,

pero dentro de la Iglesia, dentro de su ordenación jurídica. ¿Para qué salirse fuera? ¿Qué ganan con ello?

-Ésta es una cuestión de principios. Ustedes buscan ganar tiempo. Nosotros buscamos limpiar el rostro de la Esposa de Cristo.

-Mire, lo que ha dicho es ofensivo hacia todos los que estamos en este lado de la mesa. Nosotros queremos el bien de la Iglesia tanto como ustedes. Pero ustedes quieren romper la baraja, lanzarse al monte, lanzarse a una aventura que, permítame, ya ha sido intentada muchas veces en siglos pasados, sin éxito. Sólo van a producir daño.

-Entonces, dado que no vamos a tener éxito, ustedes no tienen de qué preocuparse –una sonrisa malévola apareció en el obispo disidente que había hablado.

-Insisto –dijo el cardenal en un último intento-, luchan por sus posiciones dentro de la Iglesia, pueden hablar en el Concilio. Digo *hablar*. Tengo autoridad para comprometerme a que no se someterá a votación su intervención ante la asamblea. Roma va, a partir de ahora, a formar una comisión con ustedes y estudiará cambios concretos que se pueden ir haciendo. Lo único que les pedimos es que desconvoquen ese sínodo. Podemos fácilmente llegar a un acuerdo de mínimos.

-No, eminencia, no. El sínodo sigue. Nosotros vamos a tomar medidas ya en nuestras diócesis. No vamos a esperar a ver qué resoluciones toma el Concilio Bostoniano. Si después quieren

formar esa comisión, fantástico, muy bien. Pero el sínodo sigue. Por supuesto que ustedes firmarían un acuerdo de mínimos, si no hay ningún problema en la doctrina. Pero esto no se resuelve con un acuerdo sobre cuestiones teóricas, sino que se trata de una cuestión práctica. Ustedes produzcan hechos, realidades, y no hará falta firmar ningún documento. Además, siempre está sobre la mesa nuestra propuesta –y le mostró de nuevo el papel que había sacado al comienzo de la reunión-. Firmen que se comprometen a estas cincuenta y dos condiciones, y mañana el Sínodo de Jerusalén se clausura y cada obispo se va a su casa.

-Esa lista de condiciones son inaceptables –protestaron dos monseñores vaticanos-. Los poco más de medio centenar de obispos de su sínodo, no pueden pretender imponer toda la política de la Iglesia. Sus condiciones afectan a los futuros nombramientos de cardenales, a las designaciones episcopales, en definitiva, a todo.

-Pues lo sentimos. A ustedes les interesa cuanto antes que nuestro sínodo sea desconvocado. A nosotros nos interesa que el sínodo produzca decisiones concretas. Ha costado mucho esfuerzo reunir a tantos obispos.

El Cardenal Williams pasó revista mentalmente a reunión, mientras los otros hablaban. Habían comenzado con el firme propósito de conseguir algo concreto. No estaban allí para discutir de generalidades. El cisma, de hecho, ya se había producido. Era el momento de dar pasos concretos hacia el entendimiento. No era el

momento de hacer un repaso teológico de tipo general. Pero tras más de dos horas de desencuentro, las dos comisiones habían caído en las arenas movedizas de lo genérico. Era difícil salir de allí. Henry había tratado de hablar poco en esa fase de reproches. Le interesaba jugar al *poli bueno y al poli malo*. Dejaba que los otros monseñores, sobre todo dos, ejercieran una cierta medida de dureza, para después él proponer una vía más moderada. Aparentemente moderada, pero que desde el principio era lo buscado por él.

Henry no quería levantarse sin haber logrado algo concreto, algún paso que facilitase un acercamiento. Propuso que las principales cabezas se trasladasen a Roma durante un par de semanas. Se crearía una comisión interdicasterial para ir analizando todo, punto por punto.

-Tengan por cierto de que por el hecho de trasladarse a Roma, no van a lograr lo que quieren –les explicó amablemente Henry-. Pero pueden dar por seguro de si se crea esa comisión interdicasterial, lograrán pasos concretos en la dirección que les complace.

Aquí se veía al gran Henry, al negociador nato, al diplomático exquisito. En aquel ajedrez eclesiástico, se dio cuenta de que dada la dureza de las posiciones, sólo podía aspirar a separar las cabezas de aquel sínodo del resto de los obispos, al menos dos semanas. Catorce días de conversaciones, de estancia física en Roma, tratados con cortesía, podían ablandar algo los corazones, ya

que no las mentes. Henry sabía cuando podía conseguir algo y cuando no. De todas las propuestas, ésta era la única que resultaba factible en esas circunstancias. Como él siempre repetía a sus subalternos en Secretaría de Estado: *Siempre hay que lograr algo, por poco que sea. No puede acabar un encuentro, como cuando uno se sentó a una mesa.*

En un primer momento, los disidentes parecieron vacilar. Incluso pidieron retirarse a la habitación de al lado a deliberar un momento. Pero cuando llegaron, exigieron que para ello el Vaticano debía aceptar cinco condiciones de la lista. Sólo cinco, pero eran inaceptables. Las conversaciones continuaron. Pero si los monseñores vaticanos eran expertos negociadores, los otros eran unos predicadores inflexibles. Se lo estaban poniendo muy difícil. Al final, los disidentes se plantaron en esas cinco condiciones. Había en ello algo de orgullo. El orgullo de regresar a Jerusalén no como derrotados, sino como generales victoriosos. No querían retornar al sínodo como traidores, como obispos que habían cedido. Sino como atanasios inflexibles. Sus hermanos, los padres sinodales les habían prevenido mucho contra el poder de persuasión vaticano.

En mitad de todo, llegó un camarero con varios cinco té, tres cafés y dos botellas de agua. Henry carraspeó ostensiblemente a un obispo disidente, clavándole una mirada durísima. Mientras el camarero estuviera allí poniendo las botellas sobre la mesa, no había que decir nada que no se quisiera que se escuchase fuera de esa sala.

Nunca hay que fiarse de los camareros. Cuando salió y la puerta se cerró, Henry hizo un gesto para que continuase.

Pero bastó media hora más, para que los monseñores se dieran cuenta de que no tenía sentido seguir discutiendo. Estaban tan lejos de acercar posiciones como al principio de la reunión. Los monseñores del Vaticano se miraron. En silencio, entendieron que estaban de acuerdo: no tenía sentido prolongar el encuentro. Así que Henry, jefe de la comisión romana, poniendo el gesto del que tiene verdadera autoridad les mostró con además solemne su propia hoja de propuestas y acabó con un desalentado:

-¿No van a aceptar, al menos, ninguna de las diez condiciones que hay en esta hoja?

Los obispos negaron con la cabeza.

-Muy bien -concluyó el Secretario de Estado-, de acuerdo. Pero que sepan que mañana por la mañana partiremos para Roma, y que antes de un mes el documento para la excomuniación de todos ustedes, estará sobre la mesa del Sumo Pontífice. La última advertencia pontificia fue la de la semana pasada, y ya no habrá más.

-Seguiremos adelante -reafirmó uno de los obispos disidentes.

-¿No nos darán un tiempo de espera, como hicieron con los lefevrianos? -preguntó otro obispo rebelde. Lo preguntó

sinceramente, creyendo que todavía tenían tiempo antes de una censura eclesiástica.

-La firma del documento depende del Santo Padre –le contestó el cardenal que ya iba metiendo sus objetos dentro de su maletín-. Pero esta vez tiene el máximo interés en que la verdad quede clara cuanto antes. No le digo esto porque me lo imagine. He hablado con él. Y no, no habrá un tiempo de espera. Desde luego antes de Navidad, este asunto quedará resuelto. O con la unión o con la expulsión. Estamos barajando la fecha del 10 de diciembre.

-Perdone –dijo con cara de asco uno de los disidentes-, pero me admira con qué benevolencia tratan a unos, y con qué rigor e inflexibilidad tratan a otros.

-Lo siento, no se puede convocar un sínodo durante un concilio ecuménico, y no esperar la más rotunda y rigurosa de las respuestas. Además, la minoría más liberal de la parte más progresista de los padres conciliares ha dejado claro que si no hay una respuesta clara de Roma hacia ustedes, ellos no descartan convocar otro sínodo, su sínodo. Se trata de una mera amenaza. Pero no debe ser minimizada.

-¡Los extremistas de ese lado son muy poco!

-Cuatro gatos –asintió otro indignado.

-Afortunadamente son muy pocos –continuó Henry no como negociador, sino en su papel de autoridad cardenalicia-, pero Roma quiere dejar claro que la comunión es algo sagrado. Así que sus

excelencias pueden esperar la más dura de las reacciones. El tiempo de pactar algo acababa hoy. A partir de mañana, ustedes serán los que tengan que venir a Roma y llamar a la puerta, para ser escuchados. Y aun eso, durante un par de semanas. Después, Roma dejará claro que ustedes no son parte de la Iglesia. Una vez que hayamos dejado claras las cosas, entonces, sí, podremos volver a sentarnos y discutir qué hacer para que ustedes retornen al seno de la Iglesia.

La noticia de que la reacción de Roma iba a ser rápida y en forma de excomunión, produjo impacto en los nueve obispos disidentes. Los nueve esperaban un tiempo de negociaciones, esperaban que se les considerase obispos disconformes, pero no que se les excomulgase.

-¿Me imagino –preguntó tímidamente uno de los disidentes- que si se nos excomulga, se nombrará a nuevos obispos para nuestras diócesis?

-De eso no tenga la menor duda –le respondió el cardenal-, la menor duda. Ese punto ya está hablado con el Santo Padre.

-¿Se da cuenta del increíble embrollo que se formará en una diócesis con dos obispos, uno el excomulgado y otro el enviado por el Papa? –preguntó airado uno de los obispos rebeldes.

-Ustedes lo habrán querido. Serán ustedes los que tendrán que lidiar con esos problemas en sus diócesis –le contestó con toda frialdad el cardenal-. Lo que no piense ni por asomo es que les

vamos a dejar que disfruten tranquilamente de sus diócesis. No vamos a permitir que un obispo que está fuera de la comunión nos critique, nos descalifique, llame a la división, y que resida tan feliz en su palacio episcopal.

-De acuerdo, si perdemos nuestros rebaños, que así sea.

-Jurídicamente, con un nuevo obispo en la diócesis, perderán sus catedrales, sus residencias, todo. Eso sí, siempre les quedará un grupo de incondicionales –añadió con suavidad un monseñor romano.

-Pues que así sea –concluyó con orgullo uno de los disidentes.

-Usted lo ha dicho, excelencia, que así sea –concluyó el cardenal que ya había recogido sus papeles y estaba a punto de cerrar su maletín.

Los que estaban a su lado también habían comenzado a recoger sus cosas. Al otro lado de la mesa reinaba una cierta estupefacción, y por eso tardaron unos segundos en reaccionar, y en comenzar a recoger sus cosas. Esperaban ellos que el Vaticano les hubiera ofrecido más. Creían que se sentaban a la mesa a negociar y que podían permitirse el lujo de ser duros, que Roma estaría deseosa de conceder algo con tal de mantener la paz. Por un momento los obispos rebeldes tuvieron la sensación de que deberían haber pedido menos. Aunque ellos no debían olvidar (y no lo habían hecho) que ellos eran los más moderados, por eso les habían enviado a ellos. En

Jerusalén varias cabezas mitradas se mostraban contrarias a toda cesión. Pero ahora las conversaciones quedaban rotas de forma definitiva. Ya no importaban los matices. Lo que viniera de Roma, vendría sobre todos los padres del sínodo, moderados y extremistas. Sólo quedaba esperar.

Mientras recogían las últimas cosas, un monseñor romano les preguntó:

-¿No temen el juicio de Dios?

-No –respondió uno de ellos.

-Es su eternidad la que está en juego –insistió el monseñor romano.

-Yo lucho por Dios.

-Nosotros también –dijo otro monseñor del Vaticano.

-Alguno debe estar, entonces, equivocado –concluyó con energía uno de los disidentes.

-No hay duda. Y alguno será reprendido por Dios –dijo el cardenal-. Como ha dicho monseñor Tuangny, la eternidad de alguien está en juego. Es el Papa el que les va a excomulgar a ustedes, no ustedes al Papa. Van a ser separados del Cuerpo Místico de Cristo, de la Barca de Salvación, ¿y no temen? Es triste condenarse por amor al placer y al dinero, pero más triste es condenarse creyendo defender la Tradición.

-Fíjese si estoy seguro de mi postura que estoy arriesgando mi salvación por los siglos de los siglos –aseveró inconvencible uno de los disidentes.

-Nos veremos algún día ante el Juez y Él decidirá.

-A su juicio nos sometemos –concluyó uno de los rebeldes con emoción y un brillo de esperanza en sus ojos.

Monseñor Philips de la Congregación para la Doctrina de la Fe añadió una pregunta ya con su maletín en la mano:

-¿Pero están seguros de que les seguirán todos? Me refiero a que pueden sufrir muchas defecciones.

-Nosotros no miramos el número. La verdad nunca se fija en el número. Podemos ordenar obispos. No sólo podemos nombrar sustitutos de los que nos abandonen, sino que hasta tenemos la capacidad de nombrar obispos para cada una de las diócesis del mundo. Es más, tal vez vamos a tener el deber moral de hacerlo. Sí, efectivamente, quizá ése sea nuestro deber.

-¿Se dan cuenta del marasmo en el que van a hundir a la Iglesia?

-Las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. Hace una hora han dicho ustedes que éramos menos de un centenar de obispos frente al resto. Están equivocados. En un mes, podemos constituir un colegio episcopal exactamente igual en número al que ustedes los curiales están defendiendo. Quizá pronto

hasta habrá otra Curia como la de ustedes. ¿Ante los ojos de la gente seréis vosotros la Curia verdadera?

-Es más -intervino otro obispo disidente-, ahora cuentan ustedes con el apoyo de Clemente XV. ¿Pero qué pasaría si, Dios no lo quiera, falleciera? En caso de sede vacante, ¿cuál de los dos colegios episcopales sería el garante de la legitimidad, ante los ojos de la gente?

Los curiales se retiraron despidiéndose fríamente. Para ellos la reunión había logrado, al menos, los objetivos mínimos. Por un lado, conocer hasta donde estaban dispuestos a llegar los componentes de la parte más moderada de los disidentes. Quedaba patente que hasta el final. Por otra parte, el otro objetivo de la reunión era dejarles claro que Roma no iba a ceder, y que pendía sobre ellos la máxima censura eclesiástica. Si había que hacer ese viaje para que tuvieran la certeza de que eso era así, había valido la pena. Asimismo, los representantes de los reunidos en Jerusalén consideraron que, en cierto modo, habían cumplido su objetivo también. También ellos les habían manifestado abiertamente a los curiales, que los obispos del sínodo no se iban a limitar a dar discursos, sino que consideraban que había llegado el momento de pasar a la acción. Los unos amenazaban con la excomunión, los otros con ordenaciones masivas. Se aproximaba una tempestad eclesial.

Aquella noche



Después de la cena, todavía en Atenas, el cardenal Williams antes de echarse a dormir, se sentó en el butacón de su habitación de hotel. Podía haberse alojado en nunciatura. Pero estaba lejos. Prefería quedarse en el mismo hotel donde había tenido lugar la reunión y no perder tiempo en desplazamientos. Sus acompañantes habían regresado esa misma tarde a Roma. Sólo dos monseñores se habían quedado con él para hacer una pequeña gestión al día siguiente. No estaban ahora en el hotel, porque habían salido a dar una vuelta. Le hubiera gustado ponerse un traje discreto y darse una paseo por el centro de Atenas, como un turista más. Pero Henry estaba cansado y no le apeteció moverse de su habitación.

Tomó el periódico y lo leyó un rato. Estaba tranquilo. Distráido, durante la lectura, fue a tomar algunos caramelos de un pequeño recipiente de cristal que había sobre la mesilla. Los revolvió, comprobando que eran caramelos vulgares. Ni siquiera había uno de los blandos que le gustaban. Se levantó. Menos mal que en la maleta llevaba una bolsita de bolas blandas de regaliz

negro con trocitos de pistacho. Regresó a la cama, donde siguió leyendo editoriales, hojeó noticias y consultó, en vano, el menú del servicio de habitaciones; ya había cenado. Había pasado todo el día tratando de evitar un cisma, en realidad llevaba varios días empeñado en esa tarea al 100%. Pero cualquiera que le hubiera visto relajado leyendo el periódico, hubiera percibido que Henry estaba tan fresco y tan sereno, como si hubiera estado todo el día paseando por el parque o visitando un museo. Era su trabajo, estaba acostumbrado. Y aunque ésta fuera una situación excepcional, sabía desconectar de sus ocupaciones.

La preocupación que había tenido unos días antes en Nueva York, había sido una excepción. Pero él nunca daba vueltas a los problemas de su despacho fuera de sus horas de trabajo. Lo cierto es que, en su caso, si se hubiera implicado emocionalmente con los problemas que pasaban entre sus manos, la presión hubiera acabado con él bastantes años antes. Desde hacía quince años, estaba ocupado en problemas de gran importancia. Pero para él aquello era una ocupación, no una cuestión personal. Por eso mantenía la calma. Su estabilidad de ánimo y su frialdad de juicio destacaban en él de un modo sobresaliente. Tal vez por eso había llegado a Secretario de Estado del Vaticano.

Se levantó del sillón para mirar por el balcón, hacia aquellas luces ámbar de la ciudad, sin ni siquiera acordarse de que lo que aquella mañana había tratado de evitar, era ni más ni menos que una

fractura de la Iglesia. En momentos como aquél, desde el balcón, lo que sentía era tener que ir de aquí para allá continuamente. El oficio le obligaba a subirse de un avión a otro. En el fondo era un nómada, como Abraham. Un trashumante del siglo XXI. No tenía tienda de campaña, pero había conocido tantas habitaciones de hotel, tantas camas de las legaciones diplomáticas vaticanas.

Hasta ese balcón llegaba el ruido del tráfico de las calles. Desde allí se veían tan pequeñas las farolas y los peatones. La Acrópolis iluminada resplandecía con un tono ligeramente anaranjado que le confería calidez. San Pablo había estado en esta ciudad. ¿Habría subido a la montaña de la Acrópolis? ¿O sus escrúpulos judaicos le habrían hecho considerar a ese lugar impuro y sólo habría ido directamente al Areópago sin desviarse, sin sentir atracción por las construcciones idolátricas por bellas que fueran? La Acrópolis lucía preciosa. Ése era uno de los lugares donde había nacido la civilización occidental, la cual después había dominado el mundo. Siglos después del pobre viajero llamado Pablo, esa pensamiento griego se había hibridado para siempre con el cristianismo. A veces había resultado difícil distinguir dónde acababa la vieja civilización y dónde empezaba el nuevo culto. Ambas se habían identificado de un modo admirable, beneficiándose ambas, formando una magnífica e inevitable fusión.

Suena el teléfono. Era de la conserjería para preguntarle si deseaba que le subieran alguna cosa por cuenta del hotel. Henry

declinó la amabilidad. Era evidente que el gerente se había dado cuenta de quién era él. Nadie en Atenas lo sabía. Si los diplomáticos residentes en la ciudad hubieran sabido que estaba allí, su secretario en Roma hubiera recibido más de una decena de llamadas para invitarle a cenar en las embajadas. Aun así, su visita a esas horas no debía haber pasado desapercibida para el servicio secreto griego. En la frugal cena del hotel con el resto de monseñores, había notado la presencia de varios guardaespaldas discretamente colocados en puntos estratégicos.

Ningún gobierno quiere que el n° 2 del Vaticano tenga ningún problema de seguridad mientras está en territorio nacional. Sería una mala propaganda en la prensa internacional de todo el mundo, que alguien así sufriese un atraco, mucho peor un secuestro. Cualquier Estado comprende que después tendría que gastar muchos más recursos en tratar de arreglar la situación. Era preferible proteger al sujeto sin ser notados. A base de tantos años, Henry detectaba la presencia de este tipo de agentes, bien entrenados en el arte de pasar desapercibidos, atentos y efectivos. Unas veces eran los agentes de aduanas los que al pasar el pasaporte por el ordenador, sabían que un pez verdaderamente gordo iba a atravesar la frontera, y un agente de la policía aeroportuaria de paisano ya le seguía desde ese momento. Otras veces, sin duda, era el mismo servicio de seguridad vaticano el que llamaba al Ministerio del Interior para

evitar peligros, si consideraban que en ese país podía existir algún riesgo por pequeño que fuera.

Tras la cena, y a pesar de que le venía bien hacer ejercicio y andar un rato, no había querido salir un rato por el centro de la ciudad con los otros dos monseñores. Tenía ganas de descansar en su habitación. En cualquier hotel se encontraba tan a gusto como en el salón de su casa. A gusto y seguro. Al dejar el restaurante para dirigirse a su habitación, su ojo experimentado percibió que dos hombres de los que ocasionalmente subieron al ascensor, no habían tomado ese ascensor tan ocasionalmente como parecía. Este tipo de detalles le hacían sentir un cosquilleo interno, una especie de orgullo oculto. No consentía en ese pecado, pero tampoco lo combatía en exceso. Hubiera tenido que ser de piedra, para no sentir algo parecido a una leve caricia de vanagloria. Este tipo de pensamientos nada edificantes, eran los que le ocupaban cuando decidió salir al balcón a mirar el paisaje del centro de Atenas.

Apoyado en aquel balcón, desde la altura del piso veinte, en vano buscó un barrio de torres y techos de teja del casco antiguo. Si había existido un centro histórico, había desaparecido. Los edificios eran modernos. Al menos, la Acrópolis resarcía esa carencia con su esplendor. Sus ojos se fijaban en los cipreses del monte, en sus laderas. Aunque su mente más bien oteaba el futuro de la Iglesia. Cada acto, cada decisión, implicaban consecuencias. Consecuencias que podían durar siglos. Un pequeño reino como el de Inglaterra un

año puso rumbo opuesto al de Roma, y todo el futuro imperio británico un día sería evangelizado por anglicanos. Un pequeño reino que era una isla, una isla verdaderamente medieval a pesar de estar en pleno Renacimiento, levantó amarras del puerto de la comunión católica, y la Historia cambió. Si esa pequeña isla hubiera permanecido en el catolicismo, todos los Estados Unidos, Canadá, Australia y tantos países de África hubieran sido enteramente católicos. Con reuniones como la de esa jornada, es lógico que los monseñores que le acompañaban, ese día no pudieran dormir bien. ¿Quién podría dormir recordando que quizá uno pudiera haber hecho más? Pero Henry no. Él era de otra pasta. Volvió dentro de la habitación.

Se lavó los dientes. Durante la operación, por su mente no pasó ni un solo pensamiento eclesiástico. Se dirigió hacia el sillón de la habitación. Al apartar el mando a distancia de la mesilla, para dejar allí el periódico, se miró la mano. El envés de la mano mostraba muchas pecas y manchas propias de la edad. Por esa mano habían pasado y pasaban tantos temas de trascendencia: fracturas de la Iglesia, proyectos arquitectónicos del papado, documentos reservados, escándalos ignominiosos. Henry era consciente de que él brillaría por un tiempo en el firmamento eclesiástico. Después su luz se apagaría y volvería a la tierra, al polvo, al polvo de un sepulcro. Su nombre tornaría a la oscuridad. Había que tomarse todo con serenidad.

¿Cómo irían los proyectos de los planos de construcción del Esquilino? ¿Nombrarían cardenal a Korzeniowski? ¿Apoyaría las dudosas tesis morales de Hinojosa? Por un momento, justo al dejar el periódico, pasaron por su cabeza, como una ráfaga, tres, cinco, asuntos de su trabajo. Asuntos serios como cuál sería el sentido de su voto en una reunión del próximo jueves. Una reunión de la Congregación para la Doctrina de la Fe, donde se debía decidir la retirada definitiva del permiso de enseñar a un famoso profesor de Sagrada Escritura. Eran decisiones que cambiaban para siempre la vida del interesado. Decisiones que suponían que ese ser humano tuviera que abandonar el puesto de trabajo que había tenido durante treinta años, que tuviese que abandonar su vivienda en la universidad. Pero Henry fue fuerte: no quería pensar en nada del trabajo. Era su momento de descanso. No iba a admitir ningún pensamiento intruso. Escuchó algunas noticias en la CNN, hasta que notó que el sueño le cerraba los ojos.

El cardenal con toda calma tomó su breviario y se dispuso a rezar sus últimas oraciones. Después, hizo examen de conciencia, se puso su pijama, se arrodilló para rezar tres avemarías, se acostó y apagó las luces. Un día más había acabado. Un día más de una Historia que ya duraba más de dos mil años. Una Historia que comenzaba con las palabras: *Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham...*

La luz ya estaba apagada. El cardenal cerró los ojos y se arrebujó en su lecho. De pronto se acordó de que su sobrinita Helen le había pedido una miniatura del Partenón. *Tío, si algún día vas a Atenas, ¿me traerás un Partenón pequeñito?*, le pidió con tono mimoso la pequeña pecosa de coletas rubias. *Te lo prometo*, le había respondido con voz melosa su tío. Henry encendió la luz, tomó el móvil que tenía en la mesilla, marcó el número de Monseñor Carlo María.

-Hola, Carlo, ¿estáis todavía en el centro? Perfecto. Por favor, mira a ver qué está abierto. Necesito una reproducción del Partenón. Que no sea de grandes dimensiones. Un souvenir. Me da lo mismo. Mármol, cerámica o pasta. Gracias. Espera, no. He visto uno muy gracioso, rosa. Fabricado de una pasta blanda. Sí, ése le encantará. Nos vemos en el desayuno.

Henry dejó el teléfono de nuevo en la mesilla. A su mente le vino el pensamiento de cuántos obispos se hubieran puesto nerviosos ante una llamada de monseñor Carlo María de la Secretaría de Estado. Mientras que él podía llamarle, para pedirle que comprara un recuerdo para su sobrina. No orgullo en este pensamiento, simplemente le vino a la mente. Salió de la cama a por una crema. Le dolía la zona lumbar. Tenía que hacer más ejercicio. Tantos asuntos se habían acumulado, tantas horas sentado en el avión. Se puso un poco de *Calmatel*. Antes de dejar la pomada en su maleta, leyó la letra pequeña del envase: *piketoprofeno* 1,8 gramos por cada

100 gramos. El cardenal había conservado un aspecto casi atlético. Pero las pequeñas goteras de la edad, comenzaban a aparecer en el tejado de su vida. Menos mal que los problemas no le habían envejecido.

Tantos problemas. Tantos cabos desatados que había que ir atando pacientemente, reconduciendo con la habilidad de los dedos cuidadosos de un relojero. Pensó lo distinta que habría sido la Historia si aquel Papa polaco no hubiera sido asesinado en la Plaza de San Pedro. Juan Pablo II pareció albergar deseos de encauzar los excesos del postconcilio. Ya nunca se sabría. Una bala cambió el curso de la Historia de la Iglesia. Pero hubiera llegado a ser lo que hubiera llegado a ser aquel *pontificatus interruptus*, lo cierto es que su inmediato sucesor, Juan Pablo III, siguió completamente la línea de experimentación y *laissez faire* de Juan XXIII y Pablo VI. Y si Juan Pablo III fue un Papa de ideas modernas, Pablo VII fue más allá y abrió todas las compuertas cerradas a la innovación. Fruto de todos estos vientos de diálogo con la modernidad, fue el Vaticano III. Muy breve, un año tan solo. Algunos historiadores han dicho que más que un concilio, fue un prólogo. Un verdadero prelude de lo que vendría después.

Pero han bastado cuarenta años desde la clausura del Vaticano III, para que hasta los obispos más impulsores de la renovación se aperciban de que la acumulación de tensiones en las estructuras del edificio eclesial, comenzaban a ser insostenibles. El

Papa les dio la razón y les concedió en el año 2028, tal como pedía la mayoría, un concilio ecuménico para ser celebrado al año siguiente. Si el anterior concilio había sido convocado para renovar. Éste debía poner orden. *Hablemos entre todos, para poner orden*, ése fue el espíritu que movió a las grandes cabezas del orbe católico. Aun así, para los cismáticos, había llegado tarde el remedio.

Todo esto venía a la cabeza de Henry, como una especie de río de recuerdos e ideas desconexas, pero que formaban una cierta continuidad. El viejo monseñor de la Secretaría de Estado siempre desconectaba muy bien. Pero esa noche los asuntos eclesiásticos estaban tardando en desvanecerse de su mente. Los últimos pensamientos fueron para el partenón que iba a regalar a su sobrina. Esperaba que Carlo María le comprase exactamente el modelo que le había explicado. Ése y no otro. El modelo de partenón blando. Carlo María era muy bueno para los grandes asuntos de la Secretaría de Estado. Pero un desastre para los pequeños encargos. Le he repetido varias veces que quería un partenón, y es capaz de llegar con un Hello Kitty.

La dureza de las piedras romanas



Catorce días después

27 de noviembre

El Cardenal Williams entró en la sacristía de la Basílica de San Pedro del Vaticano. No en la sacristía general, más grande, que ya estaba llena de sacerdotes y obispos, sino en una más pequeña reservada a los cardenales. Al llegar, saludó serio a los que allí estaban con una inclinación de cabeza. El ambiente que reinaba era muy serio, más serio que nunca. Incluso la iluminación parecía más apagada; aunque, sin duda, este detalle se debía a una sensación psicológica.

Durante dos semanas la Curia Romana había contenido la respiración. ¿El Sínodo seguiría adelante con sus ideas de ruptura? ¿El Papa cumpliría la amenaza de excomulgar a sesenta y siete obispos? La Iglesia entera miraba expectante el desenlace del pulso echado a Roma. Ahora, el 27 de octubre de 2029, tras todo tipo de exhortaciones, tras varias conminaciones, tras el envío posterior de dos legaciones, había llegado el día.

Henry se fue revistiendo sin prisas con todos los ornamentos propios de su rango cardenalicio. La vestición con el alba, capa pluvial y mitra, le llevó dos minutos. Siempre realizaba este acto de forma cuidadosa. El amito de lino debía cubrir bien con su blancura las prendas inferiores. El nudo del cingulo debía hacerse bien, tenía su simbolismo. Todos estos pasos que le marcaban las distintas prendas, los hizo fijando su vista hacia la larga mesa de madera oscura donde estaban exquisitamente plegadas todas las prendas. Sólo después de colocarse la mitra, miró al resto de cardenales presentes que aguardaban en silencio. Era patente que todos mostraban un rostro apenado y sombrío.

En menos de dos minutos, el Papa llegó. Apenas perdió tiempo en saludos. Fue directo hacia las prendas litúrgicas que le aguardaban en el centro de un tablero. Un tablero cubierto de terciopelo bajo un tríptico que representaba a San Francisco reconstruyendo la Iglesia. Mientras el Papa se colocaba las borlas de su cingulo hacia atrás, metiéndolas por dentro de dos lazos que formaban las vueltas de ese cordón blanco, sus ojos se fijaron en la gran escena central del tríptico que tenía frente a sí. Las pupilas castañas de Clemente XV, habían perdido brillo, pero se pasearon por las historias relatadas en las escenas laterales menores. Representaban a distintos fundadores de órdenes, construyendo partes del gran edificio de la Iglesia.

El Papa se revistió lentamente, meditativo, después se arrodilló ante el crucifijo que tenía delante y esperó a que sonara el carillón del reloj. En cuanto, el reloj tocó los seis sones que correspondían a las seis de la tarde, el Santo Padre se levantó, se persignó, y los presentes se colocaron en dos filas. La procesión comenzó a caminar hacia el portón de salida enmarcado de mármol travertino con vetas rojas. En cuanto la procesión de cardenales apareció en la sacristía general, se puso en marcha la doble fila de obispos y sacerdotes que allí ya esperaba. La procesión avanzó por el centro de la Basílica de San Pedro del Vaticano en mitad de un insólito silencio. No había cantos, no tocaba el órgano, una nube de pesadumbre envolvía a la gente que esperaba en los bancos.

Cuando llegaron al presbiterio, el Cardenal Williams contempló el triste espectáculo de los elementos dispuestos delante de ellos para proceder a la ceremonia de excomunión de los cincuenta y siete obispos rebeldes. De los setenta y ocho obispos que, en un primer momento, se adhirieron al Sínodo de Jerusalén, veintiuno se habían retirado tras las admoniciones oficiales de que se iba a proceder a su excomunión. Esos veintiún obispos que se retiraron, habían pretendido manifestar su disensión, su malestar, pero ahora afirmaron no querer acabar sus días fuera de la Iglesia. Una cosa era protestar, otra muy distinta ser expulsados del Cuerpo Místico. Los disidentes contemplaron contrariados como la retirada

de esa veintena de colegas. Retirada escalonada en los días que mediaron entre las primeras admoniciones y las últimas.

Ahora ya no había posibilidad de marcha atrás para el papado. Había empeñado su autoridad en la promesa de castigar con las máximas penas espirituales a los pertinaces lobos que dividían al rebaño, solo restaba usar el poder otorgado por Jesucristo. El Papa no sólo había querido excomulgarlos, sino hacerlo con toda la solemnidad posible. Normalmente las excomuniones se realizaban firmando y sellando una bula. La Curia, esta vez, le había animado al Papa a hacer de ese acto jurídico un acto ritual. *La sociedad necesita signos*, le habían repetido los cardenales. *Firmar un papel es algo frío, en este caso se requieren imágenes. La televisión precisa de imágenes. Lo que no aparezca en una imagen, es como si no existiese. La opinión pública guarda en su retina las escenas vistas en los noticias de los obispos reunidos en Jerusalén. Ahora debemos ofrecer una contraimagen a las fotos de esas mitras reunidas en aquel hemiciclo dentro de un monasterio.* Sí, los sediciosos serían apartados de la Iglesia de un modo ritual. Habían entrado a ella a través de los ritos del bautismo y el sacerdocio, esos obispos rebeldes saldrían de ella con deshonor a través de otros ritos. Para todo el mundo, quedaría claro que ellos ya no representaban el Mensaje de Jesús, que no eran parte del rebaño, que no formaban parte de los defensores de la sagrada tradición ininterrumpida.

El Cardenal Williams tenía dispuesto su asiento a la derecha del Papa. Había subido los escalones del presbiterio con la cabeza algo inclinada. Ahora levantó sus ojos hacia la nave central de la basílica. Justo delante del presbiterio, cerca de donde comenzaban los escalones forrados de tela, había seis candeleros, grandes, pesados, dorados, sosteniendo cada uno un cirio. El seis representaba un número no pleno. Esos cirios representaban de forma simbólica a los cincuenta y siete prelados a cuya excomunión se iba a proceder. La nave de la basílica estaba menos iluminada que otras veces. Ni siquiera estaba llena. Sólo había mil personas en los bancos en representación del pueblo fiel. Mil personas congregadas para una ceremonia que no era ni una misa, ni una celebración de la Palabra. No se habían reunido para alabar el nombre de Dios, ni para pedirle perdón por los propios pecados, se habían reunido para presenciar una brevísima ceremonia de excomunión.

El Romano Pontífice, revestido una mitra y una capa de color morado, para simbolizar la necesidad de hacer penitencia por la muerte espiritual de los cismáticos. El Papa tenía a seis cardenales sentados en cada uno de sus flancos. Todos revestidos con capas y mitras mostraban un continente grave acorde con la ocasión. En torno al presbiterio, cien obispos revestidos de hábito coral. El espacio entre los prelados y el pueblo fiel estaba ocupado por unos doscientos sacerdotes. Todos los detalles habían sido supervisados

con esmero, porque quince cámaras de televisión retransmitían esa ceremonia para todo el mundo.

Roma daría un mensaje claro al mundo: en la Iglesia cabía todo, todas las espiritualidades, todas las formas de pensar, todas las mentalidades y todas las estéticas, pero no se toleraría a los desobedientes. Los sembradores de división no tenían lugar en la Casa de Dios. Toda comunidad necesita de una cierta disciplina para mantenerse unida. La Santa Sede dejaría así patente que iba a seguir ofreciendo comprensión y acogida a todos, pero también castigos espirituales cuando así fuera necesario.

La Curia había cerrado filas alrededor del Vicario de Cristo. Como le dijeron al Papa varios prefectos de dicasterio: *Este tipo de acciones son necesarias de vez en cuando. Si no, los pastores llegan a la convicción de que pueden hacer cualquier cosa, de que hagan lo que hagan, desde la Urbe no se va a reaccionar.* Varios arzobispos del mundo avalaron la acción papal, diciendo que si no se obraba así, no sólo habría fractura por el lado del conservadurismo, sino otra por el lado del progresismo. Una misma ceremonia dejaría bien manifiesto a unos y a otros, que no se toleraría el quebrantamiento de las leyes canónicas.

Un joven acólito se acercó a la sede papal y sostuvo abierto un libro de grandes páginas. *In nomine Patris et Filii et Spiritus Sanctus*, comenzó el Romano Pontífice con voz vigorosa, firme, potente a pesar de sus setenta y ocho años. A eso siguió el Confiteor

y el Kyrie Eleison. Tras lo cual se sentaron y se realizó una sola lectura. Una lectura de la primera carta a Timoteo, capítulo I:

¡Al Rey eterno y universal, al Dios incorruptible, invisible y único, honor y gloria por los siglos de los siglos! Amén. Hijo mío, te hago esta recomendación, conforme a lo que se dijo de ti por inspiración de Dios, a fin de que luches valientemente, conservando la fe y la buena conciencia. Por no haber tenido una buena conciencia algunos fracasaron en la fe, entre otros, Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendieran a no blasfemar.

Tras esta única y breve lectura. El Papa dio un sermón que no superó los cuatro minutos. Habló de que los sembradores de la discordia ya no eran más mensajeros de Dios, sino profanadores de los invisibles lazos de comunión que mantenían unido el edificio divino sobre la tierra. *El acto que han realizado esos administradores de la Casa de Dios es gravísimo*, dijo en un momento dado, *por eso podemos afirmar que la Justicia Divina tendrá más misericordia de los pecadores de la carne, de los pecadores por debilidad, que de los profanadores de la unidad sagrada.* Las palabras del pontífice estaban teológicamente muy calculadas. El sermón decía claramente que aquellos obispos desobedientes habían quedado sentenciados en vida, a vagar fuera de los muros que contenían las gracias del Fundador de la Iglesia. *Sólo*

la misericordia de Dios podrá ya levantar la sentencia pronunciada por mí, indigno siervo, pero Sucesor del Apóstol Pedro, dijo el Papa. Ellos dicen haber realizado estas acciones por Cristo, pero su Vicario en la tierra les arroja fuera del redil. Ellos que tenían que haber sido mensajeros de la salvación, se han transformado en símbolos de desobediencia, de división, y finalmente de traición. Ellos que tenían que haber sido la alegría de Cristo, se han transmutado en su tristeza. La Iglesia, que es madre, los expelle de su seno de salvación.

Tras estas palabras, tuvo unos pensamientos de esperanza. Dijo unas paternales palabras caritativas, para concluir, en las que pidió que ese ritual que iban a realizar, tocara los corazones también duros de los desobedientes. Un duro ritual, para unos corazones endurecidos. Sin duda los obispos disidentes estarían viendo o acabarían viendo esa ceremonia en la televisión. Cuando el sermón llegó a su fin, la posición de la Iglesia había quedado nítida. Los fieles desorientados quedaban advertidos de que esos cismáticos eran una región de pastos nocivos. Todos esperaban un sermón severo, pero nadie, salvo la Curia, esperaba unas palabras tan rigurosas.

Dio comienzo el ritual de la excomunión propiamente dicho. En mitad del silencio del templo, se aproximó el acólito con el libro, lo abrió y el Sumo Pontífice proclamó con energía:

-Yo, Clemente XV, Obispo de la diócesis Roma, Sucesor del Apóstol Pedro, Pastor del Rebaño de Cristo, Pontífice Supremo de la Iglesia Universal, y Vicario de Cristo, por el poder de las llaves que me ha sido conferido, excomulgo a los siguientes arzobispos y obispos de la Santa Iglesia Católica.

Un diácono, desde el ambón de las lecturas, comenzó a leer la lista:

Leonard Fisher, obispo de Madrás.

Pietro Francesco Todeschini, obispo de Ceneda.

Hugo Paxton, obispo de Ayacucho.

Costas Trikoupi, obispo de Trichinopoly.

Isaac Kodjo, obispo de Illigan.

Daniel Feeny, obispo de Alep.

Y así hasta acabar de leer los nombres de los cincuenta y siete excomulgados. Una vez que la oscura lista fue agotada, una vez que se alcanzó el último nombre infaustamente inscrito, el Romano Pontífice continuó:

-Separo a esos arzobispos y obispos del precioso Cuerpo y Sangre del Señor y de la sociedad espiritual de los cristianos –hizo una pausa-. Los excluyo de nuestra Santa Madre la Iglesia en la tierra –hizo una segunda pausa-. Los declaro excomulgados y anatema. Los repruebo y los expulso con el Diablo y sus demonios.

Entonces, el Papa se acercó al primer cirio de los seis que ardían delante del presbiterio. Los cirios blancos, enhiestos, lucían bellos y silenciosos. Clemente XV alargó su mano y con un apagavelas, sin prisa, extinguió la llama del primer cirio. La mano del Vicario de Cristo prosiguió cirio tras cirio. Una a una, las llamas fueron apagándose tras exhalar un último suspiro de humo gris.

Después que la última vela quedó a oscuras, el Papa se quedó frente al último candelabro apagado y allí leyó en el ritual:

-Señor, apiádate de sus almas y que no caigan en el fuego eterno del infierno. Amén.

Desde el extremo izquierdo de los candelabros, se dirigió al flanco derecho, donde había una campana de unos cien kilos de peso, sostenida por una solida estructura de gruesos maderos rectangulares. El acólito le pasó un martillo con maza de plata y golpeó una sola vez la campana. Con ello simbolizaba que se tañía por los muertos espirituales, marcando definitivamente, una vez más, un antes y un después.

Tras esta acción, y sin moverse de su sitio en el lado derecho, el Papa leyó:

-Señor, ten misericordia de ellos y concédeles el arrepentimiento de sus faltas, y tiempo para hacer penitencia mientras sus vidas duren sobre este mundo. Amén.

Acabado el acto de la excomunión, un diácono subió al ambón y leyó una lista de los clérigos suspendidos *a divinis*, además

de cuatro monasterios y dos universidades sobre los que caía el interdicto. Los sacerdotes suspendidos eran los que más se habían destacado en los medios de comunicación a favor de la revuelta. A partir de ahora, se les prohibía celebrar cualquier sacramento. Las dos universidades, muy pequeñas y reaccionarias, se habían adherido de forma oficial al Sínodo de Jerusalén. A partir de ahora, con el interdicto existía una prohibición pontificia de celebrar ningún acto litúrgico en sus capillas.

Mientras la lista era leída por un diácono africano, el Papa regresó a su sede ante el Altar de la Confesión. Allí aguardó a que los últimos nombres fueran leídos. Finalizada la lista, el Papa entonó un solemne *oremus*, tras el cual vino la última oración:

-Oh, Dios de Justicia, te pedimos por estos hermanos nuestros, a los que acabamos de separar de la grey. Concédeles algún día el arrepentimiento para ser reintegrados en la Santa Iglesia. Y concede a tu grey el no verse inficionada por la seducción de su escándalo. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén

El Papa dio la bendición, y los oficiantes y los obispos abandonaron procesionalmente el templo, cantando en gregoriano el *Dies Irae*.

Una vez que en la sacristía se quitaron todos los ornamentos, el cardenal Williams, el Jefe de la Casa Pontificia, el Protonotario Apostólico y dos secretarios, subieron por unas escaleras

acompañando al Papa hacia el Palacio Apostólico: geometrías de mármol sobre los suelos, guardias suizos que se cuadraban y saludaban militarmente, ocho hombres vestidos de negro pertenecientes al servicio de seguridad. Iban todos en silencio. Nadie quiso comentar nada. Al llegar al Palacio Apostólico, los hombres del servicio secreto se quedaron en la entrada. Los clérigos siguieron adelante. Tras dos estancias más, entraron al despacho papal; cerraron la puerta.

Clemente XV se sentó en su mesa. Sus dos secretarios le pusieron delante una bula de la que ya pendía el sello del pescador. El documento, escrito a mano por la Cancillería Apostólica, estaba completo, sólo faltaba la firma del Romano Pontífice. Nada más escribir su nombre (los Papas no rubrican), le pusieron delante una copia del documento. La firmó sin decir nada tampoco. El original quedaría en el Archivo Vaticano, y una copia sería entregada al excomulgado Patriarca de Jerusalén. Una copia menor del documento, firmada cada una por dos monseñores de la Cancillería Pontificia que atestiguarían su autenticidad, sería entregada a cada uno de los obispos cismáticos. No había que despreciar el poder que tenía el objeto en sí mismo. Era fácil imaginarse el estado de ánimo de un obispo al recibir ese documento, al releer por la noche a solas, otra vez, la bula en la que uno quedaba apartado de la Iglesia.

La copia del documento original fue introducida por un secretario en un cilindro de cartón. Una etiqueta con unas pocas

palabras latinas explicaba de qué trataba su contenido. Después Clemente XV miró a su otro secretario y le preguntó si la cita de la delegación japonesa del día siguiente había sufrido algún cambio.

-No, Santidad. El horario sigue igual.

-Muy bien. Me retiro entonces –dijo el Santo Padre corriendo la silla hacia atrás.

Los clérigos se despidieron y el Papa salió en dirección a sus aposentos.

Dieciocho días después

15 de diciembre



El cardenal Henry Williams se sentó en el sillón de su habitación con vistas al plácido río Isar. En su camino de retorno al Concilio Bostoniano, se había detenido en Alemania. Asuntos urgentes. Se encontraba en Munich. Un arzobispado realmente soberbio, ultramoderno. Y, no obstante, con aspecto de castillo medieval en pleno centro del nuevo barrio de Udenmark. La archidiócesis muniquesa era floreciente, económicamente boyante, iniciando apostolados innovadores, experimentando siempre con nuevos proyectos. Le recibió el vicario general, el obispo estaba en el Concilio.

También esta archidiócesis, como tantas otras, cuenta con un ejército de colaboradores que han recibido las órdenes menores. En el vestíbulo del arzobispado esperaron al cardenal cincuenta de ellos. Todos vestidos al modo usual de los oficiales de puestos eclesiásticos: jersey, pantalón y americana negra con camisas blancas. Seis presbíteros rodeando al vicario general le presentaron a los tonsurados, ostiarios, lectores, exorcistas, acólitos, subdiáconos y

diáconos que trabajaban en las dependencias del edificio del arzobispado. Estos oficiales cada día a las 12:00 se vestían con sus albas y formando dos hileras se dirigen al coro de la Capilla del Arzobispado, donde cantaban un magnífico oficio de sexta. Cada día, todos, desde el ecónomo hasta la secretaria del archivo de sacramentos, cantaban un gregoriano que nada tenía que envidiar al de cualquier monasterio benedictino. Sí, una sublime conjunción de laicidad y clericalidad.

El mismo vicario general que estrechó la mano del cardenal y le enseñó las dependencias y oficinas del edificio, era un ingeniero informático que lo había dejado todo para servir a la Iglesia. Un vicario general que era un laico casado, entregado de todo corazón al apostolado y a la administración de la diócesis. Esta situación no le era extraña al cardenal, pues él mismo Henry iba acompañado por tres preladados-laicos de la Secretaría de Estado. Mientras le explicaban a su eminencia el organigrama de aquella archidiócesis modélica, él sonreía, pero no podía alejar de la mente sus temores acerca de la relegación del sacerdocio.

Nada malo había en que la gema del sacerdocio estuviera rodeada de aquel grupo de laicos a los que se les habían conferido órdenes menores. El problema era que la gema central estaba siendo ahogada por el marco que la engarzaba. Aquella archidiócesis, como tantas diócesis en el mundo, mostraba con claridad los frutos del camino emprendido treinta y tres años antes por Aniceto II y León

XIV, su sucesor. Para unos una etapa de apertura de la Iglesia, para otros un nuevo siglo de hierro. Según los más tradicionales, pronto habría nuevos Constantinos, nuevos Carlomagnos, o dicho de otro modo que la sociedad civil intervendría sin cortapisas en el seno de la Iglesia como si se tratara de una asociación más. La semilla de las investiduras laicas feudales estaba bien sembrada. Por lo menos eso era lo que decían los detractores de este rumbo.

-Cada vez siento más fuerte la tentación de pensar que los detractores tienen razón –pensó el cardenal, acomodado en su habitación del arzobispado de Munich. El sillón era cómodo. Las vistas del río Isar magníficas. El campo de tres parques, a lo lejos, se veía verde. Pero el cardenal se sentía cansado. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

-Sin embargo, yo defiendiendo la posición romana –se dijo a sí mismo, absorto, el cardenal, levantando la cabeza del respaldo y mirando a lo lejos por la ventana-. Y la postura oficial de Roma es favorable a ese ejército de colaboradores laicos investidos de órdenes menores –el cardenal exhaló un largo suspiro de fatiga-. ¿Qué iglesia conoció aquí San Bonifacio en el año 739 al fundar la diócesis? Tengo mis propias ideas acerca de cómo debe ser la Barca de Cristo. Pero de lo que no hay duda, es de que aquí no hay ni buenos ni malos. Todos tratan de hacer el bien. Todos luchan por esa misma Barca de Salvación. No hay derechas ni izquierdas. En cierto

modo, no hay ni progresismo, ni conservadurismo. Sólo ortodoxia y heterodoxia, sólo santidad e iniquidad, sólo visión espiritual y visión mundana de las cosas. Aunque en este caso, ni siquiera podemos decir que unos tienen una visión mundana de las cosas y otros la tienen espiritual. Todos buscan el bien de la Iglesia y el triunfo de Cristo.

¿Tengo yo el privilegio de la visión justa y ecuánime del mundo y de la historia? Todos estamos convencidos de poseer la visión más ajustada de cómo son las cosas y cómo deberían ser. Todos creemos estar en posesión del secreto de las proporciones justas, de ese número áureo más allá del cual comienza lo excesivo o lo escaso.

Sin embargo, aunque la visión de este Isar tranquilo, azul, idílico serena mi espíritu, sé muy bien que hay un cisma, quiera acordarme de ello o no. Un cisma que conllevará litigios en el foro civil, que traerá conjuras internas y más excomuniones. Un cisma no confinado a un país, sino de dimensiones universales. Y en el Gran Teatro del Mundo, a mí justamente, me ha tocado ser el número dos del Vaticano. Los historiadores del futuro se preguntarán si no pude hacer más. Algún estudiante indonesio de la Gregoriana, dentro de un siglo, hará una tesis doctoral sobre mi papel en todos estos acontecimientos.

El teléfono de la mesilla cercana suena. El cardenal responde: Sí. A las siete me viene muy bien que me recojan. De acuerdo. Hasta luego.

El cardenal miró al bosquecillo que se divisaba al otro lado del río. En la contemplación de ese verdor, volvió a sumirse en sus pensamientos.

-En cualquier caso debemos evitar la tentación de una Iglesia fuerte –pensó Henry tomando la taza de té negro que acababan de traerle-. La fuerza no evita los cismas. Sólo la santidad de los hombres. El edificio del arzobispado de Munich es maravilloso. ¿Pero qué precio debemos pagar por él? La Iglesia tuvo que superar el hechizo del Poder en tiempos de la Edad Media. Ahora tiene que superar este viejo hechizo que nos lleva a un nuevo feudalismo.

Suena el teléfono móvil del cardenal. Lo atiende. Una consulta concreta acerca del proyecto arquitectónico del Esquilino. Cuestiones de planos, presupuestos y aspectos funcionales de los edificios. El Cardenal Williams da las indicaciones precisas sin dudar, como alguien que conoce bien el tema. Después la conversación da un giro. Un minuto después era evidente que el interlocutor, otro cardenal, había comenzado con los juicios de valor acerca de otros colegas. Henry trata de capear el temporal sin implicarse, sin criticar. Finalmente le dice:

-Tranquilo. El que yo sea australiano, no nubla lo más mínimo mi entendimiento. Evaluaré a O'Rourke con tanta

objetividad como si fuera de Zambia o de Laos. (...) Tranquilo, sí. (...) Dale un saludo a tu encantadora madre y dile que haría otro viaje a Bélgica sólo por probar de nuevo su strudel de moras y sus trenzas de brioche. Hasta pronto.

Con flema británica, el cardenal se mete el móvil en el bolsillo. Lo de que haría ese viaje sólo por probar el pastel, era completamente falso. Y menos con su propósito de no engordar ni un kilo. Es más, ni siquiera le había gustado mucho el pastel, que estaba un poco crudo por el centro. Pero sabía que no pasaría ni una hora más en el purgatorio por haber dicho esa amabilidad.

El cardenal se relajó y echó su cabeza hacia atrás en el sillón. Volvió a sumirse con la vista en el verde paisaje que veía a lo lejos desde su ventanal. Iba en mangas de camisa. Se había quitado la sotana y el alzacuellos que tanto le molestaba. Después de trabajar todo el día, deseaba sentarse y no hacer nada. Su mirada vagó por la habitación. Alguien verdaderamente sabio, al servicio de su anfitrión, había dejado con suma oportunidad un álbum de gran formato que reproducía las bellísimas ilustraciones del siglo XVII de Athanasius Kircher. Con agrado observó que los armarios de su habitación contenían los cuarenta y cuatro volúmenes de la obra integral del genial jesuita. Mirando por los armarios pronto se encontró con que había facsímiles del Beato de Burgo de Osma y del San Millán de la Cogolla. Sí, alguien que sabía le había informado al anfitrión de cuáles eran los gustos del Secretario de Estado. Iba a

pasar unos momentos deliciosos antes de la hora de la cena, buceando en ese mar kircheriano que estaba allí a su disposición. La de tiempo que llevaba deseando algún día pasearse por esa obra. Comenzó hojeando el tomo titulado *Obelisci Ægyptiaci*.

En ese preciso instante, sonó de nuevo el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón. Se quedó sorprendido de que su teléfono tintineara dulcemente con una segunda llamada. Ese aparato tenía dos números diferentes, y dos sonidos distintos para las llamadas entrantes. Y el tintineo de ahora era el de las llamadas más importantes, no solía recibir más allá de siete llamadas a la semana. Los pocos que tenían el número de teléfono de su secretario personal Brendan, le telefoneaban y era Brendan el que distribuía las llamadas a sus colaboradores en la Secretaria de Estado, dejando unas pocas al cardenal Williams, que devolvía la llamada al día siguiente o varios días después. Pero si el número de su secretario personal era dado a muy poca gente, muchos menos eran los que conocían la existencia de ese otro teléfono directo. No más de nueve personas tenían el privilegio de poderle llamar sin intermediarios.

Miró el número entrante. Al momento supo quién era. En su última visita a Venezuela, le había dicho al Cardenal de Caracas que le llamara a ese número si, en algún momento, ocurría algo que debiera conocer sin dilación.

-Eminenza, ¿come sta?

Henry, como todos los que habitualmente hablan italiano, cuando conversaba en español, mezclaba palabras italianas, sin poder distinguir unas de otras. Aunque fuese australiano, hablaba un español refinado, salpicado de palabras cultas aprendidas en sus muchas lecturas y conversaciones diplomáticas. Pero al hablar español o portugués le resultaba imposible no confundir algunos términos de esas lenguas con el italiano.

-Cardenal Williams, perdone que le llame.

-No si preocupi. Dígame, ¿qué ocurre?

-Ahora mismo hay una masa de cinco mil personas gritando furiosas delante del palacio arzobispal. La policía, escasa, trata de contenerla por medios pacíficos. Vuelan piedras contra las ventanas. En la fachada ya no queda un cristal intacto. También han lanzado varios cócteles Molotov.

-¿Qué me dice?

-Mucho me temo, que van a asaltar mi residencia. Desgraciadamente, la muchedumbre rodea todo el perímetro del edificio. Resulta imposible escapar.

-¿En serio crede que van a asaltar sua residencia?

-No lo sé. Pero estamos en un tris de que así suceda. No le digo otras cosas, porque mi teléfono puede estar intervenido. Hemos colocado muebles atrancando las puertas de entrada.

-¿Hay documentos dentro del edificio que possono comprometer la Iglesia si cadono en manos ajenas?

-Creo que no. Aun así, en el archivo secreto hay asuntos delicados.

-Le autorizo per distruggere íntegramente todos los archivos. Non aspettare al último momento –insistió con autoridad el cardenal Williams.

-Perderíamos información valiosa.

-Sólo perderanno la constancia d’esa información. Son hechos pasados. Ahora resulta más importante, que especialmente nuestra correspondencia no salga a la luce pública a través de las manos equivocadas. Es preferibile que no quede constancia de lo pretérito, a que ahora se use contra la Iglesia. Repito que le autorizo a distruggere todo el contenido de los archivos. Y, por favor, se lo suplico, usted trate de salvarse. Si la masa de gente entra en tropel, sáquese el clergyman, vístase de cualquier manera y mézclese si puede con la moltitude. No trate de contenerles. Nada puede contener una muchedumbre enfurecida.

-Muy bien, así lo haré.

-Ahora mismo, tocaré todos los resortes diplomáticos para tratar de ayudarle.

-Gracias, Cardenal Williams. Que Dios le bendiga.

-Adiós, adiós –se despidió nervioso Henry.

Nada más colgar, hizo varias llamadas más. Intentó ver si era posible que el Presidente de Brasil llamase al Presidente Venezolano para advertirle de que era necesario detener esa multitud. Logró

hablar con el Secretario de Estado brasileño. Quedó tan consternado como Henry. Le aseguro que se iba a hacer todo lo posible. Durante los siguientes minutos, el Cardenal Williams iba y venía excitado por la habitación haciendo llamadas.

El “gracias, Cardenal Williams, que Dios le bendiga”, había sonado como la despedida de alguien antes de morir, de alguien que se despide definitivamente. Henry hizo dos llamadas más a diplomáticos de Argentina y Chile. *Haced lo que sea*, les pidió. Una hora después, le confirmaron que la policía había enviado refuerzos, que se habían interpuesto entre el edificio y el gentío, conteniéndolo de forma efectiva. No había pasado nada. A Henry le quedó la duda de si sus llamadas habían tenido ejercido alguna influencia en que se enviara a la policía. Nunca se sabría. Tal vez el régimen sólo había querido dar un susto y el *tempo* de la intervención policial estaba planeado desde el principio.

Hora y media después, recibía el informe final acerca de sucesos en Venezuela. Llamando a su vez al Santo Padre para tenerle al tanto de lo sucedido. El cardenal, tranquilizado, bajó las escaleras para dar un paseo por el jardín de setos y césped del parque que había delante del arzobispado. Un jardín con poca variedad botánica, pero con el encanto de la simplicidad. El cardenal paseaba con una sencilla sotana negra. Miró divertido la riña de dos niñas rubitas. En la fase final del enfrentamiento, la más pequeña, de

tirabuzones de ángel, le emplastó en plena cara uno de sus pasteles de barro. Después se detuvo viendo como un yorkshire terrier trataba de perseguir a unos gorriones. Los cuales se tomaban muy en serio los movimientos erráticos de aquel diminuto depredador canino, que no había matado nada en la vida. El cardenal prosiguió su paseo, sumiéndose de nuevo en sus reflexiones.

El Vaticano debía ser cauto. Las ideas populistas se habían extendido por todo el continente. Ocho países vivían su particular versión del socialismo bolivariano. Casi ciento treinta millones de personas, embarcadas, con gusto o sin él, hacia la aventura de la revolución. Y la Iglesia estaba en mitad de todo ese proceso. Estaba justo en medio, como testigo, como obstáculo, como profeta, como una institución que debía capear el temporal.

-Parte de Centroamérica y Sudamérica se prepara para la revolución, mientras que aquí se construyen las bases de un nuevo esplendor occidental -pensó con pena el cardenal-. Aquí están levantando un futuro. Allí trabajan para las llamas de la revolución. Cuántas veces habrá que repetir el experimento.

Pero frente a esas tensiones, los campos verdes que se veían desde ese parque, le confortaban. Campiñas, árboles, el sereno río de aguas lentas. Desde allí se veía todo como una estampa idílica. Australia... qué lejos le parecía su tierra natal. A veces, la añoraba. Le parecía un mundo mucho más sencillo que el europeo, más espacioso, más luminoso. Sin embargo, en la gran isla austral era

difícil encontrar estampas de bosquecillos y prados tan propios para un cuadro del romanticismo melancólico de principios del XIX, estampas como la que se veía desde el montículo al que había subido.

El teléfono de su bolsillo volvió a sonar. El pesado de antes. Se le había ocurrido un plan fantástico para comer strudel y brioche en casa de su madre. Lo malo de dar un número personal, pensó el cardenal, es que después no puedes retirarlo.

Esa misma tarde



-Eminencia.

Era el secretario del cardenal Williams, tras llamar a la puerta de su habitación.

-¿Sí?

-Está al teléfono el cardenal –le advirtió *sotto voce* mientras tapaba con la mano el micrófono de su teléfono móvil.

Henry corrió hacia atrás la silla y se levantó de la mesa donde estaba leyendo, e hizo gesto de que le pasara el teléfono. Le había dejado su teléfono móvil al secretario, para que nadie le molestara. Pero el Cardenal Torelli era una de las primeras cabezas de la Curia. Henry, aun siendo el número 2 del Vaticano, no podía no ponerse al aparato.

-¿Qué tal estás?

-Muy bien. ¿Y tú por Baviera?

-Bien, bien.

-Mira, Henry, te llamaba porque me ha comunicado esta tarde el Santo Padre que está pensando en nombrar a diez prelados-laicos más.

-Me imagino que éste es el fruto de la audiencia que les concedió a los obispos del jueves, los capitaneados por Luanga.

-Imaginas bien.

-Ya te dije que debías hacer todo lo posible por bloquear esa visita. Bastaba con decirles que la agenda papal lo hacía imposible. El Jefe de la Casa Pontificia, aunque sea un laico, no se hubiera opuesto a tus deseos. Tú eres el que llevas ese campo. Deberían haber ido a ti. Él sabía que te puenteaban.

-Oh, vamos. Antes o después hubieran conseguido la audiencia.

Henry, en silencio, movió la cabeza. Después, añadió:

-Así que, tal como temíamos, le pidieron que dejase clara la postura de Roma de seguir adelante con el camino emprendido.

-Exacto. Era una solicitud en la que está de acuerdo toda el ala progresista del Concilio. Pedían un signo. Un signo de que se seguía por el mismo camino a pesar del cisma. Había un amplio respaldo.

-¿Y cómo ves de firme esta intención papal?

-Pues no sé qué pensar –contestó Torelli-. Su Santidad me ha pedido que le eleve un informe detallado, sobre cómo han funcionado hasta ahora en sus cargos los incluidos en la lista que me

ha pasado. Son catorce. Aunque el informe llevará un juicio acerca de cada uno de ellos, habrá una conclusión final. Y por eso te llamo. Tengo libertad para consultar. Por eso quiero tener tu opinión.

Los prelados-laicos eran laicos que ejercían el gobierno de una diócesis, sin estar ordenados. Cuando el prelado decidía que hubiera ordenaciones, era un obispo de una diócesis vecina el que se desplazaba a la diócesis. Para las confirmaciones, varios presbíteros tenían permiso general. La costumbre era que los prelados-laicos vistieran con clérgyman y cruz pectoral en algunas circunstancias y lugares: en el obispado, en las reuniones sacerdotales o cuando iban a una parroquia de visita. El resto del día solían vestir como laicos. En las celebraciones litúrgicas, el prelado-laico vestía un alba amplísima que era más como una cogulla, sobre la cual portaba una cruz pectoral sin estola. Este tipo de prelados solían asistir a la misa en una sede especial con reclinatorio, sin hacer oración alguna, ni intervenir en la ceremonia. Los prelados-laicos habían sido introducidos como una medida para modernizar a la Iglesia. Como un modo de infundir savia nueva en la estructura jerárquica. Cuando se fundó esta institución, se había insistido en que los prelados-laicos siguieran en sus puestos de trabajo civiles y que dedicasen al gobierno de la diócesis sólo parte de su tiempo. Ellos seguían viviendo con sus familias, en sus casas, no en los obispados. Aproximadamente una octava parte de las diócesis eran gobernadas

prelados-laicos. Y una quinta parte del Colegio Cardenalicio estaba integrada por ellos. En la Curia Romana, la presencia de esta figura era más frecuente. No se necesita el sacramento del orden, para estar en una oficina administrando y organizando, decían los defensores de esta institución canónica.

Ahora el Cardenal Torelli le pedía su opinión al Cardenal Williams sobre esta institución. Henry se mostró dubitativo por un momento. Después fue como si se decidiese y habló con energía:

-Los cuarenta prelados-laicos no lo han hecho mal. Eso es evidente. Se han encontrado con algo de oposición, pero también con el respaldo indudable de muchos laicos. Y como bien sabes, sobre este punto el clero tampoco tiene una posición perfectamente definida. La institución tiene sus defensores y sus detractores. Muchos curas prefieren este tipo de prelados, porque dicen que son menos impositivos, más dialogantes.

-Los hay muy buenos como el obispo de Aulendorf que ha elevado el prestigio de la institución –le comentó el Cardenal Torelli.

-No lo conozco.

-Es un empresario que dedica la mitad de su jornada a su empresa, y la mitad a la diócesis. Lo ha explicado mil veces a los cuatro vientos, a todos los periodistas que se le han acercado pidiéndole entrevistas para escribir un artículo. Cuatro horas de la

mañana las pasa en el despacho dedicado a su empresa de servidores de Internet. Tras la comida del mediodía, va al obispado y trabaja allí otras cuatro horas. Cuando son las seis de la tarde, se marcha a casa y el resto del día es para su familia. Hay días enteros que los reserva para su empresa, hay días enteros que los reserva para cuestiones administrativas en el obispado o para recorrer la diócesis. En las fotos del diario que tengo delante, sale en una celebración litúrgica. A ver, sí, es una misa. Él está vestido con un alba, pero preside en la sede. Dos sacerdotes están a sus lados con casulla.

-Ah, sí. Ahora que lo dices, leí el artículo. ¿Cómo no iba a leerlo? No lo he reconocido cuando lo has mencionado, porque no sabía que estaba en Aulendorf. Lo conocía por su nombre. ¿Quién no lo conoce? Es el prelado más famoso de Alemania. Debemos reconocer que este tipo de prelados-laicos que ejercen una función de gobierno episcopal, son sólo cuarenta en el mundo, pero han mejorado muchísimo la imagen de la jerarquía. Ahora la jerarquía es vista como algo más cercano al mundo. Y, desde luego, debería haber acercado mucho a los protestantes hacia nosotros. Aunque, por este lado, tampoco hemos visto tantos frutos.

-Sabes que estoy en contra de esta institución. Pero es justo reconocer que sí que ha habido una mejora en el modo en que nos mira la sociedad –dijo el Cardenal Torelli.

-¿Pero tú de qué lado estás?

-Vamos, Henry.

-Es que te oigo y casi me parece que me tratas de convencer a base de hacerme preguntas. Ahora entiendo por qué ellos han conseguido la audiencia.

-Creo que no me merezco este reproche.

Al Cardenal Torelli, no le había hecho gracia el último comentario. Pero intentó suavizar la conversación. Hubo un cambio de tono. Incluso desgranó un par de anécdotas graciosas. Henry aceptó ese tono y no le dio importancia, o no quiso dársela, a los anteriores matices que su interlocutor le había mostrado. Matices donde se entreveía un resquebrajamiento de la firmeza del Cardenal Torelli. Henry admitió:

-Sí, sí, claro, sin duda. En el modo en que nos mira la sociedad, sí que ha habido una mejora. Es curioso como un pequeño cambio, puede tener unos efectos tan grandes a nivel de imagen. Son sólo cuarenta entre cinco mil obispos, y con esta pequeña medida estética parece que todo se hubiera puesto patas arriba. Ah, le estoy viendo ahora en la pantalla de mi ordenador. Ciertamente que he oído mucho hablar del prelado de Aulendorf. Parece una estrella de cine.

-Ah, ¿te has metido en Internet?

-Sí, le estoy viendo. En las fotos sale muy bien. Tiene una imagen sonriente, laical, fresca, vestido con pantalón y americana negra, con las solapas de su camisa blanca sobresaliendo por encima del cuello de su jersey negro, y su cruz colgando de la cadena. La

foto suya rodeado de curas con clergyman y sotanas, es muy buena. Aquí le veo con su familia. Sonriendo. Niños felices. Sí, ciertamente, una imagen vale más que mil palabras.

-Te doy la razón. Pero, Henry, no tengo claro que esto haya satisfecho al ala más liberal de la Iglesia. Nunca están satisfechos, siempre piden más. No tengo claro si estos nombramientos lo único que han logrado, es que las filas de los progresistas aumenten en número. En el fondo, ha sido como decirles: veis, en el fondo, teníais razón.

-¿Pero en qué posición estás tú?

-Sabes que nunca he tenido claro todo esto.

-Pues yo tampoco lo tengo claro –dijo Henry-. Te lo he dicho mil veces. Sabes cuál es mi postura y no he cambiado de opinión. Pero, bueno, hay que reconocer que los prelados-laicos que se han nombrado son de una teología muy tradicional.

-Con eso nos han metido un gol bastante grande –dijo el Cardenal Torelli-. Saben cómo hacer las cosas. Hasta para hacer un derribo, se requiere tacto.

-Cinco de ellos son especialmente tradicionales. El artículo del periódico que estoy leyendo ahora mismo pone por las nubes al resto de estos prelados-laicos. Dice que varios son empresarios como él, y por tanto hombres acostumbrados a la gestión y a la administración. Otros que son afamados profesores de Teología. Otros catedráticos de materias civiles en la universidad, dos famosos

escritores, seis científicos. El artículo éste del *Frankfurter Allgemeine* está muy bien. Te leo: *Si Galileo levantara la cabeza, y encontrara que el prelado de su diócesis es un prestigioso astrónomo, si Darwin viera que dos de estos prelados son dos afamados biólogos.* La lista sigue.

-Sí, sí. No lo han hecho mal, porque los hemos escogido con lupa –admitió el Cardenal Torelli-. Sabes que intervine en la comisión para la designación de nombres. Pero ¿es que ser prelado ya no es, de por sí, un trabajo? ¿Un trabajo que merece la dedicación al 100%? Varios de estos prelados han acabado dejando sus trabajos civiles, para dedicarse sólo a sus diócesis.

-Que sí, que tienes razón –dijo Henry-. Todas estas cosas quedan fenomenal en un artículo de prensa. Las fotos ¡sensacionales! Pero después de todo, uno se pregunta si la labor de dirigir una diócesis no es ya de por sí suficiente labor, como para andarse dividiendo.

-Y no te olvides, el trabajo de dirigir un rebaño de almas está unido a la misma esencia sacerdotal –dijo Torelli-. El sacrificio sacerdotal, la renuncia al mundo, el estar abrazado a la Cruz, es lo que hace que dé fruto esa labor al frente del rebaño. Eso vale para un párroco, pero no digamos nada si, encima, ese laico tiene bajo sí a un centenar o dos de sacerdotes.

-Sí, sí. Tienes razón –dijo Henry-, toda la razón. Nos hemos acercado a la sociedad. ¿Pero a qué sociedad? ¿A la sociedad más

secularizada? ¿Al mundo? Vale. En ese informe, expón tus conclusiones sin diplomacia, con toda claridad, que yo te apoyaré en la primera reunión que tenga con el Santo Padre, antes del próximo consistorio de cardenales. Aunque ya sabes que en el consistorio no podré ser tan rotundo, porque los cardenales-laicos cerrarán filas a favor de la aprobación de las nuevas nominaciones de preladados sin órdenes sagradas.

-Gracias. Sabía que podía contar contigo. Y sí, tranquilo, en el consistorio no te quemes. Es preferible que te reserves.

-Si no se tienen barcos suficientes, es mejor no ir a la guerra –se excusó Henry-. No hay que empezar guerras, que no se puedan ganar. Ahora nuestra postura sigue en minoría entre los purpurados. Pero en las reuniones personales que tenga con el Santo Padre, apoyaré sin reservas tu informe

-Perfecto. Un saludo.

-Nos veremos en Roma.

Henry colgó. Estaba íntimamente convencido de que el Cardenal Torelli tenía razón. La Iglesia vivía un momento de triunfo. En los últimos treinta años, un goteo incesante de patriarcas ortodoxos había reconocido al Romano Pontífice como Patriarca de los Patriarcas. Y lo mismo sucedía en el episcopalianismo: diócesis enteras con sus obispos a la cabeza se habían pasado a la comunión

con Roma. Las cosas habían ido tan bien, que muchos consideraban que reinaba una cierta embriaguez.

La existencia de prelados-laicos había sido considerada por muchos como un golpe maestro de la política vaticana. ¿Qué eran cuarenta prelados frente a más de cinco mil obispos? Y, sin embargo, parecía que todo se había renovado. Era como si la Iglesia se hubiera reconciliado con la sociedad actual, como si todo fuera nuevo, como si todas las ventanas se hubieran abierto. La Iglesia no había cambiado ni una sola línea de sus enseñanzas. Pero cuarenta personas habían obrado un milagro en la dañada imagen de la Iglesia, una Iglesia herida por los escándalos de pederastia que se encontraba en la necesidad de hacer algo.

Esos prelados-laicos eran de una ortodoxia absoluta. Si alguien creyó que esta medida iba a debilitar la firmeza de la fe, estaban muy equivocados. Algunos de ellos eran extraordinariamente conservadores. No obstante, habían sido enviados a diócesis con graves problemas de liberalismo. Por ser laicos habían sido recibidos muy bien por las facciones más progresistas del clero, sin saber que ellos iban a ser sus verdugos. Esos prelados habían sido verdaderos caballos de Troya que habían acabado, lentamente, con paciencia, sin prisas, con la disidencia clerical. El experimento había sido un éxito. Ahora bien, la misma naturaleza del experimento estaba en entredicho.

Henry y otros muchos eran de la opinión de que se había ido demasiado lejos. El bien de la imagen de la Iglesia tenía sus límites. No se podía ir en contra de la voluntad de Cristo. Los pastores debían ser ordenados *in sacris*. No se podía escindir el gobierno del rebaño del sacramento del orden sacerdotal. Si se hacía eso, se iba contra la voluntad de Cristo. Así se había entendido desde los orígenes de la Iglesia.

-Al final, estas medidas nos han costado un cisma -se dijo a sí mismo Henry, mientras se colocaba los gemelos de plata en su camisa, y se cambiaba la sotana normal por la filetata, para la cena oficial que le ofrecería el vicario general de Munich y el cabildo de la catedral. La sotana filetata tenía toda ella un reborde rojo, así como los botones-. Aun estamos a tiempo, y todo puede quedar en nada. Si somos inteligentes. Si movemos bien nuestras fichas, todo puede quedar en un susto. Todo este experimento puede reducirse, de nuevo, a la nada.

La pederastia ha hecho un daño terrible a nuestra imagen. Necesitamos medidas radicales, dijeron los asustados consejeros del Papa varios años antes del Vaticano III. La imagen no lo es todo. Hemos revivido viejos errores medievales en pleno siglo XXI: la intromisión de los laicos justamente en el espacio sagrado de la organización eclesial, que está reservado a los clérigos. Pero es mi opinión. Tantos otros tienen otras opiniones –el cardenal se puso la faja y se cambió su sencillo crucifijo por otro más noble.

Hoy día reinan muchas opiniones eclesiológicas. Algunos quieren ir más lejos, siempre más lejos. Que Dios nos ayude frente a estas ansias de modernidad. Y eso que soy un moderado. Aunque reconozco que, cuando llega el momento, prefiero escuchar. Siento una cierta aversión a destacarme. Todos me quieren, porque dicen que escucho a todos. Hablo poco en las reuniones. Mi poco deseo de brillar, ha sido el factor que más me ha ayudado a ascender. Soy más amigo de las síntesis, que de los enfrentamientos. Soy un hombre de acuerdos, no de polémicas –por último dejó sobre la mesa su anillo de oro, más simple, y se colocó otro con una amatista-. Pero ahora veo que las nubes se van tornando más oscuras. La edad hace que afrontemos esas nubes de forma mucho más precavida que cuando éramos jóvenes. Pero sí... las nubes son cada vez más oscuras.

Antes de la cena



El Cardenal Williams antes de cenar realizó una breve visita a la catedral, acompañado por los canónigos. Esa visita era por gusto personal. Nunca había visitado el famoso templo y decidió que aprovecharía el viaje de trabajo para hacerlo. En ese viaje hubiera preferido pasar desapercibido. Pero en su caso era imposible. Y si iba a visitar la catedral, todavía menos. Así que, ya antes de comprar el billete de avión, aceptó la hospitalidad del cabildo que le ofreció esa cena, en cuanto supieron que visitaría su catedral. El alcalde y su mujer asistirían también. El alcalde había logrado que el pleno del ayuntamiento aprobase varias restauraciones de la catedral y había que agradecerle su deferencias.

Había empezado a llover cuando salió del automóvil enfundado en su abrigo. La lluvia era fría, pero dos diligentes paraguas le cubrieron en el breve trecho desde la puerta del coche al pórtico de la catedral, donde le esperaban los veinte canónigos revesidos con sus mucetas de piel sobre las sotanas y las birretas sobre sus cabezas. Dentro de la iglesia, Henry quedó sorprendido por la impresión de verticalidad que ofrecía su nave central. Los canónigos revestidos con su hábito coral, le explicaban detalles sin

descanso. Que si las dos torres poseían una altura de 99 metros, pero que entre ellas había 12 cms de diferencia de altura, que si la catedral se construyó sólo en veinte años, que si fue bombardeada en la II Guerra Mundial. En medio de esa excursión catedralicia, también le mostraron la leyenda de la pisada del diablo, marcada en una losa.

Después de muchas explicaciones, algunos canónigos se animaron a preguntarle que qué pensaba de los últimos acontecimientos. El cardenal tuvo que dar una *respuesta standard* como siempre: esperanza, optimismo, ánimo y cosas así. No importaba lo mal que estuvieran las cosas. La respuesta standard siempre estaba lista. Aunque el cardenal se animó a reconocer:

-Sin la catástrofe de la pederastia, nunca se hubiera llegado tan lejos en las reformas.

Tras otra pregunta, añadió el cardenal:

-El mal que produce un cisma no está sólo en el número de personas que se marchan. Sino que después está el martilleo continuo, a través de los medios de comunicación. Debates en los que los sacerdotes se tiran los tratos a la cabeza. Documentales explicando, otra vez, las razones del cisma. Al final, los fieles se desorientan, todos.

-Y lo que es peor –intervino el deán del cabildo-, la población secularizada de Europa está perdiendo el poco crédito que

tenía en la Iglesia. Este cisma ha aumentado la increencia de los que ya antes no creían.

-Ahora es como si dijeran: antes no creía, pero ahora menos. Después de ver cómo riñen los curas entre sí, ¿quién va a creer en ellos?

-Había muchas cosas que evitaban el anticlericalismo –dijo el cardenal-. Pero el cisma va a quebrantar esas barreras. De la indiferencia de la población se va a pasar a la agresividad contra la Iglesia. Las estadísticas son claras. Vamos en esa dirección. Nos esperan tiempos duros.

Este ambiente un poco fúnebre de la conversación, todavía se aumentó más por el hecho de que bajaron a la cripta. Allí le mostraron sepulcros de varios duques, un rey y un emperador. Los ojos azules clarísimos del cardenal australiano se pasearon distraidamente por el escudo de Juan Pablo III, esculpido en una inscripción conmemorativa. El escudo combinaba el León de San Marcos del escudo de Juan Pablo I, con la cruz de Juan Pablo II. El cardenal Williams miraba mecánicamente esos elementos, uno a uno, su lema, los ángeles que lo sostenían, pero su mente se hallaba lejos. Sus pensamientos estaban en asuntos más graves. A esas alturas, Henry ya estaba un poco cansado. Cansado por trabajo de la jornada, y también de la visita, que se estaba alargando más de lo que deseaba.

El cansancio del cardenal aparecía en medio de las explicaciones liturgico-históricas del canónigo ceremoniero, bastante aburridas por cierto. Y explicadas en un inglés que parecía pronunciado a martillazos. Sus pensamientos se escapaban hacia los asuntos que tendría que atender al día siguiente. Por primera vez en su vida, el trabajo iba invadiendo su mente. Por primera vez, los asuntos de su despacho no se quedaban en el despacho. Se sentía cansado, pero intentaba ser amable con los que le hablaban. Muchos de esos canónigos pensarían que era un poco soberbio. Pero no era la frialdad de la altivez, ya tenía sesenta y nueve años. Los años comenzaban a pesar en estos viajes. Ya no estaba fresco como cuando viajaba a los cuarenta. Aun así, amabilidad. Escuchaba con pretendida cordialidad por más que no quisiese estar allí.

Rodeado de canónigos, avanzó. Descuidadamente pasó sus dedos sobre el mármol blanco de una lápida. El Cardenal Williams leyó su inscripción latina: IOSEPH ALOYSIUS RATZINGER, ARCHIEPISCOPUS, 1927-2015.

-Fue un arzobispo de Munich –le explicó un canónigo-. Y allí puede ver a su sucesor. Un gran teólogo.

Esa cena que le esperaba, era el precio que tenía que pagar por visitar la catedral. Él de buena gana se hubiera quedado en su habitación, cenando mientras veía las noticias. Pero ser el nº 2 del Vaticano conllevaba ciertos compromisos de cortesía. Además, resultaba duro ver pasar toda esa excelente comida y únicamente

poder tomar un pedacito de cada plato. Pero era necesario. Si no acabaría gordo como Juan XXIII.

Una llamada

desde la Toscana



Al día siguiente.

16 de diciembre

-Hola, Benedic.

-Hola, Luigi.

-Mira te llamo porque deberíamos vernos –le dijo Luigi di Cossimo, primer ministro de Italia al presidente de Estados Unidos. Luigi Di Cossimo siempre parecía que hablaba con una cierta socarronería napolitana.

El Presidente de los Estados Unidos que estaba al otro lado, en el teléfono de su salón de estar en la Casa Blanca, era un hombre delgado, serio, de aspecto anglosajón, de mirada despierta con unos ojos azules que siempre habían trabajado en el mundo del Derecho hasta meterse en política. El primer ministro de Italia era un hombre vital, siempre sonriente, era un millonario metido a política. El primer ministro le llamaba desde su despacho en su villa de Volterra, bajo un oleo de considerables dimensiones. Un óleo del

siglo XIX que representaba una batalla naval. El estadista italiano apoyó su cabeza sobre el respaldo del antiguo sillón ébano tapizado con terciopelo. Luigi había girado su sillón, mientras hablaba, para mirar la pintura de buques, velas, nubes formadas por las andanadas, y botes que bregaban entre las enfurecidas aguas, bajo un cielo tormentoso. Dos bustos romanos de mármol sobre dos pedestales pegados a la pared, a ambos lados del cuadro, acababan de completar aquel ambiente barroco, recargado, colorido del despacho del primer ministro italiano. El salón de estar de Benedic, todo él era de tonos claros, moqueta mullida, dos sofás, pocos muebles.

-¿Vernos? ¿Qué ocurre? –le preguntó el presidente de Estados Unidos.

-El tema es lo suficientemente importante, como para no ventilarlo por teléfono. ¿Estás al tanto del asunto de los obispos rebeldes reunidos en Jerusalén, verdad?

-Sí, sí.

-Pues bien, hay dos de esos obispos cismáticos aquí en Italia. Uno en Sicilia y otro en el norte, no recuerdo el nombre de las diócesis. El caso es que el Vaticano ha nombrado dos nuevos obispos para esas sedes. Los actuales obispos ya han manifestado sin ambages que no piensan abandonar sus puestos, y que ellos siguen siendo los administradores legales de los bienes de esas diócesis. Los nuevos obispos han comunicado sus nombramientos al Fiscal General del Estado, para que remueva por la fuerza, si es necesario,

a los dos obispos cesados de sus funciones. Los dos obispos cismáticos al recibir la comunicación del Fiscal General del Estado en que les advertía que ya no eran los administradores de los bienes diocesanos, han puesto el tema en manos de los tribunales. En definitiva, el Fiscal General del Estado me ha dicho que los tribunales civiles tienen que dirimir, a la mayor brevedad posible, quién es el verdadero administrador de los bienes.

-Conozco bien el tema, porque aquí en Estados Unidos tenemos a seis diócesis en esa misma situación.

-Si unos y otros –continuó el primer ministro italiano-, comienzan a nombrar obispos y a reclamar ante los tribunales la administración legal de los bienes, esto va a convertirse en una cuestión de Estado.

-Ya... pero mi postura es no inmiscuirme en asuntos espirituales –dijo el Presidente de los Estados Unidos.

-No, no, sí eso está claro. Pero de lo que aquí se trata es de bienes eclesiásticos, de bienes materiales: terrenos, edificios, cuentas bancarias. No estamos hablando aquí de cuestiones espirituales, sino materiales. Insisto, creo que esto va a tener unas repercusiones y unas consecuencias tan trascendentales que la convierten en una cuestión de Estado.

-No acabo de ver por qué.

-Si en Italia, los tribunales dan la razón a los obispos cismáticos, imagina qué pasaría si los cismáticos comienzan a

nombrar obispos para todas las sedes y se suceden en cadena las demandas por toda Italia.

-No tendrían ningún título jurídico para ello. Una cosa es remover o no a un obispo cismático, por el hecho de que haya perdido su jurisdicción. Y otra muy distinta, que un nuevo obispo nombrado por un grupo de obispos, llame a la puerta de una diócesis.

-Sí, pero imagina que los tribunales de Italia se declaran no competentes para determinar quiénes son los verdaderos representantes de la Iglesia Católica. El asunto tendría unas consecuencias civiles descomunales.

El Presidente de los Estados Unidos se calló. Sabía muy bien que el primer ministro de Italia además de masón oculto, era un declarado enemigo del cristianismo. Luigi Di Cossimo estaba dispuesto no era nada imparcial con todo lo que oliera a curas y monjas. Sin duda favorecería cualquier división eclesiástica interna, que fuera en detrimento de la Iglesia. Y a través de los servicios jurídicos del Estado, podía allanarles el camino a los cismáticos. Por su parte el Presidente Benedic Hungtinton pertenecía a una minúscula congregación baptista que, desde el comienzo de su tierna infancia, le había inculcado la idea de que la Iglesia era la Bestia del Apocalipsis. Así que tras guardar un momento de silencio, Benedic le dijo:

-¿Sabes, Luigi? Creo que empiezo a ver que tienes razón. Esto es una cuestión de Estado.

-Cuánto me alegro de que lo veas de esta manera. Tú y yo, por supuesto, hubiéramos querido mantenernos completamente al margen de esta cuestión que concierne al campo eclesiástico. Pero desde el momento en que se ha interpuesto esa demanda civil, van a ser los tribunales, los que tengan que decidir quiénes son los verdaderos poseedores de esa legítima autoridad eclesial. Y en ese campo, en el judicial, nosotros sí que podemos intervenir a través de nuestros fiscales generales.

-Sí, sí, efectivamente. Tienes razón. No tiene sentido que cada país dictamine de un modo diverso, en una misma cuestión, que, al fin y al cabo, es de Derecho Civil. Mira, como el tema nos va a afectar a todos, querría reunirme contigo y estudiarlo conjuntamente. Porque no hay duda de que todo esto, va a tener muchas consecuencias sociales con ramificaciones políticas.

El Presidente de Estados Unidos a uno de sus colaboradores que entraba, le indicó con la mano que saliera. Quería hablar con intimidad. Después le preguntó a Luigi:

-¿Pero según la ley italiana a quién pertenecen los bienes de la Iglesia Católica?

-El dueño legal, tanto en la Unión Europea como en tu país, es la persona jurídica de la Iglesia. Sin embargo, de hecho, todos los bienes están a nombre de cada diócesis. Tanto las cuentas bancarias

y como las escrituras de edificios y terrenos, están a nombre de diócesis concretas. Dejando aparte lo que posean las congregaciones religiosas y entidades similares, que no viene al caso, el grueso de las posesiones eclesiásticas están a nombre de las diócesis. Legalmente, el administrador de esos bienes es el obispo de cada sitio. Los nuevos obispos, los nombrados por Roma, han reclamado ser los legítimos obispos. Ahora los tribunales civiles tendrán que determinar quién es el legítimo poseedor de esos derechos civiles. Y, como ya te he dicho, la ley es la misma en Estados Unidos. Debemos dejar que actúen los tribunales. Pero nosotros disponemos de recursos para, cómo lo diría, *ayudar* a los tribunales a que tomen la decisión correcta.

-Sí, el asunto es grave. De acuerdo, veámonos la próxima semana –dijo el premier norteamericano-, traigamos con nosotros una comisión de peritos legales en esta materia. Dejaremos que los tribunales hagan su labor. Pero veo que, al final, todo esto aquí va a llegar al Congreso, más pronto o más tarde. Así que más vale que, entre nosotros, vayamos perfilando una posición conjunta desde el principio.

-Además, si disponemos de una buena argumentación jurídica, podemos ir encauzando la opinión popular en una dirección –añadió Luigi.

-Cierto. Tú y yo sabemos por experiencia cómo la presión popular puede llegar a ser una fuerza muy difícil de contener, muy

difícil. La Iglesia no se va a dejar despojar de sus bienes inmuebles así como así. Ni siquiera aunque se trate de unas pocas minúsculas diócesis. Los congresistas van a actuar en el Capitolio según la presión que reciban. Y la clase política es la única que puede cambiar la Ley. Debemos evitar que sus grupos de presión vayan más allá de lo que dicten los tribunales.

El Presidente de los Estados Unidos se levantó y paseó por el salón sin soltar de su mano unos informes. Benedic movía esos papeles, mientras le decía al italiano:

-Dejemos que actúen los tribunales. Después, si creemos que los tribunales no han sido justos, siempre nos quedan nuestros senados. Pero eso sería el último recurso. Ahora de lo que se trata es de encauzar las cosas.

-Totalmente de acuerdo –dijo Luigi mientras sacaba una botella y una copa de un mueblecito tallado con grutescos, y se servía un gin tonic-. Los tribunales son imparciales, pero tendrán en cuenta la presión popular de la que te hablaba, y la presión de los medios de comunicación.

-Has de saber que tengo información de que de aquí en Estados Unidos, dentro de un par de meses, los cismáticos piensan enviar nuevos obispos a más diócesis. Obispos ordenados por mandato del Sínodo de Jerusalén. De forma que el mismo litigio se repetirá una y otra vez, a uno y otro lado del Atlántico.

-Veo que conoces el tema bien. Los italianos, es lógico, nos pilla este tema muy cerca. El Vaticano está en medio de nuestra capital

-¿Quién no lo conoce? Ha salido en los medios de comunicación día sí, día no. Aquí la Iglesia tiene una capacidad de movilización admirable. Entre todas las denominaciones cristianas de Estados Unidos, es la única que puede movilizar de un modo rápido y unido a todos sus creyentes. El resto de confesiones están divididas. Su impacto es menor. Pero cualquier asunto de la Iglesia puede convertirse en un asunto de estado. Y éste especialmente. Así que veámonos. Como sabes el jueves estoy en Londres en visita oficial. Pero el viernes y el sábado estaré en visita privada en la costa normanda.

-Muy bien. Creo que ésa podría ser una ocasión óptima para acercarme –dijo el italiano mirando su agenda abierta delante.

-Oye, ¿qué posición crees que tomará en este tema la Unión Europea?

-Analizará todo desde el punto de vista fríamente jurídico. De eso no tengo la menor duda. No tendrá en cuenta si a favor de una postura está la mayoría de los fieles, o a favor de los otros una minoría. Para ellos será una mera cuestión de Derecho –contestó el italiano-. A pesar de tus esfuerzos y los míos, es posible que en unos países unos tribunales civiles fallen a favor de la legitimidad jurídica, en el campo civil, de los obispos cismáticos. Y que otros

países fallen a favor de los otros obispos. Por eso debemos vernos y esbozar una postura concorde. Si lográramos nosotros forjar una respuesta jurídica común, es más fácil que más países se unan a esa posición.

-Sí, perfecto, nos vemos la próxima semana –dijo el norteamericano.

-A la hora de plantear este tema con tus asesores, déjales claro que se busca una solución de acuerdo a Derecho, faltaría más – estas palabras de Luigi fueron de un extraordinario cinismo-. Legal, sí, pero razonable.

-Tranquilo, faltaría más. También yo adoptaré una postura de acuerdo sólo a Derecho –Benedic dijo esto con ironía, captando el sarcasmo del italiano.

-No esperaba otra cosa.

El primer ministro de Italia colgó satisfecho. Sabía muy bien, por su Servicio de Inteligencia, cuál era la visión personal del Presidente de Estados Unidos en materia religiosa. El mismo informe indicaba que el Vicepresidente era un católico ultraconservador que, en círculos privados, había realizado, desde el primer momento, manifestaciones privadas de apoyo a los obispos del Sínodo de Jerusalén. Todo este asunto de las demandas, en principio, era una cuestión exclusivamente legal, y los que debían fallar eran los tribunales. Sin embargo, los jueces sabían muy bien que una cuestión tan delicada como ésta, acabaría convirtiéndose en

un problema político. Y que las decisiones de los parlamentos se impondrían sobre las sentencias judiciales.

Los cismáticos al llevar el tema al foro civil, estaban abriendo la peor Caja de Pandora. Los jueces civiles no decidirían únicamente la cuestión de quién era el legítimo dueño de unos bienes inmuebles. Sino que, en el fondo, lo que dirimirían (con la ayuda de los políticos) sería cuál era el verdadero modelo de Iglesia.

Aquella misma tarde



El cardenal Williams salía del Palazzo Lateranense. Una hora antes había ido allí, al Vicariato de la Urbe, para asuntos administrativos. Asuntos administrativos importantes que habían provocado una reunión de él con el Vicario General de la Urbe y el Vicario General del Vaticano. Henry había vuelto el día anterior de Munich. Su viaje para asistir al Concilio de Boston se retrasaba.

Se había descubierto que un administrativo del personal civil de la Diócesis de Roma robaba dinero. La cantidad era pequeña, pero el problema tenía unas ramificaciones en el interior del Vaticano, también con el personal civil. El asunto podía estallar como una verdadera bomba mediática. Los tres cardenales se reunieron. Hablar por teléfono no resultaba seguro. ¿Se llevaba ante la Justicia a las cinco personas descubiertas en la trama, o era preferible despedirlos sin más? Ellos se negaban a devolver el dinero y amenazaban con crear un escándalo en todas las televisiones.

-La condena será pequeña si los denunciarnos –dijo el Vicario General de la Urbe-, pero el mal que pueden hacer con sus entrevistas es muy grande.

-Pero, ¿cómo podemos dejarles que se marchen sin más? –preguntó enfadado el Vicario General del Vaticano.

-Ahora, en mitad de la situación en la que estamos, no podemos permitirnos otro escándalo más –insistió el primero.

-Si la cosa se sabe y todos comienzan a robarnos, sabiendo que no les vamos a llevar ante un juez...

-Si todos delinquen, ya veremos lo que hacemos. Pero se verá en su momento.

La conversación se prolongó. A uno le parecía inmoral, despedirlos sin más. Al otro le parecía que, en esa situación, no había otro remedio. El Cardenal Williams había mantenido una postura más prudente e intermedia. Henry se sentía fatal. Aquella era la típica conversación, que si hubiera transcendido a la opinión pública, hubiera constituido un escándalo dentro del escándalo. Aquella sala parecía la típica escena del imaginario popular, en que tres cardenales corruptos inmersos en sus maquinaciones, tomaban decisiones oscuras. Pero no había nada de eso. Los tres purpurados amaban a la Iglesia. Los tres tenían las mejores intenciones al defender sus posturas. Y, al fin y al cabo, se trataba de cómo gestionar un hecho puntual que no constituía materialmente un grave problema, la cantidad de dinero no era grande. El problema era el

momento, las consecuencias de una noticia. El barco no admitía más lastres. La línea de flotación se acercaba amenazadoramente al nivel del mar.

Tras una hora de deliberaciones y de recibir todo tipo de seguridades de que el asunto no iba más allá de las cinco personas compinchadas, Henry quiso concluir:

-No podemos seguir discutiendo el tema hasta el infinito. Siempre he estado a favor de la transparencia y de perseguir penalmente a los que nos robaran. Es una cuestión de principios. Pero no es un absoluto. Y en esta situación en concreto, me decanto por que no lo hagamos.

-Pero...

-No, escúchame –dijo con firmeza extendiendo la mano e inclinando la cabeza hacia un lado-. Llevar una demanda a la Justicia, es una acción que se realiza para lograr un bien. Si esa acción lo que conlleva es un mal todavía peor para nosotros, mejor es inhibirse.

-Votemos y asunto concluido –dijo el Vicario General de la Urbe que ya estaba cansado. Sabiendo que él y el Cardenal Williams eran dos frente al otro.

-Insisto en que este tema sea llevado ante el Santo Padre – dijo testarudo el Vicario General del Vaticano.

-Mira, Enrique –dijo Henry-, ya he hablado con él antes de venir aquí. Él tiene muchas cosas de qué ocuparse en estos

momentos. Por si no te has enterado hay un cisma ahora mismo. Me ha dicho que lo que decidamos aquí por mayoría, que sea eso lo que sea haga.

-Deseo que dé el visto bueno a esto. Es un pésimo precedente –el tozudo vicario no daba su bravo a torcer.

El Cardenal Williams juntó sus manos sobre la mesa y apretó los puños. Después dijo:

-Lo que decida la mayoría, eso ha dicho. Pero ha añadido, siento decirlo, pero es así, que si a mí me parecía que debía hacerse algo en concreto, que se hiciera lo que yo determinase, aun a pesar de la mayoría. Lo siento, Enrique, no quería decírtelo. Pero ésas han sido sus palabras. Así que punto final.

Henry al salir de la sala no se fijó en dos ujieres del pasillo que se daban un codazo, como diciendo: el número dos del Vaticano. No se fijó, porque en lo que pensaba era en lo fastidioso de haber tenido que regresar a Roma desde Munich, cuando en dos días tenía que tomar un avión para París. *Subir para tener que bajar, y tener que subir de nuevo*, pensó, planteando sus vuelos como un ascenso y descenso por el mapa. Con gusto hubiera delegado el viaje a Francia en un subordinado. Pero se trataba de asuntos indelegables. Como éste. No quería ni pensar en el escándalo de una de esas conversaciones interceptadas y aireadas en las televisiones. El juego que les hubiera dado durante, al menos, una semana. Por

otra parte, esa reunión era necesaria: había que convencer al Vicario General del Vaticano. *Mi puesto conlleva viajar, debo aceptarlo*, se dijo resignadamente.

Henry, al salir del Palazzo Lateranense, le dijo a su conductor, el cual esperaba sentado junto al coche fumando, que aguardara un poco más, que iba un momento a la basílica. Dejó su maletín en el automóvil. Del asiento de atrás, cogió su abrigo y se lo puso sobre el clergyman. Y entró por la la puerta del transepto en la Basílica de San Juan de Letrán.

Bajó los escalones del transepto, que en esa basílica está muy elevado, y se dirigió directamente a la cripta, cuya entrada estaba delante del altar principal.

-¿Hay alguien dentro? –preguntó a una guarda de la basílica que tenía su puesto cerca de la entrada de la cripta.

-No, eminencia.

La guarda le reconoció, no tuvo que preguntar quién era. De hecho, no pudo ocultar su nerviosismo al ver quién era el que estaba allí. Henry le indicó:

-Póngase aquí y, hasta que salga, diga a los turistas que está cerrado.

Henry dio esa orden con suavidad, pero sin dudar. Aunque ella bien sabía que el cardenal Williams no tenía ningún cargo allí, en San Juan de Letrán, sabía muy bien que era el que venía después

del Papa en el organigrama. Así que sin rechistar se puso a la entrada, bloqueando el paso. De hecho, la basílica contaba con dos agentes de la Gendarmería Pontificia. Los cuales, desde que le vieron entrar, le vigilaban discretamente desde lejos.

Henry descendió los escalones de la cripta. Muy poco profunda, bajo el altar. Había sido ampliada cuatro décadas antes. Cuatro delgadas columnas de mármol gris, esculpidas en espiral, y con piececitas de mosaico recorriendo sus estrías, sostenían las bóvedas. Unas bóvedas pintadas de azul salpicadas con estrellas doradas de diez puntas. Un hermoso sol y una luna, pintados al estilo del siglo XIV, lucían en los dos extremos de la techumbre. La cripta no era grande, tenía once metros de largo, por seis de ancho. Esa impresión de pequeñez se acentuaba por todas sus paredes recubiertas de tumbas, ése era el lugar de descanso eterno para los purpurados de la Curia.

En el centro, se destacaban cinco sepulturas de mármol que representaban a los cardenales yacientes con todas sus vestiduras. El resto de la cripta estaba literalmente cubierta de losas sepulcrales muy austeras, también por nichos en forma de arco (la mayor parte de ellos cerrados por lápidas) así como por pequeños columbarios abiertos con urnas en su interior.

No había un espacio libre, ni en los suelos ni en las paredes. Todo había sido ocupado por mármoles e inscripciones de distintos materiales y tonalidades. Las tumbas eran de estilo gótico,

neoclásico y algunas renacentistas. Los tres estilos se alternaban y componían una obra unitaria. Entre los estilos era como si se hubiera establecido una especie de coexistencia botánica. Como si en un diminuto jardín, distintas plantas lucharan entre sí por el espacio, pero lo hicieran formando una armonía. Entre ellas, unas pocas lápidas y estatuas eran obras modernas a medio camino entre lo románico y lo abstracto. Pero eran las menos.

La cripta, aunque destinada a los cardenales, contaba con una especie de pequeño columbario adyacente que había recibido los cuerpos de todos los obispos curiales, canónigos, así como de clérigos que habían trabajado en las congregaciones. Losas y más losas con inscripciones, con escudos pintados al estilo del Quattrocento. Por aquí y por allí, el relieve de una rosa, dos ángeles sosteniendo una cartela, varios bustos con birretas, cada uno en su hornacina. En el pequeño columbario ya no quedaba ni un metro cuadrado libre. En la cripta cardenalicia tampoco queaba mucho espacio, la verdad.

Los primeros cardenales habían sido enterrados allí con sus cuerpos enteros. Tras la piedra de sus sepulcros, yacían los féretros metálicos sellados con soldadura. Pero después, cuando el espacio empezó a faltar, se les enterró en el cementerio del convento de Santa Cecilia. La idea era sacar los restos veinte o treinta años después, y depositarlos en una caja cuadrada de madera de cincuenta centímetros de longitud, o en una urna de mármol o en un cofrecito

metálico. Los restos reducidos al pequeño espacio de una urna, podrían ser colocados en cualquier rincón de la cripta. Usando este sistema, la cantidad de clérigos que podrían aguardar allí el Juicio Final era muy numerosa.

La parte superior delantera de la cripta, según la costumbre de las basílicas romanas, estaba abierta a la nave central. La luz entraba permitiendo ver al cardenal sin dificultad, el cual se dirigió a una de las tumbas en concreto. Al llegar a la que buscaba, puso la mano encima de la losa con la inscripción: RAYMUNDUS LEO CARD BURKE, VIR BONVS. Henry se arrodilló, rezó un avemaría y se quedó allí, sumido en sus pensamientos. Aquel hombre allí enterrado, había hecho tanto por él, cuando Henry era todavía era un simple sacerdote. Tantos paseos discutiendo de lo divino y de lo humano, tantas pizzerías, entre las risas de un grupo de amigos, bromas de clérigos, hasta canciones a coro con una cerveza delante. Tantas confidencias y confesiones. Ahora era polvo. Henry pensó que a él mismo frizando los setenta, tampoco le quedaba ya mucho para estar allí. Unos diez años, quizá algún año suplementario. Pero, al final, después de tantas preocupaciones, de tantos viajes, de tantas llamadas telefónicas, de tantos documentos... sería polvo. Se consolaba confiando en que tanta laboriosidad había tenido su razón de ser. Estaba seguro de que por encima del polvo, había una Luz.

-Después de tantos viajes, descansaré. Ya no haré ninguno más.

Le vino a la mente cuando el cardenal Bernard con sus ojos clarísimos, siempre llenos de viveza y alegría, le propuso venirse a la Academia Pontificia. Recordó sus dudas iniciales. Y cómo le pidió un día para pensárselo. Aquella noche, noche lejana de juventud, varias veces, decidió no aceptar.

-Me hubieran dado una parroquia y me hubiera quedado toda la vida en Australia, oficiando bautizos, celebrando bodas, haciendo reuniones apostólicas con los jóvenes. Hubiera sido una vida tan distinta. Pero dije que sí y mi vida cambió. Ahora ya sólo me faltan unos diez o catorce años para ocupar mi puesto en esta cripta.

Echó una mirada al resto de las tumbas. Detrás de esas lápidas, adivinaba que sólo había huesos y telas estropeadas. Solideos corroídos. Harapos. Entre el polvo, anillos olvidados. Falanges de dedos que fueron impuestos sobre muchas cabezas, en muchas ordenaciones. Él había visto cómo queda una mitra blanquísima de seda, tras treinta años en medio de la corrupción de un ataúd cerrado.

Henry se arrodilló un momento y rezó un avemaría. Para levantarse, tuvo que apoyar los dos brazos en el sepulcro de su amigo. Resopló y se puso en pie. Al salir de allí, montado en su vehículo, dirigiéndose al Vaticano, repasó mentalmente los asuntos del trabajo que le quedaban por hacer en esa mañana.

La bella Francia

y asuntos del oficio



Dos días después

18 de diciembre

Henry iba hablando por el móvil, en el asiento de atrás del coche que le llevaba desde el aeropuerto de Orly hacia el centro de París. Todavía no había podido regresar al Concilio, la acumulación de temas por resolver se lo había impedido. Nuevos asuntos le iban a retener un día más en tierras francesas. Menos mal que todo iba bien. Y especialmente el problema del cisma. Parecía que la enfermedad se iba a poder contener dentro de unos límites aceptables. La franja de fieles contagiados por la disidencia, aunque todavía imprecisa, no parecía que fuese a ir más allá de un porcentaje razonable. Ni siquiera un 3,2% según los últimos sondeos iban a seguir a los pastores excomulgados. La franja de fieles descontentos era superior al 7,4%. Pero dispuestos a dar el paso,

dispuestos a seguir las banderas de la rebelión, eran muchos menos. Y ese porcentaje parecía que seguía bajando.

Aun así, ese 7% de descontentos suponía un peligro. Según como se gestionara esta crisis, serían más o menos los que se separaran de forma irreversible. Pero, por ahora, todo se iba encauzando. Hasta el tema legal parecía ir discurriendo de forma favorable para el Vaticano. Quedaban todavía apelaciones por resolver, pero si todo seguía así, ni uno sólo de los nuevos obispos cismáticos iba a lograr reconocimiento a efectos civiles en las diócesis vacantes donde habían querido instalarse por la vía de los hechos consumados. Cosa distinta había ocurrido, a efectos legales, con los que ya eran obispos, aunque ahora estuvieran excomulgados. Cuando un obispo toma posesión de su diócesis, pocos días después se hace el reconocimiento de su firma ante notario reconociéndole no como dueño, pero sí como administrador de los bienes diocesanos. La firma de un obispo, desde ese momento, es reconocida legalmente, lo cual implica ciertas consecuencias en materia de administración patrimonial. No había demasiados casos disputados en Europa. Pero en esas diócesis, los vericuetos legales y las apelaciones iban a dar para un largo proceso de recursos que se podía prolongar meses, y en algunos países hasta años.

Era lógico que un tribunal de un estado laico tuviera ciertas dificultades a la hora de reconocer los efectos de una excomunión. El departamento legal del Vaticano trabajaba intensamente para

tratar de presentar argumentos, que explicaran ante los tribunales como uno es administrador de los bienes muebles e inmuebles mientras es obispo de una diócesis, y que si está excomulgado deja de ser su administrador. Los disidentes sostenían como línea de defensa que, excomulgado o no, el obispo seguía siendo obispo mientras no renunciase, y que no se podían conceder pacíficamente plenos derechos a Roma sobre el patrimonio diocesano. La línea de los abogados del Vaticano era más jurídica: el que otorga un nombramiento, lo puede retirar. La línea por la que optaron los abogados de los excomulgados era replantearse cuál era la relación entre Roma y las iglesias particulares, y no darla por supuesto. El tema era espinoso, pero el departamento de asuntos jurídicos de Roma era optimista.

El automóvil entraba ahora por una de esas bonitas y ordenadas avenidas parisinas. Los edificios de cuatro plantas eran inconfundiblemente franceses. Tejados de pizarra, cafés en la calle, árboles a los lados, escaparates de tiendas de lujo. Por supuesto una panadería y un kiosko antiguo.

-Es curioso que de ser pescadores en un lago de Genesaret – pensó Henry-, hayamos pasado a tener que estar en una sala de espera de un aeropuerto colgados del móvil, escuchando las opiniones de nuestro equipo de abogados. Sorprendente, sí. Pero así son las cosas. Si alguien cree que se puede volver al hatillo debajo

del brazo mientras embarco en una galera rumbo a Roma, está en el santo cielo de los ingenuos. Sí, creo que en alguna parte, existe ese cielo de los ingenuos que no tienen ni idea. En la cartografía celestial debe haber algún rincón asignado para esos pobres inocentes. Claro que ninguno de ellos llega nunca a ser Secretario de Estado del Vaticano. Este tipo de angelitos radiantes de candor suelen organizar la Iglesia Universal desde el sofá del salón de su casa, o en un bar con una cerveza en la mano. Sí, en la barra de un bar todo se ve claro. Normalmente, cuánta más ignorancia hay de los temas, más claro se ve todo.

Pero la abadía en la que el cardenal iba a pasar la noche, no era obra de ese tipo de cándidos ingenuos. Sino de gente que desde hace años sabía lo que hacía y lo sabía muy bien. Era un monasterio de una nueva congregación religiosa, que había levantado relativamente cerca del centro de París esta casa-madre, donde vivían más de dos mil miembros.

Edificio con una lejana apariencia externa a un gran coliseo del que emergían orgullosas tres magníficas torres. Cada torre, de treinta plantas de altura, pertenecía a una rama de la orden. Una torre-edificio para los monjes, otra para las monjas y otra para los miembros laicos. El Instituto Religioso de la Obra del León de Judá había resultado ser una congregación con tanta pujanza en sus vocaciones como esas torres.

El coche que le llevaba se desviaba de la avenida, para dejarle justo delante de la puerta principal de entrada. Como siempre, le esperaban varias personas a la entrada para recibirle. El Cardenal Williams salió del automóvil, les sonrió y extendió la mano para saludarles. Los cuatro le besaron el anillo. No tuvo que preocuparse de las maletas. Se dejó guiar hacia el interior del edificio.

Una congregación formada en sus cuatro quintas partes por oblatos, miembros laicos que trabajaban cada uno en su oficio en la ciudad. Los oblatos, en el fondo, eran como una orden terciaria, que sólo llevaban hábito religioso en el interior del monasterio. Un hábito casi igual al de los cistercienses. Y estos oblatos sin voto de pobreza, que daban una limosna de sus sueldos, que participaban de los rezos corales de los monjes, habían levantado aquel emporio. El cardenal había conocido durante esa mañana a dentistas, fontaneros, recepcionistas, camioneros, oficinistas que eran oblatos. Algunos de ellos comían en el refectorio común, algunos vivían en sencillas celdas monásticas. Otros se habían establecido en un sector, donde las celdas eran verdaderos pisos para familias casadas. Henry se encontraba admirado del florecimiento de esa comunidad.

Los acompañantes guiaron al cardenal hasta su habitación. Allí podría descansar y relajarse durante dos horas hasta que le vinieran a buscar. Dentro de algo más de dos horas, comenzaría su

conferencia. Le dejaron en la habitación un té negro y unas pastas danesas de mantequilla.

Para hacerse una idea de las dimensiones de este complejo monástico, baste decir que los claustros de este centro monástico eran diez. Claustros situados a distintos niveles, la mayoría cubiertos y dotados de luz artificial. Su admirable biblioteca no tenía nada que envidiar a la de cualquier abadía benedictina pretérita o contemporánea. Este tipo de monasterios gigantescos, poderosos, pertenecientes a esta congregación, estaban en expansión. En Francia ya había cinco. Podía parecer que eran pocos, pero su peso e influencia resultaban impresionantes. El capítulo general de esa congregación no buscaba fundar muchos monasterios, sino pocos pero imponentes.

-Sí, hay que reconocer que, a veces, la labor callada, continua y esforzada de muchos años logra resultados admirables –dijo el Cardenal Williams a la religiosa que le traía un jugoso brioche de pasas y un vaso de leche. Todavía no había desayunado y había pedido algo ligero.

No buscaban, como Santa Teresa de Jesús, fundar pequeños *palomarcicos* de pocas almas reunidas para vivir en oración. Sino levantar impresionantes abadías, que se transformaran en verdaderos centros de espiritualidad en mitad de las ciudades. Era evidente que ya constituían una especie de nuevo Cluny. No solo eso, el abad del

monasterio en que el cardenal se encontraba, había logrado algo que parecía imposible: ser nombrado por el Papa arzobispo de la ciudad. Y el ahora abad-arzobispo de París había iniciado una modélica reforma religiosa de la Ciudad del Sena.

El Secretario de Estado del Vaticano, sorprendido del poderío económico que mostraba la congregación, se dejaba guiar por los religiosos hacia el estrado, desde donde iba a dirigir su conferencia. El aula magna del monasterio estaba a rebosar. Los prelados de la nunciatura en París que habían ido a buscarle a su habitación, se separaron de él para ocupar sus asientos abajo, en la primera fila. En el centro de esa primera fila estaba el abad-arzobispo. El Cardenal Williams subió al estrado entre aplausos, precedido y seguido de los organizadores de la conferencia. El Secretario durante la presentación abrió su maletín, sacó sus papeles, puso cara de ser inmune a las alabanzas de la presentación. Acabadas éstas, dio comienzo a su intervención. Conferencia interesante, aunque pronunciada en tono monocorde. Ese tono era su principal defecto al dar charlas:

-Nos preparamos para la conquista de China. La conquista espiritual de China a través de una nueva evangelización. Éste es el gran proyecto, que nos hemos propuesto para los próximos veinte años. Avanzar, desarrollarnos. Como dijo San Agustín: *si no avanzas, retrocedes*. No os podéis imaginar, qué gozo supone para

mí, estar en el puesto en el que me hallo, tan cerca del Santo Padre. Servir a la Iglesia desde esa atalaya privilegiada, desde donde se me permite observar tantos avances, tantos progresos del Reino de Dios. Aunque también allí llegan las vaharadas de la corrupción, pues también eso existe en la Iglesia. Como bien se pueden imaginar, hasta allí llega lo mejor y lo peor. Aunque siempre hay más bien que mal. Si bien, el mal hace más ruido.

El Mal existe, y *el Reino de Dios debe ser defendido como cualquier otro reino*. Esta frase la oí siendo un joven seminarista. *Becket*, se titulaba la película, gran película. Y se me quedó profundamente grabada en mi mente y en mi memoria durante tantos años, hasta el día de hoy.

Después de una hora de conferencia, vino el turno de preguntas y respuestas. En esa parte el cardenal no sólo no fue brillante, sino que ofreció respuestas trilladas, obvias y fácilmente imaginables. Cuando alguien ha averiguado un poco de algo, a través de su esfuerzo e investigación, contesta a las preguntas con todo lo que sabe. Cuando uno lo sabe todo, fruto de una posición de poder, el ejercicio de contestar preguntas se convierte en el ejercicio de conjugar tres verbos: eludir, sortear, soslayar. Para la gente sencilla que allí estaba escuchándole, las respuestas les satisfacieron plenamente. Se podría decir que hasta les abrieron mundos insospechados. Para el arzobispo, el nuncio y los sentados en la

primera fila, las respuestas no tenían otro interés que valorar el nivel de pericia del cardenal, para combinar esos tres verbos de un modo casi musical. Los años de experiencia consiguen que algunos logren arrancar verdaderas armonías pulsando muy pocas teclas. Henry carecía de esa capacidad. Y a su edad tampoco cabían muchas esperanzas de que lograra aprender, cómo incrementar un mínimo el nivel de interés de sus respuestas.

Tras los agradecimientos y los aplausos, un almuerzo, protocolario y amigable. Después el abad-arzobispo y el cardenal se retiraron a un despacho. El despacho del abad era muy amplio, las paredes formaban un cuadrado irregular de unos ochos metros de lado con, digámoslo así, cuatro ábsides, uno en cada pared. El suelo era de cerámica antigua. Las paredes pintadas de color ocre apenas se veían, un armario recorría esas paredes cubriéndolas casi por completo. En el largo armario estaban insertas las puertas de acceso a ese despacho y a otras salas. Éste era un armario con tantos ornatos, tan tallado, que se podría decir que estaba a mitad de camino entre un retablo y el estante de libros. En el centro del amplio despacho, había una amplia mesa de madera. En la parte central del armario, en uno de sus lados, había una especie de arco. Allí presidía la talla de un Cristo coronado, mayestático. La mesa del abad, con un discreto ordenador a un lado, y tres macetitas de verdes helechos al otro. Todo muy mesurado, nada estridente, como el

gesto del abad invitándole a tomar asiento. Como su mirada de fría cordialidad, mientras sacaba de uno de los cajones de la mesa una caja con dulces de un convento.

El abad le hablaba de las excelencias del convento franciscano español que con una vieja receta del siglo XV seguía preparando aquellas almendras garrapiñadas. Como observó que los dulces le gustaron al cardenal, el abad-arzobispo se levantó hacia un armario, mientras le decía:

-Creo que detrás de esta puerta me queda una caja de yemas de otro convento español. A las carmelitas se les dan muy bien las yemas.

-Le ruego que se siente, excelencia. Se lo suplico. No quiero acabar como Juan XXIII.

-¿Como Juan XXIII? No le entiendo.

-¡Con su sobrepeso! Aspiro a morirme con una figura tan estilizada como la de Pío XII.

El arzobispo se rió. Le había hecho gracia la broma. Pero las protestas del cardenal no evitaron que probase esas yemas, que no eran nada dulzotas y sí muy cremosas por dentro. Los dos preladados charlaban relajados de varios asuntos intrascendentes, tratándose mutuamente de agradar. Aquel hombre, el arzobispo, lo tenía todo, pensó el cardenal. Era inteligente. Su carácter, agradabilísimo. El poder económico de su congregación, mayor que el de muchas diócesis. En Roma nadie desconocía su amistad íntima con cuatro

cardenales. Desde los tiempos en que habían sido compañeros en la Gregoriana. Su red de influencias era vasta. No era de extrañar que hubiera conseguido la sede de París. Y sin dejar de ser abad de ese monasterio. Algo sorprendente. Una decisión personal de Clemente XV. *Es el hombre perfecto para renovar la iglesia en la capital de Francia*, había comentado varias veces.

Charlar con abad-arzobispo constituía un placer. Un hombre culto, vivaz, alegre, de una inteligencia agudísima. Pero tras un rato de amable conversación, el cardenal comenzó a insinuar las preocupaciones que desde hacía tiempo habían sido puestas sobre la mesa de la Congregación de Religiosos.

-Excelencia -le comentó el cardenal al arzobispo-, muchos se preguntan, y no sólo en Roma, acerca de la operación de compra del Crédit Français.

-Ah, ¿y...? –el abad hizo una pausa mientras se acariciaba su mentón con un gesto tímido, casi con la punta de sus dedos. Después añadió:- ¿Hacemos daño a alguien?

-No. Evidentemente... no –respondió el Cardenal Williams que no le quitaba ojo, que analizaba cada uno de sus gestos.

-¿Entonces?

-Excelencia, no deja de llamarnos la atención de que su instituto vaya a comprar una entera entidad financiera.

-Ah, ya.

-Sabemos que las cosas les han ido muy bien. Pero, ya sabe, algunos piensan, creen, que eso sería ir demasiado lejos.

-Ajá -el abad sonrió-, ya veo por donde van las cosas. Le entiendo. Pero claro, ya sabe... otras órdenes se han dedicado a fabricar quesos, a cultivar campos. ¿Es culpa nuestra que nuestra orden sea tan...?

-¿Qué adjetivo buscaremos?

-¿Exitosa? –dijo el arzobispo.

-*Exitosa* es un adjetivo incómodo.

-Podremos encontrar otro. Seguro que hallaremos un adjetivo que no incomode a nadie. Pero mire, nosotros usamos el dinero para hacer el bien. Suena a tópico, pero nosotros hacemos del tópico una realidad. ¿Sabe usted cuántas son las obras de caridad de nuestra orden?

-Las conozco muy bien. Nadie les va a negar, que ustedes están siendo extraordinariamente caritativos en todo el mundo.

-Sabe perfectamente, eminencia, que nuestra orden no sólo ha ayudado a todos, sino que incluso tomó a su cargo Liberia. Una orden que toma bajo su acción caritativa a todo un país para cambiarlo de arriba abajo... eso sí que es algo digno de elogio. Un país pequeño, sí, pero lo hemos cambiado de verdad. Nadie nos podrá echar en cara que hemos usado mal el dinero.

-Escuche, excelencia, permítame... eso nadie lo duda. Pero ya que me pone el ejemplo de Liberia. El formar un partido y poner

dinero para que ese partido logre el poder en Liberia, es algo que a muchos no les ha parecido una acción, digamos, muy evangélica.

-No podíamos enviar un torrente de capital hacia ese país para ayudarle, cuando la verdadera y auténtica raíz de la pobreza de esa nación era la corrupción. Nos trazamos un plan a largo plazo. Y vimos claramente que antes de enviar esos capitales, había que sanear políticamente el país. La fase política debía preceder al envío de fondos. Suena a chanchullo, pero era el único camino.

-Pero reconozca que todo el tema suena mal, y que los medios de comunicación gracias a eso han atacado a la Iglesia de un modo global. Sin pararse a distinguir si se trataba de su institución en concreto o de todos nosotros en general.

¿Pero el país ha cambiado o no?

-Sí, por supuesto. Pero nuestra imagen se ha resentido.

-No desconozco que algunos nos critican. Bien. ¿Pero hubieran preferido esos murmuradores, que el país hubiera seguido igual de mal, y nosotros con las manos limpias? Posiblemente. Es igual. Nos da lo mismo. Nos hemos ensuciado las manos, pero hemos ayudado a seres humanos concretos, no a la Humanidad en general.

-Arreglar un país, suena algo cercano a la política –insistió con delicadeza el cardenal-. Comprenda que suena a política y es política.

-Eminencia, estamos hablando de saqueos, violaciones masivas, asesinatos cada día a plena luz del día en mitad de la calle, sin necesidad de que los asesinos tuvieran que irse corriendo. Metimos nuestra mano en mitad de... del estiercol. Sí. Pero es que allí estaban las personas. Estoy dispuesto a que mañana mismo la imagen de mi instituto sea arrastrada por los suelos, con tal de seguir haciendo el bien. Si ése es el precio por hacer el bien, estamos dispuestos a pagarlo. Que nos critiquen todo lo que quieran. Hemos de intentar cambiar el mundo. Si nos ponemos manos a la obra, siempre nos criticarán. Sólo si fracasásemos o tuviésemos un éxito moderado, serían más caritativos en sus comentarios hacia nosotros. Pero el éxito absoluto siempre crea enemigos.

-Sobre todo si ese éxito absoluto crea dividendos.

-Si tuviéramos pérdidas, si necesitásemos ayuda, todos nos compadecerían, todos dirían que somos unas buenas personas. Pero si Dios nos bendice con el éxito, todos dicen que hay que hacer algo, que esto no puede seguir así, que nos estamos desviando. En la Iglesia te pueden perdonar muchas cosas, pero rara vez te perdonan el éxito.

-Mire, lo de Liberia yo, personalmente, podría admitir que fue comprensible. Jamás será aceptado por todos, pero admito que fue comprensible. Entiendo sus razones, aunque no las comparta del todo. El cambio político era lo primero, lo acepto. Gracias al apostolado que ustedes han realizado en las universidades de

Francia, disponían de muchos laicos capacitados en sus filas, y ellos se encargaron de todo en Liberia. Bien, todo eso lo puedo llegar a entender. Pero la operación financiera que se está fraguando con el Crédit Français, eso... ya es demasiado para muchos.

-Oh, vamos. Podríamos haber hecho esa operación de un modo farisaico. Que nominalmente todo hubiera estado en manos de laicos, pero de laicos que pertenecieran a nuestro instituto, y que nosotros hubiéramos sido los verdaderos dueños en la sombra. Pero hemos optado por hacerlo todo a plena luz del día. No tenemos nada que ocultar. Vea los presupuestos anuales. ¡Masivas obras de caridad! Eso no se puede hacer con continuos balances negativos.

El abad, mientras hablaba, había abierto otro cajón y de una carpeta había sacado una detallada confrontación del activo y el pasivo anual, con todas las obras de beneficencia detalladas. El cardenal conocía esos informes, de forma que tras una somera hojeada, por cortesía, dejó las dos hojas sobre la mesa, y se limitó a advertir preocupado:

-Esto está degenerando en una mera cuestión de poder.

-Y cuanto más poder tengamos, más bien podremos hacer. Yo le pregunto: ¿Es malo el poder? ¿Es que me está diciendo que es malo en sí? Si es malo díganlo claramente, y abandonémoslo todos. Si es malo, es malo siempre. Si es malo, es malo en toda medida, poca o mucha. Y como le he dicho, si es malo lo tenemos que abandonar TO-DOS. Pero si no es malo, no debemos ir con

escrúpulos. No nos lo podemos permitir, porque lo que está en juego es el sufrimiento de mucha gente.

-Acojo sus argumentos, pero eso no cambia el hecho de que la oposición de muchos obispos está creciendo. Y ya no le digo nada en Liberia. Los prelados liberianos, año tras año, se quejan de que su congregación posee el país y de que la iglesia allí es un monopolio de ustedes.

-Si como medida transitoria, Roma nombrase obispos de nuestro instituto, la armonía sería perfecta. Ya hemos trasladado esa sugerencia varias veces.

-¿Para cerrar plenamente el monopolio, excelencia?

-La maquinaria experimenta fricciones en los engranajes, fricciones y recalentamientos. No estoy diciendo que todas las piezas deban ser de la misma marca. Pero tienen que ensamblar bien. Sino se deben sustituir. Siempre es preferible sustituir una pieza, que no el resto de la maquinaria. Las piezas tienen que ensamblar bien. Si ponen una pieza que no lo hace, después que desde Roma no se quejen. ¿No lo cree usted así, excelencia?

-Mire, yo aquí estoy para tratar el asunto material. Eso otro es competencia de la Congregación de Obispos. Yo no me meto.

-Pues sobre lo material, ya le he dicho lo que pienso. Esto es una guerra entre el Ejército de la Luz y el de las Tinieblas. El enemigo no repara en medios para atacar a los hijos de la Luz. Ellos

no reparan en medios, ¿y nosotros sí? *Haced el bien, de acuerdo, pero no lo hagáis a gran escala.* Ésa es la política de algunos.

-Mire, yo sólo le transmito el malestar de muchos, en varias congregaciones, por la operación bancaria del Credit Francaise. *El Poder es muy apetecible. Es una tentación. Hay que resistir las tentaciones.* Eso es lo que comentan en los pasillos. Sólo le hago saber esos comentarios. Mi opinión... usted la sabe desde hace años. La orientación tomada por este instituto no me satisface.

El abad-arzobispo le miró.

-El Reino de Dios ha de ser defendido como cualquier otro reino -dijo finalmente el arzobispo.

-La frase es de mi conferencia -rió el cardenal-. Use las suyas.

Asímismo el abad rió con cordialidad, quizá también con sinceridad.

La conversación entre ambos discurría por los senderos de la corrección y de la amabilidad. El tema estaba erizado de púas, pero ambos usaban sus mejores armas de cortesía en el gesto y en el tono. Aquella conversación era un maravilloso ejercicio de esgrima, entre dos caballeros, bajo unas reglas y debidamente acolchados. El arzobispo-abad prosiguió:

-De todas maneras, a todos les gusta, incluso a los monseñores que nos critican, que poseamos dos cadenas de televisión que hagan apostolado, una editorial, una inmobiliaria que

construya pisos de alquiler para gente pobre. Les gusta, pero todo eso cuesta dinero. Todo eso no se realiza únicamente con buenas intenciones. Pero el problema es que el poder siempre es visto con *desconfianza*, por no usar otra palabra. Esos que nos critican, han identificado el ejercicio de la caridad con la debilidad, el apostolado con la impotencia. Nos critican, lo sé. Te pueden ayudar a llevar la cruz, pero no te perdonan el triunfo. Puedes tener unos cuantos colegios, alguna empresa que publique unos cuantos libros... pero no están dispuestos a aceptar el éxito puro y duro.

-Sí, ustedes han tenido *mala suerte*. Comenzaron aquellas cadenas de televisión para hacer apostolado, y ahora son rentables. No pretendieron halagar a la audiencia, sólo buscaron la calidad, y el resultado fueron años de pérdidas y ahora que se han hecho un nombre, años de ganancias. Iniciaron una empresa inmobiliaria, que hiciera pisos de alquiler para los menos favorecidos. Una empresa altruista con la que tener pérdidas para desgravar impuestos, para emplear los beneficios que afluían a ustedes con otros proyectos. Pero también esa empresa, al final, les ha reportado ganancias. Podríamos seguir. Hasta en Liberia han tenido esa misma *mala suerte*. Pensaban sólo gastar dinero, y ahora que el país funciona los réditos son impresionantes. Liberia: tres hospitales, dos universidades, siete colegios de élite, treinta colegios normales, seis más en construcción, sus oblatos abren nuevos negocios, instalan empresas, y las limosnas que reciben ustedes siguen creciendo.

-Habremos, pues, de reconocer que la buena gestión hace milagros.

El cardenal rió sin decir nada. El arzobispo añadió jocoso:

-Se nos dio un talento, devolvimos cinco.

-El problema no es que hayan devuelto cinco –dijo el cardenal-. Sino que al año siguiente fueron cien talentos, y al otro fueron doscientos, y al siguiente quinientos. Y no se ve dónde va a acabar esto.

-¿Me lo dice, eminencia, como alabanza o como reprensión?

-No se lo digo ni como elogio ni como crítica. Pero en Roma, monseñor Montegrosso no deja de recordar que no se puede servir a dos señores.

-Monseñor Montegrosso y otros en la Congregación de Obispos como él, están más cerca de las posiciones del Sínodo de Jerusalén que de las del concilio bostoniano.

-No hace falta preguntarle a usted de parte de quién está –dijo el cardenal.

-Por supuesto que no hace falta. ¿Pero qué se creen esos cismáticos? Invocan a la Tradición. ¿Pero a qué Tradición se refieren?

-No meta aquí a la Tradición. Se trata de una cuestión de dinero, simplemente de dinero.

-Por favor, incluso nuestra situación floreciente tiene antecedentes en la Historia de la Iglesia. Precisamente a usted, no

tengo que explicarle la historia de la orden jesuítica. Floreciente en el siglo XVIII, con sus *reducciones* en la Provincia Jesuítica del Paraguay. Lo mismo que fue floreciente la orden de los hacendosos cistercienses artesanos y comerciantes. Lo mismo que fueron prósperas las plantaciones de los monasterios benedictinos al comienzo de la Edad Media. Además, respecto al Sínodo de Jerusalén, a monseñor Montegrosso le veo siempre andando entre dos aguas. Condena al Sínodo, pero siempre con la boca pequeña.

-Vamos, monseñor Montegrosso ni apoya, ni avala las posiciones de esos cismáticos. Tampoco es enemigo de ustedes. Únicamente, manifiesta... preocupaciones.

-Ya, ¿pero qué desea? ¿Que nos descapitalicemos? ¿Qué vendamos todos nuestros activos para volver a empezar de cero? Voy a proponerle una parábola: Antes pedíamos como limosna unos cuantos peces para los pobres. Tras algo de tiempo nos hemos organizado y pescamos para los pobres. Después hemos organizado a un ejército de pobres que pescan. Ahora llega un monseñor llamado Montegrosso que, sea dicho de paso, nunca ha hecho nada por nadie, salvo rellenar papeles en su despacho *et faire di lard*, y nos dice... perdón, corrijo, ¡va diciendo a todo el mundo a nuestras espaldas!, que si no es ésa nuestra misión, que si estamos poniendo nuestra hoz en mies ajena, que si lo nuestro no es el mundo.

-Creo que está siendo muy duro con él.

-¡Por favor! Conozco la aversión que nos tiene esa persona en concreto. Para él la prioridad es hacernos daño. A los pobres que les den por saco. Hubiera preferido él, y más como él, que hubieran seguido los robos, las extorsiones, los asesinatos en ese país, a que nos ensuciáramos las manos con cosas de este mundo. Perdone, pero lo de Montegrosso, lo de monseñor Kulyk y lo de Cepeiro, es inaceptable. Están haciendo verdadera campaña contra nosotros por todos los pasillos vaticanos.

El arzobispo sacó una llave y abrió un cajón de la mesa que tenía a su derecha. Extrajo una carpeta y se la entregó al cardenal sin decir nada. Era un informe sobre esos tres monseñores del Vaticano. Dos de ellos tenían ocultas relaciones con el Sínodo de Jerusalén, las pruebas concretas estaban allí. El tercer monseñor tenía problemas con la bebida y se sospechaban otras cosas. El cardenal hojeó los papeles en silencio. Después, los dejó sobre la mesa que tenía a su lado, sobre el balance de cuentas, y se limitó a decir muy serio fijando sus ojos en los del arzobispo:

-Son cosas como éstas las que nos dan miedo.

El arzobispo inmutable le contestó con suave firmeza:

-Yo no he pedido estos informes. Me han llegado. Me han llegado, los he guardado y se los he hecho llegar a usted. Allí acaba todo.

Los dos se miraron a los ojos un instante, un largo instante.

-Veo que se había preparado para mi visita –comentó el cardenal pensando en lo a mano que tenía el balance y, ahora, este informe.

-Debo proteger mi congregación.

-La obra de su vida.

-Por favor, lo que importa no es este instituto religioso de la Obra del León de Judá, para nada. Sino que se haga la voluntad de Dios. Si la voluntad de Él es proteger esta congregación, pues nos aplicamos a ello. Mañana la quemaría con mis propias manos, si tal fuese la voluntad del Señor.

El cardenal tomó de la caja a su derecha otra yema de las monjas. Sin prisa se limpió su pulgar e índice del azúcar glase, con una servilleta que el previsor abad había dejado junto a la caja. El cardenal con lentitud dijo después:

-Nos estamos desviando hacia cuestiones generales. Son cosas concretas las que provocan la oposición. Otro punto, por ejemplo, en Liberia se les acusa de haber cultivado más a las élites que a los pobres. Y conste que sé que eso no es verdad.

-Me importa un bledo que sea verdad. ¡A lo mejor es verdad y todo! –el tono vehemente, aunque contenido, contrastaba con el rostro sereno y relajado del purpurado-. Porque tal vez para ayudar al pobre, el camino más efectivo es cultivar a la élite. De todas maneras no sé porqué digo estas cosas, a mí lo que auténticamente me importa es el fin primordial de la orden: el culto divino en

nuestras abadías. Que nuestras abadías sean una verdadera porción del Reino de Dios materializada en la forma de una microciudad monástica. Un micromundo donde reine la observancia regular, el esplendor litúrgico. Eso es lo que de verdad me preocupa.

-Pues créame, no sé cómo dedicándose al culto divino, han logrado todo lo que han logrado. Debe haber sido un milagro.

-Creemos en los milagros.

-Pues si éste ha sido un milagro, ha sido el de la multiplicación de los peces –añadió en plan de broma el cardenal para quitar hierro al asunto. Pero el abad parecía no estar por la labor, y le dijo al cardenal:

-No esperaba que usted se encontrase en el grupo de los que ya no nos son favorables.

-No, señor arzobispo, no. No estoy en ese grupo. Yo estoy en medio. Oigo a unos y a otros. Pero tendría que ver lo que es escuchar a monseñor Montagne, cuando se queja de que...

-Ya sé lo que me va a decir: *que los pobres son una fantástica excusa que hemos encontrado, para derivar hacia algún lado nuestros fabulosos beneficios*. Nos lo dijo monseñor Debecq, entre otros. Montagne en una reunión de su congregación llegó a decir que si no existiesen pobres, nuestro instituto se los inventaría, porque son necesarios como excusa para mantener en marcha nuestra maquinaria.

-Le aseguro que desconocía que hubiera dicho tal cosa.

-Pero no me callo. Me lo encontré en un pasillo de un consejo pontificio, le sonreí y le dije: *arrête de faire l'andouille*.

-Después se queja de que lo eclesial se convierta en personal.

-Lo siento, eminencia. Tiene razón. Al final, no son cuestiones eclesiológicas. Aquí lo personal se reviste de eclesiología. Pero es verdad que, al final, son asuntos personales.

-Me imagino que sabe que formo parte de la comisión de cardenales que está examinando las quejas formalmente presentadas por los obispos liberianos. Seré objetivo, se lo aseguro. Las cuestiones personales, en mi caso, no nublarán mi juicio.

-Pues, Cardenal Williams, una vez más, le manifiesto que no servimos a dos señores. Cristo y los pobres son uno solo. En nosotros no hay doble servidumbre. Sabemos muy bien lo que queremos. Y lo hacemos, le pese a quien le pese.

-Bueno, tranquilo, tranquilo, hagan las cosas lo mejor posible –el tono ahora era paternal. El purpurado le sacaba casi quince años de edad al abad. La apariencia del abad era incluso más joven, en la plenitud del vigor de la madurez. En ocasiones, cuando conversaba, a Henry le gustaba sacar ventaja de este aspecto temporal. Sobre todo al final de las conversaciones. Como para dar a sus palabras el tono patriarcal de un padre que habla con su hijo más joven. Y así el cardenal añadió con aire de sermón, del sermón a un hijo:

-Pero estén siempre dispuestos a aceptar cualquier indicación de la Congregación de Religiosos. Su orden puede ser poderosa, pero les guste o no depende de esa congregación romana. Su instituto puede ser todo lo rico que quieran y, por el contrario, la Congregación de Religiosos en Roma puede consistir sólo en unas cuantas oficinas con unos cuantos oficiales, pero hay que atender las indicaciones que vengan de la congregación romana. La ley canónica es la ley canónica. Y todos debemos obedecerla.

-Pierda cuidado. Siempre me he movido en los más estrictos límites del ordenamiento canónico. A mi edad, a mis sesenta y tres años, no me voy a salir de la segura senda de la obediencia. De eso, no tenga la menor duda. Ante todo temo el juicio de Dios. Por servir a Dios, no me alejaré de la Iglesia.

-No voy a decir *cuánto me alegro de oír eso*, puesto que nunca he albergado duda alguna de que usted era un hombre fiel.

-Ya, pero dese cuenta de que el Prefecto de la Congregación de Religiosos hasta el día de hoy nunca nos ha ordenado nada. Ni siquiera nos ha reprendido en nada. ¿Por qué?

-Pues...

-Pues por una razón muy sencilla, eminencia, por una razón sencilla y simple. Él sabe muy bien que si, por ejemplo, decidiera oponerse a nuestra operación de compra del Crédit Français, yo apelaría al Papa. Cogería el teléfono y pediría audiencia para esa misma semana. Y el Prefecto, sobre todo el Prefecto de la

Congregación de Religiosos, sabe muy bien que si algún día decide él vetar algo, deberá contar con el respaldo del Santo Padre. De lo contrario el asunto llegará hasta arriba antes o después. Y no hay nada peor que poner toda la carne en el asador, y tener después que retroceder. Por eso busca su momento. Busca el momento en que cuente con apoyos suficientes, para que su postura respecto a nuestro instituto prevalezca. Es más, lleva años en que nos la tiene guardada. El día que pueda asestar el golpe, lo hará sin contemplaciones.

-Vamos. No sea malicioso.

-¿Malicioso? Soy un hombre de oración, pero realista. Sé muy bien que nada ocurre en vano en ese despacho de la Via de la Conciliazione. Montagne si actúa, es que puede actuar. Si espera, es que debe esperar. No da puntada sin hilo. Ningún brindis al sol. Ese lionés retorcido no hace nada sin un propósito –el abad-arzobispo había hablado con dureza. Henry para hacerse amable reconoció:

-Tiene razón de que en esas alturas nada se hace sin un propósito.

El abad comentó con picardía:

-Probablemente también usted tiene sus razones para estar aquí, para haber venido a París. ¿O es que pasaba por aquí?

-¿Razones? ¿Cuáles? ¿Para qué se supone que he venido? – dijo el cardenal abriendo mucho sus ojos y poniendo cara de falsa inocencia. Estuvo a punto de estallar en una explosión de risa. El abad podía ser encantadoramente gracioso, ya se lo habían dicho.

¿Razones para venir? ¡La conferencia! La afirmación del cardenal era de ingenua bondad, casi de juguetona bondad en consonancia con la pícara pregunta del arzobispo.

-Para sondearme. Para ver hasta qué punto estoy en buenas o malas disposiciones de someterme a futuras directrices de la Congregación de Religiosos.

-Por favor –protestó con una pilla sonrisa en la boca-, usted siempre tan maquiavélico. Siempre tan, si me lo permite, retorcido. Buscando segundas intenciones a un viaje tan inocente. Vamos, vamos, no haga que me ruborice oyendo tales cosas. Insisto, ustedes fueron los que me invitaron a dar la conferencia *Cristianismo y Postmodernidad*. Soy inocente.

Lo cierto es que el abad había dado de pleno en las intenciones del cardenal en aquel viaje. Pero Henry tampoco se lo iba a poner tan fácil a su interlocutor. Tampoco era cuestión de admitir abiertamente las intenciones de su viaje. Era cierto que ese instituto, en cuya abadía se hallaba, le había invitado a dar aquella conferencia. Pero le había invitado hacía ya un año, y varias veces había declinado la amable oferta. O más que *declinado*, diferido. Ciertamente la había aceptado, cuando había querido aceptarla, con la excusa de un viaje que debía hacer a Toulouse. Pero el abad-arzobispo de París era un zorro viejo, y no había quien se la diera con queso. Tras aquel hábito seráfico, tras aquella faz angelical sin arrugas, se asomaba un espíritu agudísimo. Detrás de aquellos ojos

vivaces que cada día leían devotamente salmos y profetas, había un hombre pragmático, sagaz y acostumbrado a mover grandes capitales.

Era fantástico que la Iglesia contase en su seno con hombres de esa madera. Porque la Iglesia necesitaba a monjitas sencillas que se dedicaran a rezar, a amasar yemas y a hornear almendras garrapiñadas. Pero la Iglesia también precisaba de verdaderos gobernantes que gestionasen y, en definitiva, agarrasen con mano firme el timón de las grandes embarcaciones con las que contaba la Iglesia. Hombres de mano firme y fuerte que agarrasen el timón, sabiendo adonde dirigirse. El Reino de Dios precisaba de palomas y corderos, de guerreros y príncipes, de profetas y diplomáticos.

El cardenal le había calado, desde que le había conocido por primera vez hacía diez años. Ambos se entendían bien. Ambos hablaban el mismo idioma. Los dos pretendían el triunfo del Reino de Cristo en la tierra. Aunque a veces hubiera encuentros como aquél. Un encuentro en el que el fin era tantear al otro, para ver su disposición de ánimo, su disposición a la obediencia, su reacción ante ciertas cuestiones que Henry había suscitado aparentemente de forma improvisada. Esa conversación, las reacciones inmediatas, impremeditadas, del abad, le ofrecían más información acerca de la persona que cualquier frío informe. Ahora tenía más claro cuáles podían ser las reacciones de él si se producía una intervención vaticana. Se había quedado muy tranquilo, Henry.

Al cardenal, el abad le caía muy bien. Era inteligente, refinado, un hombre de oración, alguien que hubiera podido disfrutar de una magnífica posición en el mundo y que lo había dejado todo por aquel instituto. Su triunfo, su ascensión, dentro de esa congregación podía parecer a algunos algo grande, pero él había dejado mucho por profesar en ese camino religioso. ¿Quién sabe dónde hubiera llegado de haber continuado en el mundo?

Con razón que, aunque llevara ya dos años en la sede parisina, muchos miembros del consistorio de purpurados se resistiesen a que a sus muchos honores se le añadiera el de recibir la birreta cardenalicia. Abad del monasterio de San Denís, arzobispo de París... si a eso se le yuxtapusiera algún día el cardenato, la acumulación de poder sería a los ojos de muchos excesiva. Sí, también existía un poder eclesiástico. Eso era indudable. El abad de San Denís no era el abad general de la orden, pero eso era lo de menos: la orden estaba detrás. La Iglesia, como los Estados, también debía tratar de evitar la concentración de poder, aunque se tratara de poder eclesial. Y mucho se temía el Secretario de Estado que los enemigos de ese instituto habían crecido lo suficiente, como para no poder evitar ya el hecho de que a la Obra del León de Judá le cayeran cada vez más *indicaciones*, o, dicho de otro modo, restricciones.

El cardenal consideraba que la conversación ya había cumplido su fin. Sólo le quedaba un punto pendiente. Así que fue al grano finalmente.

-Señor arzobispo, he venido aquí sin ningún mensaje oficial de ninguna congregación. Lo que le digan de modo oficial, lo harán a través de la Congregación de Religiosos. Pero yo le pregunto: si le indican que abandone la operación del Crédit Français, ¿obedecerá?

-Si eso sucediese, pediré audiencia con el Santo Padre. Y si él me pide que obedezca, lo haré.

-¿Y si les piden reducir sustancialmente su presencia en Liberia?

-Pediré que nos quedemos al menos con las universidades, y con la mitad de nuestro personal allí destinado. Sería cuestión de negociar entre la Conferencia Episcopal, la Congregación de Religiosos y un capítulo extraordinario, qué parte del personal allí destinado permanecería, y los plazos para nuestra retirada gradual.

-Muy bien, muy bien.

El cardenal en su interior estaba satisfecho. El abad miró hacia la ventana. Hacía una tarde magnífica y soleada. La conversación no había sido fácil para él. Era duro para el abad recibir visitas como aquella. Pero cuando la congregación había decidido meterse en campos como en los que se había metido, ese tipo de visitas eran inevitables antes o después. El abad más sosegado dijo:

-El poder es un vino gouleyant, pero sabemos cuándo no hay que repetir.

-¿Gouleyant?

Aunque la conversación entre ellos había tenido lugar en francés, el cardenal Williams desconocía esa palabra.

-Oh, no es fácil traducir ese término –explicó el abad-. Podríamos decir que *gouleyant* es el vino que resbala fácilmente por la garganta.

-Ajá.

-Excúseme por haber usado una palabra tan... poco común. Como ya se habrá dado cuenta, eminencia, he intentado evitarlas.

-Lo he notado, gracias.

-Se me han escapado sólo una docena de palabras menos usuales.

-No tiene que excusarse –le agradeció el cardenal-. ¿A las 4:00 me dijo que me venían a saludar las superiores de las dominicas de San Sulpicio y la de las úrsulas?

-Sí, pero no se preocupe lo más mínimo. Pueden esperar si quiere reposar un poco en su habitación.

-No, mantenga la hora. Más tarde, además, vamos a volver a hablar –Henry se levantó de su asiento y añadió-: *L'Exactitude est la politesse des rois.*" (la puntualidad es la cortesía de los reyes).

Las seis monjas que le esperaban en la sala de las visitas, se alegraron tanto de ver a un príncipe de la Iglesia. Unas le habían traído un tarro de guindas y castañas confitadas en vino moscatel y coñac, las otras una pequeña imagen esmaltada de Santa María Magdalena. Ambas se despidieron diez minutos después dejándole dos cartas en las que le solicitaban que abogara por ciertas dispensas y permisos ante la Congregación de Religiosos. Henry viajaba con maleta muy ligera. Así que ambos regalos se quedaron en el monasterio del abad.

Por la tarde, discutieron el abad y él la posibilidad de que el instituto abriera una universidad pontificia en París. El Secretario de Estado no vio ningún problema en ello y le aseguró que agilizaría todos los permisos si algún monseñor trataba de obstaculizar las cosas en la Congregación de Educación. En una sala cercana, el arzobispo-abad le mostró la gran maqueta donde se mostraba el gran proyecto de ampliación del ya enorme edificio de la abadía, o mejor dicho, de la acumulación de edificios que era la abadía. La maqueta tenía un metro de altura y estaba situada en una estrecha mesa, de forma que resultaba muy fácil acercarse a ver los detalles. El nuevo anexo arquitectónico de diez pisos de altura, iba a estar coronado por dos bellos pináculos góticos. Dos pináculos formidables, habitables en su interior. Aquel proyecto era toda una proclamación del poder

económico del instituto. Henry se guardó mucho de decirlo, pero el proyecto le admiró y desagradó a partes iguales.

El Secretario de Estado tomó al día siguiente el avión camino del concilio con la tranquilidad de que aquel hombre, el arzobispo de París, seguiría siendo un hombre fiel, un hombre obediente, aunque tanto poder engendrara desconfianza. De momento, los destinos del arzobispo permanecerían en París. Se había ganado demasiada oposición por parte de muchos, a que se le concediese la birreta cardenalicia. En fin, al día siguiente transmitiría sus propias impresiones sobre el arzobispo al Santo Padre, el cual se encontraba en Boston, con la asamblea conciliar.

Un porche irlandés

y una mecedora



Mes y medio después

30 de enero de 2030

Tras dos semanas sumido plenamente en las deliberaciones del concilio, el cardenal Henry Williams regresaba a Roma. Su despacho le esperaba con carpetas de cuestiones pendientes acumuladas de forma muy ordenada sobre la mesa. Siempre sobre el lado izquierdo de la mesa, la meticulosidad de su primer secretario era antológica. Labor ayudada por la criba de temas realizada con esmero por su eficaz segundo secretario. Pero Henry decidió que esos dossiers esperarían seis días más. Regresaba a Roma, pero no con un avión directo Bostón-Roma. Sino que hizo una parada en Dublín. Desde allí con un taxi se fue a Tullamore. Su madre le aguardaba en esa localidad de los Midlands. La hermana del cardenal, Susan, diez años antes, se había casado con un irlandés, y

su madre llevaba varias semanas de visita en la casa de su hija. Henry había decidido unirse a ellos y descansar un poco.

La ciudad de Tullamore era pequeña, situada en el condado de Offaly. Su hermana no vivía en el centro urbano. Vivía con su marido en una preciosa y antigua casa de piedra cubierta de musgo. Una casa en medio de colinas siempre verdes, al lado de arroyos, y sobre la que se abatía con frecuencia una niebla calmosa. Abrazos, sonrisas y besos recibieron a Henry. El desfase horario fue desapareciendo en los días siguientes.

La vida allí era tranquila. Las horas pasaban plácidas, sin ser sentidas. Parecía increíble que ya hubieran pasado tres días desde su vuelta. ¿Por qué el Tiempo se empeñaba en huir? Henry estaba sentado en el porche, en una mecedora que crujía. Se puso a llover. Una lluvia fina, densa, menuda, pausada. No corría ni pizca de aire. La mañana entera pasaría bajo ese cielo gris, típico de finales de enero. Preferible, desde luego, al gélido Boston con sus nieves del que acababa de llegar. Allí en Massachussets, los fríos cielos azules, de un azul radiante, se alternaban con oscuras tormentas de nieve. Había sido un concilio sumido en un otoño invernal, que parecía no acabar nunca. Y ahora entraban en el invierno propiamente dicho. Henry no creía que hubiera habido muchos concilios, en los que los padres conciliares hayan sufrido un tiempo tan inhóspitamente glacial.

Pero ahora lo que deseaba Henry era descansar. No pensar en nada que no fueran esos arroyos y esos bosques de robles. Pensaba pasear todo lo que pudiera. El cardenal celebraba misa todos los días al amanecer, en una diminuta iglesia rural cercana. Su madre le pedía que todos los jueves le expusiera la custodia durante media hora. Para él era algo encantador ver a su anciana madre arrodillada frente a la Eucaristía, con las manos juntas, su fino rosario entre ellas, unas manos recorridas ya por abundantes venas. La fe sencilla de su madre era una verdadera inspiración acerca de lo que era la Iglesia. Sus ancianos ojos claros no se separaban del Santísimo Sacramento, y eso que la custodia era estéticamente pésima, un verdadero monumento a lo horroroso que puede llegar a ser el arte moderno sacro. Su madre nada sabía del trabajo de su hijo. Sabía que era cardenal y eso le bastaba. Pero de los asuntos de los que se encargaba su querido Henry, no tenía ni idea. Para ella la Iglesia es una balsa de aceite. Una especie de ermita donde la gente rezaba y practicaba buenas obras.

-Quizá yo –pensó Henry esa mañana-, por deformación profesional, me fijo demasiado en el aspecto humano de las realidades eclesiales. Para ella ese aspecto no existe. Ante un sacerdote, el hombre desaparece, sólo ve al ministro de Dios. Qué daría yo por volver a ver las cosas con esa simplicidad.

Creo que el bueno del Padre Arthur, el anciano párroco de la cercana iglesia de Santo Tomás Moro, tiene mucha suerte de tener

unos parroquianos que en su mayoría son como mi madre. El párroco, un sesentón rubicundo, gordito, sirve al Señor con una vida que es una sucesión de días serenos. Yo le sirvo de otra manera. Él reza apaciblemente su breviario paseando por estos parajes, sabiendo que sus escasos parroquianos están bien atendidos. Y cuando llueve, reza su breviario paseando por la nave lateral derecha. Sé que tiene un huerto. Me enseñó orgulloso sus espinacas y coles. Orgulloso de enseñárselas a un cardenal. Ya nos conocemos de otras veces que he venido a visitar a mi hermana.

Cada vez que vengo aquí, le prohíbo al buen Padre Arthur que diga a nadie que me hallo en este lugar. *Eso incluye a tu obispo*, le recuerdo. Debo hacerlo, de lo contrario me vendría a visitar. No quiero visitas, ni oficiales, ni privadas. Ya veo suficientes obispos cada día en Roma. Sólo deseo estar sentado en esta mecedora, sin hacer nada. Quizá, en todo caso, ocupándome en mirar este cielo que nos muestra tacañamente su sol. Esta tarde ni un solo papel, ni un solo informe. Mi única ocupación, tal vez, hubiera sido recoger algunas bayas en los arbustos que rodean la casa, pero el labriego de la casa de enfrente me dice que ni aquí ni en el bosque encontraré nada ahora. en noviembre acaba de dar su fruto las últimas plantas. Ese pelirrojo pecoso es el maestro de ceremonias en el templo de la naturaleza del Señor. No osaré poner en duda sus afirmaciones. Cuando habla, lo hace con la misma autoridad que el sacristán del

Vaticano en su propio campo. No hay que osar desafiar a ninguno de los dos. Si asegura que no hay frutos del bosque, no los hay.

Sólo me queda ponerme las botas para ir a ver los patos y ocas de una granja cercana. A la señora O'Rourke siempre le hace gracia que le aga una visita mientras les da de comer o los lava. Una vez que andaba con prisa, porque tenía visita a cenar, la buena señora cincuentona, se me acercó con sus botas de plástico a grandes pasos y, sin ninguna ceremonia, puso en mis manos una manguera y me dijo que apuntara hacia los cerdos. *Lave los cerdos, yo los cepillo*, ordenó. Cualquiera le llevaba la contraria. Me dieron ganas de decirle bromeando: *¿está ordenando a un cardenal que lave sus cerdos?* Pero esa buena señora tampoco sabía muy bien en qué escalafón hubiera tenido que poner a un purpurado. Así que lavé los cerdos sin rechistar.

Qué bien se le da, me dijo sonriente y desdentada aquella pecosa. *Parece que siempre lo haya hecho*. Me reí de lo lindo. Después lo conté en Roma y los monseñores se echaban por los suelos de risa.

-Yo me dedico a lavar otros cerdos –le contesté.

La buena señora, sin dejar de restregar a los gorrinos, me preguntó:

-¿Pero no me dijo usted que era cura?

En otra ocasión que le conté la anécdota a Clemente XV paseando por los Jardines Vaticanos, éste me comentó:

-Haberle dicho que te dedicas a lavar los cerdos del Papa.

Para aquella señora era inconcebible que ella estuviera trabajando, y un hombre hecho y derecho estuviera allí dándole conversación. Así que de forma insensible, me iba diciendo: ande, ayúdeme en esto, echéme una mano en lo otro, acérqueme la horca de allí, coja de aquí que me pesa mucho. Al final, cuando la visitaba ya optaba directamente salir de casa con unas botas de plástico como las de ella, y unos pantalones más viejos y gastados, que los de pana usuales que solía llevar durante el día. Yo creo que el olor a oveja y cerdo no se me iba hasta tres días después de llegar a Roma.

-Si algún día va a Roma, llámeme a este número –le dije una vez-. Soy párroco, digámoslo así, y le enseñaré donde trabajo.

-Ah, muy bien, muy bien.

La señora guardó cuidadosamente el papelito en el que estaba escrito: Padre Henry, párroco de Roma. El papelito quedó junto a más papelitos en la última página de esa agenda. Me hubiera encantado que esa señora y su familia viniese, y recibirla con toda la pompa cardenalicia en el Palacio de la Secretaría e Estado del Vaticano. Ser cardenal es fantástico. Puedes decirle a tu secretario que hoy no te apetece recibir a un arzobispo o a un ministro, y que se encargue de ello un subalterno. Y te puedes permitir recibir de forma grandiosa a una cuidadora de cerdos del condado de Offaly. Cuánto hubiera disfrutado la dicharachera señora O'Rourke siendo

tratada como una princesa. Lo hubiera recordado toda la vida. Lo malo es que no había quien la sacara de allí. Aquello era su vida. Muchas veces les decía a los monseñores del Vaticano: *el día que améis vuestros asuntos del despacho como la señora O'Rourke ama a sus cerdos, ése día las cosas aquí empezarán a funcionar bien*. De forma que la famosa señora O'Rourke cada vez fue más popular en todos los dicasterios del Vaticano.

Henry llevaba allí un rato en esa granja, y pensó que ya hora de seguir su paseo hasta la panadería más cercana para ir a comprar un pan de centeno, que su hermana Susan le había encargado para la cena. Ese pan negro con mantequilla, cremosa, salada, era una delicia. Ocho cerdos después, el *Padre Williams* se excusó amablemente y siguió su camino.

Sea dicho de paso, dos meses después, la señora O'Rourke y su marido aparecieron un buen día por Roma, sin avisar, en medio de una peregrinación a la que se habían apuntado en el último momento. Varios oficiales de la Curia se llamaron entre sí, muchos querían conocerla. El Secretario de Estado les envió un coche para recogerlos. De no haberlo hecho así, nunca se hubieran aclarado con todas las entradas del Estado Vaticano. Cuando entraron en el Patio de San Dámaso, el cardenal y veinte monseñores de distintos departamentos, bajaron a recibirles. La señora O'Rourke no dejaba de llorar, diciendo que ése era el día más feliz de su vida. El

embajador de Suiza y de Estados Unidos que, casualmente, salían de Secretaría de Estado, preguntaron a un miembro del servicio de seguridad del Vaticano, que quién era ese matrimonio que era recibido así. Y el agente les contestó:

-No tengo ni idea. Lo único que he oído de lejos, concretamente a dos prefectos, era que hoy venía al Vaticano la cuidadora de cerdos.

La verdad es que se les enseñaron las mejores dependencias de los Palacios, las que no se enseñan nunca. El Santo Padre estaba en Castelgandolfo, así que no lo pudieron ver. Pero uno de los secretarios del Cardenal Williams les llevó hasta su mismo despacho. El mismo secretario personal del Papa, mientras veía a la pareja salir de la antecámara, le comentó a un colaborador: *algún día los últimos serán los primeros.*

Pero todo esto ocurriría dos meses después. Mientras tanto, para esa buena granjera era el Padre Williams. Y el Padre Williams llegó por fin con sus dos panes de centeno, pan negro con piñones. De paso ya, trajo media docena de muffins de corteza de naranja amarga. El cardenal encontró a su madre sentada en la mesa de la cocina, cortando manzanas. La anciana señora seguía confeccionando cuidadosamente su pastel de manzana. Para ella ese tipo de pastel era muy importante. Lo rellenaría con cerezas y frambuesas, con tonos brillantes por encima gracias a la mermelada de arándano que extendía meticulosamente con un pincel. Ese pastel

lo hacía muy bien, aunque la verdad es que ella no sabía hacer otro tipo.

Henry entró en la cocina, una cocina de aspecto rústico, con casi todos los muebles de madera. Se sentó en la mesa camilla cubierta por un mantel con florecitas violetas muy pequeñas. Puso agua a hervir, y un rato después saboreó su té mirando al huerto y al camino de enfrente de la casa, a sus árboles y a la colina por la que descendía y doblaba una estrecha carretera. El paisaje era pequeño, pero era el que uno esperaría ver en Irlanda. La ventana de viejo marco de pino había perdido su barniz, pero conjuntaba con el ambiente campestre de la casa. El cardenal pensaba en silencio:

-La visión de mi madre trabajando en la cocina... una escena que me recuerda que todos mis esfuerzos, mis viajes, tienen como fin a gente como ella. Defender su fe, la paz en esa Iglesia en la que ella está tan feliz y tranquila, pensando que las cosas son así porque tienen que ser así. Pero también sé que si ella goza de esa paz, es porque muy lejos de ella, en distantes despachos, hay gente como yo que salvaguarda esa paz.

Henry escuchó en el tejado del porche que comenzaba a llover de nuevo. El cardenal se ocupó tan sólo de ver caer la lluvia sobre la tierra y sobre los árboles. No quería leer nada. Únicamente quería ocuparse en escuchar ese sonido que hacía la lluvia al caer con un rumor amortiguado y lejano que se prestaba a la somnolencia.

Aquella noche



El cuñado de Henry, Marc, el marido de su hermana y en cuya casa se hospedaba, era ingeniero aeronáutico. Curiosamente era con el que Henry más hablaba de religión, a pesar de ser agnóstico, o quizá precisamente por eso. Con los demás de la familia, el cardenal conversaba de asuntos intrascendentes. Pero con Marc, cuando todos se habían marchado a dormir, frecuentemente se quedaba charlando largamente en el salón, con una taza de leche en la mano. Sí, él era agnóstico, pero no le había hecho ascos a la invitación de ser recibido en audiencia por el Santo Padre. La boda con Susan, y por ende la relación con el cardenal, había sido la causa de que de un modo creciente se hubiera convertido en un asiduo lector de temas religiosos, al mismo tiempo que visitante de webs de noticias eclesiales de marcado sensacionalismo. Se trataba de uno de esos agnósticos apasionados por la religión en general, por el catolicismo en particular, y por el Vaticano de forma muy especial.

Henry observaba que era Marc, su cuñado, el que siempre sacaba en la conversación los temas eclesiásticos. Sin excepción, siempre era él. Pero después Marc, aunque no se quejase de forma

abierta, pensaba que era el cardenal el que siempre acababa tocando esta temática para hacer apostolado. ¡Pero, querido, si has sido tú el que has sacado tema!, pensaba Henry.

Para el cardenal resultaba evidente que mucho del interés de su cuñado, más que teológico, era estético. En cualquier caso, con él era el único de esa casa, con el que Henry podía tratar de temas profundos. Hoy llevaban ya hablando más de media hora, cuando Marc le dijo:

-Henry, no te lo dije, pero en mi último viaje a Roma con Susan entramos en la Cripta de los Cardenales. ¿Sabes cuál te digo? La que hay en San Juan de Letrán.

-Sí, sí, claro. Sé cuál es.

-Es sensacional.

-Me alegro de que te gustara –aunque esto lo dijo sin demasiada alegría. Sabía que, en seguida, vendría algún *pero*. Conocía muy bien a su cuñado. Nunca podía tratar ningún tema concerniente a la Iglesia, sin añadir algún inconveniente.

Marc estornudó. Un estornudo potente. Después de meterse de nuevo el pañuelo en su pantalón, comentó:

-Pero...

-¿Sí? –preguntó con aire inocente Henry, arqueando su ceja izquierda.

-No, nada.

-No, vamos, dímelo.

-Que no, que no.

-¡Suéltalo!

-Me pregunto... ¿cuánto os ha costado?

-¡Lo sabía! ¡El tema de siempre! –exclamó dándose una palmada en la pierna.

-Compréndeme, los anticlericales como yo siempre nos da por pensar: ¿cuánto les habrá costado?

-Mira, si te lo digo, no me vas a creer.

-Haz la prueba.

-No nos ha costado nada –respondió el cardenal bajando ligeramente la cabeza, y levantando su ceja.

-Claro, claro, ya me imaginaba yo...

-¡No nos ha costado ni un solo euro!

-Por supuesto. ¿Quiénes han sido esta vez? ¿Los ángeles?

-Mira, capullito de rosa. Si te digo que es así, es que es así.

-Entonces, ¡ha sido un milagro! Ya tenemos otro.

Henry le miró como diciendo: no vale la pena explicarte nada, es echar flores a los cerdos. Marc entonces dijo con vivacidad:

-Oye, que si me dices que la construyó el Padre Pío y la Madre Teresa de Calcuta, te creeré. ¿Por qué no había de creerte?

-Mira, capullito de alelí, cuando aprobamos la realización de la Cripta de Cardenales, en la comisión del proyecto había un cardenal neoyorquino que había trabajado en el Dow Jones como broker antes de entrar al seminario. Y éste fue el que se encargó de

todos los contactos. Él sabía que hay fundaciones encargadas de promover prestigiosos proyectos artísticos. Fundaciones que ayudan a museos, organizan exposiciones, otorgan becas a jóvenes artistas.

-Ah, ¿fueron ellas?

-Al final, iban a ser tres instituciones no lucrativas las que se iban a encargar del proyecto. Pero una fundación les dijo a los miembros de la comisión del Vaticano, que la Fundación Herzog-Fürst se encargaba de todo, y que además aumentaba la asignación anual para su construcción, para acabarla en tres años en vez de en cinco. Con una sola condición: Que ellos, la Fundación, se hicieran cargo de todo. La condición era ésa, ellos debían ser los únicos que tomaran en sus manos la realización integral de aquella obra. La fundación adjudicó un presupuesto anual de 270.000 euros para materializar aquella obra de arte. Al final, les costó un año más acabarla. Pero la propaganda que han obtenido por esta consecución, ha sido formidable. Ahora, siempre en todos los folletos de propaganda de la Fundación Herzog-Fürst, aparece que ellos son los autores de la Cripta de los Cardenales.

-No, si a pillaría no os gana nadie.

-Y aunque te sorprenda, al que hubo que convencer fue al viejo Cardenal Tejada, siempre tan tacaño. Le parecía un dispendio inaceptable gastar tanto dinero, aunque lo pagara otro. Tuvo que ser el Presidente de la Fundación el que le dijera, que él, como presidente, estaba harto de comprar pinturas de arte moderno

espantosas que parecían manchas o mamarrachos, o de patrocinar a escultores ultramodernos. *¿Sabe usted cuánto nos cuesta cada tela de un autor contemporáneo reconocido? ¿Sabe cuánto nos cuesta la serie de conciertos de octubre dedicada a la música dodecafónica? Esto es un gasto grande, no lo negamos, pero por fin vamos a poder hacer algo bonito y que perdure.* Al final, el Cardenal Tejada cedió.

-Vale, vale, me has convencido. Pero hubiera preferido que os hubierais gastado una millonada vosotros. Me encantan los pecados de los ministros de la Iglesia. A propósito, cuándo os vais a decidir a vender las obras de los Museos Vaticanos.

Allí estaba el Marc de siempre, el auténtico, el que no se dejaba ganar, el que disfrutaba poniéndole el dedo en la llaga.

-¿Crees de verdad, Marc, que si vendiéramos todo lo que hay en los museos, nosotros, los prelados, viviríamos un poco peor?

Marc le miró irónicamente como diciendo: no sé, tal vez.

-Pues no. No viviríamos peor. Si no lo vendemos, es por un ejercicio de responsabilidad. A nosotros esa medida no nos afectaría. Y tú lo sabes.

-Puede que lo sepa, pero me gusta sacar el tema. Cada vez aprecio nuevos matices en tu respuesta.

-Desearías que en este asunto hubiera egoísmo, avaricia, o algo turbio –le dijo el cardenal-. Pero nos limitamos a obrar como cualquier administrador que tenga dos dedos de frente. Cuando la

gente habla de las riquezas del Vaticano, eso son los Museos Vaticanos y nada más. No hay nada más. ¡Y el museo no se vende!

-Pues lamento que no haya razones oscuras y maliciosas.

-Los anticlericales siempre veis todo turbio en las cuestiones de curas, porque vuestro ojo está turbio.

-Estimado Henry, no tienes que excusar los pecados de tus colegas. Como te dije ayer, viéndolo desde fuera, lo que más me gusta de la Iglesia son los pecados de sus ministros.

-¿Cómo dices?

-Lo que oyes.

-Querido Marc, creo que te has bebido dos coñacs y eso te hace perder un poco la percepción correcta de la Teología.

-No, no, te equivocas. Verás, el que un ministro, el que alguien que debe ser el defensor de la Verdad, de la virtud, de la gracia, ésa que decís que se da en los siete sacramentos, lleve una vida oculta completamente contraria a lo que predica, resulta un hecho apasionante para los que estamos fuera. Creo que hasta hace que miremos con más cariño a la Iglesia. Esa contradicción crea unas historias tan formidables, que hace que me pregunte si la Verdad no estará en ella, en la Iglesia.

-Nadie mejor que yo conoce lo peor de la parte humana de la Iglesia. Las debilidades de esa parte humana, los peores escándalos acaban en mi despacho requiriendo algún tipo de solución. Pero sé

que detrás de esa parte humana, está la Iglesia de Cristo, la Iglesia fundada por Dios... por Dios mismo.

-Vale, Henry, te he dicho lo de antes, porque lo creo. Pero ahora no me echas un sermón.

El cardenal que iba vestido de negro, pero sin la tira blanca del cuello, rio con ganas. Marc prosiguió:

-Envidias entre grupos, algunas caídas en la lujuria, intentos de copar más poder dentro de la Iglesia, algunas disensiones... eso no es nada. Resulta lógico que si un Ser Infinito fundara una Iglesia sobre la tierra, acabarían ocurriendo esas cosas. Son pecados como los de Julio II o Alejandro VI los que me resultan más interesantes. La Iglesia de hoy, para un ateo como yo, resulta demasiado beata. He nacido en una época eclesiásticamente puritana.

-¿Entonces te vas a confesar mañana?

-Por favor... Ya te lo he dicho muchas veces: no veo a la Iglesia como una especie de adversaria. Por el contrario, la siento como algo familiar. Como un mueble de la familia que siempre ha estado allí, en el salón. No lo usas, pero sabes que está ahí, en su sitio. No me puedo imaginar el mundo sin la Iglesia.

-Algo es algo, al menos le has cogido cariño.

-Exacto, Henry, exacto. Ya sabes que yo siempre defiendo a la Iglesia. El mundo es más bello con ella, aunque yo no crea. Cuando tomo una pinta en el pub, siempre hay alguno que otro que dice que cree en Dios, pero no en la Iglesia. Y yo siempre,

absolutamente siempre, les digo que aunque no creo en Dios, creo en la Iglesia.

-Oye, necesitaríamos otro oficial en el Vaticano. Quizá pensemos en ti.

-Vete a la porra.

-Venga, no te hagas el duro. Sé muy bien que el año pasado diste una limosna para la reparación de la catedral.

-Tu querida hermana a veces se va de la lengua.

El cardenal se rio de nuevo. Marc, para defenderse, añadió:

-Vamos a ser francos. Preferí dárselo a la diócesis, mejor que a Greenpeace.

-¿Es que no te importan las focas y los osos panda?

-¡Que se jodan los osos panda! Prefiero ver la catedral terminada. Los agnósticos también tenemos nuestros caprichos. Quiero ver esa maldita catedral terminada, con sus malditas pinturas terminadas. Quiero que, dentro de ella, todo esté malditamente acabado, aunque yo no entre nunca en ella. Y por lo que veo tu hermana te cuenta todo, por lo que veo.

-¿Y no hubieras preferido, no sé, dárselo a Amnistía Internacional?

-El día que ellos construyan catedrales y hagan grandes pontificales, me lo pensaré.

-Estás a un paso de convertirte en el Chesterton de Tullamore.

-Chesterton no me atrae, pero San Tolkien...

-Creo que me voy a ir a la cama –dijo Henry mirando el viejo reloj de la pared.

-Venga, quédate un poco más. ¿Qué tienes que hacer mañana?

Marc era de esos que necesita nocturnidad para hablar. Cuanto más tarde, más inspirado.

-Los clérigos nos levantamos a hora fija, incluso en vacaciones. Por lo menos, lo intentamos.

-Venga, Henry, yo te dispenso. Vienes poco, disfruta de los pocos días que estás. Te aseguro que no le diré nada a tu jefe, si mañana te levantas un poco más tarde.

-Me quedo veinte minutos más si el domingo, este domingo, vas a misa con mi hermana, le haría mucha ilusión.

-Henry, Henry... Sabes que ese tipo de chantajes espirituales no van conmigo.

-Hazlo por mi hermana. Me quedo media hora más, incluso. ¿Sabes lo contenta que se pone al entrar contigo del brazo? Además, no vamos a ir a la parroquia este domingo. Sino al Oratorio de San Felipe Neri. Ya sabes, lo viste anunciado, viene el coro de Tattershall de Lincolnshire.

-Ah, ¿vais a la misa de...?, ésa con música renacentista, ¿la de Taverner?

-Sí.

-Bueno. Tal vez, no sé. No lo descarto. Puede que vaya. No rechazo de plano la posibilidad. Pero no por razones católicas, sino polifónicas.

-Si al final vas al Cielo, no me importa que en vez de San Pablo o San Agustín, el anzuelo fuera Bach o William Bird.

-Ah, veo que eres un pescador de hombres.

-Sí, aunque, créeme, pescar en la familia no resulta fácil.

-A algunos atunes hay que darles golpes en la cabeza, si no no se quedan tranquilos y pacíficos a bordo.

-Qué raro, esta noche no has sacado a colación el tema de la Inquisición. ¿Te pasa algo?

-¿Cómo puedes decir eso? Ya te he explicado que a mí los pecados de los eclesiásticos no me separan lo más mínimo de la Iglesia. No creo, no tengo fe, pero puedo entender perfectamente que una cosa es el mensaje y otra el mensajero. No soy tonto. O al menos no soy tan memo como esos que abandonan la Iglesia, porque hubo tal o cual escándalo que escucharon en las noticias. Es más, lo único que me sorprende es que no haya más líos y escándalos.

-Me marcho a la cama.

-Vale, vale, déjame aquí, sólo con mi incredulidad. Si me pasa algo esta noche y nuestros destinos se separan para siempre, te remorderá tu torcida conciencia toda la vida.

-No te preocupes, tienes a Bach.

-Bach no basta, y tú lo sabes. Me gustaría creer. Aunque si creyera, tal vez abandonaría a tu hermana y me haría sacerdote o monje. Sea dicho de paso, quizá comería mejor.

-Tú sólo entrarías en un seminario, si te aseguráramos que te hacíamos cardenal.

-¿Crees que lo haría mal? Cambiaría muchas cosas.

-Los que son como tú, piensan que si llegaran adonde yo estoy, cambiarían todo de arriba abajo. Pero si llegarais, comprenderíais que no es poca cosa mantener las cosas.

Y el cardenal se despidió con la mano, llevando la taza de café a la cocina, deseando meterse cuanto antes en la cama. Marc, como siempre, no ocultó su desagrado por quedarse solo en el salón. El salón le pareció que se quedaba silencioso, feo y aburrido. Por eso, cuando Henry, camino de su habitación, viniendo de la cocina, pasó de nuevo cerca del sofá con un vaso de agua en la mano, Marc le soltó:

-Te marchas... justamente ahora que estaba yo a un paso de mi conversión. Justamente ahora. Me quedaban sólo dos metros. Y tú levantas el campo de batalla. Hala, sí, vete a dormir.

-Marc, chantajista, déjame en paz y vete al infierno.

-Todos los cardenales sois iguales.

-Buenas noches.

-Que descanses.

A la mañana siguiente



A las ocho de la mañana, el cardenal desayunó en la mesa de la cocina. Un vaso de leche caliente y lo que había sobrado del pastel de zanahoria del día anterior. Cuidadosamente echó unas cuantas frambuesas rojas y unas moras negras, junto al suave bizcocho. Encima del colorido y apetitoso conjunto, echó dos cucharadas soperas de yogur, un yogur cremoso con sabor a fresa. A pesar de la edad, el azúcar en sangre de Henry estaba perfecto. Tampoco tenía que hacer dieta. Era muy sobrio en sus comidas. El cardenal desayunó solo, con su madre haciendo punto en la banca que recorría la pared y que tenía la luz de la ventana a su espalda. Henry estaba desayunando más tarde que las mujeres de la casa, pero mucho más pronto que Marc.

A Henry le gustaba esa preciosa cocina de madera, pequeña, sin ningún lujo, acogedora. Por eso se quedó allí leyendo el periódico y diciendo, de tanto en tanto, alguna cosa a su madre. Su hermana llegó, y aunque había desayunado con ella, le dio de nuevo un beso en la frente, después se puso a trabajar con pucheros por allí.

El cardenal, menos hoy, siempre desayunaba lo mismo: un croissant, un kiwi, una taza de café y dos tostadas con mermelada, de naranja amarga si podía ser. Henry se quejó de no ser besado como su madre. Así que su hermana tuvo que acercarse y darle varios besos infantiles en la mejilla. Después el cardenal extendió la mano señalando hacia los pucheros y ordenó lleno de dignidad: muy bien, ahora podéis retiraros.

Henry, tanto en Roma como en sus viajes, era tratado siempre con reverencia. Con más respeto o con menos, pero siempre era tratado de acuerdo a lo que representaba. Allí, en familia, era el único lugar donde él era y seguiría siendo simplemente Henry. El estilo gamberro de Marc le encantaba.

Pasaría la mañana en la casa. Dos horas después de la comida del mediodía, iría a la parroquia con su madre a celebrar misa. Hasta ese momento de oración, dedicaría la tarde a leer y a vivir la más relajada de las vidas. Era un buen plan para un día de asueto.

Acabado de hojear el periódico, se sentó en una mecedora, delante de la casa, bajo un pequeño porche de madera. Estaban en medio del campo. Un lugar delicioso para sumergirse en la lectura de un libro. En medio de una campiña típicamente irlandesa, exuberante de helechos, poblada de hadas y recorrida antiguamente por druidas. La lectura que tenía en sus manos era un pequeño fascículo, que había dejado a medio leer el día anterior. Se había quedado en la mitad de la *Universi Dominici Gregis*, el documento

que regía las elecciones papales desde la época de Juan Pablo II. Ahora retomaba en aquel porche, oyendo llover, esa lectura, lenta y concienzuda. Párrafos que en ese porche parecían muy lejanos, de otro mundo. Leyes y disposiciones de un mundo extraordinariamente remoto. Nada druídico, tremendamente real, muy romano.

Mientras está vacante la Sede Apostólica, el Colegio de los Cardenales no tiene ninguna potestad o jurisdicción sobre las cuestiones que corresponden al Sumo Pontífice en vida o en el ejercicio de las funciones de su misión; todas estas cuestiones deben quedar reservadas exclusivamente al futuro Pontífice. Declaro, por lo tanto, inválido y nulo cualquier acto de potestad o de jurisdicción correspondiente al Romano Pontífice mientras vive o en el ejercicio de las funciones de su misión, que el Colegio mismo de los Cardenales decidiese ejercer, si no es en la medida expresamente consentida en esta Constitución.

Mientras está vacante la Sede Apostólica, el gobierno de la Iglesia queda confiado al Colegio de los Cardenales solamente para el despacho de los asuntos ordinarios o de los inaplazables, y para la preparación de todo lo necesario para la elección del nuevo Pontífice.

Establezco, además, que el Colegio Cardenalicio no pueda disponer nada sobre los derechos de la Sede Apostólica y de la Iglesia Romana, y tanto menos permitir que algunos de ellos vengan

menguados, directa o indirectamente, aunque fuera con el fin de solucionar divergencias o de perseguir acciones perpetradas contra los mismos derechos después de la muerte o la renuncia válida del Pontífice. Todos los Cardenales tengan sumo cuidado en defender tales derechos.

En el caso de que surgiesen dudas sobre las disposiciones contenidas en esta Constitución, o sobre el modo de llevarlas a cabo, dispongo formalmente que todo el poder de emitir un juicio al respecto corresponde al Colegio de los Cardenales, al cual doy por tanto la facultad de interpretar los puntos dudosos o controvertidos, estableciendo que cuando sea necesario deliberar sobre estas o parecidas cuestiones, excepto sobre el acto de la elección, sea suficiente que la mayoría de los Cardenales reunidos esté de acuerdo sobre la misma opinión.

Mientras que los asuntos ordinarios seguirán siendo tratados por la Congregación particular de los Cardenales. En las Congregaciones generales y particulares, durante la Sede vacante, los Cardenales vestirán el traje talar ordinario negro con cordón rojo y la faja roja, con solideo, cruz pectoral y anillo.

En una mañana nublada, con un húmedo bosque de frondosos abetos delante que olían a resina y a musgo, con un sencillo cartero de mofletes sonrosados que se acercaba a la casa en bicicleta, con todo eso delante qué lejos aparecía la urbe papal.

Frente a ese mundo céltico de bosques, ovejas y aldeas, la ciudad de calles estrechas, de cúpulas, de basílicas de suelos pulidos que formaban geometrías seculares y dibujaban escudos de símbolos desconocidos, la ciudad con sus bibliotecas únicas e irrepetibles, con sus cabildos de canónigos, parecía otro mundo. Toda esa urbe pontificia parecía un sueño. Un sueño romano. Quizá el sueño del Imperio Romano. El dormitar plácido de un imperio muerto, el sueño idealista de pontífices vigorosos, herederos de un imperio que esta vez era un Reino, el Reino de Dios sobre la tierra. Todo aquello parecía muy lejano, algo legendario. Un contraste tan grande entre ese microcosmos romano y el bosque y la colina que tenía ante sus ojos, una masa boscosa oscura que sólo podía ser morada de gnomos y goblins, de antiguos guerreros que enarbolaron pesadas hachas y reyes de trenzas, largas barbas y coronas ancestrales. Y sin embargo, el texto legislativo de sus manos era la prueba de que existía este mundo meridional. Existía sobre este mismo suelo, sobre este mismo mundo. Henry siguió leyendo la constitución apostólica que contenía las normas que rigen un cónclave:

Durante la vacante de la Sede Apostólica, las leyes emanadas por los Romanos Pontífices no pueden de ningún modo ser corregidas o modificadas, ni se puede añadir, quitar nada o dispensar de una parte de las mismas, especialmente en lo que se refiere al ordenamiento de la elección del Sumo Pontífice. Es más, si

sucediera eventualmente que se hiciera o intentara algo contra esta disposición, con mi suprema autoridad lo declaro nulo e inválido.

Y no sólo existía ese mundo, sino que él era uno de sus defensores. Defensor de aquella ciudadela, de aquel Estado incluido en el perímetro de la muralla leonina. Desde ese mediodía de la nublada Irlanda, recordaba la soleada mañana que debía lucir en su Urbe. Un cielo claro de palomas que se posan en las plazas, y de pequeños coches italianos que se esforzaban por abrirse paso en aquel dédalo de callejuelas.

El cardenal, que iba vestido con una camisa blanca y un jersey marrón, se levantó de su mecedora, fue a buscar una manta, se volvió a sentar en la mecedora, y se puso encima esa manta de lana de cuadrados marrones. La mañana estaba fresca.

En la tarde de ese mismo día



Hay momentos en los que se disfruta mucho siendo cardenal. Eran las tres de la tarde, la hora en que el cardenal llamaba a su madre para ir a la pequeña iglesia donde él celebraba misa cada día. La misa parroquial era por la mañana. Él hubiera preferido concelebrar con el párroco y ver a su rebañito de ovejas rubias y pecosas. Pero a su madre le encantaba asistir a misa ella sola con su hijo. *Completamente a solas. Nosotros y los ángeles*, le decía. En ese silencio, en esa penumbra del pequeño templo, su madre cerraba sus ojos y se concentraba en adorar a Jesús una vez que lo había recibido en la comunión. Sin ninguna distracción, en la más perfecta inanimidad, su madre se emocionaba. Henry le concedía gustosísimamente ese deseo. Incluso bromeaba diciéndole: *No te quejarás. Vas a escuchar misa tú sola, como una reina medieval, en tu capilla privada, y yo soy tu capellán*. En el pequeño y destartalado coche de su hermana Susan, el cardenal iba feliz con su *reina australiana* al lado hacia su capilla irlandesa. Iban hablando de que el tiempo había cambiado, y de que Marc y Susan se querían mucho.

Henry aparcó el coche delante de un olmo, cerca de la puerta de la iglesia parroquial. Acompañó a su madre cogiéndola del brazo. La dejó en un banco y se dirigió a la sacristía. Como siempre en Tullamore, Henry iba vestido con una sencilla camisa de clergyman negro, sin cruz pectoral, sin anillo, sin nada que lo identificase. Allí iba siempre sin americana, con un grueso jersey negro de lana, con pantalones de pana. Lo cierto es que ese día, todas las camisas de clergyman estaban siendo lavadas. Y Henry se tuvo que poner una camisa normal, que Marc le prestó.

La vestimenta iba a tener su importancia ese tarde, porque en la iglesia no estaba el párroco. Sino que se encontró con un sacerdote joven, el Padre Mac Cárthaigh, que no llevaba ordenado más de un año. Henry se presentó amablemente como un sacerdote de vacaciones. Sonriente y feliz le dijo que solía en esa iglesia celebrar misa cada día, acompañado de su madre. El joven sacerdote, párroco del pueblo de al lado, muy serio le dijo que el párroco de allí no le había dicho nada y que por tanto, no iba a poder ser. El párroco, el bondadoso anciano Padre Arthur, antes de marchar al hospital a visitar a su centenario padre, le había dejado un mensaje en el contestador al Padre Mac Cárthaigh, diciéndole que un sacerdote de vacaciones con su familia, vendría por la tarde a celebrar misa. Pero el Padre Mac Cárthaigh no lo había escuchado.

Y al engreido párroco suplente, no le convenció ese señor vestido como un laico, sin nada que lo identificase como clérigo. Le

preguntó si llevaba algún tipo de carnet, donde se dijese que era sacerdote. Henry metió sus manos en los bolsillos. Completamente vacíos. Henry puso cara de niño malo travieso, que se ha dejado los libros en casa antes de ir al colegio. La situación le divertía. Pero el Padre Mac Cárthaigh no tenía un día bueno, y consideró que ya había perdido mucho tiempo con ese hombre. A pesar del buen sentido del humor con que el Señor había dotado al purpurado australiano tenía, a Henry el tono despreciativo de ese joven le iba resultando cada vez menos gracioso. Hizo un último intento:

-Pero, mira, sólo te pido celebrar misa para mi madre, que vive en esta parroquia.

Únicamente la intervención de una vieja parroquiana encargada de la limpieza, y que le dijo al joven cura que ese tal Henry era muy amigo del párroco, y que ya había venido más veces de vacaciones, y que decía misa allí para su madre, salvó la situación. Refunfuñando, el joven sacerdote le dijo que bien. Pero que se diera prisa, porque tenía que cerrar la iglesia.

-No te preocupes por eso –le dijo Henry-. El párroco me ha dejado una llave –y la sacó del bolsillo.

-A mí no me ha dicho nada, así que no puedo dejarte aquí.

A pesar de que la señora de la limpieza abogó por Henry, insistiendo en que era sacerdote y que contaba con toda la confianza del párroco, el joven presbítero se mostró irreductible. Henry no dijo nada. Se contuvo. Preparó el cáliz y las vinajeras, sabía donde estaba

guardado todo. Uno de los aspectos positivos de todo aquello, era comprobar lo muy en serio que se había tomado el viejo padre Arthur, la petición que le hizo de que no dijera a nadie que él estaba allí.

También le estaba agradecido al Padre Arthur, porque se había tenido que marchar de improviso dos días a visitar a su padre enfermo, y había preferido buscar un sustituto para la misa de la mañana, antes que turbar al cardenal. ¿Cómo le voy a pedir a un cardenal que me sustituya?, debió haber pensado. Henry le hubiera sustituido de mil amores. El padre Arthur era un cielo, se dijo.

Pero si el padre Arthur era un cielo, siempre afable, siempre sonriendo, siempre repitiendo *no hay ningún problema*, no era así con el joven cura. Pues cuando Henry estaba en la sacristía, poniéndose la estola y la casulla, llegó el joven cura y le espetó un contundente *no*. Se acercó a grandes pasos y le indicó que, en esa diócesis, ese día era la memoria de un santo, y que debía vestirse con ornamentos blancos y no los del tiempo ordinario. Y le quitó la casulla, la estola, y le mostró de forma imperiosa la percha con los otros ornamentos. La imprevista entrada del cura y su inesperada reprensión, le cogió tan de sorpresa al cardenal que éste no hizo nada, se quedó inmóvil y boquiabierto, sin osar contradecirle. Sin decir esta boca es mía, sumiso y sorprendido, se puso los ornamentos litúrgicos que el joven le ordenó.

El cardenal Henry Williams, Secretario de Estado del Vaticano, no dijo una sola palabra, su cara quedó inexpresiva. Ya tenía en sus espaldas muchos años de trabajo, como para no dominar la manifestación de sus más ligeras emociones. Salió a celebrar misa. Y sin alargarse, como le había recordado por segunda vez el cura sustituto. Su madre, devota, le esperaba arrodillada en un banco, ajena a la escena de la sacristía.

Al día siguiente, regresó el cardenal a celebrar misa. Sabía que la ausencia del Padre Arthur sería de dos días. También hoy iba con camisa blanca y un jersey cualquiera encima, verdoso esta vez, sin ningún símbolo episcopal, ni siquiera sacerdotal. El cura joven sustituto le esperaba en la puerta de la iglesia. Henry no lo sabía, pero le llevaba esperando una hora allí. Nada más llegar se le acercó el joven cura y le pidió mil veces perdón, mil excusas. Le cogió de las manos y le dijo que le disculpara, que quizá había sido un poco brusco, que quizá había estado un poco nervioso y que tal vez había dicho las cosas de un modo no del todo adecuado. Todo estaba preparado para su misa ya, y nervioso el joven cura le preguntó si deseaba que le ayudase de algún modo.

Resultaba que el día anterior, Henry había tomado el teléfono móvil y había llamado al subprefecto de la Congregación de Obispos, amigo suyo desde hacía treinta años. *Dejadle claro al obispo de la diócesis lo que ha pasado*, le pidió al subprefecto.

Cuando a la mañana siguiente, al obispo de la tranquila diócesis de Meath le llamaron desde Roma, casi le da un patatús a ese obispo. Ya antes, le había llamado a primera hora el nuncio en Irlanda para pedirle que estuviera localizable en el obispado, porque iba a recibir una llamada importante desde la Congregación de Obispos. Le había llamado el nuncio en persona, sin delegarlo en ningún secretario. Y hora y media después, recibió la llamada del dicasterio romano.

Cuando el subprefecto le explicó de qué se trataba, lo hizo con toda calma, con toda serenidad, pero el estado del obispo al otro lado de la línea era tal, que se levantó de su mesa y se mantuvo toda la conversación de pie. No le dijo que Henry era cardenal, sino que le dijo que era un cura amigo suyo del alma y alguien muy muy importante en Roma. El subprefecto acabó con estas palabras:

-Mañana llamaré a este cura, a este buen amigo mío, que está de vacaciones allí en su diócesis. Y espero que me diga que ese petimetre se ha disculpado de manera clara. De lo contrario, le sugiero que a ese maleducado lo envíe destinado como capellán en alguna base del Polo Norte.

Cuando Henry se acabó de revestir en la sacristía, comprobó que el solícito cura le había ya encendido las velas del altar.

-¿Necesita algo más?

-No gracias –contestó Henry, mientras pensaba: sí, hay momentos en que da gusto ser cardenal.

Al día siguiente, su último día en Irlanda



Dos horas de automovil. Dos pesadas horas. Pero valía la pena. El Cardenal Williams había querido ver a una sola persona en ese viaje. La única persona a la que iba a visitar en toda su estancia en Irlanda. Su hermana Susan ya le había hablado de esta mujer desde la segunda vez que Henry había ido a visitarla a Tullamore. Ésta iba a ser la tercera vez en su vida que Henry visitara a la anciana nonagenaria O'Dochartaighç, que vivía al norte en un pueblecito llamado Keshcarrigan. A Henry aquello le parecía el confín del mundo. Marc había querido acompañarle. De ningún modo quiso dejarle ir solo, aunque después se pasó todo el viaje refunfuñando por todo.

Cuando llamaron a la puerta de la pequeña casita de piedra, situada en pleno campo, fue la misma señora O'Dochartaighç la que les abrió. Aquella anciana pelirroja que era sólo huesos, frágil, de piel blanquísima, se echó en su mecedora totalmente cubierta de cojines. Se cubrió con dos mantas y sonriente atendió a sus visitantes. Ella recordaba perfectamente al cardenal, vestido, ahora sí, de un modo sencillo pero episcopal, con clergyman y una cruz pectoral.

Aquella mujer le miró a la cara a Henry y, sin levantarse, con esfuerzo, se inclinó hacia delante para besar su anillo. Aquella mujer recibía varias visitas cada semana. Era muy conocida en todos los contornos, pero no más allá. Siempre había vivido realizando continuos ayunos. Siempre la encontraban en el primer banco de la iglesia más cercana a su casa. Mientras pudo, cada día pasaba seis horas ante el sagrario. Ahora ya no podía. Susan le dijo a su hermano, ve a verla, es una mística. Las dos veces que acompañado de su hermana la había ido a visitar, el cardenal había quedado muy impresionado.

El cardenal tuvo que insistir en que se sentase de nuevo. Ella quería traerles un poco de té, unas pastas. La viejecita sonriente les miraba a los dos, como viendo más allá de lo que veían los ojos materiales. Pero no decía nada. Aunque la conversación no era sobre nada serio, el ojo experto de Henry veía en ella una mujer de Dios, una vida dedicada al espíritu, al contacto con Dios. Sencillez, humildad, naturalidad, hospitalidad, amor, eso veía en ella. Con solo mirarla, uno sentía que transmitía eso. Era la santidad de toda una vida, allí, delante de ellos. Qué pena que Clemente XV fuera tan racionalista, sino se la hubiera llevado para que estuviera cerca de él. Pero el Papa, aunque externamente respetaba este tipo de cosas, era, personalmente, muy contrario a todo lo que no fuera el método crítico-histórico. Clemente XV era un gestor dedicado a las cosas materiales de la Iglesia. Aquella anciana era un alma que había

pasado toda su vida en contacto con las cosas del espíritu. El carácter de Clemente XV se había agriado con los años. Ella se había santificado más y más. Qué pena que no pudiera poner a esa mujer cerca del Papa. Pero las cosas eran así.

Incluso Marc, ese Voltaire sólo un poco mejor que Stalin, estaba profundamente impresionado. Parecía un colegial sumiso y obediente allí. *¿Pero no me decías en el coche, que era una loca peligrosa que había fanatizado a tu Susan?*, le dieron ganas de decirle a Marc. Ella le daba a Marc consejos espirituales. Le decía que tenía buen corazón, pero que tenía que buscar a Dios. Marc simplemente movía la cabeza asintiendo. Aunque nunca se sabía lo que en él era cortesía o verdadera impresión religiosa. El cardenal sacó una caja de bombones.

-Se lo hemos traído de Tullamore –aquí tuvo que gritar un poco, porque vio que a la pobre señora no eran sólo las piernas lo que comenzaba a fallarle-. Son para diabéticos, así que no se preocupe, que puede comerlos.

-Gracias, gracias –y los cogió echando los dos brazos hacia delante, como una niña-. Qué ricos. No sé si me dejarán alguno mis nietos.

-Marc, por favor, ¿nos podrías dejar un rato para hablar a solas?

-Por supuesto, por supuesto.

El Cardenal Henry, como las otras veces, quería hablarle de los asuntos de la Iglesia. Quería escuchar la voz del espíritu, quería escuchar la voz de una Déborah, de una Catalina de Siena. Pero antes le preguntó por dos asuntos concretos personales. Ella le tranquilizó:

-No debe preocuparse. Deje la vida de su amigo en manos de Dios. Vamos a ver cómo salen las pruebas. Si Dios quiere que sea benigno, será benigno. Su amigo morirá justo en el momento que Dios determinó, cuando lo llamó a la existencia. Antes de nacer, el día y la hora ya estaban fijadas. ¿Y cuál era la otra cosa?

-Lo que le he dicho de una persona que me ha amenazado con denunciarme denunciarme en un tribunal de Miami. Una denuncia por conducta deshonestas. Pero le repito que soy inocente del todo.

-Ah, sí. Mire, cuando le entren tentaciones de perder la paz, usted imagine a Jesús que le dice: *ocúpate de mis cosas, y yo me ocuparé de las tuyas.*

-¿Así de sencillo?

-Así de sencillo. Si Dios quiere que le sirva en la cárcel, pues a la cárcel. Debe ser un niño en las manos de Dios. ¿Qué importa su fama? No se preocupe por su fama, más de lo que quiere el Señor.

-Sí, sí, abandonarse en las manos de Dios.

-Eso es. Y tiene que rezar mucho por el alma del que le ha intentado chantajear. Sin duda necesita mucho de sus oraciones y sacrificios. Si hace eso, es porque su alma está llena de oscuridad.

Las palabras de la anciana eran una medicina. Daban serenidad. De pronto, los problemas parecían disolverse ante la seguridad de un Dios Omnipotente con poder sobre la más diminuta insignificancia que ocurriese sobre la tierra. El cardenal le habló de los asuntos de la Iglesia. Sólo quería conocer su opinión. Ella en silencio le escuchó, con mucha atención y como cerrando los ojos para concentrarse. Después dijo con suma lentitud y dulzura:

-Estimado cardenal, yo le digo algunas cosas. Pero usted en el interior de su alma, en lo más profundo de su conciencia, también siente la voz de Nuestro Señor. Sin palabras, pero los clérigos sienten lo que es correcto. Lo primero de todo es que Jesús entregó el gobierno de su Iglesia a los Apóstoles –hizo una pausa-. Sólo a ellos. Esto de los laicos que son los que gobiernan algunas diócesis. Eso no lo quiere Jesús. Clérigo es el que está ordenado, el que ha recibido el sacramento del orden. Él debe gobernar su iglesia, sea una parroquia o una diócesis.

-¿Lo mismo vale para los dicasterios romanos?

-No sé qué es un dicasterio. Pero allí donde hay verdadero gobierno, debe haber un clérigo. Para otras cosas no. Un bautizado puede enseñar, puede irse de misionero, puede hacer muchas cosas.

Pero el gobierno es para los clérigos, para los que han recibido el sacramento del orden.

-Pero un laico puede encargarse de una parroquia, y hacer una reunión de oración y dar la comunión, en lugares donde no haya sacerdotes –dijo Henry.

-Sí, eso sí. Pero usted lo ha dicho, allí donde no haya sacerdotes. El laico puede suplir en esas cosas. Pero no sustituir –y levantó su arrugado dedo índice para remarcar esto. Suplir, no sustituir.

-Pero yo me refiero a las congregaciones romanas, sobre todo.

-Lo que vale para una parroquia, vale para Roma. Es bueno y deseable que los laicos ayuden en todo lo que puedan. Eso es bueno. Pero ni allí, en esos dicasterios que usted dice, ni en ningún lado, deben tener puestos de gobierno. Pero cerca de aquí hay iglesia pequeñita en mitad del campo, que es llevada por la buena Mildred. Eso es bueno. Dice unas palabritas cada domingo a las veinte personas que vienen, y les da la comunión. Mildred es tan dulce. En todo eso no hay nada malo.

-Hay tantos supuestos mensajes de la Virgen, advirtiendo que no se reciba la comunión de manos de los laicos –se quejó el cardenal-. No lo sabe usted bien.

-Son todos falsos. La Virgen no va a hacer la guerra a los obispos. Los obispos han recibido el poder de atar y desatar. Los

obispos, no la Santísima Virgen María. Los obispos gobiernan la Iglesia por voluntad de mi queridísimo Jesús. A ellos debo obedecer.

-Vivimos tiempos malos. Hay obispos que...

-Hay que obedecer al Vicario de Cristo –le interrumpió con suavidad-. No importa como sea. Como si es un gran pecador. Hay que obedecerle. Hay que obedecer a los obispos. Y si entre los obispos hay disensiones, hay que mirar al Vicario de Cristo y seguirle a él, que es el Pastor de Pastores.

-Ay, si todos fueran como usted. Qué sencillo sería mi trabajo.

-Todo es sencillo. Somos nosotros los que lo hacemos complicado.

-¿Qué más me quiere decir?

La señora cerró los ojos. ¿Qué más quería decirle a ese importante prelado? Buscó en su alma. Después, dijo.

-Mire, señor cardenal, algunos quieren ser modernos. La Iglesia tiene una Santa Tradición que debe preservar. Porque no es suya. Viene de los Apóstoles. Y los Doce nos enseñaron lo que escucharon a Jesús. El mundo quiere el sacerdocio de la mujer, el matrimonio homosexual y la comunión para los divorciados. Sed fuertes, los que custodiáis el legado. Poned las manos con firmeza en el timón de la Barca de Cristo. El mundo, el demonio y la carne. El mundo piensa como el mundo, con razones mundanas. El depósito que ustedes custodian es del espíritu. El mundo no debe penetrar en

la Iglesia. No debe y no puede. No debe, no puede y no lo va a hacer. Una cosa es el mundo con sus debilidades, y otra la Santa Iglesia. Recuerde esos tres puntos que le he dicho, los débiles van a hacer mucha guerra con eso.

-¿Cuáles son esos tres puntos?

-El matrimonio homosexual, el sacerdocio de la mujer y la comunión de los divorciados.

-¿Algo más?

-Sí, tenga cuidado con que doctrinas mágicas no se extiendan entre los clérigos. La Nueva Era. Todas esas doctrinas orientales, la magia, los poderes de la mente. Todo eso nada tiene que ver con el Evangelio. No se debe mezclar la pureza del Evangelio, que es revelación del Cielo, donde no hay error alguno, con esas doctrinas orientales, que tienen parte de verdad y parte de error. Sed vigilantes de la fe, custodios fieles. El Evangelio no debe ser mezclado con nada.

-Muchos ponen en duda la inerrancia de las Escrituras.

-¿Inerrancia?

-Que no hay errores en las Sagradas Escrituras –le explicó el cardenal.

-Sí, sí. Muchos ven a Nuestro Señor Jesucristo sólo como un hombre. Como un caudillo humano. Qué error. Esa doctrina está sembrada por el infierno. No debe extenderse entre los sacerdotes.

Por pocos que sean, no hay que condescender. Las piedras inficcionadas deben ser retiradas de la construcción.

-La arqueología nos está haciendo mucho daño.

-No son los huesos los que nos quitarán la fe. Son los hombres que interpretan esos huesos. Esos reportajes de la televisión. ¡Quitan la fe de los débiles!

-Sí, sí.

-Y despues, tanta división entre los buenos. Tanta discusión. Hay discusiones y críticas que son constructivas, y las hay que son destructivas. Pocos buenos y, encima, divididos. Qué pena.

-Algo más.

-La sociedad europea, en los últimos años, ha sido indiferente a la Iglesia. Eso va a acabar. Se volverán contra la Iglesia. La indiferencia se tornará en persecución. Los muertos en el espíritu perseguirán a los que mantengan su alma viva –hizo una pausa-. Pero yo veo que usted es bueno y humilde. Siga trabajando por la Iglesia. La Iglesia necesita gente como usted. Si todos nos dedicáramos a rezar, estaríamos indefensos. Siga con sus desvelos, que trabaja para la Viña del Señor.

-Muchos me critican. Me ven como una corrupción de la Iglesia. Como una traición al mensaje del pobre Jesús de Nazaret.

-No les escuche. Usted escuche sólo a Jesús. Y el pobre Nazareno le hubiera dicho que protegiese a los débiles, a las iglesias, a los obispos. Usted es un príncipe de la Iglesia, no lo olvide. Usted

ve desde arriba, por eso tiene una visión de conjunto. Debe excusar a los que le critican. Son sus hermanitos más pequeños. Pero usted es una piedra colocada en un lugar muy visible en el Templo de Dios. ¿Hace usted oración todos los días?

-Sí, sí.

-Muy bien, sea fiel a sus tiempos de oración. El Destino le ha deparado ser una piedra importante en la construcción. El Altísimo le llamó a eso. ¡Qué afortunado de poder estar cerca del Vicario de Cristo! ¡Qué afortunado de poder tratar con los Sucesores de los Apóstoles continuamente! Siga luchando por ese Reino de Dios.

-Gracias por sus palabras.

El cardenal tomó con reverencia las manos de la nonagenaria pelirroja, y mirándole fíjamente con los ojos húmedos, le agradeció el que le hubiera recibido.

-Gracias –repitió el cardenal.

-Si le he podido ser de alguna ayuda, me siento feliz. Yo, una pobre campesina, ¡hablando a alguien tan importante!

El cardenal, ensimismado, comentó para despedirse, ya de pie:

-En puestos muy altos de la Santa Iglesia, veo algunos hombres muy humanos, que deberían ser divinos. No muchos, pero los hay. Y cuando las grandes dignidades de la Iglesia tienen pensamientos humanos, se toman decisiones humanas. Reaccionan como humanos.

-Ser Sucesores de los Apóstoles... Los que crean división, ¡ellos tendrán un juicio mucho más severo por parte de Dios! Muchos dejarán de creer en la Santa Iglesia por esas divisiones. Pobres cismáticos. Cuánto daño han hecho. Cuánto daño. Pobre Jesús. Con lo que sufrió Él para que la Iglesia brillase con una bellísima luz sobrenatural.

-No se preocupe. Haremos todo lo posible para reparar los daños. O, al menos, para que no sigan avanzando. Ha sido una dicha hablar con usted.

Y el cardenal se despidió acariciándole de nuevo su arrugada mano.

Cuatro días después

5 de febrero



De vuelta en Roma, el cardenal desde su despacho, desde su alta ventana miraba uno de los amplios patios del Vaticano. El cardenal con su faja roja y su solideo, con las manos a la espalda, meditaba sobre los acontecimientos de la Iglesia de los últimos meses. Visto desde el fondo del gran despacho, la figura del cardenal meditabundo bañada por la luz clara que entraba por el gran ventanal, constituía desde luego una imagen muy pictórica. Henry había recibido esa mañana ya tres visitas, todavía restaba una reunión, larga. En medio, había dejado media hora sin visitas. Media hora que había dejado libre en su agenda, para bajar a la basílica a rezar un rato. La Basílica de San Pedro estaba a tres minutos de su despacho.

Aunque el Papa estuviera en Boston y él en Roma, no por eso había más asuntos a tratar sobre su mesa. La maquinaria vaticana funcionaba perfectamente, y los asuntos que surgían se iban distribuyendo por los departamentos con un admirable orden. Aquellos no eran días especialmente atareados, a pesar del Concilio,

a pesar del cisma. De todas maneras, Henry Williams nunca se había dejado dominar por el trabajo. El secreto consistía en saber delegar. En que sólo lo más importante, llegara a su mesa de trabajo.

Con su aristocrática figura mirando por la ventana con toda calma, era palpable para todo el que entrara en ese despacho que él era un verdadero cardenal. El que penetraba en ese despacho, percibía claramente que allí no estaba ni ante un párroco rural, ni ante un capellán, sino ante un genuino príncipe de la Iglesia. Algún subordinado que lo había olvidado, no había percibido en Henry más que un silencio y una mirada culminada por una sonrisa final, pero había acabado enviado a alguna lejana nunciatura en Teherán o Trípoli.

El cardenal no era vengativo, ni soberbio, pero siempre repetía que no conocía ninguna asociación, comunidad o grupo humano que no se mantuviera unido con un mayor o menor grado de disciplina. Ciertamente, él nunca se mostraba altivo, pero si alguno se pasaba de la raya, comprobaba que a Henry no le gustaba ni pisar, ni ser pisado. *La autoridad no se preserva a sí misma, decía. Hay que saber mantenerla.*

El Secretario de Estado se dio la vuelta, atravesó el vestíbulo, el pasillo y bajó por las monumentales escaleras que llevaban al *cortile* y de allí se metió por una de las puertas que por pasillos internos conducían a la basílica. Mientras bajaba los peldaños de otra escalera, pensaba que un Papa lejano no supone más

acumulación de trabajo, pero que siempre suponía un incremento de poder para la Secretaría de Estado, eso estaba claro. La maquinaria romana con su división de funciones funcionaba a la perfección con un Papa ausente o presente. Evidentemente, las decisiones de cierto peso le eran consultadas a él, al Cardenal Williams, en ausencia del Romano Pontífice. El sistema funcionaba bien. Aunque nadie quería volver a una situación como la de diez años antes, en la que un Urbano IX en el declive de su vida, no se levantó de la cama en dos años.

Aquella situación del enfermo Papa Urbano se fue prorrogando y prorrogando hasta alcanzar dos años completos. Alguien ajeno a los círculos romanos podría pensar que el gobierno de la Iglesia había sufrido algún tipo de merma durante ese periodo. Pero la realidad había sido que no. A pesar de ello, un Santo Padre anciano que no se levantaba de su lecho durante tanto tiempo, era una situación, cuando menos, algo... irregular. La situación final de un Pío XIII fue similar.

Pío XIII no salió de sus aposentos en los últimos dieciséis meses de su pontificado. Para ser precisos, durante ese tiempo, sólo salió una vez. Y para él fue aquello un viaje más penoso, que el viaje que su predecesor había hecho a Australia. Además, cogió frío y padeció neumonía durante dos semanas. A partir de entonces, ya no pudo ni levantarse hasta la mesa de su dormitorio. Había que traerle las bulas a su cama, donde incorporado las firmaba.

Eso sí, la imagen de un Papa incorporado sobre los almohadones de su cama y recibiendo allí a los cardenales, era toda una enseñanza. Por lo menos eso repetía él: *me he transformado en un sermón visual acerca de cómo es un romano pontífice sufriente*. Y no se avergonzaba de mostrarse así en los medios de comunicación. Su imagen se hizo habitual en periódicos y noticiarios. Una imagen perfecta para ser plasmada en un óleo: Pío XIII departiendo enfermo con dos dos purpurados sentados a la diestra de su lecho. Llegó a haber ocasiones en que los bellos asientos de los cardenales rodeaban el imponente lecho por todas partes, por los tres lados de la cama. Una cama con cuatro columnas, paneles labrados con grutescos y un magnífico dosel. Esa cama era un mueble digno de un museo.

En algunas de esas ocasiones en que nos recibió Pío XIII, éste se cubría con sus sábanas y el edredón hasta el cuello. Tenía frío. Incluso su cabeza estaba cubierta por un camauro. Nos decía que le gustaba el tacto suave de la lana del interior de ese gorro, y el calor que con él sentía. Parecía un abuelito recibiendo a sus nietos. La visión del pontífice así y su voz frágil pero paternal, resultaban enternecedoras. Aquel dormitorio papal imprimía un ambiente familiar a todas las reuniones. Parecía un patriarca del Antiguo Testamento recibiendo a sus hijos. Un Jacob rodeado de su linaje. Un Jacob Papal rodeado de su linaje cardenalicio.

Los columnistas de todo el mundo se llenaban la boca preguntándose, una y otra vez, hasta cuándo aquel anciano se aferraría al poder. Todos aquellos que, aun sin pertenecer a la Iglesia, pedían que dimitiese, lo hacían porque consideraban a esta institución como si fuera una empresa. Los que salíamos de las estancias papales nos dábamos cuenta de cuán grande era el abismo entre el modo de ver las cosas en el mundo y dentro de esos muros. La situación de un Sumo Pontífice que no salió de las estancias papales durante tanto tiempo, casi año y medio, era irregular a los ojos del mundo. Pero todo había ido ocurriendo de un modo tan paulatino, que para la Curia aquella situación era completamente natural y prorrogable de modo indefinido.

Hay que reconocer que Pío XIII nos recibía siempre de un modo dignísimo. Aun metido dentro de su cama, aun cubierto con sus sábanas hasta media cintura, siempre se veía revestido con una especie de camisón blanco, una especie de sayal amplio. Su camisón se notaba que era obra de las monjas de la sastrería vaticana: con cuatro botoncitos cerca del cuello, con el escudo papal bordado en relieve en el borde de las dos amplias mangas. Las cuales tenían una cintita para estrechar o incluso cerrar esas mangas. Y esa cama... la amaban los fotógrafos. Pío XIII la llamaba su púlpito, consciente de que el entorno resultaba de lo más pictórico en los medios.

En un entorno tan estético en el que todas las acciones se desarrollaban con tanta dignidad, nos hacíamos conscientes de que

la Iglesia era una familia. Y que allí, sobre el lecho, no estaba un presidente-general, ni un director de consejo de administración, sino un padre, anciano, débil, pero que seguía siendo el padre de una familia. La permanencia en los puestos no se regía por criterios de eficacia, ni de productividad. Teníamos nuestros defectos, del mismo modo que existen defectos entre hermanos, primos, tíos y sobrinos. Pero nos sentíamos miembros de algo que nada tenía que ver con la producción o los resultados materiales.

Y eso también era válido para el papa. El Papa podía estar todo lo enfermo que quisiera, los padres no son retirados por el hecho de que el vigor de la juventud haya huido de sus cuerpos. Aquel hombre delgado de tez blanca, de voz tímida, que era el obispo de Roma, seguiría siendo el Romano Pontífice, aunque llegara a estar inmóvil, aunque llegara a quedar ciego, aunque esa situación se prolongase durante años. Si Dios quería que los cardenales nos reuniésemos a su alrededor durante diez o quince años, pues nos reuniríamos a su alrededor ese tiempo o más, el que hiciera falta. La Iglesia no es una empresa. No era una institución como las del resto del mundo. Era otra cosa. Era completamente otra cosa. Y capítulos como ése eran la prueba.

Pero no, no llegaron las cosas a ese extremo. Pío XIII simplemente se fue apagando poco a poco. Dieciséis meses en cama. Tres meses en que no pronunció ni una palabra. Y ni siquiera en ese caso, ni en el de Urbano IX, la marcha de la Iglesia se resintió.

Cierto es que justo al final, en el caso de Urbano IX, la diabetes le fue matando como a uno de los antiguos mártires. Su suplicio nada tuvo que envidiar al de un San Sebastián o un San Esteban. El azúcar en la sangre se mostró cruel como la más implacable de las fieras. Como una fiera agazapada que morase bajo las sábanas del lecho papal, y del que nadie pudiera librarle. Primero hubo que amputarle los dedos, después un pié... poco a poco, el bisturí de los verdugos fue haciendo su labor. Cuando acabaron con los dedos, siguió el corazón. Después de varias operaciones de corazón, fueron los riñones. La única diferencia entre unos verdugos y aquellos cirujanos, era que los segundos aplicaban anestesia. Pero la crueldad de las intervenciones era patente para todos. Fue un Papa martirizado en sus propios aposentos vaticanos. Curiosamente, las producciones más profundas de su creación intelectual se produjeron desde el sufrimiento de ese lecho. No demasiadas páginas. Pero aquellas doscientas páginas valían más, que todo lo que había escrito en toda su vida.

Pero ya nadie quiere retornar a situaciones como éstas. Los cardenales hicieron propósito de tratar de buscar candidatos que no superaran los setenta años. Propósito bastante vano, de todas formas, porque con el tiempo el más joven de los electos acaba convirtiéndose en un anciano, pensó Henry mientras bajaba unos escalones de piedra caliza. El cardenal pensaba que ésta era la razón

por la cual, la Iglesia siempre sería gobernada por la experiencia de una vida ya vivida, y no por el vigor de la juventud. La Iglesia tiene un gobierno patriarcal tanto en su cabeza, como en el colegio que le rodea. Henry sintió esa *patriarcalidad*, esa venerabilidad de los años, en una punzada en la rodilla izquierda. Una punzada que ya se le había repetido varias veces en las semanas anteriores. Los años no pasaban en balde. Los cardenales, a diferencia de las piedras que les rodeaban, sí que envejecían. Cuántos purpurados debían haber tenido esos mismos pensamientos transitando por los corredores del Vaticano. Después de esas consideraciones lógicas y elementales, retornó a pensamientos más concretos acerca de su labor.

-Una cosa es que la Curia funcione bien, y otra es que quede tan claro a todos que la Curia funciona demasiado bien. Dado que las envidias existen en la naturaleza humana, no debemos dar pábulo a la envidia. El sentimiento anticurial siempre existirá. En parte por visiones eclesiales equivocadas, en parte por pura y simple envidia. Envidia barnizada de eclesiología, pero envidia al fin y al cabo. Cuántos antirromanos que conozco, una vez que obtuvieron un cargo mostraron rasgos inquisitoriales que jamás habíamos podido atisbar. A alguno lo escogimos para un puesto, porque todo en él hacía pensar que lo ejercería con bondad y desapego hacia la autoridad que se le confería. Pero, de vez en cuando, descubríamos que había un alma de dictador solapada tras lo que, hasta entonces, había sido un discurso de lo más moderado. A esos cargos se les

promovía a puestos de más honor, pero donde sus maneras e intolerancia no hicieran daño a las pobres almas que, de otra forma, hubieran sido continuado en sus manos.

Lo cierto es que la Iglesia ya nunca volverá a ser un simple grupo de pescadores, alrededor de una mesa en una casa al lado de un lago de Galilea. El Vaticano formaba parte de los planes de Dios. Jesucristo pensó en la Curia Romana, cuando asaba unos pescados y los comía con sus doce discípulos al lado de la playa.

Un guardia suizo se cuadró ante el purpurado. Tres minutos después, el cardenal estaba ya en la planta baja, recorrió un ancho pasillo abovedado y cubierto de mármoles. En su interior, el Cardenal Williams repetía: gracias, Señor, gracias. Tras un último portón, penetró en la basílica. No era poca suerte trabajar en un sitio, en el que con solo bajar unas escaleras, uno se podía encontrar en plena Basílica de San Pedro. A veces, se le olvidaba de hasta qué punto estaba rodeado de belleza. Otros trabajaban en minas oscuras, en vertederos, en medio de grasa y chatarra, incluso algunos seres humanos trabajaban en cloacas. A él, en el reparto de la vida, le había tocado tener su puesto de trabajo rodeado de la mayor concentración de belleza del mundo. Concentración de belleza, por si fuera poco, situada en medio de una de las ciudades más bellas de la Tierra.

Sí, a veces olvidaba eso. Aunque siempre, al abrir ese portón interno de la Basílica, a pesar de la costumbre, sentía la impresión de entrar allí, en el templo más grandioso del mundo. El cardenal pasó por la nave lateral de la derecha, se metió en el crucero y se acercó hasta llegar a diez metros del presbiterio del Altar de la Confesión. Allí hizo genuflexión ante el Santísimo Sacramento que estaba sobre el altar, se arrodilló unos momentos y después se sentó en una silla para rezar su breviario.

Toda la nave central de la Basílica de San Pedro estaba ocupada por gente que rezaba en silencio. Miles de personas sentadas en asientos individuales, dispuestos de forma irregular. El silencio era impresionante. Hacía ya varios decenios, que el acceso turístico al templo había llegado a su fin. Esa medida no se debía al rigor de ningún pontífice, sino que, en cierto modo, no había quedado otro remedio. En el siglo XIX era poca la gente que viajaba, la basílica solía estar en calma. A finales del siglo XX, ya era mucha la gente que viajaba y especialmente en el verano y a las horas del mediodía, el templo comenzaba a estar lleno. Pero conforme avanzaba el siglo XXI, fue cuando comenzó a verse con claridad que sin detener la cola de entrada, el templo se hubiera saturado todos los días. En el 2018, se llegó a una situación en la que era evidente que la mera entrada turística debía ser ya impedida.

Hubo varios intentos por organizar esa situación, formando pasillos de flujo ininterrumpido. Pero todos los intentos chocaron

con un problema: cada año aumentaba el número de visitantes. Así se llegó al límite de saturación. Y, por ende, a la única conclusión posible: había que limitar la cantidad de gente que entraba. Pero el problema era ¿quién podía entrar?, ¿qué criterio se usaría para decidir quién sí y quién no? Al final se tomó una decisión: a la basílica sólo se podría entrar a rezar.

Y para evitar que todos excusaran su entrada alegando que iban a rezar, pero después no fuera así, las personas que ingresaban en el templo eran dirigidas por los encargados del orden al lugar concreto donde debían sentarse. Cada uno se sentaba solo. Si uno entraba en la basílica, debía hacerlo solo. Ya no había personas andando por el templo. Todos estaban sentados y en silencio. La medida podía parecer draconiana, pero no había otro remedio. De otra manera, todos se hubieran acogido a cualquier excepción que se hubiera permitido.

El Santísimo Sacramento estaba expuesto en una custodia todo el día sobre el Altar de la Confesión. En ningún momento del día, solía haber menos de 7.000 personas orando ante ese altar. El templo cada vez quedó abierto más horas. Hasta quedar abierto sin interrupción. En mitad de la noche, no había menos de doscientas personas en adoración alrededor del Santísimo Sacramento. En el centro del Altar de la Confesión, tres peanas de plata formaban una plataforma escalonada para la gran custodia de oro y diamantes que estaba expuesta día y noche sin interrupción. Cada hora se ponía

incienso en el incensario situado en el suelo, delante del altar. Una columna de fragante humo se elevaba hacia las alturas, bajo el baldaquino de Bernini.

A todas estas normas que habían cambiado radicalmente el aspecto interno de la basílica, se le llamó la reforma calixtina. En honor de Calixto IV, el Papa que había llevado a cabo todos estos cambios. Cambios que se debían al siguiente criterio: *El Vaticano es el centro de la Iglesia. Este templo tiene que ser un lugar de oración, en un lugar sacratísimo. Y cuanto más impresionante sea el culto que ofrezcamos a Dios, mejor.*

De forma que en el culto de la basílica, se fueron sumando más cambios durante su pontificado. Cuando no se celebraba ninguna gran liturgia, la luz era allí siempre natural. La iluminación artificial dentro era muy escasa, y ésta muy discreta. Cuando oscurecía, se encendían varios candelabros con las velas que la gente encendía durante el día, y que eran acumuladas para la noche. Con tales velas, no sólo se proveía para esa necesidad de la noche, sino que también se obtenía la cera para los cirios que lucían en los tres grandes candelabros. Los tres altos candelabros de bronce y oro, de aspecto parecido a los del antiguo Oficio de Tinieblas del Viernes Santo, con sus siete cirios, representaban las distintas iglesias del mundo que lucían ante el Trono de Dios. El interior de la basílica por la noche, con los tres candelabros mayores, y los treinta menores, constituía un espectáculo insuperable.

El cardenal Williams iba vestido de rojo. Los obispos y los cardenales, si entraban en el interior de la basílica a rezar, aunque sólo fuera un cuarto de hora, debían ponerse encima esas especie de cogullas: los obispos de color morado, los cardenales de rojo. Allí cada uno debía estar identificado como lo que era. La reforma calixtina promovió un esplendor supremo en el interior de ese recinto. El purpurado se había arrodillado en la primera fila, en la parte más cercana al altar antes del presbiterio. Arrodillado, sólo dos personas cercanas, le escucharon musitar: gracias.

El cardenal, ajeno a los que por su color le identificaron como un cardenal y le miraban discretamente, comenzó a rezar su breviario. El Secretario de Estado aparecía magnífico con su galero y sus vestiduras rojas. Y, sin embargo, en medio de ese esplendor de sedas y cruces de oro, únicamente él sabía que bastaba un solo individuo que le denunciase falsamente ante los tribunales, por conducta deshonesta, para que su nombre cayera por los suelos. Para que su fama no se recuperase jamás

-Gracias, Padre Celestial –repitió en su interior.

El purpurado le estaba muy agradecido a Dios. El abogado que se había encargado de contactar, con el individuo que le había amenazado con denunciarle ante un tribunal de Miami, le había llamado esa mañana. El individuo en cuestión se había echado para atrás. No iba a proceder a ninguna acción legal, ni de otro tipo. El

abogado le aseguró, que eso no se debía a sus buenos oficios. Que había sido una decisión personal del chantajista.

Qué fácil era perder todo en un día. Que el trabajo de una vida se echase a rodar. Que la ignominia le rodease a uno de pronto. Por eso Henry daba gracias a Dios. Hoy respiraba más tranquilo. Con facilidad, lleno de agradecimiento, se sumió en la oración.

Todo invitaba a la oración: el incienso delante del altar ascendiendo en medio de ese silencio, la luz llena de matices que envolvía el ambiente, los cirios en los pesados candeleros, cuyos solidificados goterones se habían acumulado allí durante horas. Aquél era el lugar más sagrado del orbe, incluso para muchos no católicos.

Ese altar con la custodia encima, era el centro del gran templo. Templo que a su vez, en cierto modo, era el centro de la Iglesia. La fe de las miles de personas que en ese momento rezaban dentro de la basílica era palpable. Por eso Henry, muchos días, bajaba allí a rezar la hora de sexta, para contagiarse de la fe de los fieles venidos de los cuatro puntos cardinales.

El cardenal, sin mover los labios, en su interior, recitó el salmo:

*Aclamad a Dios, nuestra fortaleza,
vitoread al Dios de Jacob.*

Tocad en el novilunio el cuerno, en la luna llena.

*Porque es un precepto que impuso a José
cuando salió del país de Egipto.*

Cuando la mente todavía no está profundamente sumergida en la oración, a veces, vaga. Y lo hace de un modo completamente aleatorio, fijándose en cualquier detalle que haya ante los ojos, para después divagar. Henry se sorprendió a sí mismo, divagando sobre la miel de la tierra prometida que mana leche y miel. El curso de esa divagación había tenido su comienzo en las abejas de mármol de los escudos papales de la familia Barberini, situados en las bases de las columnas. Quiso hacer un esfuerzo por volver a meditar acerca de los sufrimientos de Cristo atado a la columna, pero después de un cuarto de hora en la basílica, era consciente de que tenía más trabajo en la agenda, subió de nuevo a su despacho. Había un ascensor, pero le venía bien ese ejercicio de subir y bajar escaleras.

Tras sentarse en la mesa de su despacho, no tardaron mucho en ser anunciados los prelados que él esperaba en la siguiente visita, altos cargos de la Congregación para la Doctrina de la Fe. En Inglaterra y Gales, diócesis enteras se pasaban al catolicismo, se rumoreaba que el Rey de Inglaterra se iba a reconciliar oficialmente con Roma. Su proceso de conversión al catolicismo era un secreto a voces. Si entraba abiertamente en la Iglesia, muchos no descartaban que de forma oficial y solemne pidiera a los obispos anglicanos su retorno a la Gran Iglesia. Aquello sería fabuloso. Muchos anhelaban

con que dijera: *un predecesor mío os separó, yo su sucesor os pido que deshagáis ese tremendo error histórico.*

Todo este gozoso proceso requería ampliar las estructuras canónicas existentes para facilitar la acogida de los que llegaban, del modo más fácil que fuera posible. Había que intentar, por todos los medios, que los obispos anglicanos que ya habían pedido la incorporación, siguieran al frente de sus diócesis. Pero eso planteaba un problema con los obispos católicos ya existentes. No era una cuestión de celos, sino de jurisdicciones. Por ser amables y hospitalarios no se podían crear divisiones jerárquicas que pudieran subsistir durante siglos. Había que obrar con caridad, pero también con prudencia. ¿Qué camino jurídico tomar? Para eso habían convocado esa reunión. La misma situación ocurría, aunque en menor medida, con dos patriarcas ortodoxos, el de Georgia y el de Bulgaria.

Trabajo, trabajo... El funcionamiento de la Iglesia requería organización. Alguien tenía que hacerlo. Otros construían la Iglesia predicando o curando enfermos. Yo construyo la Iglesia tomando decisiones, se dijo a sí mismo al sentarse en su despacho.

10 de febrero

cinco días después



El cardenal Williams caminaba por un pasillo de la Secretaría de Estado, un pasillo totalmente cubierto de pinturas de Rafael. Los soldados de la Guardia Suiza taconeaban e inclinaban sus alabardas a su paso. Los aposentos papales estaban a la derecha. Venía de hablar con el Cardenal Mabathoama. Como siempre, un par de temas importantes y varios pequeños asuntos de administración ordinaria. Definitivamente, el Presidente de Estados Unidos y el Primer Ministro de Italia habían cedido en sus pretensiones de perjudicar los derechos de la Iglesia, y cuando hablamos de derechos, habría que decir más bien *sus inmuebles*. De acuerdo a los sondeos, al Primer Ministro de Italia le quedaba bien poco tiempo en el cargo. Las encuestas dejaban claro que su popularidad estaba por los suelos. Su puesto sólo lo salvaría un milagro. Y la Iglesia no estaba dispuesta a rezar por ese milagro. El Primer Ministro tampoco estaba por la labor de añadir todavía más problemas sobre su cabeza. Henry estaba contento, cuanto antes saliera Luigi Di Cossimo del

Palacio Chigi, antes podrían negociar todos los asuntos que ese anticlerical había impedido.

El Presidente de los Estados Unidos había resultado más pragmático, pronto se dio cuenta del avispero en el que se había metido, y tiró la toalla asegurando que no influiría lo más mínimo en las decisiones de los tribunales. Pero el Primer Ministro de Italia, un anticlerical convencido, fue un hueso mucho más duro de roer. Con él no bastaron los avisos. Sólo cuando se hizo consciente de que la Iglesia iba a luchar con todas sus armas, se percató de que los curas se le iban a atragantar no sólo lo que quedaba de legislatura, sino que constituían una verdadera amenaza para su reelección. *Los políticos sólo entienden el lenguaje del poder*, dijo Henry en un consistorio cardenalicio, *al Primer Ministro hay que darle donde más le duela*. Desde entonces, Di Cossimo pudo comprobar hasta dónde llegaban las ramificaciones de la Iglesia. Él sabía que la Iglesia se iba a defender, pero infravaloró la capacidad de lucha de ésta. Católicos comprometidos trabajando en la prensa, en la banca, en la política, en las universidades, se convirtieron en una verdadera plaga de langostas para Di Cossimo.

Se dice que en una cena, le dijo a su invitado japonés, un viejo amigo:

-Tengo a un centenar de obispos aquí –y señaló con vehemencia-, ¡en la boca del estómago! Yo creo que hasta me hacen vudú. Te aseguro que me siento físicamente mal, desde que

empezaron con su campaña. Pero te aseguro que van listos si piensan que voy a ceder.

Pero cedió. Con una popularidad que rozaba el 11%, cedió. Discretamente, había pedido una reunión con el Secretario de Estado en el Palacio Chigi el día anterior, el cardenal se la había concedido y el reluciente coche negro oficial con matrícula SCV del Estado Vaticano se detenía ante la puerta de entrada de la residencia oficial del Primer Ministro. El uniformado agente levantó imperioso dos dedos al agente la barrera de delante, la barrera se levantó, inmediatamente le hizo al conductor otro gesto con la mano de que no se detuviera, que siguiera hacia delante. Había mirado rápidamente al asiento de atrás. Sabía qué visita se esperaba a esa hora.

El servicio de protocolo le recibió al Cardenal Williams a la puerta de su automóvil, pidiéndole que les siguiera. Todo el patio estaba lleno de guardaespaldas. El purpurado se recogió discretamente la sotana para subir las amplias escaleras que llevaban al primer piso. El salón tenía una exquisita reproducción de *La liberación de Andrómeda* del pintor florentino Piero di Lorenzo.

El viejo y traicionero Luigi di Cossimo salió a su encuentro desde otra sala. Luciendo una sonrisa falsa como él mismo, y presentando su mano, para estrechar la del cardenal, varios pasos antes de llegar a él. Se sentaron y, en seguida, el Primer Ministro fue al grano. De forma muy digna, Di Cossimo le comunicó que estaba

dispuesto a llegar a un acuerdo. Cuando un político se rinde, nunca dice que se rinde. *Creo que debemos ser razonables y llegar a un acuerdo*, fueron sus primeras palabras. El Secretario de Estado no se permitió ni una sonrisa. Ni el más mínimo gesto que delatara una victoria.

Luigi estaba políticamente contra las cuerdas y, sin embargo, el cardenal le hizo sentir como si él, Luigi, estuviera siendo magnánimo con ellos. Había que saber vencer sin humillar. Después de la larga reunión, Henry se comprometió a suspender varias campañas concretas muy molestas para Di Cossimo, a cambio de que su interlocutor retirara varios proyectos de ley del parlamento. Leyes que hubieran afectado a los procesos judiciales sobre los inmuebles de la Iglesia. El partido del Primer Ministro retiraría esos proyectos de la forma más invisible que se pudiera. De pronto, encontrarían detalles técnicos que supondrían un problema para la constitucionalidad de esos textos. Los proyectos se retirarían, y se perderían en las comisiones jurídicas de su partido. Di Cossimo se comprometió a ello.

-Muy bien, pero primero retire eso que hemos convenido en el punto tercero, y después nosotros acabaremos con esas campañas concretas que ha mencionado –dijo Henry.

-Pero eso llevará tiempo. No se puede hacer de la noche a la mañana.

-No se preocupe, tranquilo. No tenemos prisa –añadió Henry con toda su afabilidad-. Pero primero prefiero que esos proyectos de ley sean retirados.

-Le doy mi palabra de honor de que los retiraré. ¿No le basta con eso?

-Por supuesto que sí. No me malinterprete. Por favor, no tengo la menor duda. Pero prefiero que antes esos proyectos sean retirados, y que después nosotros interrumpamos esas campañas –de nuevo la misma sonrisa en la cara de Henry, de nuevo esa amabilidad incontestable, ese tono de voz del que nunca ha matado una mosca.

-Mire, necesito, al menos, un mes para retirar esos proyectos de ley de un modo escalonado y discreto. El aparato del Partido, las comisiones del Senado, toda esa maquinaria requiere su tiempo.

-No hay problema, esperaremos un mes –dijo con flema británica el cardenal.

-Políticamente no puedo esperar un mes.

El Cardenal Williams le miró a los ojos desde el otro lado de la mesa. Después dijo, en voz baja pero férreamente:

-Haberlo pensado antes de presentar esos proyectos.

El Primer Ministro odió al Cardenal Williams con toda su alma. Pero se calló. Después Luigi dijo:

-¿Al menos, puedo contar con su compromiso de que rebajarán un poco la presión sobre mí?

-Mire, no podemos decir a los nuestros: ahora sí, ahora no, ahora hacia delante, ahora hacia detrás. Esto no es un partido de tenis en el que vamos procediendo a raquetazos.

-Así que no rebajarán la presión.

-En cuanto todos y cada uno de los proyectos que hemos hablado en el punto tercero, sean retirados, nosotros cumpliremos nuestra parte.

-No antes.

-No antes –le confirmó el cardenal.

Di Cossimo se contuvo, apretó el puño de la mano derecha, metió los labios hacia dentro, y concluyó con un conciso y contenido:

-Está bien.

El primer ministro presionó un botón para que viniera alguien del servicio. Necesitaba beber algo. El cardenal le dijo:

-No hace falta decir que, a partir de ahora, se acabó todo asesoramiento legal, por parte del Ministerio de Justicia y del Fiscal General del Estado a la parte querellante, contra nosotros.

-Esos cismáticos... –y el Primer Ministro hizo un típico gesto italiano, rozando rápidamente sus dedos por debajo de la barbilla, para indicar que a partir de ahora ellos no le importaban nada. Después añadió con aire de sincerarse:

-Eso es lo de menos. Lo importante eran las leyes sobre cuestiones bienes eclesiásticos. No se preocupe. Mañana daré las instrucciones pertinentes. A partir de ahora sólo contarán con sus propios servicios de abogados. Servicios bastante pobres, por cierto. Lógico, ellos están desprovistos de bienes. Ustedes cuentan con el respaldo de las estructuras. Pueden estar tranquilos.

-Nunca podemos estar tranquilos. Nunca hay que confiarse.

-Sí, en eso ustedes son expertos. Tranquilo, el asesoramiento acabará mañana mismo. Tiene mi palabra.

-Me fío de usted –dijo Henry inclinando un poco la cabeza con gesto cortés. Quizá fue ésta la única mentira que dijo el cardenal en toda la reunión.

El sirviente entró.

-¿Los señores desean alguna cosa?

-Yo tomaré un whiskey doble, ¿usted, eminencia?

-Le agradecería una Coca-cola zero.

-Muy bien, señor.

El camarero salió cerrando la puerta de roble que mostraba un bonito escudo tallado en su centro.

-¿Sabe, eminencia? Lo que más me molesta, es que ustedes siempre tienen más miramientos con los de izquierdas. Sólo es a nosotros, que no nos dejan pasar ni una.

-Es lógico. Ustedes son casi como de la familia. No son demócratacristianos, pero casi. No, no podíamos transigir. Con los comunistas no podemos hacer nada.

-Y después tanta diferencia entre países. Reconozca que hay tantas varas de medir. No nos exigen lo mismo aquí que en Venezuela.

-Italia es como el salón de casa. Esto no es la antigua Unión Soviética, ni la actual Arabia Saudita. ¡Esto es Italia!

-Ya, ya.

-Usted es un hijo díscolo, pero un hijo.

-¿Aunque sea un maldito masón?-dijo con una sonrisa Di Cossimo.

-Vamos, vamos. Un italiano masón, ante todo, es católico. Ha sido bautizado dentro de la Santa Madre Iglesia, y eso no lo borran todos esos falsos ritos de las logias. Para mí, usted es un hijo de la Iglesia. Un poco alejado, un poco díscolo, pero hijo.

-¡Gracias! Aunque me han tratado como a Muammar al-Gaddafi. Como a Gadafi cuando fue linchado.

-Tratamos a cada uno no como se merece, sino según el nivel de presión que podemos ejercer sobre él. Usted merecía más aceite de ricino. Pero no hay nada personal en todo esto. Y usted lo sabe.

-Madre mía, hay que ver cómo se han puesto por unos asuntos de terrenos.

-Hoy son los terrenos, mañana las iglesias, pasado mañana la libertad. No, era preferible detener este camino desde el principio, que más tarde.

-Eminencia, hemos jugado en bandos contrarios, pero reconozco que han gestionado este asunto con una efectividad impresionante. Si algún día le echan de su empresa, tiene un puesto asegurado en mi gabinete. Se lo digo en serio. Le pagaríamos muy bien.

El cardenal rió. Bien sabía que tras la tensión de la negociación, existía una necesidad humana de distenderse. Rió las gracias del Primer Ministro y le agradeció sus halagos lanzados entre bromas. Aunque bien sabía él que tras esas risas y amabilidades, se ocultaba un anticlerical lleno de odio hacia la Iglesia. Pero ahora, ya, había llegado el momento de la distensión. No era el momento de mostrar el más mínimo resentimiento por una confrontación que había comenzado Di Cossimo. En diplomacia, hay un momento para la dureza y hay otro momento para la suavidad.

El purpurado aún se quedó quince minutos más charlando un poco de todo. Después, el cardenal se retiró. El Primer Ministro le acompañó hacia la salida en el piso de abajo.

-Eminencia, habla usted admirablemente bien el italiano. Prácticamente, no noto en usted ningún acento extranjero.

-Gracias. Son ya muchos años aquí.

-Como mucho, diría que tiene el deje del norte, como de Milán. Pero percibo que no se le ha pegado la música cantarina del italiano de los romanos.

-Cierto. Ya me lo habían dicho.

Se despidieron con un gran apretón de manos, como si fueran amigos de toda la vida, como si fuera el comienzo de una larga amistad.

11 de febrero

A la mañana siguiente



Toda esa negociación había tenido lugar el día anterior por la tarde, por lo cual Henry estaba de magnífico humor al día siguiente. Por la mañana, a las diez, había ido a informar al Santo Padre acerca del encuentro del día anterior, así como de los detalles menudos que habían acompañado el acuerdo. Acuerdo verbal que, por supuesto, no constaría en ninguna parte. Aunque la Iglesia nada había hecho que fuera reprehensible, únicamente se había defendido.

Henry regresaba ya de hablar con el Papa, dejó la carpeta en su despacho. Miró el reloj, debía él haber llegado a otra reunión en el Vaticano hacía un rato. Pero no importaba, ya había advertido que se uniría a ella cuando acabara con el Santo Padre. Así que sin prisa, con las manos en la espalda, se tomó una dura pastilla de regaliz negro, y salió de su despacho. De nuevo más pasillos, de nuevo más soldados.

Entró en una sala del Palacio Apostólico, cerca de la Capilla de Nicolás V. La estancia rectangular, de diez metros de anchura y con un fresco en el techo, tenía una gran mesa de madera en el

centro y varias más, de tamaño más pequeño, pegadas a las paredes. Todas estaban cubiertas de planos y papeles. Planos de gran tamaño, ordenadores, reglas y todo tipo de material de oficina. Dentro de la sala estaban reunidos tres arquitectos, un cardenal y dos arzobispos de la Curia.

Henry, a pesar de llegar con la reunión ya empezada, entró en la sala con la misma tranquilidad con que uno entra en el salón de su propia casa. Los dos arquitectos se levantaron en señal de respeto. Los arzobispos sintieron el impulso de hacerlo, pero como el cardenal presente no lo hizo, se quedaron en sus asientos. Según el protocolo, el cardenal no tenía que levantarse porque entrase otro purpurado. Pero, bien es cierto, que todos sintieron como un impulso a hacerlo. El peso del Cardenal Williams allí, aunque invisible, era casi palpable.

Henry les saludó, les dijo que continuasen. Miró distraídamente lo que había por aquí y por allí, mientras los arquitectos acababan sus explicaciones a los tres clérigos presentes. Henry ya conocía el proyecto de sobra, lo había seguido mes a mes, casi semana a semana. Sus ojos oteaban por aquel desorden aparente, para ver si había algo nuevo. Al cabo de un par de minutos, apareció otro cardenal más acompañado del subsecretario de su congregación. También él venía a aquella reunión para decidir algunos aspectos menores para el proyecto de la Gran Curia.

La Iglesia seguía creciendo. Hasta ahora se habían ido repartiendo los departamentos de la Curia por toda Roma. Hacía ya muchos años, que los despachos no cabían en los edificios de la Plaza de Pío XII ni en los de la Vía della Conciliazione. Desde hacía medio siglo era evidente que la labor de organizar y supervisar las labores de la Iglesia Universal requería de más espacio en edificios más grandes, no de un sinnúmero de oficinas dispersas en una ciudad de tráfico endiablado.

Pero la oposición a un proyecto de envergadura había sido mucha. Al principio, la mayoría se oponía a que la labor de gobierno curial se pudiera concretar en imágenes visuales, en edificios de grandes dimensiones. Si todo estaba repartido, daba la sensación de que la Curia era un concepto. Muchos preferían una curia invisible, o lo menos visible que se pudiera. Pero se había llegado a un punto en el que la racionalización de las cosas se iba a imponer y la conclusión era simple: se necesitaban edificios.

En 2023 se tomó la decisión. Y fue entonces cuando alguien propuso no crear una serie de sedes para las congregaciones, sino erigir una gran construcción que integrara todas ellas. Hubo quien propuso que la Curia no sólo no debía ser un lugar lo más discreto posible, sino que debía ser un lugar para ser recorrido. ¡¿Recorrido?!, repitieron estupefactos los presentes en aquel consistorio. Y aquel purpurado coreano les explicó que lo ideal sería crear una curia que pudiera ser visitada, recorrida y explicada a los

turistas. La Curia no era algo para estar oculto a los ojos de los fieles, sino algo de lo que sentirse orgulloso, algo que sentir como propio. Y eso requería de un gran edificio que materializara la idea en algo visible y tangible. *La Curia será no un lugar inaccesible, que favorezca imaginaciones de palacios y despachos llenos de lujo –explicó aquel purpurado-, sino que deberá ser un lugar abierto a todos, porque será de todos. No tiene que ser algo que ocultar, sino algo que mostrar.*

La idea sorprendió. Suponía un giro copernicano que pasaba de la discreta invisibilidad, justamente a todo lo contrario. El consistorio determinó que se tomarían dos años para discutir el proyecto y sus diferentes formas de llevarlo a cabo. No querían apresurarse. Era algo que si se hacía, iba a perdurar. Había que pensarlo todo muy bien.

Es curioso cómo las grandes construcciones ilusionan. Las sucesivas versiones de la Gran Curia, como así se le dio en llamar, cada vez se tornaban más ambiciosas, cada vez fueron convirtiéndose sobre el papel en proyectos para realizar a más largo plazo, porque eran más imponentes. El mismo Clemente XV fue tomando el plan entero más a su cargo, y se fue entusiasmando más en él.

La idea primitiva de un edificio simple y no llamativo (y, digámoslo claramente, ramplón), en menos de cuatro meses dio lugar a un edificio de siete pisos de altura con cuatro lados que

formaría un extenso claustro en su interior. No tardaron en colocarle cuatro torres en sus esquinas. Las torres serían viviendas e irían coronadas con cúpulas renacentistas.

A partir del tercer año -la fase de discusión del proyecto se había prolongado un año más con respecto al calendario original-, los arquitectos fueron más audaces. Lo primero que aconsejó el despacho de Nueva York contratado para asesorar este proyecto, fue que, para empezar, se duplicara el tamaño de todo. No hay que contar con la estimación actual de visitas, sino con la que habrá dentro de quince años, advirtieron. Se estudió la posibilidad de que las cuatro torres-edificio en vez de ir rematadas por bóvedas, idea ésta muy tradicional, fueran coronadas por cuatro montículos con árboles y césped. Se estudió la posibilidad de que el proyecto entero en vez de un gran edificio claustral, fuera algo totalmente distinto: una especie de grupo de grandes torres unidas por puentes entre sí, y todas ellas acabadas en cúpulas de diversos estilos.

Al final, después de evaluar todas las posibilidades, el colegio de purpurados se decantó por una versión más conservadora del proyecto: un edificio cuadrado rematado por cuatro torres en sus esquinas con un gran templo en su centro. El macroedificio sería lo suficientemente grande, como para tener que ser llevado a cabo en varias fases. Sus dimensiones impedían acabarlo de una sola vez. No hubiera habido presupuesto alguno, que hubiera podido permitirselo. Si no había interrupciones, y las partidas presupuestarias se

mantenían fijas sin recortes, el plan no se culminaría hasta dentro de treinta y cinco años. Si bien, las cuatro caras del cuadrado que enmarcaría el claustro interno, se finalizarían en unos diez años desde que empezaran las obras.

El Celio –así se denominaba ahora al proyecto entero- tendría una especie de magno *scriptorium*. Una gran sala abovedada, de color blanco, en cuyas mesas corridas trabajarían trescientos oficiales de las más diversas secciones y departamentos. Desde un corredor situado dos pisos más arriba, los visitantes podrían ver abajo cómo trabajaban esos hombres vestidos con sotanas, clergyman y hábitos de todos los tipos. Incluso los laicos que trabajaran allí, llevarían el usual traje negro con camisa blanca, de forma que todo tendría una unidad estética. Las paredes, techo y suelo blanco del gran escritorio darían una impresión de luz, de transparencia, de que allí nada había que ocultar. Abiertos a esta gran sala blanca, habrá tres corredores escalonados. En cada corredor estarán los despachos privados y salas de reuniones.

En el *Magnum Scriptorium* se hará todo el papeleo y se tendrán las conversaciones que por su naturaleza no sean reservadas. Todo aquello que requiera discreción, se hará en los despachos privados. Despachos cuyos arcos acristalados permitirán que los visitantes vean su interior desde el corredor opuesto en el otro lado de la amplia sala. Como es lógico, habrá despachos sin esos arcos abiertos, para reuniones de naturaleza estrictamente confidencial que

requieran que no sean conocidas. Pero la idea es que todos los visitantes, en su recorrido longitudinal de la Curia, puedan observar el interior de los despachos. La seguridad no sufrirá ningún menoscabo, ya que los visitantes recorrerán un solo camino, elevado a tres pisos de altura sobre el scriptorio.

El Papa ya ha dicho que no quiere ver en toda la construcción ni un solo mármol. Ni mármoles en el suelo, ni pinturas sobre las paredes, ni cuadros, sólo paredes desnudas pintadas de blanco, y suelos lisos recubiertos de una imitación a las losas de cerámica. Henry daba por descontado que esa consigna se relajaría. Aunque el Papa estaba decidido a que el diseño de los muebles, puertas y ventanas contribuyera a que todo tuviese un aire de abadía cisterciense. *Que nadie de los que visiten la Gran Curia, pueda después acusarnos de lujo*, repitió una y otra vez el Santo Padre al jefe del equipo de decoradores.

La visita a la Curia Romana se convertirá sin duda en una visita obligada de los turistas a Roma. Así que se hará de esa visita una catequesis. La visita les explicará qué es la Curia, cuáles son todos y cada uno de sus dicasterios, departamentos y secciones. El propósito es satisfacer todas las curiosidades que los turistas tengan sobre esta gran maquinaria.

La Curia ocupará uno de los cuatro lados del cuadrado que formará el edificio. En cuatro años, desde que empiecen las obras, el lado de la Curia ya podrá estar finalizado y en marcha. Los otros tres

lados se irán construyendo sin prisa en los años sucesivos. Cuando la Curia se acabe, se añadirá a ésta una biblioteca. No será excesivamente grande, pero sí muy bonita, escalonada y que se convierta en la imagen de la biblioteca eclesiástica por antonomasia. También se contemplará desde el corredor. Con el tiempo, conforme se vayan acabando los otros tres lados, el complejo constará con la residencia para curiales, tres seminarios, cuatro universidades, una zona para retiros espirituales y convivencias, y un monasterio benedictino. El claustro tendrá siete mil metros cuadrados de cesped, cipreses, almendros y cerezos japoneses. En el centro de ese claustro un templo de mármol blanco, un templo de planta cuadrada.

Los arquitectos iban explicando aspectos y más aspectos a los clérigos presentes en esa sala. La vista de Henry vagaba, ya conocía de sobra todos aquellos detalles.

-No sólo será un centro de oración, también de hospedaje – continuaba el arquitecto-. Todo el que quiera hospedarse, podrá hacerlo. Todos podrán decir, si quieren, que han vivido en la Curia. Este ala de aquí –y señaló uno de los lados del edificio en un plano-, dará albergue a tres mil peregrinos.

-¿A tantos? –exclamó sorprendido el subsecretario de un dicasterio.

-Sí. Esperamos que en cualquier día de año, no haya menos de dos mil hospedados.

-¿Y esta zona de aquí? –preguntó señalando un sector del plano que tenían sobre la mesa.

-Ah, sí. El Papa ha insistido en que haya residencias de monjas para ancianos, enfermos y disminuidos psíquicos. Pero eso tardaremos muchos años en verlo. Dese cuenta de que sólo la primera de las caras de la construcción supone una operación presupuestaria importante.

-Nueve millones de euros anuales, para ser exactos – intervino Henry, que hasta entonces había parecido completamente despistado, pero que no lo estaba.

-Sí, exacto –corroboró el otro arquitecto de aspecto libanés.

-De hecho, ya hace cinco años que hemos creado un fondo en el que estamos ahorrando para la primera fase –prosiguió el primer arquitecto.

-Pero el plan supondrá gastos y, al mismo tiempo, ingresos – intervino de nuevo el arquitecto libanés-. Pues los inmuebles que vayamos desocupando en el centro de Roma, se irán alquilando de forma progresiva.

-Además, cuando demos a conocer el proyecto, se pedirá ayuda a fundaciones de todo el mundo –añadió Henry-. Eso sin contar con que pediremos donaciones a todas las diócesis del orbe. Lo mismo que cuando se construyó la actual Basílica de San Pedro.

-¿Dónde estará situado todo esto?

-Todavía no es seguro –respondió Henry-. De los seis lugares iniciales que se barajaron la principio, ahora ya sólo queda que la comisión acabe sus estudios para decidirse por uno. No hace falta decirle que estará a las afueras de Roma, muy a las afueras.

-¿Puede ser más preciso?

-Eminencia, guárdeme el secreto, pero con toda probabilidad será en la zona de la Via Aurelia. A unos veinte kilómetros del centro de Roma. Sin tráfico, eso supone unos diecinueve minutos de conducción desde el Vaticano.

-El mismo estado italiano podría ceder los terrenos –continuó el arquitecto norteamericano-. Ya que el país saca indudables beneficios del turismo, permanentes beneficios económicos. Qué menos que dar el suelo. Pero los comunistas... ¡siempre los comunistas! La población entera se lucra de todo el turismo, y no digamos el beneficio que supone para la imagen de Italia. Pero después ponen el grito en el cielo ante el más mínimo gasto. Lo que en otros asuntos de estado lo consideran un gasto normal, aquí siempre lo consideran un regalo.

-Deberíamos trasladar el Vaticano a un lugar sin comunistas –añadió el subsecretario Maciejowski. Deberíamos escoger un lugar del mundo con un agosto más humano. El calor y la humedad del verano romano son infernales.

-Monseñor –dijo Henry con una sonrisa pícaro-, que sepa que hubo quien puso sobre la mesa la posibilidad de trasladar la Gran Curia fuera.

-¿En serio?

-Sí. Algunas de sus eminencias sugirieron tímidamente la posibilidad de emplazar este complejo en otro país. Hoy día con la fibra óptica y con la facilidad de las comunicaciones, podríamos estar conectados continuamente, aunque la Curia estuviera a miles de kilómetros de aquí.

-¿Y qué lugar sugerían?

-Varios sugirieron África –respondió Henry-. El Santo Padre, como obispo de Roma, residiría en esta ciudad. Pero la Curia, un órgano meramente instrumental, estaría situado en un lugar donde promoviera el desarrollo. Emplazar la curia pontificia en el centro de África, sería un orgullo para cualquier país. Y dejaría más claro que la Iglesia es universal.

-Pero ya veo que la sugerencia no prosperó.

-No por dos razones esenciales. La primera es que si lo hacíamos en África, nos privábamos de ese flujo masivo de turistas. Y las visitas son parte de la razón de ser de este proyecto. Y eso sin contar con que ellos financiarán parte de los gastos: billetes de entrada, restaurantes, alojamiento, tiendas de regalo. La segunda razón era más importante: no debemos separar la Curia del papado, ni siquiera físicamente. Forman una unidad. Y por designio divino

esta ciudad fue la elegida. Cuando los Papas marcharon a Avignon, Dios envió a Santa Catalina de Siena para decirle al Santo Padre que Dios quería que él estuviera en Roma. El Papa, entonces, se preguntaba si no se podía dirigir la Iglesia Universal lo mismo desde una ciudad que desde otra. Pero Santa Catalina le dijo que no. Que la voluntad de Dios era que fuera a Roma. Así que el Celio estará en Roma.

-Créame –añadió un arquitecto-, en Roma hay menos mosquitos.

-No se trata de los mosquitos –intervino un obispo indonesio-. Roma es una ciudad elegida por Dios, no por meras circunstancias humanas. Es una ciudad sagrada.

-Oiga, ¿y por qué le pusieron el nombre de Celio?

Los arquitectos se rieron disimuladamente. A Henry no le hizo tanta gracia. Uno de los arquitectos respondió:

-El Cardenal Williams deseaba otro nombre. Se barajaron varias posibilidades. Un asunto que quedaría para la Historia debía ser atentamente considerado. Había tantas opiniones y tan dispares, que el Papa concluyó que se lo pensasen durante un mes, y que después le presentasen las propuestas. Mientras tanto, uno de nuestros arquitectos, harto de hablar en la oficina de *El Proyecto* o de la *Gran Curia*, puso en varios de sus esquemas la palabra *Celio* para referirse al edificio. Que es el nombre de una de las Siete Colinas de Roma. Y así, de esta manera, se refirieron a la

construcción en una de las discusiones que tuvieron en el mes de septiembre varios colegas del equipo. Sin darle mayor importancia, todos acabamos hablando provisionalmente del Celio.

-En realidad, el primer nombre que escribí a lápiz en mis planos fue el de Esquilino –explicó el arquitecto neoyorquino-, el nombre de otra de las colinas de Roma. Pero una aparejadora dijo que era horrible, sencillamente horrible. Cogí la goma de borrar y, sin pensarlo, escribí Celio. Pero se trataba de un nombre provisional, para esa reunión.

-Pero un mes después, ya todo el mundo en la oficina lo denominaba así.

-Yo siempre les dije que ese nombre daría lugar a confusiones –intervino malhumorado Henry-. Una de las siete colinas ya tiene ese nombre. ¿Para qué ponerle un nombre que se presta a la confusión, pudiendo escoger otro? Y además... ese nombre no dice nada.

-La verdad es que para cuando se presentaron las propuestas –prosiguió el arquitecto-, ya todo el mundo hablaba del Celio. Encima, ninguna de las opciones presentadas logró consenso. Así que la denominación provisional prolongó su existencia. Dos meses después, ya le habíamos tomado cariño al nombre. Mientras que los otros nombres presentados parecían fríos: Neovaticano, Domus Transitoria... O excesivamente píos con nombres de santos y cosas por el estilo.

-Otra curiosidad, es que oficialmente el proyecto todavía no tiene nombre. En los documentos se le denomina como Gran Curia – añadió el otro arquitecto.

-Reconozco que, a estas alturas, será difícil cambiar el nombre –admitió Henry.

La conversación se interrumpió por una llamada importante a Henry. El único que se había atrevido a dejar su teléfono encendido en esa reunión. Los presentes respetaron con su silencio la breve llamada, y se quedaron un rato mirando los planos y dibujos. Henry colgó en veinte segundos. Un arzobispo preguntó:

-Cambiando de tema, ¿habrá una fachada principal?

-No, las cuatro serán iguales. Tendrá un aspecto como el de el Monasterio de El Escorial en España, pero cinco veces más grande. Sin embargo, la Fachada Este será la primera en ser vista viniendo de Roma por la autopista. La carretera irá recta hacia el edificio. Como estará en una llanura, y no habrá nada delante del Esquilino más que una gran explanada con césped, o quizás trigo. La vista será espectacular.

-¿Y no pondrán nada especial en la Fachada Este?

-No, tan solo cuando todo esté acabado y cuando podamos volver a tener algo de dinero, pondremos las fuentes y un portico colosal con un timpano a la medida del edificio. Paralelas a la fachada, habrá siete fuentes que serán réplica exacta de las que hay en la Plaza de San Pedro.

-¡Un tímpano! ¿Habrá un tímpano?

-Sí, el pórtico de la Fachada Este tendrá diez grandes portones de entrada, siempre abiertos, día y noche. Y sobre ellos habrá un tímpano de seiscientos metros cuadrados de superficie, mezcla de escultura, pintura y mosaico.

-Pero eso será obra de otro pontificado –añadió incómodo Henry-. Ahora ya no tenemos dinero. ¡Para esto ya no queda nada! Aquí hay que pagarlo todo, desde las campanas hasta la carretera que va de la autopista al Esquilino.

-Disiento, eminencia –dijo el jefe de los arquitectos-. Las campanas nos las regalará todas una empresa campanera. Sólo por el hecho de poder decir que las campanas del edificio de la Gran Curia las han hecho ellos. Propaganda. Y la carretera sí que la pagará el estado italiano. Hay muchas cosas que serán donadas por el mero hecho de hacerse propaganda. Hay muchas fundaciones deseosas de donar dinero, con tal de que se coloque una placa de bronce que diga: este sector podría ser la donación de la fundación del Citybank o de la Fundación de Repsol YPF. Ya veremos a quién se lo proponemos. Pero no faltarán fundaciones para un proyecto de estas características.

-No le hagáis caso –insistió Henry-. Si hacéis caso a los arquitectos y a la firma de asesores financieros del Consejo Económico del Vaticano, todo esto nos va a salir baratísimo. Pero no hay ni un solo plan de construcción que yo haya supervisado, que

después no haya sido más caro de lo que me dijeron al mirar los planos.

-El Ministerio de Obras Públicas pagará el tren de alta velocidad que conectará el nuevo complejo con el centro de Roma. El Celio, en el fondo, sería una extensión del atestado centro de Roma. Lo descongestionará notablemente. Y para los que vivan en este complejo, será como estar en el centro de la ciudad. Pues en veinte minutos, podrán estar en la Estación Términi o en las inmediaciones de la Piazza del Popolo, habrá que ver el recorrido final que decidan los técnicos.

-¿Y en esta parte qué habrá?

-Es la del museo. Ayudará a aliviar la acumulación de obras en los fondos de los museos vaticanos. Y la visita acabará en el Templum Cuadratum. Allí, él que quiera, podrá quedarse a rezar. Si no podrán irse a almorzar a esta parte de aquí, porque la visita está pensada para que dure una mañana entera. Los más interesados podrán continuar por la tarde con la Gira II, que incluirá archivos, seminario, residencias sacerdotales, cocinas y la cripta.

-¿La cripta?

-Sí, bajo el templo habrá una cripta para enterramiento del clero curial –explicó el arquitecto con delectación-. Los que deseen enterrarse aquí, sin pertenecer al clero, podrán hacerlo pagando. Tener aquí un lugar de enterramiento requerirá un permiso de las autoridades civiles, pero no habrá problema. Los veinte primeros

cardenales que mueran, tendrán incluso un sepulcro con una estatua yacente. El resto tendrá que conformarse con una losa dotada de una inscripción. Aquí vendrán los columbarios. La cripta será extensa y, sobre todo, ampliable.

-¿Quién pagará esas estatuas y todas estas otras que veo en la fachada?

-Veinte academias de arte se han comprometido a proveernos cada una de ellas, con diez estatuas al año. Nosotros pagaremos el mármol y el transporte. Sus estudiantes practicarán con obras que acabarán aquí.

-De nuevo propaganda.

-Propaganda que nos ahorrará mucho dinero. Toda la estatuaria del edificio provendrá de ellas. El ritmo será lento, pero constante.

-Por lo que veo en los planos, han escogido un estilo bastante románico.

-Eso se discutió hasta la saciedad. Al final, el románico nos pareció conjugaba lo antiguo y lo moderno. La tradición con la abstracción.

-Veo que han pensado en todos los detalles.

-Son muchos años dándole vueltas a todo esto. Muchos años, mucha gente revisando el proyecto.

-Nos han dicho, incluso –intervino Henry-, que si queremos en las torres nos pondrán cigüeñas. Las cigüeñas también nos salen gratis. Se encargará de ello el Ministerio del Medio Ambiente.

-¿Y este sector de aquí?

-Se creará un nuevo cuerpo muy similar al de la Guardia Suiza, la Guardia Romana. Con sus desfiles, su cambio de guardia, sus uniformes y yelmos.

El cardenal Williams, siempre con los gastos en mente, intervino incómodo:

-Yo les he advertido de que antes de que acabemos con todas las fases, ya se habrá producido la segunda venida de Nuestro Señor.

-¿Y si quedan mil años más de Historia?

-¿Y si quedan cinco años más? –repuso Henry al momento.

-Podría ser.

-Bien, por eso lo vamos a hacer todo muy bien –dijo Henry con resignación, incómodo pensando en lo que costaba todo-. No sea que queden cuatro mil o diez mil años más de Historia. Lo vamos a hacer todo a la perfección.

-La obra de Dios debe ser magnífica, a la altura de Dios –comentó un arzobispo.

-Sí, a partir de ahora la Curia será algo más que un montón de despachos –le apoyó el otro arzobispo-. Va a dar gloria a Dios, como si de una catedral se tratara.

-¿Y no han pensado en ponerla más lejos, en una ciudad cercana a Roma? –preguntó el otro cardenal-. Eso facilitaría la consecución de espacios de terreno más amplios. La expropiación resultaría más barata.

-Habría tortas para hacerse con algo así –dijo el arquitecto-. Pero para ponerla fuera de Roma, la pondríamos fuera de Italia. Así siempre tendríamos un segundo lugar de refugio. Hemos de pensar en desastres naturales, guerras y revoluciones. Pero el Papa ha dicho que no. La Curia tiene que estar cerca de la Urbe. No necesariamente en el municipio de Roma, pero sí lo más cerca posible de ésta.

-La idea de una Curia situada en otro país supone someterse a la legislación de ese país –dijo el subsecretario-. Mejor malo conocido...

-Eso sí, los documentos, digitalizados, se guardarán en dos lugares situados en otros dos continentes, bajo tierra –dijo Henry-. Ésa es otra de las decisiones que hemos tomado.

Los dos arquitectos hasta ahora habían hablado señalando un gran plano colgado de la pared y otro sobre la mesa, y mostrando algún detalle en la maqueta que estaba en el centro de la sala. Ahora se acercó a una pantalla cerca de ellos. Con decidido golpe de clic, el arquitecto movía el ratón con rapidez y sin dudas, mostrándoles primero una visión tridimensional de la construcción, y después un plano detalladísimo de cada planta.

-Si este plano tuviéramos que imprimirlo en papel, no cabría ni en tres estancias como ésta –explicó orgulloso el arquitecto.

-Y esta parte de aquí, tan curiosa... ¿a qué se dedicará?

-Ah, esta es la parte dedicada de forma permanente a personas de otras religiones. No superarán las cuarenta habitaciones. El cardenal Gutiérrez de Mesa encargado del diálogo interreligioso cuando vino a ver todo esto, nos dijo: *La Iglesia de facto se ha convertido en la conciencia del mundo. Así que es lógico que en nuestra casa haya un espacio para nuestros hermanos.* Abogó decididamente para que hubiera de forma permanente diez judíos, diez cristianos separados, diez musulmanes y diez budistas. El cardenal Da Pessoa le apoyó con todo el entusiasmo del mundo. El Consejo Económico puso el grito en el cielo. Ni un gasto más, es nuestra última palabra, le dijeron. Pero el cardenal lo habló directamente con el Santo Padre, y así nació este sector marcado en color azul. De esas cuarenta becas se encargará una universidad norteamericana especializada en estudios interreligiosos.

-El bendito cardenal Gutiérrez de Mesa es un santo, pero todo cuesta dinero –intervino el Cardenal Williams-. Él no os lo dijo, pero quería que hubiera también una pequeña sinagoga y una pequeña zona gestionada por los judíos para una escuela rabínica o para un alojamiento de judíos. Le dije que pusiera en el proyecto lo que quisiera, con tal de que lo pagara él. Pero bueno, lo tiene muy

crudo. No tengo la menor duda de que sus buenas intenciones no se concretarán en nada. Se trata de una mera cuestión de dinero.

-Bueno, no pasa nada, eminencia –dijo el arquitecto-. Todo pasa al proyecto. Ponerlo sobre el papel no nos cuesta ni un euro. Cada fase se llevará a cabo, sólo cuando se apruebe el presupuesto para ello.

El arquitecto siguió mostrándoles algunos aspectos financieros del proyecto, mientras comentaba con los números en la mano, que sus eminencias Da Pessoa y Gutiérrez de Mesa, efectivamente, eran hombres de ideales, unos varones de buena voluntad sin mucho conocimiento de las limitaciones fácticas de este mundo, especialmente de las limitaciones financieras.

Mientras hablaban, el Cardenal Williams se levantó y se acercó a mirar algunos detalles de la maqueta. Mientras las preguntas seguían, se asomó a la ventana que daba a la Plaza de San Pedro. Era el que más fastidio tenía de los presentes. Los demás estaban tan interesados. Pero él no dejaba de pensar en el lastre presupuestario, que suponía esa fantasía arquitectónica. Aunque se consolaba pensando al ver enfrente la columnata de Bernini y a la derecha la fachada de San Pedro, que cuando se proyectaron esos proyectos también alguien debió protestar, tratando de convencer al resto de que se trataba de una locura, de una megalomanía sin

sentido. También en esa época debió haber cardenales, que infatigables se quejaron una y otra vez de los gastos.

Ahora estaban en la fase de írselo enseñando a distintos miembros de las congregaciones y a obispos diocesanos escogidos. El Papa quería que más cargos importantes se ilusionasen, antes de darlo a conocer públicamente. Un modo de lograr ese entusiasmo de la jerarquía, era dar la primicia a ochenta cargos de la Curia. Si ellos sentían que se les había concedido algún tipo de preferencia, considerarían todo aquello como algo suyo. Aunque todos los que pasaban por ahí debían comprometerse, de momento, a guardarlo en secreto. En una segunda fase, doscientos obispos diocesanos, sabiamente escogidos, tendrían preferencia en conocer aquellos planes. En un mes, más o menos, se daría la noticia en un número monográfico de *L'Osservatore Romano*. Aunque para esa fecha, ya se daba por supuesto que los rumores en la prensa se irían haciendo más insistentes. Se trataba de un modo de dar la noticia, que sería como una especie de amanecer. De forma que la luz se fuera haciendo poco a poco. Y que cuando ya se comunicara de forma oficial, todo el mundo la supiese o la intuyese.

A Henry todo aquello le cansaba. A él, le iban las pequeñas ermitas. Algo como lo de Irlanda. Afortunadamente el Coordinador de la Comisión de Obras era otro prelado, que com él tenía los pies en el suelo. Un congoleño que venía del mundo de los números, no del de las ideas. Ese prelado era tan realista en cuestiones

económicas, que no había problemas de que los números se desmandasen. Y aunque a Henry, por petición propia, no le habían nombrado consejero de esta comisión, lo cierto es con cierta frecuencia le venían a consultar aspectos concretos del plan. Era lo malo de ser el Número 2 del Vaticano. Todo lo que tenía cierta importancia acababa pasando por sus manos. Mientras pensaba eso, el arquitecto llegó al final de sus explicaciones y nadie tuvo más preguntas. *Qué bien, se dijo, en dos minutos estaremos saliendo por la puerta y me marcharé a casa a comer.*

-Bueno, señores, espero que les haya gustado todo. Y confío en que veamos algo de esto hecho, antes de que muramos de viejos – dijo Henry para concluir. Todos rieron. Y más que nada rieron porque lo vieron a él con tanto fastidio por el proyecto y con tantas ganas de acabar la reunión, que las palabras las dijo casi como echándoles.

Esa tarde la tenía libre. El cardenal se dio un largo paseo, se comió un *cannolo siciliano*, un canuto de pasta relleno de ricota dulce, mientras se tomaba un capuccino sentado en una mesa de la plaza de San Lorenzo in Lucina, hasta donde había ido paseando desde su vivienda en el Vaticano. Media hora de paseo en una tarde soleada. Allí en la plaza, bajo un sol mediterráneo que respiraba alegría y optimismo, leyó tranquilamente el periódico que compró en el quiosco de la misma plaza. Ninguno de los turistas y romanos

que estaban sentados en las mesas cercanas podían suponer quién era el señor vestido con americana y corbata que estaba allí leyendo sin prisas. Después, desde la misma mesa, hizo una llamada a su hermana y otra a su madre.

Se acercó hasta el Panteón y la Plaza Navona. Después, se fue al Gesú a arrodillarse ante el sarcófago donde reposa San Ignacio de Loyola. Le pidió ser un buen cardenal, un verdadero hombre de fe, un auténtico seguidor de Cristo. Ésa fue su oración, breve y devota. Allí se quedó un rato, rezando el rosario en la capilla cercana, donde están las reliquias de otros jesuitas. Nadie reconoció su rostro. Allí era sólo un señor mayor, canoso, rezando.

Tras otra media hora de paseo, llegó a su apartamento situado dentro del perímetro de las murallas leonianas, en el mismo Estado Vaticano. Algunos turistas que fotografiaban la Puerta de Santa Ana, una de las puertas del Estado Vaticano, quedaron sorprendidos de que cuatro guardias suizos se cuadraran de forma tan extraordinariamente solemne ante un anónimo señor vestido con una americana y sin nada especial en su atuendo.

Al volver a su apartamento, ya era el final de la tarde, pidió a su secretario que le trajera una película. El secretario sabía que le gustaba ver una película de tanto en tanto, y estaba preparado. Le trajo *El Paciente Inglés* de James Ivory. Henry vio la película. A mitad de ésta, le trajeron su cena en una bandeja. Siguió viendo la

película mientras tomaba un salmón gratinado con queso y alcaparras, acompañado con gnochis de patatas y guisantes.

Por la noche, leyó un rato una novela inglesa costumbrista. Después rezó la última parte del breviario y se fue a la cama. Otro día había acabado. Aquella noche soñó que era un campesino en Baviera, que cultivaba zanahorias y remolacha, en el sueño cultivaba exactamente eso. El sueño se difuminó cuando iba a echar una hojeada a sus colmenas. No hace falta decir que cuando se despertó por la mañana, el sueño pasó y seguía siendo el Secretario de Estado del Vaticano y Cardenal de la Santa Iglesia Romana del título de Frascati.

Ocho días después

19 de febrero



Henry tenía en sus manos un folleto turístico que le había dejado la última visita. El folleto explicativo trataba acerca del Obelisco de Letrán. El cardenal leía con interés cómo ese obelisco era el más alto de Roma. Se sorprendió al leer que fue erigido en la tierra del Nilo en el siglo XV antes de Cristo. ¡Siglo XV a.C.! Verdaderamente somos una nube que pasa, reflexionó. Leyó que el obelisco había tenido sobre sí una larga historia, una historia propia, como las personas. Había sido transportado a Roma en el siglo IV después de Cristo y estuvo colocado en el Circo Máximo. Enfrascado en ese folleto de ocho páginas, hubiera seguido leyendo las idas y venidas de un pedazo de piedra de varios cientos de toneladas de peso, pero le fueron anunciados los prelados que Henry esperaba en la siguiente visita. El cardenal Henry Williams se levantó para estrechar la mano del Prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, y la del Prefecto de la Congregación de Obispos.

Los tres se sentaron en una mesa grande, rectangular. Cada uno de los tres cardenales sacó sus papeles, comenzaba una larga reunión de trabajo.

Los temas puestos sobre la mesa eran importantes: los esfuerzos hechos para desactivar la propaganda del cisma en ambientes monásticos, las conversaciones con los servicios jurídicos para defender los bienes eclesiásticos. Había dos puntos más, acerca de cuestiones menores del concilio. El último punto menor versaba acerca de un documento conciliar que estaba en la primera fase de redacción. Ese último tema estaba resultando no ser tan carente de trascendencia como se había pensado en un principio, cuando se redactó el orden del día. De hecho, había consumido la mitad del tiempo de la reunión. En un momento dado, el cardenal Williams dijo:

-Sabéis que siempre me he mostrado muy discreto en polémicas como ésta. Que apenas he manifestado mis opiniones sobre la cuestión teológica de fondo que ha movido la evolución eclesial de los últimos cincuenta años. Pero ha llegado el momento en que todos, alrededor de esta mesa, nos tenemos que definir.

-Está bien, Henry. Habla con claridad.

-Pues mira, te voy a ser totalmente franco. 1º No tengo absolutamente nada en contra, de que los laicos colaboren todo lo posible, en todos los puestos. Pero en sólo aquellos puestos en los que por su naturaleza no se requiera el sacerdocio. 2º Hay que ir

retirando progresivamente a los laicos de todos los oficios, que supongan un ejercicio de la potestad de gobierno. El gobierno de la Iglesia deben ejercerlo en todos sus grados personas ordenadas con sacramento del orden. 3º Reconocemos que en los últimos decenios, a la hora de escoger candidatos al episcopado, se ha concedido una preeminencia a la valía intelectual frente a otros aspectos. Debemos escoger a clérigos con más talla espiritual. La Iglesia no es una universidad. 4º Debemos pensar en la posibilidad de ceder a la petición de reducir algo más el peso de la Curia en el desenvolvimiento de la Iglesia universal.

El Prefecto de la Congregación de Obispos, el cardenal coreano Byung, se quedó pensativo, después dijo:

-Estoy de acuerdo en los dos primeros puntos. Los laicos pueden ser magníficos profesores, consejeros y directores de departamentos. Pero no se debe nombrar ni un solo prelado-laico más. Seguir por ese camino nos da una apariencia de modernidad, de apertura, pero supone desviarse del designio divino respecto a la Iglesia. Pero no estoy para nada de acuerdo con el último punto. Creo que nosotros, los curiales, somos los más influidos por la aprensión de tener que hacernos perdonar la existencia de organismos, que centralicen de un modo mínimo aspectos esenciales de la vida de la Iglesia.

-Vamos, no exageres –dijo Henry.

-¿Reducir más? ¡Ya hay de dónde reducir!

-Pero sabes que ésa no es la impresión que tienen muchos.

-Podríamos reducirlo hasta extremos delirantes. ¡Y seguirían quejándose de que es excesiva! Lo que hay detrás, es esa presión del ala que quiere más cambios progresistas. ¡Si no existiera Curia, incluso mejor! Claro.

-Estoy de acuerdo contigo. La estructura curial se haya reducida al mínimo. Pero la insistencia para reducir incluso lo que hay, es grande. Me parece que es mejor ceder en eso, que no dar la impresión de inmovilismo.

-¿Crees que ellos cederán en otras cosas por ello? Ya veremos todos cómo no es así –insistió el Cardenal Byung.

-Debemos hacerlo aunque sea por puro pragmatismo. Cedemos en algo y ellos cederán en otra cosa –dijo Henry.

-Que no, que no. Y te daré una razón pragmática. Si queremos contrarrestar el poder de los prelados-laicos, por muy pocos que sean, vamos a necesitar de todo el poder del que dispongamos. Y por eso, sean cuales sean nuestros pensamientos sobre el cuarto punto, no creo que éste sea el mejor momento para ir renunciando a ninguna parcela de poder.

-Creo que algunos cardenales han pensado como yo desde hace muchos años –insistió Henry-. Pero siempre ha habido una buena razón para que ningún momento fuera un buen momento.

-Lo siento, pero no. La Iglesia no es la agrupación de una serie de islas independientes. Formamos una unidad, un cuerpo.

El cardenal Byung se levantó hacia una jarra de agua. Se sirvió un vaso. Dio unos pasos por el despacho, mientras escuchaba la réplica a sus palabras. Después, el cardenal coreano se ratificó en considerar, que ese momento era demasiado delicado, como para renunciar a un poder fuerte, que imprimiera una dirección clara.

-¿Y tú qué piensas, Karl? Te veo muy callado –le preguntó Henry al Cardenal Schmidt de la Congregación para la Doctrina de la Fe. El cual, dubitativo, contestó:

-Yo estoy con él –contestó Karl dirigiendo su mirada al cardenal Byung que volvía con su vaso de agua.

-¿Ves? –Byung era todo efusividad y transparencia.

El Cardenal Schmidt añadió con frialdad:

-Admitid, además que *wenn die Mäuse aus dem Haus sind, haben die Katzen Kirtag* –y se volvió hacia el Cardenal Byung para traducírselo -: Cuando el gato no está, los ratones bailan.

Henry admitió la poca acogida que había tenido su idea, así que dijo:

-No se hable más. Presentaremos una oposición unánime a esa petición.

-Pero estamos de acuerdo todos en los dos primeros puntos – dijo Karl-. Sin ir más allá del dogma, hemos llegado al máximo que se puede permitir. Los laicos han sido involucrados hasta el límite de lo posible en todas las tareas eclesiales. Pero ahora estamos de acuerdo en que hay que dar marcha atrás: los laicos no pueden

gobernar la Iglesia, por la sencilla razón de que ésa no fue la voluntad de Cristo. Así que... por más que no lo hayáis dicho... deberíamos hablar con el Santo padre para evitar que se nombre a un solo cardenal-laico más.

-Será fácil poner de acuerdo en esto a todos los cardenales-obispos –añadió el cardenal Byung.

-Lo que sí que resultará imposible será el convencer de esto a los mismos cardenales-laicos –dijo Henry-. Van a formar una oposición firme y cohesionada. Aunque parte de los cardenales-presbíteros y de los cardenales-diáconos sí que nos apoyarán –en esa época, había cardenales que, realmente, eran diáconos, presbíteros y obispos.

-¿Proponéis entonces que vayamos hablando con los más importantes cardenales-obispos, y que, cuando contemos con el apoyo de un número importante, pidamos audiencia con el Papa? –preguntó Henry.

-Sí, me parece bien.

-A mí también.

-Si logramos convencer al Santo Padre, cuando sus decisiones acaben saliendo a la luz pública, a todo el mundo esto le va a parecer una involución –se lamentó Henry.

-Mejor parecer retrógrados, que desviarnos de lo que Nuestro Señor quería –dijo el cardenal Schmidt-. En la vida de los clérigos

hay muchas tentaciones, y una de ellas es la de parecer moderno e innovador.

-Totalmente de acuerdo –dijo el Cardenal Schmidt-. El ejercicio del gobierno de una diócesis constituye una función unida a la sacralidad del sacerdocio. Se necesita para ello una persona consagrada, dedicada al 100% a las cosas de Dios.

-Si entendemos el gobierno como una mera función entregada ésta a cualquier buena persona –dijo el Cardenal Byung-, la distinción entre sacerdocio y laicidad quedará cada vez más diluida en las conciencias. Por el contrario, considero que nosotros debemos insistir más en nuestros documentos, en todo aquello que deje más claro la diferencia cualitativa entre ambos estados.

Los otros dos asintieron. El cardenal Williams concluyó:

-Pues debemos ponernos, cuanto antes, manos a la obra. Karl, que tu congregación prepare un extenso informe teológico, acerca de por qué hay que dar marcha atrás en el tema de los cardenales-laicos. Sólo para ser presentado al Papa. Yeon –le dijo al purpurado coreano-, tu congregación puede preparar un informe que sea una recopilación de abusos concretos que esta situación ha suscitado. Se lo presentaremos al Papa todo conjuntamente, cuanto antes.

-¿Cómo crees que reaccionará a nuestra petición? –preguntó Karl.

-El Papa a nuestra petición y a la de ochenta cardenales más, reaccionará como siempre: pedirá tiempo para pensarlo –dijo Byung-. Comenzará una ronda de consultas. Quizá no se logre nada concreto de momento. El que una nave tan grande comience a virar, requerirá tiempo. Al principio, da la sensación de que no pasa nada. Pero, poco a poco, si tenemos éxito, se irá haciendo más evidente que la embarcación vira.

-Prepararé un documento en mi congregación, donde se remarque la sacralidad del sacerdocio –dijo Karl-. Que a las distintas comunidades les quede claro que el sacerdote no es un mero representante de la comunidad, sino que se trata de una persona sagrada. Un elegido de Dios al que se le han conferido unos poderes.

-Pero deja pasar tiempo. Este mes no es el más adecuado para hablar –añadió Henry-. Pasado mañana son las consagraciones de los nuevos cardenales. Y al día siguiente, el Santo Padre marchará al Concilio. Dejémoslo para la vuelta. Al fin y al cabo, es sólo una semana.

-Sí, perfecto.

-Sí, sí, me parece bien.

Los cardenales cerraron en sus agendas algunos compromisos conjuntos y dieron por terminada aquella reunión. Se levantaron. Henry les propuso el comer juntos. Pero los otros dos tenían compromisos a hora temprana de la tarde. El Secretario de Estado dio un par de indicaciones a su subsecretario, y acompañó a

sus eminencias hasta el cortile, donde habían aparcado sus coches. Henry se retiró a comer a su apartamento, andando llegaba a él en tan solo cuatro minutos. Allí se prepararía un sándwich y lo comería, viendo las noticias en alguno de los seis idiomas que hablaba bien. Se sentó a la mesa a comer con una cierta sensación de que la reunión de hoy, no había sido una reunión más, de que algo se había puesto en marcha. Sin embargo, la maquinaria de aquella gran nave no era precisamente simple. Tenía la percepción de que se acercaba una etapa de agitación. La Iglesia era una estructura inmensa, en la que unos iban bajar las palancas de frenado con todas sus fuerzas, mientras otros iban a levantar decididamente las palancas de aceleración.

Por la tarde, el cardenal se fue a hacer un rato de oración a la Basílica de San Apolinar. No era muy grande, pero tenía la ventaja de que a esas horas de la tarde siempre estaba solitaria y silenciosa, pues la entrada principal de la calle estaba cerrada, y había que entrar a través del patio interno de una universidad. Allí meditó un rato el Evangelio. Una vez más, al leer el pasaje de la elección de los Apóstoles, sintió la confirmación interna de que el gobierno de la Iglesia había sido entregado por Cristo a los Doce, y no a una especie de comisión mixta entre los Apóstoles y el resto de los creyentes.

Esplendores

lateranenses



Dos días después

21 de febrero

Los dos gigantescos portones de la Basílica de San Juan de Letrán se cerraron. El Sumo Pontífice había ingresado en la nave central. Se necesitaban quince hombres empujando cada una de las dos puertas, para mover los cuatrocientos kilos de madera recubierta de bronce de cada una de ellas. Siete hombres empujaban sobre la hoja de la puerta desde fuera y otros siete jalaban cuatro sogas desde dentro. Al cerrarse las dos hojas, el golpe seco resonó en los ciento treinta metros de longitud de ese templo. Al cerrarse, el brillante chorro de luz que penetraba, se interrumpió de un modo abrupto, casi amenazador, quedando las cinco naves del interior en una penumbra, a la que los ojos del millar de personas que había dentro tuvieron que habituarse. Dentro sólo reinaba la luz natural, la luz

abundante de las tres de la tarde y la de las centenas de velas esparcidas por todo el espacio sacro.

Con sólo mil personas dentro, con el interior desprovisto de bancos o sillas, el templo parecía inmenso. Estaban allí reunidos no para celebrar una misa, ni ningún sacramento, sino para la consagración de doce nuevos cardenales. Las ceremonias de consagración de cardenales se celebraban ante poca gente y a puerta cerrada. Fuera, en la plaza y aledaños, ochenta mil personas contemplaban el ritual en las pantallas gigantes. El nuevo ritual de consagración de cardenales había provocado una asistencia tan masiva de fieles y clero que, desde hacía una veintena de años, para esta ceremonia se había optado por usar la entera basílica como si fuera un gran presbiterio al que sólo accedía parte del clero. Todos sabían que la consagración de cardenales sólo tenía lugar una vez cada tres o cuatro años, y eran muchos los que deseaban asistir. De forma que este criterio restrictivo para ingresar en la basílica, se hacía necesario.

Pocos de los presentes sabían que ese portón que se había cerrado, eran las antiguas puertas del Senado Romano traídas allí por Alejandro VII en el año 1660. La ceremonia pontificia daba comienzo. El Romano Pontífice, revestido con una riquísima capa pluvial, con la cruz-báculo en su mano y una mitra sobre la cabeza, esperó de pie, en la parte final de una hilera procesional de sólo veinte clérigos y acólitos. Los ochenta y cuatro cardenales que le

esperaban dentro de la basílica, se pusieron a ambos lados de él; agrupados, pero sin formar filas. Formaban un grupo impresionante, todos con sus hábitos de seda roja, con sus anchas capuchas echadas sobre sus cabezas. Hacia el interior de la basílica había más gente, pero desde allí y con la media luz en la que se habían quedado, no se les distinguía.

El Santo Padre inclinó la cabeza y un acólito le quitó la mitra. Con la cabeza cubierta sólo por su solideo, el Papa hizo la señal de la cruz y el saludo habitual de las ceremonias litúrgicas. La ceremonia era verdaderamente peculiar, pues comenzaba casi en la puerta de entrada, con el Papa rodeado de purpurados, precedidos por dos hileras de unos cuarenta clérigos en total, en el centro, situados tras la cruz procesional. El coro de canónigos entonó en latín el *yo confieso*. Acabada la brevísima petición de perdón, la procesión siguió su curso hacia el interior de la basílica, mientras el coro cantaba a cinco voces una sucesión ininterrumpida de *kyries*. Estaba dispuesto que la ceremonia comenzase pidiendo perdón por los pecados.

Los ojos de todos se desviaban hacia los catorce cardenales nombrados tres semanas antes, y que iban a ser consagrados. Entre ellos había dos que carecían de órdenes sagradas. Por lo cual ellos dos iban revestidos únicamente con alba y cíngulo. Los diáconos y los presbíteros llevaban una simple estola colocada según su grado de orden. Los obispos, que constituían la mayoría en aquel grupo de

ese año, llevaban una cruz pectoral sobre el alba y un solideo. Henry miró a los nuevos cardenales-laicos y pensó que siempre, en toda ocasión, tenía que haber algo que le amargara la ceremonia. Pero se cuidó muy mucho de manifestar gesto alguno que revelara sus pensamientos. Tan solo se limitó a echar una mirada al Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Éste mantuvo una cara totalmente inexpresiva, pero le devolvió la mirada. En esa mirada estaba dicho todo.

Al llegar el Papa cerca de donde comenzaban los escalones del presbiterio, se arrodilló sobre un gran reclinitorio dorado con dos almohadones de terciopelo rojo, uno para apoyarse y otro para las rodillas. Todos los presentes en la basílica también se arrodillaron. Entre los distintos grupos, quedaron algunos de pie que por su edad no podían arrodillarse. A veinte metros por detrás del Papa, se postraron en el suelo los catorce que iban a ser consagrados. Tumbados boca abajo, pusieron sus frentes sobre las manos y oraron.

El coro comenzó una larga letanía, la larga letanía de los santos, que incluía más nombres que los de las listas habituales, y que acababa con quince peticiones específicas para el cargo de cardenal, peticiones recitadas también éstas de un modo litánico. Todos pedían a los ángeles y a los santos que intercedieran ante Dios, para que los neocardenales recibieran en esta ceremonia gracias espirituales y ayuda de lo alto en el desempeño de sus

importantes funciones. La letanía, como todas las oraciones de la ceremonia, eran en latín. Henry también se había arrodillado, también había tratado de orar. Pero los dos cardenales-laicos constituían para él un motivo de distracción. Trataba de mirar a la antigua escena de la crucifixión representada en el baldaquino, que aparecía delante de él en lo alto del presbiterio.

Señor, ayúdame a aceptar las cosas tal como son, le pidió el Cardenal Williams al Cristo que aparecía en la cruz del baldaquino. Pero no era fácil para él. Al menos, el sonsonete regular de la melodía del chantre era como si adormeciera sus sentidos. *Tengo que centrarme en la ceremonia y abandonar mis propios pensamientos*, se dijo, comprendiendo que debía hacer un esfuerzo y unirse a las peticiones por los nuevos purpurados. La música de la letanía cambió, estaban llegando al final. Poco después sonó el *amén* que marcaba la culminación de toda esa parte del ritual.

Acabado este paso, el Papa se levantó con dificultad, ayudado. Todas las dificultades de movilidad de Clemente XV, no sólo no entorpecían la liturgia, sino que se consideraban ya casi como parte integrante de ella. Sus cansancios, sus esfuerzos, la parsimonia de sus movimientos, sus dolores, todo conformaba una especie de pasión física que se unía a los ritos. Se le acercaron tres diáconos que abrieron y sostuvieron una voluminosa y pesada Biblia delante de él, la besó. Eran necesarios los tres ministros para sostenerla abierta. Los diáconos se llevaron el libro a las gradas del

lado izquierdo de subida al presbiterio. Entonces, tres presbíteros que portaban, entre los tres, un gran crucifijo románico, se pusieron delante del Papa, éste lo besó. Los presbíteros se pusieron con el crucifijo en el lado derecho de las gradas que subían al presbiterio.

Un acólito le puso la mitra al Papa, le entregó su férula (la cruz-báculo papal) y éste comenzó a subir con lentitud hacia el altar, con suma lentitud. A la mitad de las escaleras, se cansó y entregó su férula a uno de los diáconos. Este pequeño descanso a mitad de las escaleras era ya esperado por todos los que conocían el estado de las fuerzas papales. Clemente XV no era precisamente un niño. Eran muchos peldaños para un anciano de su edad. Como ya estaba establecido, dos acólitos le sostenían de los brazos y otros dos le abrazaban discretamente por la espalda. Así subió las escaleras del presbiterio, como siempre. Era materialmente imposible que cayera, aunque diera un traspiés. El Papa Clemente no se avergonzaba lo más mínimo de mostrar públicamente su debilidad física. Las fases finales de los pontificados precedentes habían acostumbrado a todos, a que la patriarcal figura del Obispo de Roma no ocultase, de ninguna manera, su ocaso corporal.

Mientras tanto, los neocardenales en fila se dirigían al lado de la Sagrada Escritura, para besarla. El libro que sostenían los tres diáconos era de un arte exquisito. Un ejemplar de la Biblia escrito a mano con bellísimas iluminaciones. Las páginas eran tan grandes, que estaban recorridas por cinco columnas. Sus cubiertas de cuero

tenían metro y medio de altura. Se necesitaban dos diáconos para sujetarlo abierto, apoyándolo en un pequeño escabel. Mientras un tercer diácono, subido a un taburete de nogal, lo sujetaba en la parte superior. El primer neocardenal se aproximó a esa Palabra de Dios abierta y delante de ella, recitó de memoria un breve fragmento de la Escritura (el texto que él mismo había escogido y aprendido de memoria) y besó las páginas abiertas del libro sagrado.

Después, el neocardenal descendió y se dirigió al lado derecho del presbiterio. En lo alto de las gradas de ese lado, le aguardaban los tres presbíteros que sostenían el crucifijo, tan alto éste como una persona. La cruz era de caoba negra enmarcada por un grueso marco de oro. La figura central de marfil, rodeada de ágatas e inscripciones. La cruz era sujeta por tres presbíteros colocados como los diáconos del otro lado, que sostenían la Biblia: dos presbíteros sosteniendo los brazos de la cruz, y un tercero (subido a un taburete) sosteniendo la parte superior. El primer neocardenal subió las escaleras de ese lado del presbiterio, se aproximó a la cruz, y besó devotamente las cinco llagas del crucificado.

Uno a uno, todos los nuevos purpurados, en fila, pasaban primero a besar la Sagrada Escritura y después la cruz. A mitad de camino entre ambos objetos sagrados, los neocardenasles descendían los pocos peldaños de la *confessio* que había en el centro, ante el altar principal. Allí había tres cartujos. El neocardenal besaba la

reliquia de un mártir que le mostraba el primero de ellos, era aspergido por el cartujo del centro, mientras éste le decía: *Conviértete y cree en el Evangelio*. Finalmente, besaba un segundo espléndido relicario de otro mártir que sostenía el tercer cartujo. Acabado este último rito, como recuerdo de la necesidad de la purificación y de la intercesión, el neocardenal subía de nuevo a la nave central y se dirigía a besar el crucifijo.

Los catorce iban pasando, con intervalo entre ellos, por estos actos de veneración. En la parte de atrás del altar, Clemente XV aguardaba sentado, hierático. Como siempre sin sonreír, típico de él, embargado por la sacralidad del momento. El Santo Padre estaba sentado junto al altar, pero abajo, donde comenzaban las gradas.

El primer neocardenal, tras venerar la Biblia y la cruz, llegó a ese punto del presbiterio donde le aguardaba el Papa. El neocardenal hizo una inclinación de cabeza, y él mismo se abrió la parte superior de su alba. Las albas de los que iban a ser consagrados cardenales, hasta la mitad del pecho, se hallaban cerradas por tres pequeñas cintas de seda.

Una vez abierta esa parte del alba, el primer nuevo cardenal se arrodilló ante el Papa, sobre una riquísimo cojín dorado. El Papa hizo con lentitud la señal de la cruz sobre su cabeza. Después, un acólito le trajo una especie de copa gótica cubierta de filigranas. La copa abrazaba en su interior tres recipientes de cristal con los santos óleos.

Éste introdujo un puntero de plata en el óleo de los catecúmenos y, sin romper aquel impresionante silencio, le ungió el pecho con toda lentitud haciéndole la señal de la cruz. Se hacía eso en recuerdo de su bautismo, buscando volver a encender la gracia bautismal. Después el Papa introdujo otro puntero en el óleo de los enfermos, y le ungió en cuatro puntos de la cabeza, simbolizando que sus oídos, ojos y labios requerían de la medicina de la purificación. Así como la frente que simbolizaba sus pensamientos. Por último, el Papa introdujo un tercer puntero en el santo crisma y ungió la coronilla del purpurado. Todas las unciones se habían realizado en silencio.

La ceremonia de consagración de los cardenales se inspiraba, en parte, en los rituales de coronación de los reyes. Desde el Vaticano II hasta el Vaticano III, esta ceremonia se había simplificado al máximo. Pero Aniceto II había recordado con energía que un príncipe de la Iglesia era más importante que un rey, y que, por tanto, quería una ceremonia que expresase de modo máximo esa sacralidad.

En ningún momento de la ceremonia al neocardenal se le imponían las manos sobre la cabeza, para dejar claro que aquello no era una ordenación. Pero sí que se le ungió profusamente, para pedir a Dios la efusión de su gracia para ejercer bien las funciones de ese puesto en la jerarquía de la Iglesia. Acabadas las unciones sobre el neocardenal, éste extendió las manos hacia delante, y el Papa dijo en

latín: *Que el buen olor de Cristo esté en tus manos siempre*. Tras lo cual derramó sobre las manos del purpurado unas gotas de perfume de nardo. El purpurado se puso en pie. El Papa con un pesado hisopo derramó perfume de lirios sobre los pies calzados del cardenal.

Tres acólitos trajeron las vestiduras e insignias cardenalicias del primer cardenal. Uno portaba, plegado, el hábito del purpurado. El segundo diácono, sobre una bandeja cubierta de tela, portaba dos estuches: uno con el anillo y el otro con la cruz pectoral. El tercero, el capelo, el impresionante sombrero de los cardenales: de estilo medieval, amplio, con cinco filas de borlas.

El neocardenal, hasta ese momento había ido revestido de un alba. Entonces llegó el momento de revestirle con sus prendas cardenalicias. El neocardenal, de pie, dejó que los acólitos le pusieran sobre la cabeza el hábito rojo propio de los purpurados. Una vez que la cabeza entró por el cuello, el hábito holgado, como una especie de cogulla monástica, se extendió cubriendo al cardenal con su seda de un intenso color rojo. Entonces, el Papa extendió las manos hacia los lados. Dos asistentes le pusieron dos quirotecas, unos guantes ceremoniales blancos. El neocardenal dio tres pasos hacia delante y se volvió a arrodillar ante el Papa. Éste le colocó sobre el cuello la cruz pectoral, leyendo una fórmula del ritual. Después le colocó el anillo, leyendo la segunda fórmula. Por último, le puso sobre la cabeza el galero recitando la tercera y última fórmula. Le puso el galero no con menor solemnidad con que le

hubiera colocado la corona a un rey. Por último, el Sumo Pontífice le entregó el cilindro donde se contenía el pergamino sellado con el título basilical que se le confería.

El primer cardenal había sido consagrado, revestido y se le habían entregado los atributos de su dignidad. El consagrado hizo una inclinación ante el Sumo Pontífice y se retiró. El segundo neocardenal se aproximó al Sumo Pontífice. Los ritos, uno a uno, se repitieron sobre él como con el primero, con toda calma, con toda solemnidad. Así, hasta acabar de consagrar y revestir a los doce.

El Cardenal Williams pensó lo pesada que se hacía esta ceremonia, para un anciano como el Papa. Pero ser Obispo de Roma, conllevaba este tipo de trabajos. Otros trabajadores tenían que poner ladrillos o acarrear sacos, él Sumo Pontífice tenía que entregar todos los atributos, uno a uno, a cada purpurado. Por otra parte, estas ceremonias estaban siendo visionadas por decenas de miles de personas fuera de la basílica. Y por millones de fieles en el mundo a través de la televisión e Internet. *Sí, la ceremonia debe ser realizada con toda minuciosidad*, se dijo.

El Santo padre estaba junto al altar, con cuatro asistentes a sus lados y a sus espaldas. A ambos flancos del altar, en dos grupos, estaban los ochenta y cuatro cardenales presentes. De frente a la escena, estaban los clérigos que representaban al clero de Roma y los que representaban al clero del orbe. Todos ellos habían ido subiendo paulatinamente por las gradas de las naves laterales, para

ver la consagración del primer cardenal.. Era lógico que el clero subiera, pues ellos eran testigos de la ceremonia.

Los cardenales iban siendo consagrados. El Papa se iba mostrando más cansado. Estaba previsto que si un Papa muy anciano no se sintiese con fuerzas para realizar toda esta meticulosa ceremonia, podía ser flanqueado por dos cardenales sedentes. Los cuales podían realizar las unciones y la entrega de los atributos. En esos casos, que a veces se habían dado en final de algunos pontificados, bastaba que el Obispo de Roma se quedase en el centro, en silencio, sentado, contemplando las unciones y el revestimiento. Henry se admiró de la energía que mantenía Clemente XV. La capacidad de los clérigos para resistir largas ceremonias, era sencillamente admirable. Además, pocos hombres tan ancianos podrían resistir el peso de tantas vestimentas ceremoniales, sin sentirse oprimidos. Pero reconocía que, dentro de unos años, la voluntad férrea del Pontífice no bastaría y ya no tendría fuerzas.

Henry no pudo evitar volverse y mirar hacia un lugar concreto de una nave lateral. Allí, los presidentes de Polonia, Checoslovaquia, Ecuador y Costa de Marfil seguían la ceremonia sin perderse ningún detalle. Comprendiendo poco, pero admirados por

la belleza estética de aquel acto sagrado. Alrededor de los cuatro jefes de estado, había veinte ministros de distintos países, y los casi doscientos embajadores que formaban el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede.

Henry pensó que aunque esos cuatro jefes de estado no comprendieran todos los signos y símbolos, recordarían esta ceremonia durante toda la vida. Y en las próximas semanas, la contarían una y otra vez a sus amigos y ministros de su gobierno. Aquel grupo de diplomáticos representaba a muchos seres humanos. Cada uno de ellos, tenía detrás a millones. Aunque alguno de los allí presentes no fuera católico, ya no vería a la Iglesia de mismo modo después de aquella experiencia.

Henry después miró al grupo de laicos que representaban al pueblo de Roma y a los fieles del mundo. ¡Cada año había tantas presiones para ser incluidos en esa lista! La gente influyente movía los hilos de sus influencias y amistades para estar justamente allí, y poderlo ver todo dentro de la basílica. Sin embargo, la lista de los cuatro centenares de escogidos era confeccionada con unos criterios fijos. Criterios bastante complicados, porque esos cuatrocientos laicos convenía que representaran un abanico amplio de realidades sociales y eclesiales.

Cerca del grupo de autoridades civiles, había otro grupo compuesto por un tres arzobispos anglicanos, un presbiteriano, dos pastores luteranos, dos patriarcas ortodoxos y uno copto. Todos

vestidos con sus vestiduras propias. A unos pasos de distancia, había ocho rabinos, tres musulmanes con sus turbantes y dos monjes budistas. Por lo que vio Henry, en esta ceremonia, eran nueve los cristianos no católicos y seis los representantes de confesiones no cristianas. Ellos habían sido meticulosamente elegidos entre muchos, y eran conscientes de que incluso importantes arzobispos católicos hubieran querido estar ahí y no se les había concedido.

La mirada del cardenal Williams se distrajo examinando a los representantes del clero romano. Los noventa y cuatro clérigos de la Urbe, iban todos con el mismo tipo de estolas, capas pluviales y mitras. Mientras que los ciento dieciocho representantes del clero del orbe, eran un bosque de mitras de diversa altura, y ornamentos de distintos materiales y corte. Una expresión de la diversidad.

Entre los presbíteros de la diócesis de Roma, distinguió algunas caras familiares. Incluso reconoció entre todos los rostros el de un viejo compañero suyo de estudios en Roma. Tampoco estaba seguro si era él. Las caras cambian mucho con el tiempo. Henry observaba mucho mejor los detalles de las caras de los colegas purpurados que estaban cerca del altar. Estaba claro que ningún cardenal anciano, por friolero que fuese, pasaba frío bajo todas aquellas capas de ropa. Aun así, un par de octogenarios se arrebujaron en sus propias ropas. Ellos y otros cinco habían hecho un gesto para que les acercaran una silla. Y sentados veían la ceremonia. Henry sentado al achacoso Dormuz que ya llevaba

bastón. Más allá, detrás, el arzobispo Fernández Trujillo. Siempre aspiró al pontificado. Siempre lo deseó. *Él no lo sabe, pero no tiene posibilidades* –pensó Henry-. *Aunque, creo, que lo va intuyendo. Los años pasan. Además, es un hombre ambicioso. La ambición todos la notan, por más que se trate de ocultar. Y a nadie le gusta promover a un ambicioso.*

El Obispo de Roma seguía ungiendo cuidadosamente a otro purpurado. Mientras, el Secretario de Estado paseó la vista por toda la basílica de un extremo a otro: estaba preciosa. Con luz natural, la única luz artificial era la de las velas. Ocho candelabros de doce brazos en la nave central. Muchas velas alrededor del altar. Otro nutrido grupo de velas en el ábside. Las alternancias de sombras y luz a lo largo del templo. La luz dorada de los candelabros... era como si el Tiempo se hubiera detenido en el interior de este templo. No sólo se había detenido, sino que toda aquella escena parecía hacerle retroceder en el tiempo a Henry. Parecía una escena medieval, como la coronación de un rey francés. Henry estaba seguro de que aquello era más grandioso que la consagración de Carlos VII en la catedral de Reims ante Juana de Arco. Aquella ceremonia era más magnificente... en pleno siglo XXI.

Sí, Henry tenía la sensación de que era como si aquella basílica fuera un recipiente de cristal que contuviese tiempo detenido. Un microcosmos de tiempo estático. Parecía haberse congelado el tiempo. Como si esa ritualidad y esos espacios

basilicales, estuvieran por encima de los siglos. Y, sin embargo, en esos momentos, una base espacial recorría la estratosfera. Millones de terabytes recorrían en ese segundo las arterías de Internet. Mientras Clemente XV colocaba el anillo de oro en el dedo anular de un cardenal chino, Henry recordaba que la China milenaria era la incuestionada primera potencia tecnológica del mundo. De los doce nuevos purpurados, tres eran chinos.

Las dos facetas formaban parte de la Iglesia: el tiempo congelado y la presencia en el fluir del tiempo. Sí, también ellos, los que estaban allí, ese clero, ese colegio cardenalicio, era parte del siglo XXI. También ellos forjaban ese siglo XXI, haciendo lo que estaban realizando en ese momento. Henry sabía que la consagración de cardenales, a través de Internet, se estimaba que estaba siendo vista por unos cuarenta millones de personas. La ceremonia era tan atractiva, tan misteriosa para muchos, que más de un 20% de los que veían la ceremonia en sus casas no eran creyentes. Pero incluso para ellos, unos ritos de aspecto tan medieval ejercían una poderosa fuerza de atracción. Aunque los ministros de la consagración no fueran conscientes de ello, quizá hasta los tripulantes de la estación orbital estuvieran viendo esa ceremonia en el espacio.

Hubo tiempos en que todos los cardenales eran de la ciudad de Roma. Ahora había dos cardenales árabes. Y sobre todo, la lejana China estaba allí presente. La Iglesia Católica también era parte de

la poderosa China, y China parte de la Iglesia Católica. El Imperio Celeste de los mandarines era ya parte de ese reino espiritual cuyos hilos invisibles se ramificaban desde el hombre anciano que colocaba los galeros sobre las cabezas de los neocardenales, hasta las lejanas regiones de Quinghai o Shaanxi. Los actos misteriosos que realizaban allí entre esos muros, tendrían repercusión entre la gente que trabajaba en la arquitectura informática de los computadores de última generación, entre los que habitaban las llanuras del centro de África y recorrían en canoa las selvas, o los técnicos que reparaban ascensores en las alturas de los rascacielos, o cocinaban unas patatas en las favelas de Brasil o en las barriadas de tantas ciudades de la India. Ellos, los cardenales, forjaban el futuro con actos litúrgicos como ése.

Henry se había despistado un poco mirando primero a la delegación china, y después a algunas nacionalidades poco comunes. Entre los presentes, conocía de forma personal a dos obispos rusos, a un cura de galilea y a otro de Arabia Saudí. La delegación de iranés ese año era nutrida. Teherán estaba interesada en dar impresión de ser una nación que abandonaba caminos extremistas. Se había despistado. *Me he despistado*, pensó Henry volviendo su vista hacia el altar. En ese momento, un asistente le retiró la mitra al Papa, y otro le colocó la tiara. Henry pensó lo bonita que era la tiara moderna, de aire decididamente medieval, que llevaba el Pontífice.

Pequeña, no muy alta, no dotada de formas elípticas, sino cónica, con tres coronas muy simples. En las tres coronas había grandes pedruscos de cristal tallado que parecían diamantes. Aunque en el resto de la tiara sí que había noventa y nueve diminutos brillantes. Y estos sí que eran auténticos. Toda esta pedrería dotaba a la tiara bañada en oro blanco, de una luminosidad especial, casi angélica.

Entonces, procesionalmente, los acólitos, los doce nuevos purpurados y el Papa se dirigieron hacia el ábside del templo. Era interesante observar que aquella liturgia entera comenzaba en la puerta de la basílica, proseguía en el comienzo del presbiterio, continuaba junto al altar, y era acabada en el ábside. Se trataba de una liturgia procesional. Si en el camino hacia el altar, se habían cantado los kyries. Ahora, de camino hacia el ábside, se cantaba el *Gloria in excelsis Deo*.

Al llegar el Papa a unos ocho pasos delante de su sede, se detuvo. Mientras, el Colegio Cardenalicio iba ocupando sus escaños en el coro, en la triple bancada de los dos lados del ábside. Los neocardenaes, los únicos con capelo en la cabeza, se quedaron detrás del Papa. Más atrás, el resto de representantes del clero de la Urbe. Dos acólitos le trajeron al Papa un incensario y dos navetas. De ellas, con un hondo cucharón puso abundante incienso traído de Oriente Medio, y un poco de mirra. El incensario de oro estaba finísimamente trabajado. El incienso había sido puesto con prodigalidad sobre el incensario lleno de carbones, de forma que

salía el humo con profusión. Desde abajo, el Papa incensó hacia el rostro de Jesucristo que coronaba el mosaico del ábside. Jesús de Nazaret, el hijo del carpintero, rodeado de ángeles, miraba esa escena romana. Un rostro santo situado encima de una cruz de la que se representaba que brotaban corrientes de agua de la que bebían dos ciervos. La Virgen María y otros santos encuadraban la escena. El Sumo Pontífice incensó nueve veces a Aquél que era la razón de todas aquellas ceremonias y ritos. Después devolvió el incensario al acólito que lo dejó en el suelo junto la base del Cirio Pascual, en el centro del ábside.

Todos habían cantado durante la incensación. Las últimas estrofas habían acabado cuando el Papa había llegado ya a su asiento. Una vez que el himno cesó. Se rezó de forma simple, pero lenta, la brevísima oración del *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*. Tras el *Gloria Patri*, Clemente XV subió los escalones hasta su sede. Él y los cardenales se sentaron en los escaños del coro absidial. Todos los ritos que se hacían en esa parte del templo, eran sólo y únicamente de acción de gracias y glorificación a Dios.

El Papa, sentado, coronado con la tiara, comenzó a recibir el símbolo de acatamiento en forma de ósculo a su anillo. Cuando el último neocardenal besó el Anillo del Pescador, el Papa se puso en pie para hacer la tercera y última oración, la solemne oración conclusiva. Si la primera oración de toda esta ceremonia de consagración se decía tras el *Yo confieso* y los *kyries*, en la nave

central, y era una invocación al Espíritu Santo. La segunda oración, era dirigida al Hijo, y se hacía junto al altar, tras concluir las consagraciones. La tercera oración dirigida al Padre, se realizaba en la sede y vuelto hacia el pueblo congregado en la basílica. Cada una de esas oraciones, culminaba una de las tres partes de la ceremonia. La primera parte era de invocación, la segunda de consagración, la tercera de glorificación. La ceremonia era impresionante y los doce nuevos purpurados estaban muy emocionados. Tras la última oración, el Papa daba la bendición a todos los allí congregados. En la silla gestatoria era llevado hacia la sacristía. La ceremonia había terminado.

Los nuevos cardenales se dirigieron hacia la entrada de la basílica. Por segunda vez ese día, los portones del templo se abrieron. De nuevo la luz entró a raudales. Nada más comenzarse a entreabrir esas dos hojas, se oyó el clamor de las más de ochenta mil personas congregadas en la plaza. Clamor que se convirtió en fragor en cuanto el final de la procesión salió, y los nuevos cardenales aparecieron ante la multitud. En ese momento, se hacía el silencio y siempre el más anciano de los cardenales bendecía a los que en la plaza habían visto la ceremonia a través de las pantallas de televisión colocadas en el exterior. A esas alturas del siglo XXI, en un mundo tecnológico, en una sociedad cada vez más secularizada, ese ritual de consagración de purpurados constituía un verdadero evento planetario. Los enemigos de la Iglesia siempre decían que aquel acto

era una mera acción de marketing eclesiástico. Pero a la hora de ver las noticias del día, ni ellos se perdían un resumen de la consagración. Como comentó el Secretario General del Partido Comunista de Francia ese día a un reportero: *Hay cosas que las hace la Iglesia, o si no quién las va a hacer*. Un deje de resignada envidia latía en estas palabras.

Una hora después



Una gran sala donde los cardenales disfrutaban del banquete oficial con el Papa en la presidencia. Una mesa alargada con cuarenta comensales llenaba la sala. El edificio del Palacio Lateranense, contiguo a la basílica, era antiguo y en ninguna sala cabían todos los cardenales. Los cuales estaban repartidos en tres estancias de altos techos decorados con frescos. Como el Cardenal Williams departía con el Papa con frecuencia, él y varios importantes purpurados amablemente habían cedido sus puestos de precedencia a cardenales que venían de lugares lejanos y que tenían un trato menos asiduo con el Pontífice. Una conversación con el Jefe de la Casa Pontificia había arreglado todos estos asuntos protocolarios, y habían acordado almorzar en una de las dos salas menores, donde no estaría Clemente XV.

El Secretario de Estado se sentaba al lado de un cardenal japonés. Henry sabía que, antes de un mes, tendría que desplazarse a China, y quizá también a Japón. Pero los asuntos que iba a tratar en esos países no concernían a ese cardenal, de momento. Así que, sin ningún esfuerzo, conversó con él de otros muchos temas, pero de

nada acerca de los asuntos de su Secretaría de Estado. Henry poseía un admirable dominio, para no cometer ni el más leve desliz, respecto a aquellos asuntos de los que no convenía hablar.

Con profesionalidad, los camareros ya estaban retirando el primer plato de alcachofas al horno con pesto. Por el otro extremo de la mesa, ya estaban colocando las tarrinas de bacalao y salmón horneado. Las alcachofas estaban rellenas con bresaola, y la tarrina venía con un delicioso acompañamiento de camembert fundido al vino blanco con alcaparras. Pero aquel menú no pecaba de ningún exceso. El Pontificio Departamento de Asuntos Económicos ya se había encargado de recordar de que, de ningún modo, costase más que un banquete normal de boda.

Todo estaba impecable, pero sin lujos. Dos platos, un postre y allí se acababa todo. El único extra era el café y unos bombones en el centro de cada mesa. De todas maneras, por más que los encargados de protocolo se hubieran esforzado en exiliar toda suntuosidad, los cardenales con sus vestiduras de seda roja conferían una nota de extraordinaria magnificencia al comedor. Una escena como ésa era el sueño de cualquier fotógrafo: lámparas ampulosas colgando de techos decorados con frescos, vestimentas de seda roja alrededor de la larga mesa cubierta por mantelería blanca, cubertería reluciente, eclesiásticos ancianos conversando. Esa escena, desde cualquier ángulo, constituía una especie de paraíso visual para el ojo

de cualquier experimentado fotógrafo, que quisiese hacer arte de su profesión.

-Lo más admirable de la ceremonia, es que todo el ritual de consagración de cardenales siempre dura menos de dos horas – comentó un cardenal de Uganda.

Todos asintieron.

-Sí, la organización es perfecta, ciertamente.

-¿Por qué el ritual siempre se lleva a cabo el primer domingo de febrero?

-Se escogió, hace años, el mes de febrero, porque es un mes especialmente cómodo, en cuanto a la temperatura, para ponerse encima todas las vestiduras. Además, en esas fechas ya ha acabado el tiempo de navidad y no ha empezado el de cuaresma.

-Aunque el Papa tiene plena libertad para decidir las fechas, existe una tradición cada vez más consolidada de esta ceremonia se realice el primer domingo de febrero cada tres años –añadió otro anciano cardenal de aspecto venerable.

-Cardenal Williams.

Había sido un cardenal ruso desde un puesto un poco más alejado el que le había llamado.

-¿Sí?

-Usted que es un gran canonista...

Y tras ese cumplido, el prelado ruso le hizo una pregunta que conllevaba en su seno varias preguntas. Henry le contestó con toda

calma, mientras los camareros servían roast beef acompañado de patatas ralladas a los dos o tres cardenales de la mesa que pidieron carne en vez de pescado.

Henry, al final de su contestación al cardenal ruso, recalcó varias ideas:

-Un cardenal es tan cardenal tanto antes como después de la consagración. La consagración tiene efectos espirituales, pero jurídicamente hablando no añade nada. Si un cardenal se pusiera enfermo y no pudiera asistir a la ceremonia, vestiría de cardenal desde el día siguiente a la ceremonia a la que no asistió, ésa es la norma. Y vestiría como tal, pues lo es. Es cardenal, a todos los efectos, desde el momento que le nombra el Papa.

-Si se pone enfermo y no puede viajar a Roma, ¿se quedaría sin recibir la consagración?

-Según la normativa vigente, recibiría la consagración cardenalicia en la siguiente ceremonia, tres años después. Pero, insisto, un cardenal es cardenal desde el momento del nombramiento por parte del Papa. La ceremonia se hace para pedir gracias espirituales sobre el sujeto que va a realizar esa función.

-¿Desde el momento del nombramiento? ¿No es desde el momento en que se hace pública la bula papal?

-No. Uno es cardenal con todos sus derechos desde el nombramiento papal. Incluso aunque ése todavía no se hubiera hecho público.

-Mucho se ha hablado de que este ceremonial es fruto de la desmesura de los eruditos que lo crearon –dijo con retintín un cardenal angoleño Kahlil de ideas liberales-. ¿Cuál es su opinión?

-Mi opinión no importa mucho.

-¿Cómo no nos va a importar la opinión de alguien tan cercano a Su Santidad? –aquel purpurado angoleño seguía haciendo uso de la ironía. El Cardenal Williams sonrió cortésmente. La opinión de Henry era que ese sujeto era tonto del todo, pero nada de esto traslució a su rostro.

Henry bebió un poco de agua de su copa y se echó un poco hacia delante, para ver mejor al purpurado de Angola, que estaba a su derecha, con un cardenal en medio.

-Pues mire, eminencia, toda esta ceremonia fue fruto, como bien sabe de Aniceto II. Aniceto le preguntó un día a Oliveira, el entonces Prefecto de la Congregación de Sacramentos: *¿Cómo puede ser que la bendición de una campana sea más interesante que la insulsa entrega de las birretas cardenalicias?* Oliveira balbució alguna cosa. Sin mucha convicción. Entonces Inocencio XII con energía le ordenó: *Constituya a un equipo con los mejores historiadores de la liturgia que haya en el mundo. Quiero una ceremonia solemne. La más solemne que pueda ser.* Es más, varias veces les echó atrás los primeros esquemas de la ceremonia. *¡Todavía insuficiente!*, les repetía con su estilo lacónico y lleno de vehemencia. Ustedes, eminencias, conocían muy bien cómo era el

carácter de Aniceto. Al final, los liturgistas le dieron lo que quería. Y ya se sabe, una vez que se crea una cosa así, después es muy difícil dar marcha atrás. Añadir es fácil, quitar no.

-Ya, pero no nos ha dado su opinión. Su opinión personal.

El cardenal angoleño era conocido por ser como un bulldog. Cuando cerraba sus mandíbulas sobre un brazo o una pierna, no las abría hasta no le respondían.

-¿Mi opinión personal?

-Sí.

-Pues creo que el cardenal que se prepara con oración para esta consagración, recibe gracias espirituales en su alma, indudablemente. De eso no tengo la menor duda.

Un cardenal chileno, un antiguo benedictino, añadió bondadosamente:

-Además, por cada cardenal que se consagra, hay un monasterio que reza por él una semana antes, para que en esta ceremonia se produzca una verdadera efusión de gracia en su espíritu. Se adjudica una comunidad monástica a cada cardenal. Así que, en definitiva, me parece una ceremonia muy bonita.

-Sí –intervino otro cardenal anciano-, he oído como muchos de nuestros hermanos cardenales, han sentido esa gracia.

Henry no dijo nada. Él era de los que no habían sentido nada. Claro que Henry era considerado dentro del colegio cardenalicio como un hombre práctico. Otros tenían fama de espirituales, él la

tenía de hombre de acción. Pero sí, también él había escuchado el tremendo efecto que había producido en algunos de sus camaradas. Después de escuchar un par de opiniones más, Henry dijo:

-Lo que sí que resulta indudable, es que a la gente le gusta. Supone una verdadera predicación a través de imágenes, una catequesis a través de la liturgia. Y la celebración de la santa misa siempre será algo más noble. Por eso aquellos eruditos especialistas en liturgia le aconsejaron a Inocencio XII, que la Eucaristía no fuera mezclada en estos ritos. ¿No es así, cardenal Gebruer?

-Efectivamente, efectivamente, eso tuvo un propósito – intervino el cardenal belga que era un especialista en textos asirios, así como uno de los que más sabían en el mundo acerca de la liturgia medieval occidental-. Se pretendió que la misma ceremonia transmitiera el mensaje de que el Misterio que se celebra sobre el altar está muy por encima de la bendición de personas, por mucha solemnidad con que se haga esto. Y para que no hubiera posibilidad de confusión, ni siquiera se mezclaron ambas realidades. Una bendición siempre estará muy detrás de la transustanciación. El Misterio de la Cruz está por encima de la unción del profeta Elías o del sacerdote Aarón. La única referencia lejana a la Eucaristía que hay en la ceremonia es que el Pontífice al llegar al altar, antes de las unciones, lo besa. Pero después baja esas tres o cuatro gradas del altar, y su asiento se coloca de modo que el altar lo tenga a su izquierda, para que así el Pontífice esté mirando hacia el sagrario

(situado en el lado izquierdo del crucero) mientras realiza las unciones.

-Nunca he dudado que todo ese ritual tenga mucha teología detrás –observó el cardenal angoleño.

-Absolutamente todo en ese ritual tiene su razón de ser –añadió el especialista en textos asirios.

-Aunque yo soy amante de la simplicidad –comentó el cardenal angoleño, que tras esas palabras largó una extensa perorata acerca de que los ritos cuanto más sencillos mejor, y que si los pobres, y que si Jesús viniera y viera eso, y tal.

-¿A cuántos pobres se podría ayudar quitando un rito o dos? –le preguntó sarcástico el cardenal Gebruer.

Al final, Henry, un poco cansado de los comentarios de su eminencia Kahlil, se volvió hacia el cardenal belga y encogiéndose de hombros comentó :

-*Über Geschmack lässt sich nicht straiten* (sobre gustos no hay nada escrito).

El angoleño, más lejos en la mesa, hablando hacia el lado opuesto a Henry, seguía con perorata acerca de que el oro era un escándalo, y que debía ser desterrado de la liturgia.

Henry, de nuevo mirando de reojo al alemán, volvió a comentar por lo bajo con cierta causticidad:

-*Es ist nicht alles Gold, was glänzt* (no es oro todo lo que reluce).

Su eminencia Kahlil se sentía inspirado y seguía dando una clase extemporánea de liturgia y pobreza. Sin que lo oyera el angoleño, el cardenal Gebroer contestó por lo bajo a Henry.

-*Quousque tandem, Catilina, abutere patientia nostra?* (¿Hasta cuándo, Catilina, vas a estar abusando de nuestra paciencia?).

Cuando su eminencia Kahlil pareció acabar, el belga hizo un gesto de indiferencia y se limitó a sentenciar:

-*Quot capita tot sensus*, (tantas cabezas, tantos pareceres).

El cardenal Williams, conocedor de la vida y milagros del cardenal angoleño por los oficios de su Secretaría, y viendo que él no detenía su perorata sobre los temas rituales en los que él era tan claramente insuficiente, le dijo entre dientes al cardenal belga:

-*Quo vadis?, cardinale Kahlil,, quo vadis?* (¿Adónde vas, cardenal de Mella, adónde vas?).

El belga, siempre tan prudente, esta vez estaba que no podía aguantarse la risa. De forma que no pudo evitar inclinarse hacia Henry y musitarle:

-Cuando él fallezca, exclamará: *qualis artifex pereo!*, (¿qué gran artista muere conmigo!).

Éstas, según Suetonio, habían sido las últimas palabras de Nerón al darse muerte a sí mismo. Indicando con ello la pérdida tan notable que sufriría el mundo con su pérdida. Ambos cardenales

estaban suficientemente alejados del protagonista y de los que le escuchaban, como para poder hacer esas bromas. El latín, además, les amparaba. El resto de los comensales cercanos sabían el de la Vulgata y poco más.

Henry soltó una carcajada que pasó inadvertida. Los más próximos en la mesa, inmersos en sus propias conversaciones, no captaron los sarcamos de sus dos colegas.

-Quod natura non dat, Gregoriana non praestat (lo que no da la naturaleza, no lo otorga la Gregoriana).

Efectivamente, si la naturaleza no daba la inteligencia, la Universidad Gregoriana no la otorgaba. El comentario le hizo tanta gracia a su interlocutor que dejó la servilleta sobre el mantel y se tapó los ojos en medio de las risas. El prudente Cardenal Secretario de Estado decidió no hacer más comentarios sobre su eminencia Kahlih. Se percató de que era peligroso. No importa el idioma que uses, no importa lo bajo que hables, es indiferente lo lejos que esté sentado el sujeto. Cuando haces bromas acerca de un individuo, existe un sexto sentido que hace que alguien se huelga de qué va la cosa. Y si alguien lo descubre, lo sospecha o lo imagina, siempre acaba llegando a los oídos de la víctima. Que de víctima, pasa a enemigo. La relación entre Henry y Kahlil ya estaba bastante deteriorada desde hacía años, por cuestiones de la Secretaría de Estado. No convenía añadir más leña al fuego.

Así que se alegró cuando el cardenal de Kigundi, se dirigió con una pregunta al erudito belga. Una pregunta que hizo cambiar de tercio la conversación:

-¿Y si no es un cardenal? ¿Y si un año es el mismo Papa el que se pone enfermo justo el día de antes, o esa misma mañana?

-Ya se ha dicho antes, basta con que él esté presente. Podría decir la oración solemne del principio y la del final. Dos cardenales, a sus lados, harían las unciones y la entrega de los atributos.

-¿Pero y si ni siquiera se siente con fuerzas para desplazarse a San Juan de Letrán?

-Si un año se pone enfermo, ésta es la única ceremonia que expresamente se indica que no puede ser delegada. Se suspendería. Ahora bien. Si el Papa es muy anciano y simplemente se siente débil, o tiene gripe, pero decide seguir adelante, durante toda la ceremonia puede ser llevado en silla gestatoria, no tendría que dar ni un paso. Con capa pluvial, con un camauro en la cabeza que le cubra incluso las orejas, con guantes... Puede hacer el frío que sea, él iría completamente protegido del frío.

-De hecho –dijo otro cardenal-, ni siquiera necesitaría decir una sola oración. Durante la ceremonia, bastaría, por ejemplo, con que él diera la bendición a cada neocardenal antes de las unciones. Una mera señal de la cruz.

-Ya, ¿pero si el Papa no puede salir de su lecho?

-Si ni siquiera puede salir de la cama, la ceremonia se suspendería.

-¿Por qué?

-Está estipulado que sea así, para que quede claro que sólo el Santo Padre crea cardenales. Él, al menos, tiene que estar presente y hacer la señal de la cruz sobre cada uno de ellos. Al menos, eso. Si no, se suspende. La ceremonia es indelegable.

-Interesante. Todo está pensado de antemano y codificado.

-Sí, todo está en las rúbricas y en el proemio del ritual de consagración de cardenales.

-Está previsto en el ritual –añadió otro cardenal que era un gran canonista-, que la ceremonia de consagración también pueda ser realizada en las estancias papales, y aun en su dormitorio, si así lo dispone él. Podría hacer la señal de la cruz sobre las cabezas desde su lecho. Y como bien ha dicho su eminencia Richard, otros tres purpurados se encargarían de las unciones. Todo se reduciría a la bendición y las unciones. El rito esencial se podría efectuar, incluso, en un minuto o dos.

-El nombramiento de cardenales sigue sin cubrir el número de fallecimientos –intervino, de nuevo, el cardenal angoleño-. ¿Sigue sin cambios la intención papal de que el colegio se reduzca a unos setenta purpurados?

-Sí, esa decisión sigue sin cambios –contestó Henry-. Un colegio más reducido permite que todos se conozcan mejor. Piensa

que los cardenales tienen que conocerse, que formar un cuerpo más compacto. Él insiste en que el número de setenta purpurados sería muy adecuado.

-A mí me dijo el Santo Padre que si algún año, en un futuro lejano, el colegio lo llegaran a componer cuarenta miembros, no pasaría nada.

-¿Y los cismáticos? ¿Cómo va el tema de los cismáticos?

-Retroceden. Como mucho, mantienen sus posiciones en algunas diócesis pequeñas. Es lo siempre, las ramas que se separan del Sucesor de Pedro, permanecen verdes un tiempo. Después se secan. Qué pena. Todo este asunto es tan lamentable. Roguemos a Dios para permanecer siempre fieles.

-Precisamente ésta es una de las cosas que significan los ritos que hemos celebrado esta mañana –dijo un cardenal mexicano-. La Iglesia es administradora de tesoros espirituales, debemos ser fidelísimos.

El cardenal mexicano se alargó un poco en sus piadosas palabras. Henry ocupado en partir la carne de su plato, él era de los que habían pedido roast beef, pensó por un momento que a su edad y en su cargo ya no estaba para sermones. Pero después recapacitó: a su edad y especialmente por su cargo, necesitaba sermones. La carne estaba dura. Estaba bien ahorrar. Pero a su edad y en su posición se hubieran podido permitir una carne más tierna. Además, el vino era de quinta categoría.

En la mesa, Henry tenía el aura de ser el cardenal más cercano al Papa y el que mejor conocía los entresijos de la maquinaria vaticana. Así que todos le preguntaban. Henry condescendió con amabilidad y contestó a todas las cuestiones que se le plantearon.

Entre pregunta y pregunta, el tiempo iba pasando, los platos fueron quedando vacíos. Trajeron el postre de helado de mora con crema caliente de vainilla. Las discusiones teológicas, los comentarios personales, se iban sucediendo. La conversación general era más relajada. No eran jóvenes, precisamente, los presentes. Se notaba una cierta modorra. Henry miró el reloj. Por cortesía, decidió quedarse diez minutos más. Aun así, Henry fue el primero en retirarse. El resto de cardenales sentados a la mesa, se quedarían unos veinte minutos más. El Cardenal Williams había conocido muchos banquetes como ése. Le hacían menos ilusión que a los demás. Se acercó un momento al salón donde el Papa presidía, le dijo unas palabras afectuosas, sonrió y se despidió.

Al abandonar el palacio lateranense, antes de dirigirse al vehículo oficial que le llevase al Vaticano, el cardenal se introdujo por unos corredores internos que llevaban a la Basílica. Entró a la sacristía. Departiendo con una anciana monja, encontró a uno de los canónigos de Letrán. Le pidió que le acompañara para abrirle la verja de la cripta. El canónigo gustoso fue a buscar las llaves a un

armario en una sala adyacente. Después se dirigieron hacia el templo. A esa hora, apenas había turistas dentro de la basílica. Pero los que allí había, se extrañaron al ver a un hombre con vestiduras rojas, que bajaba las escaleras que se encontraban bajo el presbiterio del altar. El canónigo se quedó fuera, esperándole y diciendo a unos franceses, unos turistas, que esa parte no estaba abierta al público y que no podían bajar.

Como siempre, el cardenal Williams se dirigió a una tumba en concreto. Se arrodilló ante el sepulcro de su amigo y mentor. Rezó un avemaría y se quedó allí, sumido en sus pensamientos. El hombre enterrado bajo aquella figura yacente de mármol blanco, había sido un amigo irremplazable. Los ojos del cardenal se humedecieron. Como siempre que se arrodillaba allí, para ponerse en pie de nuevo se apoyó con las dos manos en la blanca superficie pulida. Ahora su nombre, Raymond, era una inscripción muda sobre la piedra. Hace años, era un nombre con el que un rostro se volvía hacia él. Henry subió los diez escalones con lentitud. El canónigo le esperaba en la verja. Unos eslovacos, turistas también, tornaban a preguntar si se podía bajar por allí. Varios flashes se dispararon a las espaldas de Henry, mientras se dirigía de nuevo al Palacio del Laterano. Sus vestiduras rojas llamaban la atención.

Nada más salir del templo, una persona encargada de protocolo avisó con su teléfono. En seguida, un coche oscuro y reluciente con matrícula del Vaticano se aproximó a él, se acercó

todo lo que los grandes pilones de piedra de la plaza se lo permitieron. Aunque desde la puerta lateral de la basílica hasta el lugar donde se había detenido el coche, sólo había un trecho de unos veinte metros, en seguida, un sacerdote encargado de protocolo se acercó con una gruesa y pesada capa roja de lana.

-Por favor, eminencia, póngasela. Hace frío.

Por ese sitio, pasaban algunos turistas. Los cuales hicieron infinidad de fotos del cardenal en su camino hacia el coche. Cuando el cardenal pasó al lado de unos turistas napolitanos, la abuela de grandes gafas de pasta no dudó en alargarle la mano para estrechársela. El purpurado estrechó aquella mano octogenaria con gusto. Ella le dijo emocionada:

-Ay, qué alegría. ¡Qué alegría!

-¿Ha visto la ceremonia en la televisión? –le preguntó Henry deseoso de ser amable con la anciana.

-¡Toda! –gritó con energía la anciana-. ¡No me he perdido nada!

-Qué bien, qué bien.

-Ustedes son la verdadera Iglesia –le dijo la anciana apretando con más fuerza la mano del purpurado.

El cardenal recapacitó un segundo y repuso:

-No, usted es tan Iglesia como nosotros. Yo hago mi trabajo en ella, usted tiene su función en ella. No soy yo más Iglesia que usted. Usted lo es tanto como yo, recuérdelo.

El cardenal, no sin un cierto esfuerzo, logró zafarse de las manos de la abuela. Esas manos huesudas cubiertas de pecas de ningún modo querían soltar la mano derecha de Henry. Algunas octogenarias pueden llegar a ser muy tenaces en su empeño de no soltar una mano. El cardenal entró en el coche escuchando todavía más clicks de turistas que le fotografiaban. El conductor abrió la puerta del coche al purpurado. Henry devolvió la capa roja al sacerdote encargado del protocolo, y después se metió dentro. Estiró de su vestidura roja, para que su borde inferior no quedara atrapada con la puerta al cerrarla. Después, se limitó a indicarle al chófer.

-Al Vaticano. Entramos por la Puerta de Santa Ana.

seis días después

27 de febrero



Henry caminaba por su despacho. Tenía que decidir si aceptaba o no varias invitaciones de viajes. De las cinco grandes catedrales que se estaban construyendo en el mundo, una de ellas, situada en Corea del Sur, estaría finalizada en junio. Le habían invitado. Lo pensó un momento. Declinaría ese amable ofrecimiento. A sus setenta años, estaba decidido a no embarcarse en más viajes largos. Ni hacia Asia, ni hacia América. El Concilio avanzaba por sí mismo gracias a las comisiones.

-La de hace un mes ha sido la última vez que voy a Estados Unidos –se dijo a sí mismo-. Si necesito volver al Concilio para su conclusión, lo haré. Pero será la última vez que atravieso el Atlántico.

El propósito de Henry era firme. Aunque bien sabía que podían surgir ocasiones, que forzaran la excepción. Desde luego quedaba su viaje a China. Ése viaje sí que estaba en la agenda. Pero

después, mandaría siempre a subalternos. Al subsecretario le encantaba tomar aviones y moverse.

Le apenaba no poder estar en la inauguración de la catedral coreana. Modernísima, un espacio inundado de luz natural, con varios árboles en su interior, pensada para poder acoger en su interior a más de ochenta mil fieles. Esa catedral asiática sería de una estética completamente distinta de la romana. Un gigantesco espacio sagrado en tonos crema. Al cardenal le parecía bien.

Miró encima de su mesa, se sentó y empezó a romper los papeles ya tramitados. La primera, la invitación coreana.

-Estos arquitectos coreanos han sido muy transgresores en la estética. Pero les ha salido una cosa bonita –pensó lanzando una última mirada a los dibujos del edificio.

Tras romper esa carta y el sobre que la contenía, tomó otra procedente de Namibia. Acabó rota, mientras pensaba:

-África... la gran esperanza. Siempre decimos que es la gran esperanza. Pero no acaba de arrancar. Ah, ésta otra es graciosa –precisamente por eso se la había pasado su secretario que siempre le pasaba las misivas más curiosas-. Me invita este grupo de Brasil a demoler el Vaticano. *Hermano, ponte a la cabeza y toma la piqueta. Únete a nosotros. Te invitamos a no dejar piedra sobre piedra. Qué cándidos. Si todos los problemas se resolvieran así, a base de derrumbar edificios. Cuando la dinamita haga caer los pilares de esa gran iglesia, la luz volverá a brillar y bla, bla, bla. Vaya, lo*

mismo que estos –dijo tomando otra carta, tras romper la anterior-. Quieren demoler con dinamita el Valle de los Caídos en España. Siempre las izquierdas han mostrado una gran propensión a querer arreglarlo todo a base de dinamita.

Le diré a mi secretario que les conteste. Podría no molestarme en responderles, pero quiero darme el gusto: *He escuchado su petición. Me tomaré en atenderla el interés que merece.* En efecto, no hará falta añadir más. Estos de la piqueta... Lo malo es que lo dicen en serio. Si pudieran hacerlo, no dudarían en llevarlo a cabo. Reducirían a escombros todo esto –y miró a su alrededor, a ese despacho de estilo dieciochesco-. Siempre pasa lo mismo. Ay de la Iglesia, si cayera en manos de ellos. Afortunadamente, aquí estamos nosotros para impedirlo.

Su pensamiento retornó a la Cripta de los Cardenales, donde había estado cuatro días antes. Un recuerdo melancólico golpeó sus pensamientos. A su edad, comenzaba a pesar con más fuerza la idea de que todo lo que tenía que hacer en su vida, ya estaba hecho. Reflexionó sobre eso, y pensó que las vestiduras de su amigo, Raymond, sus púrpuras, su capelo, estarían corroídos, ennegrecidos, hechos trizas.

¿Cuánto me queda para habitar en un sepulcro?, pensó. Hizo un rápido cálculo. Entre diez y quince años. Por un momento se quedó mirando a la pared que tenía enfrente.

En seguida se impuso el carácter práctico del Secretario de Estado y pensó en lo bonita que quedaría la Cripta Octogonal de la Gran Curia. El doble de grande que la lateranense. Con sus trece columnas de pórfido. Dos capillas semicirculares cubiertas de mosaicos, rematarían los dos extremos del espacio subterráneo. El magno proyecto que ahora llevaba entre manos el Vaticano: el futuro edificio del Celio. Clemente XV había manifestado su intención de que debajo del centro de la Cripta Octogonal, haya una capilla inferior donde se le entierre a él.

-Me imagino que no creerá que va a vivir hasta ver esa parte del proyecto concluida. Cierto que si fuera por lo que se cuida, viviría hasta los ciento treinta años o los ciento cincuenta. Se alimenta fundamentalmente de ensalada, se hace un análisis de sangre cada dos meses, tiene menos colesterol que mi sobrino de ocho años. Antes paseaba tres cuartos de hora justos después de la comida, y media hora después de la cena. Ahora sus piernas ya no le acompañan. Pero cada día, puntualmente, da unos pasos en una galería del Palacio Apostólico. Resulta estimulante hacer ejercicio bajo unos frescos de Rafael.

Henry reconocía que los pasos del Papa eran cada vez más lentos. Que cada vez se paraba más. Que cada año, el trecho de ese paseo tras el almuerzo, era más corto.

Suena el teléfono. Un subalterno suyo en la Secretaría. Una consulta acerca de un presidente africano que estaba creando

grandes fricciones con la Conferencia Episcopal de su país. Durante la conversación estuvieron de acuerdo en que era preferible que los obispos del país no elevaran el grado de enfrentamiento con el poder civil, y que todo lo que le quisieran decir al Presidente lo hicieran a través de la Secretaría de Estado de la Santa Sede. Era más prudente obrar así.

Al acabar la conversación, el cardenal Williams le comentó a ese subsecretario:

-Así es, excelencia, debemos esperar menos males de los políticos pecadores y agnósticos que de los políticos muy implicados en religión. (...) Sí, sí. (...) Porque al político indiferente lo único que le importa es no meterse en un campo, el religioso, que sólo le puede causar quebraderos de cabeza y, desde luego, ningún rédito político. Pero el político muy implicado en religión, siempre tendrá la tentación de ir más allá de lo que debe. Difícilmente se sustraerá a la irresistible atracción de saltar a la arena e inmiscuirse. (...) Así es. Normalmente las intromisiones del poder civil en esta materia son una fuente constante de preocupaciones. Pues no en vano el político es político y no teólogo.

Con brevedad se despidieron Henry y el subsecretario. Al poco de colgar el teléfono, el secretario personal de Henry le pasa algo azorado una llamada. Había llamado directamente el Cardenal Nyandwi, algo enfadado.

-Eminencia –le saludó Henry al purpurado burundés.

-¿Qué tal está? –fueron las primeras palabras algo tensas del cardenal encargado de las Finanzas Vaticanas.

-Bien, bien. No puedo quejarme –contestó Henry.

-Mire, no me voy a andar con rodeos. Me consta que está formando un frente de oposición entre los cardenales, contra el nombramiento de nuevos prelados-laicos. Que sepa que voy a hacer todo lo posible oponerme a este movimiento suyo.

-Eminencia, calma. ¿Por qué no se viene por aquí y charlamos?

La invitación de Henry fue hecha con toda serenidad. No es que fingiese serenidad, sino que cómo ya se esperaba algo así, hacía tiempo que había decidido que respondería con todo el sosiego del mundo. Y no sólo con sosiego, sino también con amabilidad.

El cardenal Nyandwi accedió. Su despacho estaba en el edificio de la Plaza de Pío XII, así que a pie no tardaría más de diez minutos en llegar. Henry descolgó el teléfono y llamó a su secretario:

-Por favor, ve preparando, para dentro de un cuarto de hora, un té de menta para mí. Para Nyandwi un té negro. El mío con un poco de limón. En la bandeja pon de esas pastitas rellenas de crema de avellana. Creo que son las que más le gustan a Nyandwi.

-Muy bien, eminencia.

El cardenal encargado de las finanzas llegó en el tiempo previsto. Estuvieron discutiendo sobre el tema durante algo más de media hora. El secretario de Henry había entrado con la bandeja y el té, un minuto después de que entrara el Cardenal Nyandwi, que como cardenal-laico vestía pantalones y americana negra. Una bonita cruz pectoral recordaba su cargo prelaticio, aunque no llevara cuello clerical, sino las solapas de una camisa blanca asomando sobre el jersey negro.

-¿Cómo sabe que me gusta el té negro?

Henry acercándole la taza le dijo:

-Ya nos conocemos, eminencia, ya nos conocemos.

El principio de la conversación fue más tormentoso, aunque siempre correcto. Con el pasar de los minutos, las aguas se fueron calmando, aunque las posiciones siguieran siendo totalmente distintas. El Cardenal Nyandwi era temperamental. El Secretario de Estado estaba dotado de una invencible flema británica. El cardenal africano era franco y directo. Henry era de los que se pensaba cada palabra dos veces, antes de que saliera de su boca. Al final, el Secretario de Estado concluyó:

-Mira mi postura es que a los laicos hay que meterlos en las labores eclesiales, todo lo que se pueda. Pero no podemos hacer de ellos sacerdotes.

-Pues que sean ordenados con algún tipo de grado, el diaconal, por ejemplo, y que sigan con sus familias y sus trabajos.

-No, Nyandwi, no. El sacerdote debe ser alguien totalmente consagrado a Dios. Todo su trabajo tiene que ser el cuidado del rebaño. Debe vivir sólo para Dios y la Iglesia. Dedicado a la oración y muerto para el mundo.

-Está cerrando las puertas de la Iglesia a la renovación.

-Si mundanizamos el sacerdocio, renovaremos la Iglesia, sí. Pero al estilo de las investiduras laicales de la Edad Media. El sacerdote es un nuevo levita. Su vida no puede estar dividida. Hay que elegir: o se encarga de las cosas del mundo o de las eclesiales, pero de las dos a la vez no. Ésta es mi postura y es la que voy a defender.

-Sé que, al final, decidirá el Papa. Pero no he llegado ayer a esta ciudad. No desconozco el poder que usted tiene, Henry. Sé la gran capacidad de aglutinar voluntades que posee. Pero los del grupo que opinan como yo, podemos apelar al Concilio. Claro que eso será la guerra.

-Será la guerra... –asintió Henry-. Y eso no lo quiere nadie. ¿No?

-Cierto.

-Es preferible que arreglemos las cosas entre nosotros. Si este tema, si justamente este tema, es debatido en el aula conciliar, los medios de comunicación ya no hablarán de otra cosa. Y como no va a haber unidad, vamos a ofrecer al mundo, una vez más, una imagen penosa.

-Pero usted y el grupo que está creando, no nos dejan otra posibilidad –repuso el Cardenal Nyandwi.

-Hagan lo que crean conveniente. Yo, desde luego, cada vez veo más clara la postura por la que debo abogar: no debemos ni clericalizar a los laicos, ni laicalizar a los clérigos. Lo que Dios ha separado, no podemos unirlo nosotros. Son dos estados de vida.

-Vamos, Henry. Un laico puede pertenecer a una orden tercera, puede rezar la liturgia de las horas, puede llevar una vida como la de un clérigo. He conocido a laicos que no salían de la iglesia.

-Todo lo que quieras. ¡Pero mientras sea un laico, no puede tener potestad de gobierno! A eso se reduce el punto de nuestra discusión. Eso es todo lo que se discute aquí.

El Cardenal Nyandwi se dio cuenta de que Henry estaba totalmente decidido. Así que tomando una pasta, dijo:

-Al menos, deja en paz a la institución de los cardenales-laicos. Suponemos una verdadera aportación a la Iglesia. El mero hecho de ser cardenal no implica por sí mismo que después se le otorgue un cargo de gobierno.

-En la práctica, el colegio de cardenales ejerce una función de gobierno. Si logramos que todos los ejercen una potestad de gobierno sean clérigos, no tendría sentido que justo en la parte superior de la pirámide estuvieran los laicos y los clérigos mezclados.

-Bien, es la típica lucha entre modernidad y tradición. Tú has elegido el lado de la rigidez, frente al de la flexibilidad. La Historia decidirá quién tenía razón.

-No sé qué decidirá la Historia. Yo ya he decidido.

El Cardenal Nyandwi movió la cabeza. ¿Por qué Henry no comprendía? ¿Por qué esa testarudez inmovilista? Henry observando con calma el gesto de su interlocutor, le dijo:

-Aquí no hay buenos y malos, Nyandwi. Todos queremos el bien de la Iglesia. Todos hacemos esto por Dios. Seguid con todo lo que habéis conseguido. Sólo pedimos que no se rebase esa fina línea: los cargos de gobierno en la Iglesia de Dios deben ser ejercidos por clérigos, no por laicos. Es lo único que pedimos. No es tanto.

Nyandwi se le quedó mirando. Henry calló, pero pensó para sus adentros que, en el fondo, ellos, los más extremistas del bando liberal, no se conformaban sólo con eso. Querían más. Los liberales presionarían para que el celibato fuera opcional. Esta discusión parecía eterna. Probablemente duraría ochocientos años más. El problema era que el sector más liberal no quería esperar ochocientos años discutiendo, quería volver al ataque, quería plantear la cuestión en el Concilio. El celibato opcional no era el fin de la Iglesia. Pero los liberales querían ir más lejos.

Clemente XV, como sus predecesores, había enseñado claramente que resultaba imposible ordenar a las mujeres. Los

liberales presionarían también en ese frente. Los anticonceptivos, la moral sexual, la fecundación in vitro, tantas y tantas cosas. Una minoría que representaba el 3% de los miembros del concilio, presionaría, sí. Y lo peor es que el Cardenal Nyandwi era de los más moderados de ese ala progresista.

-Sabes, Henry, que las discusiones en el aula conciliar van a ser duras.

-Lo sé, lo sé –asintió con resignación.

Henry se sirvió un poco más de té, mientras pensaba si se podría evitar lo inevitable. Después añadió:

-El problema no son las discusiones, sino que éstas trasciendan a los medios. Qué imagen vamos a dar.

-Hay que progresar.

-Progresar no es hacernos al mundo –afirmó con energía el Cardenal Williams.

-Mira, Henry, te aprecio, tú lo sabes. Pero todo esto es como la ceremonia que tuvimos hace cuatro días.

-¿La de consagración de cardenales?

-Sí, ésa. Ceremonias como ésa, tan del gusto de Aniceto II, fueron una involución. Y es paradójico que un pontífice tan progresista, fuera litúrgicamente tan pantagruelicamente barroco. Pero lo cierto es que constituyeron un gigantesco paso atrás. Hay que retornar a la naturalidad, a lo espontáneo. No me refiero sólo a la liturgia. La liturgia es todo un reflejo de una determinada teología.

-¡A la gente le encanta ese ritual!

-Por supuesto que a la gente le encantan todos esos ritos pétreos. Pero qué diferencia tan grande hay entre eso, y cuando celebro en mi pueblo natal, al aire libre, con los árboles como retablo, sin ningún protocolo, sin ninguna etiqueta, como los Apóstoles alrededor de la mesa en la Pascua.

-¿Es que hay alguien que te impida hacer eso?

-No me estás entendiendo.

-Sí que te entiendo. A ti nadie te impide hacer esa misa campestre, pero tú sí que quieres impedirnos a nosotros esos ceremoniales grandiosos. Siempre hay unos cuantos a los que os molestan los fastos pontificios. ¿Pero quién os obliga a asistir? Pero no, vosotros queréis que nadie pueda asistir. Es como si dijerais: *¡Nosotros no escuchamos a Palestrina, pero no queremos que nadie lo escuche!* Detrás de vuestras ansias de libertad, se oculta un espíritu totalitario.

-Veo que no nos entendemos.

La conversación, al final, había resultado más desagradable de lo que había previsto Henry.

-Te agradezco la invitación a venir aquí a discutir sobre el tema –le dijo con sinceridad el cardenal africano despidiéndose ya.

-Sí, no soy tan malo. Al menos te he ofrecido té y pastas –se excusó Henry con una sonrisa pícaro.

-Me temo que vamos a necesitar algo más que té y simpatía para solucionar esto.

Por la tarde



Henry sale de confesar en el convento de las madres agustinas. Cada jueves solía sentarse en el confesonario durante dos horas. Durante ese tiempo, leía libros de teología. Sentarse en el confesonario todas las semanas, era una costumbre que la llevaba practicando desde que era un cura recién ordenado. Las dignidades recibidas, nunca le habían impedido sentarse a confesar todos los jueves de cinco a siete de la tarde. Con la lógica excepción de los viajes y compromisos imprescindibles. Aunque más de una vez, algún importante político de visita en Roma había sido atendido por un subalterno de la Secretaría, mientras Henry atendía a este compromiso semanal.

Dado que el viejo confesonario de la iglesia del convento, contaba con unas tupidas rejillas que no dejaban ver nada, y que por delante medio cerraba dos portezuelas a modo de ventanas, Henry se aislaba bien para leer. Nadie de los que iban pasando por su confesonario, imaginaba que detrás de la rejilla estaba escuchando sus pecados el N° 2 del Vaticano.

Una vez había habido una penitente, un poco estricta, del Opus Dei, que le dijo:

-Mire padre, con todo respeto, insisto, sea dicho con todo respeto, me parece que es usted un poco de manga ancha. Yo he oído otras cosas de sacerdotes de muy buena doctrina. Y no concuerdan. Creo que debería consultar lo que me ha dicho con su superior.

El cardenal Secretario de Estado se calló y sonrió. Pero la penitente, tomando su silencio como temor del confesor a su superior, obstinada perseveró en su empeño:

-¿Se lo dirá o no?

Henry se sonrió. El cardenal con una sonrisa que la penitente no pudo ver, dijo:

-Está bien, hija mía, se lo comentaré.

A la semana siguiente, la tozuda señora regresó y le faltó tiempo para preguntarle:

-Oiga, padre, ¿le comentó ese asuntillo a su superior?

La empecinada señora se había acordado de aquella cuestión moral, todos y cada uno de los días se la semana. Henry contestó:

-Sí.

-¿A que me dio la razón? ¿Qué le dijo?

-Me dijo que usted es más papista que el Papa.

La penitente se calló. Pensó que el superior de ese cura debía ser de los de la cuerda liberal. Al final, dijo la señora:

-Pues yo, esta semana, he leído sobre el tema en un libro. No lo he leído en Internet. Lo he leído en un libro, que me pasó hace un año el que era mi director espiritual. Y estoy segura de que el Papa piensa como yo.

-Señora, pondría mi mano en el fuego de que el Santo Padre piensa como yo.

-Mire, no soy nadie para contradecirle –y dio un suspiro como diciendo: este cura es imposible-. Así que más vale que le confiese mis pecados. La absolución está por encima... del lugar donde haya estudiado. En el fondo, no tiene usted culpa. Se lo han enseñado así.

-Ala, vamos, continúe.

-Sí, sí, la absolución es válida venga de quien venga.

-Venga, continúe.

Al salir del convento, el cardenal iba sumido en sus pensamientos. Pensamientos sobre asuntos importantes. Un pobre sentado en el suelo, le pidió una limosna. El cardenal iba vestido con un clergyman de manga corta, sin cruz pectoral. No llevaba ningún signo distintivo que le identificara como obispo. La camisa, incluso, estaba ya un poco descolorida por el mucho uso. Henry le indicó al indigente que fuera a Cáritas. Lo hizo con amabilidad. El pobre le

llenó de improperios. Le gritó que era un sepulcro blanqueado y un fariseo, aunque se lo dijo con palabras menos bíblicas y más groseras. Los improperios del mendigo mal afeitado, metido en un abrigo roñoso y que apestaba a vino, los tuvo que escuchar a gritos Henry hasta que dobló la esquina y el pobre le perdió de vista.

Henry nunca daba limosna por la calle. La daba cada mes a las Misioneras de la Caridad. Era generoso en sus ayudas a los necesitados, pero siempre a través de esas monjas. La industria de la mendicidad estaba muy bien organizada en Roma. Dada la cantidad de peregrinos, era una industria que había alcanzado altos niveles de profesionalidad. Por eso nunca daba dinero por la calle. Cuando uno va vestido de clérigo, atrae a los pobres como un pararrayos.

Eran muchos los mendigos que le habían gritado por las calles de Roma: *¡el Vaticano es rico!, ¡cura malo!, ¡sinvergüenza, engañáis a la gente!* A veces, los gritos podían ser muy desagradables en medio de todos los turistas que pasaban por la calle. Pero no le importaba. Él no quería acallar su conciencia con unas tristes monedas. Dar unas monedas no le hubiera costado nada, pero hubiera sido un acto hueco, puro teatro. Desde la época de seminarista, Henry mantenía esta postura de atender amablemente a los pobres, pero no dar dinero por la calle.

A medio camino hacia su casa, le paró el segundo pobre. En el camino de retorno a su apartamento desde el convento, siempre se encontraba con cuatro pobres. Siempre en las mismas cuatro

esquinas. El segundo pobre le gritó que estaban rodeados de oro y lujo. El segundo pobre, por sistema, siempre le insultaba. Lo llevaba haciendo con entrañable fidelidad desde hacía años. Henry pensó que si renunciando a las grandes ceremonias pontificias, los pobres dejaran de ser pobres, él mismo sería el primero en abogar por la supresión de esas ceremonias. Pero esas ceremonias no costaban dinero. Esa pompa y ese fasto podían ser muy criticables, pero no costaban dinero. Sin esos ceremoniales, los pobres seguirían siendo tan pobres como ahora.

Pero era difícil hacer entender eso. Y, sin embargo, la imagen de un pobre vociferando a un cura que se escabulle por la calle, constituía una escena penosa. El pobre clérigo, en este caso un cardenal, tenía que huir avergonzado ante los lamentos acusadores de un hombre enfermo, que quizá estaba tirado en la calle porque la vida lo había tratado mal, o quizá porque sus malas decisiones lo habían conducido a esa situación. Había pobres de un tipo y de otro. Henry no juzgaba ni siquiera a los indigentes que gritaban a los sacerdotes y olían a vino. Aunque sabía que al siguiente jueves, el mendigo agresivo volvería a estar en esa puerta del convento. Y volvería a ser avergonzado Henry, y volvería a ser increpado de nuevo a gritos.

Esa noche vio las noticias en alemán, para practicar esa lengua. Después de la cena, leyó a dos autores: un teólogo eslovaco y otro chino. La nueva teología china estaba resultando vigorosa y

renovadora. Después, escribió dos cartas personales. A sus destinatarios les haría ilusión recibir un sobre con los bonitos sellos del Vaticano y con la impresión en relieve en la solapa de la parte de atrás, propia de los sobres de la Secretaría de Estado. El cardenal pasó la esponja por la parte encolada y dejó los sobres en la parte derecha de la mesa. No era muy tarde, pero estaba cansado. Decidió irse a dormir.

La memoria es caprichosa, y cuando esa noche se fue a la cama, se acordó de las cosas que le había dicho el pobre. Muchas cosas había hecho durante el día. Había recibido a personas importantes. Pero lo que le venía a la mente era la bronca del pobre. Para nadie es un plato de gusto que le griten en la calle, delante de una treintena de viandantes y un grupo de turistas coreanos. ¿Qué habrán pensado de mí?, se preguntó el anciano Henry ya metido en el lecho, mientras apagaba la luz de su mesilla.

A las 10 de la mañana del día siguiente

28 de febrero



Viene a verle el arquitecto-jefe del proyecto de la Gran Curia, cargado de papeles y con dos pendrives en el bolsillo de su americana. El plan general había sufrido un ligero cambio en el diseño de acuerdo a las indicaciones de la comisión mixta de cardenales y arquitectos que supervisaba el proyecto entero.

-Mire –le dijo el arquitecto-, éstas son las propuestas en las que hemos trabajado.

-Ya. Bien, bien.

-Ahora, tal como nos indicaron, el que venga por la carretera de la fachada principal, tendrá la impresión de estar aproximándose a un gran monte. Un monte enmarcado por el gran claustro, con cuatro torres en las esquinas.

-Ajá, sí. Ya veo.

-El monte se eleva por encima de la fachada, a pesar de estar más atrás, porque está en lo alto de un edificio-torre. La parte cónica del monte sólo es la parte superior de la torre central. Tendrá hierba

y pequeños árboles. Se trata de una cúpula cubierta de tierra. La cúpula será casi del tamaño de la del Vaticano.

-Los árboles son del tamaño de arbustos, porque me imagino que si no la cúpula no podría resistir el peso. ¿No?

-La cúpula es de titanio y acero, podría resistir un bosque entero. Pero los árboles son pequeños, porque así se da la impresión de que la montaña es más grande.

-Me gusta esta idea de la Iglesia representada en la imagen de una gran torre gigantesca y coronada por un monte con césped y árboles –comentó el cardenal mirando una y otra vez todos los detalles de los planos y los dibujos de la Fachada Este. Viniendo en autobús o en tren, los peregrinos tendrán la sensación de que la Curia abraza a un monte.

-Y desde abajo, desde los cuatro claustros, la perspectiva cambia. Desde dentro, la fachada al estar detrás, se verá únicamente la torre de treinta y tres pisos de altura.

-Sí, sí. Creo que, finalmente, el proyecto ha dado con el punto perfecto. Con esa perfección a la que es muy difícil añadirle o quitarle nada. ¿Qué veo aquí abajo? Ah, veo que le han dado un nombre: Turrus Ebúrnea.

-La denominación de Torre de Marfil es enteramente provisional.

-Son ustedes muy pillos. Ponen nombres provisionales a todo, sabiendo que después nos acostumbramos a esos nombres.

-Por favor, de algún modo tenemos que llamar a las cosas cuando las diseñamos.

-Nada, no digo nada –protestó el cardenal.

Henry ya daba por perdida la batalla de que fueran los eclesiásticos los que pusieran los nombres a las distintas partes del proyecto. El arquitecto titubeó un segundo. Después dijo:

-Otra cosa, es sólo una sugerencia.

-Veamos.

-Creo que quedaría muy bien que reinstauraran los antiguos uniformes de la Gendarmería Pontificia para este edificio. Aquellos uniformes con los altos gorros de piel, los gorros de piel negra de los granaderos, como los de la Guardia de Buckingham, harían la delicia de millones de visitantes al año. Y, además, el Celio requerirá de una fuerza de seguridad. No será un adorno, es que se necesitará. Pero no es lo mismo un par de centenares de guardias vestidos de forma ramplona, que un cuerpo con aquella prestancia.

-¿Y no te gustaría que reinstauráramos también la Guardia Noble?

-Capto la ironía.

-Sandro, Sandro, vosotros los arquitectos sólo pensáis en la estética.

-Vemos el Celio como una obra de arte global.

-Pero no os dais cuenta de que detrás de cada uno de estos detalles hay un contenido... teológico. ¿El aspecto que queremos

que tenga la Gran Curia será el modo en que millones de personas verán a la Iglesia? Cuando piensen en la Iglesia, tendrán una imagen en la mente. Y esa imagen será ésta. Debemos primar lo espiritual sobre lo estético.

-Los hombres irán a Dios a través de la belleza.

-Y muchos se escandalizarán. Además, ¿sabes cuanto costará tu pequeña propuesta? Hay que pagar los sueldos de todos.

-Mire, los efectivos encargados de la seguridad van a estar allí, y pagados, con un uniforme vulgar o formando una bella unidad con hermosos uniformes. Y lo que ha dicho de la Guardia Noble de ningún modo lo veo impensable.

-Sandro, Sandro, me vas a matar a golpe de talonario. Mira, ya habíamos quedado en que dábamos luz verde a cien miembros para la Guardia Romana, con su cambio de guardia incluido. Pero lo que tú me propones son varios centenares de efectivos.

-No sólo eso. Ya que lo ha mencionado, lo que le propongo es reinstaurar, incluso, la Guardia Noble.

-Lo que me faltaba por oír.

-De la Guardia Noble se podrían encargar los Caballeros de Colón.

-¿Los de Estados Unidos?

-Sí, esos. Estarían encantados de tener un cuerpo allí. Suministrarían ellos mismos los efectivos. O los Caballeros de la Orden de Malta.

-¿Y qué función tendrían tus queridos miembros de la Guardia Noble?

-Ellos sólo una función protocolaria.

-Siempre me he alegrado profundamente de que los arquitectos no llegaran a cardenales. Si la Gran Curia ha de tener una fuerza de seguridad, que sea una especie de Guardia Suiza ampliada, formada por buenos católicos que quieran dedicarse al trabajo de vigilar y proteger. Pero sin pasarse. Una cosa es lo aprobado hasta ahora, y otra lo que tú propones. Recuerda que la moderación es una virtud.

-Mire...

El cardenal le interrumpió:

-Lo que te pasa es que tú que eres un adicto a la vaticanología.

-¿Y usted no?

-No, yo sólo trabajo aquí.

Una de las razones por las que el equipo entre el arquitecto-jefe y el Secretario de Estado había funcionado tan bien, era porque la relación entre ellos era siempre completamente informal. Juntos bromeaban, se reñían, se habían llegado a gritar, habían hecho peregrinaciones juntos. Tan pronto abandonaban los planos y se marchaban a cenar unos *rigatoni alla siciliana*, como no se hablaban durante dos días por una desavenencia arquitectónica.

-Pero, vamos a ver, ¿sabes cuántos efectivos componen la Guardia Suiza?

El arquitecto extrajo del bolsillo de la americana su teléfono móvil. En un instante y a través de una rápida consulta a Internet, exclamó:

-Aquí está. La componen un comandante, dos capitanes, veintitrés cargos intermedios y setenta alabarderos. Lo que yo le propongo es más deslumbrante. Imagine un cuerpo de trescientos guardias suizos delante de la Fachada Este de nuestro Nevaticano. Imagínelos formando, añadiendo además la Guardia Noble y la Gendarmería Pontificia.

-Bueno, dejémonos de esas fantasías de arquitecto chiflado. Para hoy, ¿alguna cosa más? –y musitó-: Claro que si no fueras un arquitecto loco y genial, tampoco te hubiéramos dado el puesto. Necesitamos un cierto grado de arrebató y enajenación para hacer una verdadera obra de arte. Si no, sólo tendríamos un mero edificio grande –se levantó y le dio a Sandro una palmada en la espalda-. Bueno, ¿alguna cosa más?

-Sí. Al construir la Turrís Ebúrnea, se nos plantea qué poner bajo la cúpula que sostiene el monte.

-¿Y qué han pensado?

-¿Por qué tendría que haber pensado en algo?

-Oh, vamos. ¡Sandro! Siempre que me has hecho una pregunta de ese tipo, (¿qué ponemos aquí?, ¿qué ponemos allá?) es

porque los del equipo ya teníais poco menos que decidido, qué poner. Así que desembucha.

-Pues con franqueza, creemos que el Templum Quadratum situado en el mismo centro del Claustro, debería ser un lugar de adoración. Mientras que el templo de lo alto de la torre debería ser algo así como un lugar para peregrinar. Aquí podríamos poner una gran escalinata, para acceder –y señaló una parte del gran plano que había desplegado sobre la mesa del cardenal-. Pero son treinta y tres pisos de altura.

-¿No sería una escalera demasiado empinada?

-No, recorrería todo el claustro. Después iría la escalera por alrededor del perímetro de la torre-edificio. Sólo en el último tramo, iría directa por el centro de la edificación.

-Sí, estoy de acuerdo en que crear un recorrido de peregrinación en el Celio sería algo muy acertado.

-Arriba se podría comer con una buena vista.

-Al final, veo que monseñor Repond se va a salir con la suya. Frente a la idea de un solo lugar de adoración en un solo templo, veo que va a haber tres centros culturales en el Esquilino: el Templum Quadratum, el que habrá en lo alto de la torre y el tercero la futura basílica para el rezo de las horas canónicas y los actos litúrgicos.

-Esta última podría tener forma de basílica del siglo IV. Hasta podría ser una reproducción exacta de la basílica

constantiniana –dijo el arquitecto señalando un lugar, donde podría colocarse.

-¿Han hecho estimaciones de cuánta gente creen que se quedaría en adoración en el Templum Quadratum?

-Ese dato nos lo pasó el departamento de monseñor D'Alfaro. Creemos que siempre va a haber unas cuatrocientas personas haciendo oración ante el Santísimo en el Templum Quadratum.

-¿Tantas?

-Estamos seguros de que todos los peregrinos, no los turistas, sino los que hacen el viaje por un motivo religioso, el primer día irán al Vaticano y después visitarán los alrededores, por ejemplo los Museos Vaticanos. Y que el segundo día, vendrán a visitar la Curia. El tercero lo dedicarán a visitar el centro de Roma. Si este plan se institucionaliza, eso significarán unas cuatrocientas personas a cualquier hora del día, haciendo oración en el templo del centro del claustro.

-Sí, es cierto. Veo que se hará necesario proveer de otro lugar para las celebraciones litúrgicas.

-Y piense que a la gente le gusta visitar una iglesia. El del centro del claustro no será visitable, se entrará sólo para orar. A la iglesia en lo alto de la Turrus Ebúrnea sólo se podrá ir en peregrinación, andando. Las escaleras desanimarán a muchos. Así que necesitamos un templo para los actos litúrgicos que pueda ser

visitado. ¿Y qué mejor cosa que una reproducción de la basílica constantiniana de San Pedro del Vaticano en el siglo IV?

-Eres un truhán. Eres un grandísimo truhán y lo sabes. Siempre te sales con la tuya. Ya lo tenías pensado todo desde el principio –Henry estaba escandalizado ante los presupuestos que se avecinaban.

-Que no. No nos iremos fuera de presupuesto. Sólo tenemos que aprobar una pequeña ampliación del mismo, para esta iglesia en lo alto, aquí, y para la escalinata monumental que iría por este sitio, aquí y aquí.

Henry le insultaba, le decía que le había engañado. Se quejaba de lo que lo iban a desangrar, pero le quería con locura; y eso el arquitecto lo sabía.

-Cardenal Williams, le doy mi palabra de honor de que no. Yo comencé, como todos los del equipo, haciendo los planos de un simple edificio cuadrado con un claustro en su interior. Mi mujer es testigo de ello. No pensaba en otra cosa. Fue después cuando se nos ocurrió añadir una pequeña cosa...

-Y después otra y otra y otra y ¡otra!, ¡y otra! Menos mal, ¡menos mal!, que no tenéis acceso al Papa. Si no le ilusionaríais con toda esta... hechicería arquitectónica –y dijo eso dando un manotazo a los planos-. Si tuviérais acceso a él, lo engatusaríais y los dicasterios estarían pagando vuestros sueños durante dos

generaciones. Prefiero emplear este río de oro en la evangelización de África a tener este nuevo Escorial. ¿Para qué queremos un nuevo Lasa tibetano en versión vaticana? Con ese dinero, ¿sabes cuántas universidades, cuantos monasterios, se podrían repartir por todo el continente africano?

El tono del Secretario de Estado podía parecer duro a un extraño que hubiera entrado en ese momento. Pero Sandro sabía que todo consistía en aguantar el chaparrón de improperios. Por supuesto que Sandro podía haber ido directamente al cardenal encargado de coordinar todo el proyecto. Pero la relación con el Cardenal Williams era completamente distinta, toda llena de fluidez y confianza. Y, al final, la voz más potente, la de más peso, en la comisión era la del Cardenal Williams.

-Eminencia, lo hemos discutido mil veces. El Papa está de nuestro lado. Esto supondrá una evangelización mundial y durante siglos. Eso lo sabe él y usted. ¿O no?

-Vale, habeis camelado al bueno del Santo Padre y a los principales cardenales. Así que no hay nada que hacer. Pagaremos y no rechistaremos. ¿Alguna otra cosa? ¿Hay que pagar algo más?

Cuando un cuarto de hora después salió el arquitecto de su despacho, el Cardenal Williams pensó en la formidable labor que había realizado Sandro Rossi, el encargado de coordinar a todo el equipo de arquitectos. Cuando se aprobara la primera fase del

proyecto, propondría que se le concediera el título de Caballero de San Gregorio Magno. Era un genio. Quizá habría que concederle, incluso, el Collar del Ordine Piano.

Sandro podría ganar mucho más trabajando para alguna gran firma. Pero él quería estar allí, justamente allí: con menores presupuestos, con menor sueldo, luchando con monseñores, convenciendo a los miembros laicos del Consejo Económico, recibiendo riñas de viejos purpurados cuando los proyectos presentados les parecían faraónicamente inadmisibles. Sandro allí cobraba mensualmente menos de lo que debería de acuerdo a su caché. Pero quería estar allí evangelizando con la piedra, erigiendo una obra para que llevara a los hombres a Dios. A.M.D.G. eran las letras negras de un metro de altura sobre un fondo color beige que estaban en la pared, detrás de la mesa de su despacho donde trabajaba diez horas al día. *Ad maiorem Dei gloriam*, a la mayor gloria de Dios. Sí, él no construía para los hombres. Él erigía una morada para Aquél que no habita en casas hechas por manos humanas. El señor Sandro Rossi, siempre elegantemente vestido, siempre atildado, sí que merecía un sepulcro en esta obra a la que, sin duda, se dedicaría hasta que se jubilase.

-Ya veremos en qué parte del edificio colocamos su sepulcro –pensó el cardenal-. Si la naturaleza sigue su curso normal, al arquitecto le quedan más de treinta años de vida. Pero sí, se ha merecido descansar en alguna capilla del Celio. Yo le precederé

antes –y el cardenal recogió los papeles con planos y presupuestos que le había dejado sobre la mesa-. Pero ambos hemos sido constructores. Él, Sandro, se dedica a construir el proyecto de su vida, yo me dedico a construcciones más inmateriales cuando voy al Concilio. Puede parecer que en esas comisiones teológicas solamente hablamos, que nos dedicamos meramente a discutir, pero allí construyo también. Y no sólo eso, sino que el proyecto de todo el equipo que lidera Rossi, no es otra cosa que la expresión en piedra de la otra edificación, la teológica.

Es maravilloso ser cardenal –suspiró con satisfacción Henry-. Un día recibes a un arquitecto, otro a un purpurado liberal enfadado, otro día hablas con el Papa. Un día me siento en el confesonario en un convento, después me grita un pobre. Antes de ayer, un testigo de Jehová me dijo que era un beato podrido.

El Cardenal destruyó varias notas que había tomado charlando por teléfono con algunos padres conciliares. Ellos estaban en Boston y él en Roma. Pero estaba al tanto de todo, seguía todo y aconsejaba sobre todo. El Papa estaba concentrado al 100% en el Concilio. Mientras que Henry se encargaba de los asuntos administrativos y, en general, de todos los problemas no relacionados con el Concilio. Pero como cardenal, Henry, seguía de cerca, día a día, todas las sesiones y comisiones del otro lado del Atlántico. La minoría progresista quería hacer de la Iglesia Católica una especie de Iglesia Anglicana.

-Pobres necios –se dijo metiendo las notas en la trituradora de papel que tenía junto a la mesa-. El experimento ya está hecho. El experimento protestante ya ha sido realizado centenares de veces en todas las versiones posibles, con los resultados que bien conocemos. Y ahora esos liberales quieren hacer el experimento por milésima vez y con toda la Iglesia –Henry abrió la agenda para mirar los compromisos que seguían esa mañana. Ensimismado pensó mientras leía-: Debemos mantenernos firmes. El problema es que aunque sean sólo un 3% de los participantes en el Concilio Bostoniano, pueden darnos muchos problemas. El progresismo nunca se ha caracterizado por ser muy obediente.

El cardenal observó con satisfacción que sólo había una cita colocada en esa mañana.

-Ahora, a las once, recibo a una archiconfraternidad de Roma. Vamos a ver qué desean –y leyó la letra pequeña por la que iban a ser recibidos. Henry, sin dejar de leer, pulsó un botón-: Geoffrey. Tráeme un manzanilla con limón.

-Muy bien, eminencia –dijo el joven secretario desde su mesa en el despacho contiguo.

-Y unas galletitas.

-¿Cómo las de ayer?

-No, hoy las prefiero con un poco de mermelada de naranja dentro.

-¿Cómo las del jueves pasado?

-Ésas.

-¿Y el régimen?

-Vete a la porra.

-Cardenal Williams, no debo.

-Has prometido obediencia.

-Nadie mencionó lo de las galletitas, cuando prometí obediencia –repuso el secretario muy serio.

-Ni se te ocurra hacer como el viernes. Te agradezco que te preocupes por mi peso, pero necesito estar bien alimentado para luchar por la Iglesia.

-Lo siento. Pero usted me ha ordenado, que no le haga caso cuando me ordene traerle de esas galletas.

-Pero esto es una orden posterior.

-Me dijo que no le hiciera caso si se diera el caso de una contraorden.

-Pues esto es una contraorden a la orden de no aceptar contraórdenes.

-Le recuerdo que cuando engordó los últimos dos kilos, me ordenó severamente no aceptar cualquier contraorden a la orden de no aceptar contraórdenes.

-Como no estén esas galletas, un cuarto de hora antes de que venga la visita de las once, te envío de nuncio a Mongolia.

-¡Me gusta Mongolia!

-Pues te enviaré de capellán a un atunero en alta mar.

Once de la noche, dos días después

2 de marzo



Henry de nuevo en otro avión. Esta vez camino de China. Le quedaban aún ocho horas de viaje, y tras cuatro horas de vuelo ya estaba agotado. No sólo eran las horas que llevaba encerrado allí con el ruido de los motores, eran las dos horas de espera en la terminal, la media hora de coche hasta el Aeropuerto de Fiumicino, la maleta que había tenido que hacer esa misma mañana, el tener que levantarse a las cinco de la mañana... tantas cosas. Trataría de distraerse una vez más, se había traído libros, se levantaba a beber un poco de agua en la parte trasera, estiraba las piernas. Ya había visto una película entera, y media de otra que, al final, no le había interesado. Si esos viajes eran muy cansados para un joven en la plenitud de su vigor, para un septagenario pesaban como una losa.

Podía parecer increíble que una institución con más de un millón de fieles, careciera de un avión privado. Pero así era. Se usaban líneas aéreas comerciales. Y la norma era que todos viajaran en clase turista, salvo el cardenal y el secretario que lo acompañase, en caso de que viajara acompañado. Al menos, en Secretaría de Estado, tenían los teléfonos de cuatro millonarios que habían

ofrecido sus jets privados, por si alguna vez el Papa tenía necesidad de ellos para algún desplazamiento. Dos veces se había hecho uso de tan amable oferta. Pero el ofrecimiento era sólo para el Santo Padre. Henry, al sentarse en su butaca de ese mastodónico Boeing, a menudo pensaba en el humilde nazareno que a lomos de un asno se movería por las riberas del lago de Galilea. Por ese humilde viajero, estaba él en ese avión. Había una gran diferencia, entre la túnica del Mesías y las sotana del cardenal, entre ese asiento con masaje y la grupa de un mulo. Pero la misión era la misma. Todo tenía como fin que el Evangelio se extendiese, penetrase en los corazones de los hombres. Y, francamente, el cardenal con gusto hubiera preferido desplazarse andando por el campo durante un día o dos, a encerrarse horas y horas en esos armatostes volantes. Hubiera preferido que le cayera la lluvia en la cara, hubiera preferido tener que arrebujarse en su mante ante el embate del frío del invierno judío, antes que someterse a esas claustrofóbicas sesiones de inmovilidad aérea. Pero todo sea por Él, se repetía el cardenal mientras sacaba papeles de su maletín para ir adelantando algo de trabajo.

Trabajo, libros, películas, así fue discurriendo el tiempo, las horas. An bordo del avión, Henry se había visto entera una película sobre Roma. En la sección de películas del avión había tres sobre la Urbe, sin duda porque el avión partía justamente de allí. Ya había visto la clásica *Vacaciones en Roma*, así que ésa la dejó, aunque vio algunos minutos. Nunca había entendido como un título tan aburrido

y superficial había tenido tanto éxito. Los japoneses siempre hacían cola delante de la Bocca de la Verità a causa de esa soporífera película. Vivir para ver. La que sí que había comenzado a ver era *A Roma con amor*. Título completamente prescindible de Woody Allen. Cuando Allen filmó esa película, hacía muchos años que Woody no era Woody. Eso sí, el cardenal reconocía que el único interés de la película, y no era poco, era ver las calles de Roma limpias. Lo cual las hacía casi irreconocibles.

La tercera película del avión sobre Roma, que tampoco vio entera, pero que también miró un rato, era *Quo Vadis*. Los turistas piensan al llegar, que se van a encontrar con la Urbe de Nerón. Basta que la recorran un día, para que se convenzan de que la ciudad de los emperadores, yace seis metros bajo tierra. Y que lo que hay sobre el suelo es la Roma de los Papas. En fin, el cardenal entre las películas sobre Roma, un artículo de teología y la *Teodramática* de Hans Urs Von Balthasar, fue pasando el tiempo.

Al llegar a Pekín, como siempre, un coche con dos adjuntos de nunciatura le esperaba, allí era el mediodía. Esa tarde tendría una cena oficial en la misión diplomática de la Santa Sede. Había que resistir la tentación de acostarse a dormir en mitad del día, y que los ritmos horarios del cuerpo se desbarajustasen completamente.

Al día siguiente

3 de marzo



A las doce del día siguiente, tuvo una larga entrevista primero con el Vicepresidente del Gobierno Chino, y por la tarde con el Ministro de Asuntos Exteriores. Había que hacer algo frente a las presiones que el Ejecutivo estaba ejerciendo sobre algunas diócesis. El partido en el poder no tenía nada que ver con el anticristianismo del antiguo Partido Comunista Chino. Las presiones actuales ya no eran ni sombra de las verdaderas persecuciones sufridas decenios atrás. Se había producido una apertura verdadera. China vivía su particular perestroika. Una perestroika férreamente controlada. La libertad había eclosionado en China hacía ya años, e iba produciendo más y más frutos. Pero el Ejecutivo todavía conservaba viejas costumbres. Sobre todo a la hora de castigar a alguien, por haber ejercido la denuncia pública. Algunos obispos entraban dentro del *número de los niños malos a los que hay que castigar*, por usar los mismos términos del Vicepresidente. Como si una nación de 1.400 millones de habitantes fuera como una clase de estudiantes a la que hay que enseñar y disciplinar.

El Cardenal Williams calló, tragó sapos, sonrió y trató de limar asperezas. Sí, cuando más de cincuenta presbíteros estaban en la cárcel, bajo condiciones muy duras y condenas de años, había que

hacer algo. Aunque únicamente fuera limar asperezas. No se podía esperar cosechar nada de aquel viaje. Pero, por lo menos, se iría abriendo una puerta de entendimiento, de cordialidad. Esos cincuenta presbíteros sufrientes en calabozos, merecían que la mejor diplomacia del mundo fuera tejiendo su tapiz de relaciones humanas. No sería rápido, podían pasar uno o dos años. Pero, poco a poco, Henry esperaba irlos sacando. Occidente olvidaba cuán fácil era para una burocracia como aquella, el olvidarse de cincuenta prisioneros en un país de casi un millar y medio de habitantes. Pero no, el Vaticano no les olvidaría. Para cosas como ésa, estaba creada la Secretaría de Estado.

Por la tarde, el Ministro de Asuntos Exteriores de la República Popular China, un hombre mucho más comprensivo que el Vicepresidente, captó con nitidez el mensaje de que la Iglesia no quería ser enemiga de nadie. Henry no tardó en comprender que con el Ministro no sólo limaría asperezas, sino que hasta podría conseguir algo. No sólo eso, media hora después, entendió que el Vicepresidente le había llamado al Ministro de Asuntos Exteriores. Por lo que estaba viendo, parecía claro que la consigna llegada de arriba había sido la de llegar a algún acuerdo. El Vicepresidente había mostrado al cardenal la cara dura, le había echado un rapapolvo. Pero por la tarde había llamado al Ministro y le había

dicho: está bien, llegad a algún tipo de compromiso que permita pasar página.

El Ministro hizo sentar enseguida en un sofá al cardenal. El purpurado señalando a su secretario personal, le hizo notar que le había traído un regalo del Vaticano. Los ojos del Ministro se iluminaron al abrir el estuche de piel que contenía un impresionante icono de la Virgen María elevándose al Cielo entre diez ángeles. La pintura de tonos suaves estaba enmarcada en un impresionante trabajo de plata repujada. El icono había costado dinero, sí. Pero Henry prefería gastárselo en ese regalo, mejor que en equipos de abogados defendiendo ahora a los sacerdotes, y en el futuro a los obispos. De nuevo se volvieron a sentar en el sofá. La sonrisa del Ministro ahora era más afectuosa. Aunque la reunión se alargó una hora, bastaron treinta minutos para que ambos hombres se entendieran.

En una negociación, uno recibe, pero tiene que dar. El Ministro recibió seguridades de que Roma hablaría con la Conferencia Episcopal China para bajar el tono de las críticas en sus comentarios. Por su parte, el Ejecutivo permitiría la reapertura de las iglesias cerradas, y daría carpetazo a todas las investigaciones policiales emprendidas contra varios obispos y sacerdotes. Ambos comprendían que ninguno salía ganando con una escalada de la tensión.

Sí, además, conforme pasaba más tiempo, Henry se confirmaba en la clara impresión de que el Vicepresidente le había llamado al Ministro para darle consignas. Y la consigna era llegar a un acuerdo. ¿Por qué los seres humanos reaccionan de forma tan imprevisible, tanto para bien como para mal? Era un misterio. Los nuncios de la Santa Sede comprobaban, a lo largo de su vida como embajadores, cómo una visita podía hacer milagros. Nunca se podía preveer hasta qué punto le ibas a caer bien a alguien. Lo cual, en ocasiones, ocurría por la razón más insospechada. Y los poderosos de este mundo siempre estaban más que dispuestos a demostrar una gran verdad, que se decía en tono de confidencia: *aquí yo soy la ley*. Existía algún resorte psicológico por el que los poderosos de este mundo estaban más que dispuestos, deseosos, de demostrar que en ese país a ellos les bastaba descolgar un teléfono. Éste era el gran poder de la diplomacia. La razón por la que llevaban existiendo embajadores desde hacía siglos.

Al acabar, la reunión en la que, como era lógico, no se firmó nada. El Ministro le hizo pasar a una sala preciosamente decorada con jarrones y pinturas de garzas y ocas chinas. Allí tomaron una copa de champán con sus secretarios, los dos secretarios de Henry y los tres del Ministro, todos los cuales habían tenido que esperar fuera del despacho. El cardenal hubiera deseado no probar ni un canapé. Entre canapé y canapé, había engordado tres kilos ya en los

últimos meses. Pero ahora tenía que ofrecer signos de máxima amabilidad. Así que si había que engordar, se engordaba. Tuvo que comer a la fuerza media docena de estos. Los cuales, sea dicho de paso, eran deliciosos. Henry se repitió a sí mismo: *Si hay que engordar, se engorda. No sea que todo se estropee ahora con el rechazo de los canapés.* El ambiente fue de lo más distendido: el Ministro, jocoso, muy atento con sus huéspedes, reía todas las bromas. El cardenal pensó que parecía mentira que ese hombre sonriente, que le insistía en que probara un canapé de lengua de pato con caviar auténtico, fuera parte de un Ejecutivo que había comenzado a provocarles gravísimos problemas. Para empezar, si las cosas hubieran ido a peor, varios obispos corrían el riesgo de haber pasado varios años en la cárcel. Resulta increíble lo crueles que pueden llegar a ser los poderosos con los débiles que osen clamar contra ellos. Se producen, a veces, reacciones viscerales cuyas consecuencias pueden provocar sufrimientos muy notables.

Probablemente, también entre el clero chino habría sacerdotes que despreciarían al Vaticano, considerándolo una especie de traición a la sencillez del Rabí galileo. Pero si varios de sus obispos seguirían libres para predicar las enseñanzas del Rabí, era porque la Secretaría de Estado de la Santa Sede había movido sus hilos con la mayor de las finuras. Un buen hacer con una experiencia de siglos. Esos mismos sacerdotes críticos nunca se enterarían de que varias de sus parroquias habían sido reabiertas

gracias a esa institución que ellos criticaban con bastante desparpajo e ignorancia. Pero qué se le va a hacer, pensó Henry, nuestras pequeñas y grandes victorias nunca salen en los periódicos.

-¿Y qué le ha dicho el Vicepresidente? –se atrevió a preguntar el Cardenal Williams, como sin dar importancia a la pregunta.

El cardenal observó que el Ministro de Exteriores ante su pregunta apretó los labios y medio cerró los párpados, en un gesto complejo y de difícil interpretación.

-No le oculto que, al principio, estaba seco y exigente –respondió el Ministro.

Dadas las rivalidades que hay en el seno de todos los gabinetes de ministros, el cardenal sabía que nunca conocería la trastienda de las relaciones entre el Vicepresidente y el Ministro. Aun así Henry pensó que, tal vez, podría atisbar algo de lo sucedido. Por sus informes, Henry sabía que la relación entre ambos siempre había sido tensa. Era posible que el Ministro se fuera algo de la lengua. Así que Henry continuó:

-El Vicepresidente me ha dicho por la mañana: *Aquí no hay nada que negociar. Nosotros tenemos todo el poder de las leyes. Leyes que el Pueblo se ha querido dar a sí mismo. Podemos cerrar las iglesias que queramos. Y los obispos tendrán que obedecer. Punto final.*

El Ministro de Asuntos Exteriores pensó: *Sí, ése es el estilo del Vicepresidente Chiang-Yó.* Pero se guardó mucho de decir nada. Se limitó a preguntar con un toque de picardía:

-¿Y usted que le ha dicho, Eminencia?

Henry captó en la mirada y en el tono, que su interlocutor, en realidad, lo que quería haberle preguntado, hubiera sido: *¿Y usted que le ha dicho al bobo de nuestro vicepresidente?* Así que Henry se animó:

-Le he dicho, con suavidad, que en el mundo hay muchos presidentes de naciones católicas, a los que bastará llamar, para que se tomen mucho interés en defender a la Iglesia Católica. La cumbre del G-20 tendrá lugar dentro de tres semanas. Si quiere que éste sea el primer tema que le aguarde sobre la mesa, adelante. Y a partir de allí, es cuando ha comenzado la negociación verdadera.

-¿Y el Vicepresidente ha cambiado de actitud?

-Créame que sí. Le he dicho que en el mundo hay 1.400 millones de católicos, y que nosotros nos íbamos a defender. Al final le he preguntado: *¿vale la pena que se resienta la imagen de un país como China por cincuenta sacerdotes?*

-No, no, ¡desde luego! Además, para nosotros son inocentes, mientras no se demuestre lo contrario –añadió con cinismo el Ministro de Exteriores, como si él no perteneciera al Consejo de Ministros y no tuviera, por tanto, parte de culpa. El Ministro prosiguió: Y a China ahora le conviene tener una buena imagen. Ya

sabe que la presión en el Congreso de Estados Unidos es muy fuerte para que se aprueben restricciones al comercio con nosotros. Este tema hubiera añadido más leña al fuego.

-Tranquilo. En nosotros siempre encontrará facilidad para el acuerdo y la mejor actitud para la colaboración. La tensión entre naciones siempre es desagradable, y menos por un grupito tan pequeño de ciudadanos. Sea dicho paso, todos ellos acusados el mismo día por delitos de evasión fiscal o cuestiones contables. Nadie estaba acusado, y de pronto un buen día hay esos sacerdotes son investigados y entran en prisión con cargos por este delito.

-No sabía nada de esto –dijo el Ministro mintiendo descaradamente.

Henry prefirió no remover el tema y se limitó a tomar un zumo natural de guayaba de la bandeja que le ofreció un camarero. El Ministro continuó:

-China tiene muchos conflictos que solventar en esa reunión del G-20. Lo último que hubiera querido nuestra delegación, es añadir un problema más. Ciertamente, usted le ha tocado al Vicepresidente en un punto que le resulta muy sensible.

-Señor Ministro, son muchos años lo que llevo en este puesto. Cuando hay que defender a la Iglesia, no nos tiembla la mano en mover todos los resortes internacionales de los que dispongamos. ¿Qué sentido tendría urdir esa red de resortes, si no fuera para situaciones como ésta?

-Sí, sí, le entiendo.

-No somos coleccionistas de relaciones humanas y diplomáticas.

-Me imagino que a lo largo y ancho del mundo tendrán siempre problemas –comentó el Ministro.

-¡Siempre! Si no es un lugar es en otro. Por alguna razón, los políticos tienen propensión a castigar a los que les dicen que no. Podría no existir en el Vaticano la Secretaría de Estado. Pero entonces veríamos como, a veces, en un mes, desaparece lo logrado en un país de misión con el esfuerzo de toda una generación. Los gobiernos controlan las leyes, aprueban decretos de expropiación, crean nuevos reglamentos que concretan las leyes, toman decisiones administrativas. Tienen medios para castigarnos. Pero nosotros, siguiendo los consejos de Nuestro Salvador, tratamos de ser astutos como serpientes. Desde hace dos mil años, lo hacemos lo mejor que podemos.

-Lo veo. Acerca de eso, no me tiene que insistir.

El Ministro de Asuntos Exteriores había estudiado en Oxford y Georgetown. Era un hombre de mundo, no un ignorante hijo de un funcionario del Partido. Él era un hombre flexible con el que se podía negociar. El Ministro sabía que no hubiera logrado más del cardenal por ser desagradable y maleducado. Mientras que el Vicepresidente en raras ocasiones había salido de China, conocía muy poco acerca de la Iglesia. Era el típico burócrata que cree que

se arreglan las cosas exigiendo y castigando. Aunque, eso sí, en algunos momentos de la reunión que tuvo Henry con el Vicepresidente, el mandatario le miró con extrañeza y curiosidad. Las vestiduras negras del purpurado, su cruz pectoral con piedras engastadas, su anillo grueso de oro, le despertaban una cierta fascinación por saber más acerca de él y del reino espiritual al que representaba. ¿Tendría poderes ese extranjero revestido con misteriosos ropajes? El mandatario le consideraba como una especie de brujo. En lo más profundo de la mente del vicepresidente se preguntaba si ese extranjero que estaba sentado allí, sería un hombre con capacidades mágicas. Había visto clérigos en muchas películas occidentales. Y siempre le habían parecido hombres poseedores de un saber arcano y con conexiones con el más allá. Pero el Ministro de Asuntos Exteriores era totalmente distinto. En un momento dado, el Ministro, sin dejar de sonreír, hizo un ligero ademán de acercarse al oído del cardenal, y le dijo:

-Le voy a confiar un secreto. Mi madre era católica.

-¿Ah, sí?

-Vi con muy malos ojos que el Vicepresidente, por ciertos ataques personales, reaccionara de este modo contra la Iglesia. En ese momento, no pude hacer nada.

La realidad había sido algo distinta. También él, el Ministro, había asentido a la decisión del Presidente de atacar a la Iglesia, para no destacarse. El Ministro continuó:

-Pero su visita me ha ofrecido en bandeja de oro la oportunidad de hacerles entender que la presión internacional que ustedes pueden ejercer, es más grande de la que ellos se imaginan. A veces, para que una cosa salga adelante, sólo se necesita un empujón. Su visita ha sido ese empujón. El enfado del Vicepresidente ya se había calmado una semana después de aquel Consejo de Ministros, y la fecha del G-20 se acerca.

Ambos hombres estuvieron charlando cordialmente quince minutos más. El cardenal al despedirse, le invitó a visitar el Vaticano. El Ministro se sintió tentado a poner una fecha ya. Le apetecía muchísimo ir.

-Yo mismo, en persona, le mostraré el Estado de la Santa Sede por dentro. Desde los jardines hasta el tesoro pontificio. Anímesese a venir.

-¿En serio? Pues sí que me complacería ir. Se lo aseguro.

-Y dentro de tres años, le conseguiré un pase para la consagración de nuevos cardenales. Aproveche algún viaje de trabajo que tenga que hacer por Europa, y véngase a esa ceremonia. Le aseguro que le encantará. Sobre todo a usted, representante de un pueblo, como el chino, que ama tanto las ceremonias.

Los dos hombres se despidieron al cabo de media hora más. En el coche, camino de nunciatura, una vez más, pensaba que seguro que habría algún misionero europeo que clamaría en alguna aldea

china contra el *aparato vaticano*. Pero si ese misionero tenía una pequeña iglesia abierta, si no estaba obligado a pedir permisos y autorizaciones para ejercer su labor, era por ese *aparato*. Era muy fácil criticar los palacios romanos de suelos de mármol, desde un pueblecito al lado de una selva birmana. La ignorancia hace fácil ese tipo de críticas. Pero qué lejos estaba de saber, cuántas veces había muchos pueblecitos como ése, que si contaba con ese misionero, era gracias al buen hacer de los diplomáticos salidos de la Academia Pontificia.

El coche oscuro recorrió una larga avenida de ocho carriles en cada lado, flanqueada por imponentes rascacielos. Henry tuvo un pensamiento acerca de la vanidad de las cosas de este mundo. Antes estuvo el Imperio Británico, después vino el Imperio Americano, ahora estamos en los comienzos de un nuevo Imperio Chino. Ojalá que los chinos nos traten tan bien como los norteamericanos.

Henry, que miraba distraidamente desde el asiento de atrás del automóvil que le llevaba a nunciatura, preguntó:

-Por favor, ¿es eso un centro comercial?

El adjunto de nunciatura, que iba en el asiento del copiloto delantero, contestó:

-Sí, eminencia.

-Vamos allí. Deseo comprar algunos regalos a mis sobrinas.

-Tenemos una cita dentro de cuarenta minutos con la familia Men-sché. Nos retrasaríamos.

-Aun así, vamos a entrar... nada, lo mínimo.

Henry pensó que un cardenal tiene el privilegio de poder hacer esperar. Además, la cita siguiente era de carácter no oficial. Se trataba de una riquísima familia que le había invitado a almorzar. Ese tipo de comidas eran especialmente criticadas por los curas de la Teología de la Liberación. Pero esa familia había pagado la construcción de varias parroquias, así como el mecenazgo de una universidad católica. Lo menos que podía hacer ahora, era aceptar esa invitación. El cardenal pensó:

-Algunos curas critican este tipo de almuerzos con millonarios. Pero qué le vamos a hacer. Somos los mendigos de Dios. Prefiero que algunos curas me critiquen, y que esas universidades existan, y que los pobres tengan un techo bajo el que poder reunirse a elevar sus oraciones a Dios.

-Perdone, eminencia, ¿pero piensa entrar vestido así en el centro comercial?

Henry se dio cuenta del modo como iba vestido. Lo había olvidado, para él era normal. Por un momento pensó en sacarse la sotana dentro del coche. Pero además llevaba el fajín y la esclavina. Realizar la operación de sacarse todo dentro del coche, era complicado. Además, después tendría que volvérselo a poner, también en el coche. Pues sus anfitriones le recibirían en la puerta de su casa. Y tenía que llegar vestido de etiqueta.

-Tienes razón, Alessandro. Dile al conductor que continúe, que no se desvíe.

Diez de la mañana, del día siguiente

4 de marzo



Henry se había reunido con el cardenal de Pekín. Le estaba informando de las conversaciones con el ejecutivo chino. Por la tarde, Henry retornaba a Roma. El cardenal Yong, un hombre grueso y anciano, de aspecto taciturno, desde su gran sillón, que él llenaba enteramente, miraba con desconfianza al Secretario de Estado. Después de un rato en el que Henry le puso al tanto de lo hablado, tocaron otros temas. Ocho minutos después de que la conversación vagara por distintos asuntos, Henry le preguntó:

-¿Así que esos grupos le han dado problemas?

-Sí, sí –respondió sin entusiasmo el Cardenal Yong, de un modo un poco ladino.

-Créame, considero que hay que poner un dique a esta mentalidad. La Iglesia no puede ser una democracia. Hablaré con el Prefecto de la Congregación del Clero. Esto ya ha...

-Cardenal Williams, ¿a qué ha venido a China? –le interrumpió el cardenal Yong.

-¿Cómo? –preguntó un desconcertado Henry.

-Que a qué ha venido a China. ¿Qué ha venido a hacer?

-Pues... a lo que le he dicho. Las conversaciones con...

-Para eso podría haber enviado a su subsecretario o a otro oficial de la Secretaría.

-El tema era importante.

-Ya.

Entre ambos hubo una mirada de desconfianza. Un silencio denso. Después el cardenal chino dijo:

-Pienso que, con la excusa de la conversación con el ministro, ha venido a sondearme a ver qué pienso acerca del movimiento democratizador dentro de la Iglesia.

-No.

-Sí. Lo ha hecho conmigo, como lo ha hecho con otros importantes prelados del mundo.

-Se equivoca –la contestación de Henry fue seca.

-Pues que sepa que yo estoy a favor. En Roma tienen miedo. Y tienen miedo porque estas iglesias nacientes, pujantes, serán la mayoría en el futuro. Tienen miedo a la modernidad.

Henry le escuchó en silencio con evidente insatisfacción. Al final, tras escucharle un rato, decidió que se marchaba, no sin antes decir al prelado chino:

-Eminencia, la Iglesia lo que ha de ser es ella misma. Lo único que ha de preocupar a la Iglesia es ser fiel a sí misma. Usted piensa que la democratización traerá aires nuevos. Pero se olvida de que ya hay grupos evangélicos y presbiterianos que han seguido ese

camino desde hace siglos. Y es un camino que conduce al desastre. En la Iglesia la autoridad viene de arriba. Las iglesias ortodoxas se han mantenido fieles a la Tradición, y han perdurado.

Como si al Cardenal Yong no le importara nada de lo que Henry decía, le preguntó:

-¿Ha preguntado a los obispos chinos acerca de este tema de la democratización?

A Henry no le gustó nada el aire de interrogador de su interlocutor. Pero se mordió la lengua y contestó sin alterarse:

-Sí, monseñor, he preguntado a muchos prelados del mundo sobre este punto. Y haré todo lo que esté en mi mano. Aunque aquí en China no. Sencillamente no he tenido tiempo.

-No es eso lo que me han dicho.

-Le hayan dicho lo que le hayan dicho, le aseguro que haré lo posible por detener esta corriente.

-Ve cómo al final usted descubre los propósitos de su viaje. Sabía que no vendría hasta Pekín sólo por cuestiones... menores.

-¿Le parece una cuestión menor tener a cincuenta sacerdotes en la cárcel?

El Cardenal Yong le sonrió con aire de superioridad. Después se dignó añadir sin prisas:

-Con todo respeto, esos presbíteros se habían metido en campos que no eran los suyos. La Justicia no les presentó los cargos por haber predicado el dogma precisamente.

-¿Qué quiere decir con eso?

-Que, en cierto modo, se lo merecían.

La mirada del Cardenal Yong venía a decir: *Éste es un asunto nuestro. No tenía que haberse inmiscuido.* Pero en la Secretaría de Estado, precisamente, consideraban que los obispos chinos no estaban haciendo mucho por liberar a esos sacerdotes repartidos por todas las diócesis de esa extensa república. Por eso habían decidido intervenir.

-Eminencia –dijo Henry con serenidad-, esos sacerdotes se habían destacado por su unión con Roma, y por su defensa de la libertad y los derechos humanos en inofensivos sermones.

-Cardenal Williams, ustedes son extranjeros. No pueden entender que respecto a la Sede de Pedro aquí existe una situación *sui generis*.

Cuántas veces Henry había oído el mismo cuento de que como eran extranjeros, no les podían entender. El Secretario de Estado le miró con condescendencia. Henry continuó:

-Y la libertad es un don de nuestro Padre Dios a sus hijos. Ningún ser humano tiene derecho a arrebar lo que el Creador a otorgado. El Evangelio nos impele a hablar de los derechos humanos.

-Esos sacerdotes sabían donde se metían, ahora deben aceptar las consecuencias de sus actos.

-Pero...

-¡No! ¡Eminencia, no! No necesitamos que nadie de fuera venga a decirnos cómo hacer las cosas. No somos niños.

El Cardenal Williams ya estaba hartándose un poco de que el Arzobispo de Pekín le tratase como un rector trata a un seminarista suyo. Así que Henry le dijo:

-Es usted muy libre de pensar lo que quiera. Bien, ha sido un placer –dijo levantándose-. Nos veremos en Roma en el consistorio de mayo.

La tarde del mismo día que
había hablado con el cardenal de Pekin

5 de marzo



Henry aburrido paseaba y paseaba por la terminal. Llevaba atascado en ese edificio ya cinco horas. Desde detrás de las extensas cristalerías, se veía cómo los grandes aviones estaban cubiertos de blanco por la furiosa tormenta de nieve que estaba cayendo. Un manto de veinte centímetros cubría aparatos, pistas y todos los vehículos menores. En febrero era razonable, pero no era estadísticamente normal que una corriente de frío polar bajara hasta Pekin en los primeros días de marzo. Dos subsecretarios de la Secretaría de Estado, sentados a veinte metros de distancia, charlando entre sí, le guardaban las maletas a Henry. El cardenal con un simple clergyman negro y su cruz, paseaba para hacer ejercicio. Ya había visto cientos de veces los escaparates y librerías de la entera terminal. Su longitud la había recorrido de un extremo a otro más de veinte veces. Si los servicios secretos chinos le seguían, como así lo esperaba, desde luego ese día habían tenido que caminar más de dos horas. Dos horas repartidas en esas interminables cinco horas de espera.

Ni siquiera podía ocupar ese tiempo en aligerar la carga de e-mails de su correo electrónico. No era seguro hacerlo desde allí. Sus claves podían ser interceptadas en el aire. Si lo hacía desde un ordenador fijo, en un punto de Internet de pago, cuando abandonase el ordenador, podía venir un agente acompañado de la policía y llevarse el equipo para recuperar su contraseña almacenada en alguna pequeña línea de la memoria transitoria del disco duro. No, sus correos debían ser sólo leídos en el ordenador de su despacho y sólo allí. Los correos de segundo rango, menos importantes, podían ser leídos en los ordenadores de las nunciaturas. Ni siquiera los e-mails de naturaleza enteramente personal podían ser consultados fuera de los lugares que le habían determinado. En su caso, hasta los e-mails más inocentes podían ser usados de formas que no podía imaginar.

El Servicio de Seguridad del Vaticano les insistía a todos los integrantes de Secretaría de Estado, en que el interesado jamás sabe qué uso retorcido se puede hacer de un e-mail personal, del e-mail que pueda parecer más intrascendente. Como mínimo se ofrecía información acerca de amistades y familiares. Por un solo e-mail se habían descubierto direcciones, cabos de hilos de los que después se había podido tirar, hasta atrapar a un clérigo de formas que jamás había podido imaginar. No importaba lo inocente que fuese un trabajador de nunciatura, no importaba que no hubiese nada que ocultar. Algunos gobiernos poseían capacidades asombrosas para

chantajear a alguien inocente. Por eso, por más que se acumulasen e-mails, estos deberían esperar. Únicamente quedaba el hacer ejercicio a través de aquellos interminables paseos por la terminal. Pero ya estaba harto de pasear. Se acercó a los dos monseñores y les dijo con energía, una vehemencia que ocultaba su enfado.

-Cenamos. Coged las maletas y vamos a un restaurante.

-He visto uno que parece bueno y económico junto al Kentucky Fried Chicken –sugirió el monseñor más joven.

-No, no. Me apetece cenar en un buen restaurante. Ya estoy harto de mala comida en las terminales. Hemos estado cinco horas aquí y podemos estar quién sabe cuánto más. Al menos, vamos a tener una buena cena.

Al día siguiente por la tarde

6 de marzo



El cardenal llega a Roma por la tarde. Durante los próximos tres días, Henry se dedicaría a descansar. No había puesto ni un solo compromiso en su agenda. Tres días dedicados a vivir en paz. Leería, se marcharía a pescar, invitaría a cenar a un par de amigos, vería la televisión, leería la Biblia, haría alguna peregrinación de medio día a alguna iglesia de su elección, aceptaría alguna invitación (largo tiempo recibida) a visitar en su casa a algún embajador. Al día siguiente, se marcharía andando hasta la Basílica de San Pablo Extramuros, emplearía toda la mañana en ello. Lo haría como peregrinación, vestido con un simple clergyman. Además, le venía bien hacer ejercicio. Se tomaría un helado de pistacho por el camino.

Con otros amigos saldría pasado mañana a tomarse un pastel de queso y trocitos de naranja confitada en la Piazza del Popolo, sin otro trabajo que el de mirar a las palomas en sus vuelos por el cielo, y hablar con sus viejos amigos de los años en que habían estudiado juntos. También iría al cine una de esas tardes. Llegó a pensar en la posibilidad de no llevar ningún móvil en el bolsillo esos días. Pero no podía hacer eso. Su cargo de Secretario de Estado le obligaba a

estar disponible si ocurría alguna emergencia. Incluso el mismo Santo Padre podía requerir su presencia en algún momento. Aunque esas ocasiones eran muy raras, y ninguna emergencia turbó esos días de asueto. Aun así, el teléfono estuvo conectado día y noche.

Cuando su secretario le llamó para preguntarle si podía hacer una excepción y pasarle una breve visita durante esos días, Henry le dijo enfadado que no quería oír ninguna llamada por ninguna razón. Mucho menos una visita.

-A no ser que haya un golpe de estado en el Vaticano o caiga un meteorito en la Plaza de San Pedro, no quiero escuchar este teléfono para nada. ¿Me entiendes?

Dos días después, al atardecer

8 de marzo



Henry se hallaba felizmente sentado en un banco de Villa Borghese. Había salido a pasear con una mochilita a las espaldas. Una muy pequeña en la que apenas cabían un par de cosas. Nada le identificaba como clérigo. Quería pasar enteramente desapercibido. Vestido como sacerdote multiplicaba las posibilidades de ser reconocido. Deseaba descansar en el más completo anonimato. En ese banco del parque, había estado leyendo parte de *La subida al monte Carmelo*. Le gustaba leer al aire libre. No le distraían las personas. O si le distraían, lo consideraba parte de esa lectura relajada. Fruto de quince años como nuncio en tierras de Latinoamérica, leía perfectamente en español. Desgraciadamente, leer las páginas de ese autor del siglo XVI, suponía tropezar continuamente con las palabras. Algunas frases debían ser leídas dos o tres veces, para ser entendidas, finalmente, en su sentido general. El cardenal reflexionó las últimas palabras leídas en el libro:

...[ellos] *ven la hartura del dulce espíritu de los que están a la diestra de Dios, la cual a ellos no se les concede. Y justamente cuando corren hacia siniestra, que es cumplir su apetito en alguna*

criatura, no se hartan. Pues dejando lo que sólo puede satisfacer, se apacientan de lo que les causa más hambre. Claro está, pues, que los apetitos cansan y fatigan al alma.

El texto era de ardua comprensión. Pero sí, los apetitos cansan y fatigan, pensó, mientras veía a las parejas de enamorados andar de la mano o darse besos o jugar corriendo por el césped. Unos jóvenes esposos ayudaban embelesados a que su angelito de casi un año diera sus primeros pasos. El cardenal observó como esos pasos titubeantes, para él carentes de todo interés, constituían el más grande portento para esos padres amorosos. Dos turistas alemanas pasaban en bicicleta delante de él.

Lo tercero que hacen en el alma los apetitos es que la ciegan y oscurecen. Así como los vapores oscurecen el aire y no le dejan lucir el sol claro, o como el espejo tomado del vaho no puede recibir serenamente en sí el rostro, o como [en] el agua envuelta en cieno no se divisa bien la cara del que en ella se mira.

Henry meditó lo distinta que hubiera sido su existencia sobre la tierra, si hubiera vivido en un monasterio, dedicado a su alma y a su huerto. Él había entregado su vida a Dios, a través del servicio a la Iglesia.

-Si me hubiera hecho monje, me hubiera dedicado al Misterio del Altísimo y sólo a eso. Mientras que mi vida ha sido tan distinta... Ciertamente no siento remordimiento, la he empleado bien. Me he dedicado a las cosas de la Casa de Dios, a arreglar

problemas en ese gran edificio espiritual. El Rebaño de Jesús... He sido como un fontanero, un fontanero de una casa muy grande. Averías, inundaciones, filtraciones, goteras de un edificio invisible.

Henry recordó las más de treinta veces que, en su vida, había estado en un monasterio. No había resistido en ellos más allá de los cinco o seis días de retiro. No era ésa su vocación. Pero qué distinta existencia hubiera tenido allí. En la Secretaría de Estado, a veces habían entrado clérigos que no habían durado más de un par de meses. Si me quedo aquí más tiempo me muero, había oído de la boca de alguno de ellos. Sí, sin duda, él se había dedicado a aquello para lo que Dios le había creado. Por eso su trabajo no le había desgastado. El trabajo podía ser intenso, pero a la mañana siguiente siempre se encontraba fresco como una rosa. Dispuesto para afrontar nuevos problemas.

Ahora se encontraba feliz en ese banco, disfrutando de ese cielo azul. Pero mañana estaría de nuevo en su despacho, en la agenda ya había una mañana de reuniones y visitas, y lo haría con gusto, con dedicación. Le gustaba su trabajo. Trabajaba en un lugar bonito, rodeado de objetos bellos, con colaboradores vestidos con sotanas de monseñores. Otros se morían de gusto por estar un minuto delante del Papa, Henry lo veía cada vez que quería, sólo tenía que llamar por teléfono y ni siquiera tenía que subir un piso, bastaba salir del despacho, recorrer un pasillo y atravesar cuatro puertas.

Con un cierto orgullo, pensó que la diferencia entre él y el cura rubio de acento norteamericano, que pasaba delante guiando un grupo de turistas por ese parque, era que a él le bastaba coger su teléfono móvil y llamar al Romano Pontífice para que en una hora pudiera estar en los aposentos papales charlando con Su Santidad. Sólo tenía que marcar un número, para que un coche con matrícula SCV, Stato della Città del Vaticano, se presentara a la entrada de ese parque para recogerle. Eso le ofrecía una extraña y agradable sensación de poder, de autoridad, una sensación interna, de delicado sabor. Pero no debía consentir en ese tipo de pensamientos. Era fácil el camino hacia la soberbia. De aceptar pensamientos como ése un momento, se pasaba, poco a poco, insensiblemente, a ir cambiando el carácter.

En tantas charlas, había advertido de esto a los jóvenes inexpertos, que cada año eran admitidos en esa simiente de futuros nuncios, que es la Academia Pontificia. Había que resistir todo tipo de delectación impura. Y ésta era más sutil que la de la carne. No era más destructiva que la de la carne, aunque así lo repitiesen los padres predicadores. La carne tiene el poder de anular al eclesiástico. La soberbia simplemente le vuelve desagradable, lo envuelve de mal olor. La carne destruye. El orgullo vuelve humano lo que debería ser divino. Había conocido nuncios bajo los efectos de esta enfermedad. Pocos. Muchos menos de los que el mito popularmente afirma.

Otra diferencia entre el joven cura norteamericano que había pasado, un cura jovial, feliz de estar en Roma, y él, era que ese cura veía las cosas con sencillez. Henry cerró sus ojos y se preguntó delante de Jesucristo si no estaría siendo demasiado humano en su trabajo. Las deformaciones profesionales no respetan ni a los purpurados. Y menos a los purpurados ancianos, esos purpurados con largo ejercicio de su autoridad. La visión humana de las cosas... No se había hecho sacerdote para ver las cosas como un hombre de este mundo.

Le vino a la mente, que debía tener una visión más sobrenatural especialmente con los cismáticos. Ellos no eran hombres malos, no eran el demonio. Eran eclesiásticos que como él rezaban el rosario, pasaban tiempo ante el sagrario y buscaban la gloria de Dios. También los cismáticos eran verdaderos creyentes. Desobedientes, pero creyentes. Desobedientes, pero renovados por la fe en Cristo. Si no lo fueran, si no fuera por las profundas convicciones que tenían, no se hubieran embarcado en las penalidades y complicaciones personales que conlleva emprender un cisma. Corrían el riesgo de perder sus residencias, sus lugares de desempeño del ministerio, sus rebaños. No, un cisma no se emprendía por egoísmo. Era un error, pero ese cisma no constituía un acto de egoísmo.

Un día tras otro, en su oración personal Henry tenía que recordar que no debía llevar su trabajo al nivel de la enemistad

personal. Había que hacer lo posible, para que ese grupo disidente fuera aislado y sus propósitos fracasasen. Pero todo ello desde la más profunda serenidad, sin la más leve malquerencia. Las pasiones humanas no debían entrometerse en la salvaguarda del orden eclesial. Ni odio, ni burla hiriente, ni frialdad glacial a la hora de tratar al hermano caído, ni palabras altaneras al tratarles. Había que ser metódicos en la erradicación del mal, pero sin que eso perturbase su propio ánimo, mostrando en todo momento el rostro de Cristo.

Delante pasaron seis holandesas con sus mochilas auestas. Dos de ellas pelirrojas, sonrosadas, esbeltas, altas, con cuerpos bien modelados por el deporte, transpirando por el ejercicio bajo sus delgadas camisas de algodón. El cardenal reflexionó:

-En efecto, mi vida podía haber sido muy distinta.

El cardenal Willimas bajó sus ojos y miró sus manos envejecidas, manchadas con las pecas de la ancianidad. Casi medio siglo tras su ordenación, no se arrepentía del camino que tomó en una encrucijada muy lejana, cuando estaba a punto de rellenar los impresos para ingresar en la facultad de economía.

Un día después

9 de marzo



El cardenal Henry Williams está en una de las salas del Palazzo Apostólico en el Vaticano. Ya no se halla vestido con una camisa blanca y una americana negra en un parque. Se muestra revestido con todo el esplendor de sus ropajes cardenalicios, con un magnífico crucifijo sobre su pecho, zapatos de cuero rojo, del mismo color que su sotana, solideo de seda sobre la cabeza y un anillo episcopal escocés de cientocincuenta años de antigüedad. Sí, eso ya no era un banco de un parque, sino una estancia cubierta con óleos manieristas colocados entre cortinajes granates. En el centro, alrededor de una gran mesa de roble, ocho cardenales. No ocho purpurados cualquiera, sino los pesos pesados de la Curia Romana, presididos por Clemente XV sentado en un extremo de esa mesa.

La sala se hallaba a siete mil kilómetros de Boston, pero allí se trataba de decidir hacia dónde dirigir el Concilio. La reunión ocupó cuatro horas de la mañana, y se prolongó dos más durante la tarde. No se discutieron generalidades. Durante todas y cada una de las horas se trataron únicamente temas concretos, esenciales para la marcha del Concilio Bostoniano. Durante varios momentos de la

reunión, los purpurados llamaron a una comisión de teólogos que trabajaban en la sala de al lado. Esos cinco teólogos, verdaderas enciclopedias andantes, revestidos con variados hábitos, con sus barbas canosas, con sus modales de profesor de universidad, expusieron con precisión insuperable algunas cuestiones sobre las que los purpurados les preguntaron o les consultaron. Las discusiones conciliares tenían su límite, había que ir forzando ya una serie de conclusiones. Todo concilio, toda reunión humana, corre el riesgo de prolongarse de forma indefinida. Se llega a un punto en el que hay que empujar hacia las conclusiones. Después de reunir a tantos obispos en Boston, después de tantas discusiones, de tantos documentos preliminares, los ocho cardenales alrededor de esa mesa debían comenzar a ofrecer un camino cierto que desembocase en un punto final.

En ese concilio se había rezado mucho, en ese concilio había santos obispos. Se había insistido en la naturaleza espiritual de esa reunión. Sin duda el Espíritu Santo había aleteado de forma invisible en las asambleas, donde se habían discutido las grandes cuestiones. Pero lo humano también pesaba. La forma humana de ver las cosas también se hallaba presente en algunas tendencias que se proponían a discusión. El Papa había pedido a medio centenar de conventos escogidos, que reforzaran sus oraciones para que la Sabiduría Infinita de Dios iluminase a los obispos y peritos allí reunidos. Esa

reunión que había tenido lugar en el Palacio Apostólico del Vaticano ayudaría a retomar la dirección correcta en varias cuestiones.

Acabada la reunión, el Secretario de Estado se dirigió a su casa, sabiendo que tendría que irse pronto a dormir. Al día siguiente, tendría que tomar un avión para Boston. Allí, debía reunirse con varias comisiones y tratar de reconducir algunos puntos que habían estado tornándose problemáticos, y que ahora se esperaba que, tras esa reunión, se solucionasen. El N° 2 del Vaticano, el hombre de confianza del Papa, iba a llegar a exponer la postura del Papa. Las nubes sombrías debían disiparse. Tampoco eran tantas esas nubes. El Santo Padre iba a dirigirse a Boston dos días después. El Cardenal Williams hubiera preferido ir en el mismo avión que él. Pero tenía que adelantarse a preparar el camino. Lo último que hizo esa noche Henry, fue programar una nueva hora en su despertador. De nuevo habría que madrugar. Cuando apagó la luz, se durmió en menos de un minuto, pensando si su maleta llegaría a destino o, como ya le había sucedido, se extraviaría.

Al día siguiente, sobre el Atlántico, a 11.000 metros de altura, Henry partía un solomillo en la bandeja de su asiento de clase business. Henry recordaba la trascendencia de lo que estaban llevando a cabo en esa ciudad del Estado de Massachussets. La cuestión no era: ¿qué espera la Iglesia del Concilio? Sino ¿qué espera el mundo del Concilio? Eran muchos los incluso no católicos

que aguardaban expectantes cada comunicación de una asamblea que era verdaderamente mundial. No era que los medios de comunicación esos días no tuvieran nada mejor de lo que hablar, sino que la Iglesia se había convertido en una institución planetaria, a la que miraban todos los habitantes del género humano. Unos con curiosidad, otros con afecto, unos solamente con respeto, algunos con desprecio, otros con aversión. Pero de lo que no había duda, era de que todos miraban hacia la Iglesia Católica. Con unos sentimientos o con otros, pero todos volvían sus ojos hacia ella. El Concilio lejos de ser un acontecimiento exclusivamente teológico, se había convertido en un espectáculo mediático: un gran espectáculo de fe, un espectáculo que mostraba la grandeza de una Iglesia planetaria. Pero al mismo tiempo, no pocos temas polémicos se habían convertido en un mal espectáculo que tenía su repercusión en infinidad de debates televisivos, entrevistas, columnas de opinión y reportajes.

Europa podía estar terriblemente secularizada, pero la Iglesia, como institución, seguía siendo una referencia. Especialmente en la cultura occidental, no se podía hablar de Dios, de cuestiones morales, del mundo del espíritu, sin pensar, al momento, en la Iglesia. Los esfuerzos secularizadores de tantos políticos, de tantos intelectuales, por reducir a la Iglesia Católica a una institución más, a una creencia más, se habían estrellado contra el hecho ineluctable del colosal peso de la estructura eclesial. Estaba allí, y era imposible

negar la realidad. La Nueva Arca de Noé, la Barca de la Iglesia, se hallaba fondeada en medio de la sociedad, radicada en medio de la cultura, plantada en medio de las leyes que se habían aprobado y que se tenían que aprobar. Y los medios de comunicación siempre acudían a ella como las abejas a la miel; como las abejas y las moscas.

Pero fueran cuales fueran los pensamientos y creencias de cada uno, era evidente que este concilio estaba constituyendo un evento planetario. Y más porque el Papa había invitado a todas las religiones a participar en él. *Todos están invitados. Todos con voz, no todos con voto*, ése había sido el criterio. Por supuesto, muchos se autoexcluyeron, pero otros aceptaron *estar*. No se perdía nada por estar como observador. Y los que estuvieron, se entusiasmaron. Se les admitió como a hermanos que podían aportar. Todos los que habían querido participar, habían podido llamar a sus puertas. En la misma ceremonia de apertura del Concilio, habían estado presentes con asiento ciento treinta y cinco representantes de otras confesiones: los más serios, los que sí que podían proponer algo enriquecedor, los que por representar a muchos merecían un puesto allí, los que por su valor intelectual no desdecían de la asamblea de padres conciliares. La valía personal de algunos de ellos, hizo que la comisión les diera voz ante la asamblea plenaria varias veces. Budistas, musulmanes, representantes de otras espiritualidades y sobre todo el resto de cristianos separados, pudieron hablar y ser

escuchados por todos, y colaboraron activamente en varias comisiones.

El Concilio Bostoniano fue el primer concilio universal cuya lengua común fue el italiano. La lengua común del Vaticano III fue el inglés. Pero ahora, dado que la inmensa mayoría de los obispos presentes habían estudiado en Roma, había que reconocer que la lengua común era ya el italiano. Ésta se había convertido, de hecho, en la lengua común entre eclesiásticos. El lugar de encuentros era la ultramoderna iglesia de la Santísima Trinidad, situada en las afueras de la ciudad. Una iglesia que era flamante expresión de un estilo moderno, casi futurista, amplia, con un interior revestido con variadas tonalidades de colores blancos que respiraban frescura. Un templo de planta cuadrada cuyo interior parecía rodeado de un bosque de pilares que semejaban de marfil. Un templo que estaba formado por un gran cuadrado central, alrededor del cual se abrían muchas naves laterales situadas a distintas alturas. Algunos padres orientales se quejaban un poco de que parecía una nave espacial. Pero tras la broma, hasta ellos reconocían que era muy bonita, todo un alarde de diseño.

Cuando la Asamblea Conciliar se reunía en ese espacio sacro, formaba una escena verdaderamente pictórica, óptima para un gran cuadro. Pues cada categoría de participantes, se sentaba formando un grupo. Por ejemplo, los judíos conversos constituían uno de esos grupos visibles. Eran menos de cincuenta, pero muy

visible. Pues varios de ellos iban vestidos como los hasidim. Algunos incluso portaban vestiduras de rabinos, pues lo habían sido antes de su conversión. En otra parte de la iglesia, se sentaban los teólogos, en otra los diáconos, las religiosas, etc. Las cámaras de televisión mostraban predilección por enfocar a los pastores protestantes allí presentes, así como a los árabes cristianos que portaban túnica y turbante, y que formaban un pequeño grupo de catorce personas.

Sí, el Concilio tenía capacidad para iniciar una nueva era. Pero allí radicaba, al mismo tiempo, el problema. Para unos, esa asamblea se había convocado para poner orden. Para otros se trataba de la ocasión para dar un salto hacia delante. Cuando hay dos mil personas reunidas, como era el caso, todo se discutía en las comisiones. Las intervenciones en la asamblea general eran sólo para escuchar intervenciones de grandes personalidades eclesiales o teológicas, pero no realmente para discutir.

En un concilio, todos quieren hablar. Las propuestas se cuentan por millares. El único modo de poder funcionar son las comisiones. La organización del Concilio había limitado el número de participantes a dos mil delegados que representaran a todos. Pero muchos eran de la opinión de que un concilio con quinientos padres y peritos conciliares habría sido mucho más ágil y eficaz. Algunos, incluso, durante las sesiones habían abogado por realizar una criba

en esa asamblea, que la condensase a doscientos delegados que portaran la representación universal.

Henry recordó las palabras que el Papa improvisó en la sesión XXV, fue en una de las sesiones sin presencia de medios de comunicación, palabras no preparadas que le salieron al Papa del corazón:

El Concilio no es una fábrica de hacer documentos. Nos hemos reunido para dialogar. Dialoguemos. Escuchemos al otro. Tenemos aquí a los mejores teólogos del mundo, ¡a los mejores! Tenemos aquí a los Sucesores de los Apóstoles, cada uno cargado con valiosas experiencias. Dialoguemos con apertura hacia el otro. Lo importante es la verdad, no que una postura prevalezca sobre otra. otra triunfe. Tampoco estamos aquí para producir el documento más bello, la declaración teológica más bonita. Estamos aquí para dialogar, para orar juntos, para aprender de los otros, para llegar a conclusiones entre todos, para llegar a decisiones entre todos, para ofrecer luz, directrices, a la Iglesia, al mundo, también a todas las confesiones religiosas que nos quieran escuchar, a todos los creyentes. Pedid a Dios que os ilumine para realizar bien esta labor. Y que de esta reunión salga un mensaje que guíe a los hombres de buena voluntad.

El Santo Padre ese día estuvo muy inspirado. Pero eso había sido a principios de diciembre. Espoleó el debate franco. Pero ahora era momento de poner orden sobre algunos puntos concretos. La

Iglesia siempre era una maquinaria que se movía entre la flexibilidad y el estatismo. Siempre había que recordar a algunos teólogos, que no éramos dueños de la Tradición que habíamos recibido, sino sus custodios. Siempre quedó claro desde el principio que era un concilio de la Iglesia Católica con los hermanos separados y otras religiones; pero que era un concilio de la Iglesia. Con ellos, pero de la Iglesia. Los pertenecientes a otras confesiones fueron en esto muy respetuosos. Por el contrario, fueron algunos católicos los que traspasaron, en ocasiones, la raya en busca de un ecumenismo que en el fondo no tenía claro el valor de los dogmas. Un invitado siempre suele mostrarse respetuoso y agradecido con el que le ha invitado. Son los de dentro de casa los que, a veces, pueden sentirse tentados de ofrecer más de lo que están autorizados. Pero era preferible convocar un concilio arriesgado, que no arriesgar. Por lo menos ésa era la postura del Papa, que además de Obispo de Roma era un gran teólogo.

Henry era de la opinión de que los laicos no debían ser miembros de la asamblea conciliar. El Cardenal Williams había manifestado durante las reuniones previas para la preparación del Concilio, que el concilio era un concilio de obispos. Los laicos podían asistir a los obispos como peritos. Si los laicos tenían sus representantes, también debían tenerlos los sacerdotes, también las religiosas. Si todos tendrían su representante, hasta los más pequeños grupos podían pedir el suyo en la asamblea conciliar. Y,

entonces -había dicho el Cardenal Williams-, ¿a quién representarán los obispos? ¿A sí mismos?

Era cierto que Henry, con el pasar de los años, sostenía posiciones cada vez más conservadoras. Lo reconocía. ¿Pero también se preguntaba si existía realmente el conservadurismo en la Iglesia?

-¿No caí yo un poco, en grado mínimo, cuando era joven, en ese mito del progresismo? Cuando uno es joven, uno lo quiere cambiar todo. Con buena intención, con la intención de mejorarlo.

Todos estos pensamientos le venían a la mente a volando a once kilómetros sobre la tierra. El cardenal se irguió en su asiento del Airbus 380, se reafirmó en que defendería las sagradas tradiciones de la Iglesia con el mismo fervor con que un viejo rabino de barba blanca y filacterias en sus costados, se aferra a las enseñanzas que ha recibido. Su ida a Bostón debía poner fin a las discusiones de aquellos cristianos contagiados por un mundo secularizado: la Iglesia no es una democracia, ni debe serlo, es otra cosa. Era como si Henry con vehemencia se predicase a sí mismo en ese asiento. Un sermón para una congregación de una sola persona. Sí, debía ser fuerte. Él no era nada dado a destacarse, pero había llegado el momento de ser enérgico.

El cardenal se llevó los dedos al entrecejo y cerró los ojos. Estaba cansado. La construcción eclesiológica que se estaba

fraguando en el Concilio, encauzaría los esquemas eclesiales durante, al menos, una generación. Pero aunque los pensamientos del cardenal eran muy profundos, la mujer que estaba en el asiento de su izquierda, le interrumpía de vez en cuando. Se ve que la señora de unos cuarenta años y cara amargada estaba aburrida y tenía ganas de conversar.

La mujer sentada a su lado sólo sabía de Henry que era cardenal, él mismo se lo había dicho cuando ella le había preguntado si era un cura, y después le había seguido interrogando acerca de su profesión. Pero aquella mujer de labios hinchados por el botox, se hallaba muy lejos de poder entender los pensamientos del prelado sentado a su lado. Y no sólo ella no comprendía, sino que además era una nueva rica sabionda que quería enseñarle a él cómo dirigir la Iglesia. *Así que cardenal, ¿eh?* La mujer cuarentona de cara esquelética y prematuramente arrugada, se pasó todo el rato dándole consejos acerca de cómo hacer su trabajo cardenalicio. Al final, Henry se había puesto a leer un libro para no tener que oírla. Pero ahora, durante la comida, le resultaba imposible leer y comer. Así que, como un acto de penitencia casi cuaresmal, se aprestó a escucharla con la mayor paciencia que pudo. En un momento de la conversación, ella, molesta por el último comentario de aquel clérigo que le parecía un engreído, se atrevió incluso a decirle con refinada malignidad:

-Y no espere, padre, que de aquí en adelante dé la más mínima limosna a la Iglesia.

-Me sorprende. ¿Puedo preguntar por qué?

-Vamos, padre. Voy a dar yo una limosna, para que usted después viaje en primera clase. ¡Por favor!

-Mire, si usted supiera la cantidad de veces al año que tengo que atravesar el Atlántico, comprendería que, aun viajando en este asiento más ancho, esto supone un esfuerzo agotador. Un tormento para mi columna y para la circulación de mis piernas. Este año he atravesado el Atlántico ocho veces. Dieciseis veces con las idas y vueltas. Y una vez a Asia.

-No, si encima tienen excusa para todo. Ya lo sabía.

-Cualquier empresa de tamaño medio tendría compasión de uno de sus trabajadores, e intentaría, al menos, hacerle los viajes un poco más cómodos. Por eso y sólo por eso, estoy sentado aquí. Se lo aseguro con todo mi corazón.

-Ya, ya. Me gustaría saber cuánto gana.

-Mire, mi sueldo no es ningún secreto. Gano el doble de lo que gana el portero que vigila la entrada de la conserjería del edificio donde trabajo. Y menos del doble que cualquier jardinero del Vaticano.

-¿Y le parece poco?

-Para mí es más que suficiente. Pero en cualquier multinacional, alguien que hace mi trabajo, con mi preparación y

antigüedad, gana en un mes mi salario de noventa meses. Y eso como mínimo. Se lo digo porque lo sé, no es que lo imagine.

-Noventa meses. ¿Acaso ha hecho usted la cuenta?

-Sí, he hecho la cuenta.

-Va usted en primera, se pega la vida padre y encima voy a tener que darle las gracias. Pero qué cara tienen ustedes. Además, ¿por qué le estoy tratando de *usted*? Que sepas que se os va a acabar el vivir del cuento pronto.

El cardenal escuchó aquello sin pestañear. Ya había acabado su postre. Bebió un poco de vino tinto de su copa. Se secó los labios con la servilleta y le dijo en voz baja, muy baja:

-Escucha, vieja bruja, tienes suerte de que estemos en un avión. Si no, yo mismo te desplumaría aquí como a una gallina. Me encantaría agarrarte por el pescuezo y ver cómo cacareas.

Dicho lo cual, tomó el libro que había estado leyendo, se levantó y se fue a un asiento libre situado dos filas más atrás.

Al aterrizar, el cardenal, como siempre, no hizo cola ante las casetas de la policía de aduanas. Se metió directamente al control de pasaportes diplomáticos. No pudo evitar mirar hacia atrás. Allí estaba la señora de los labios hinchados, esperando en una larga cola a que su pasaporte fuera revisado. Le quedaban, por lo menos, quince minutos de espera. Al cardenal le dieron ganas de hacerle, desde allí, una peineta, o, al menos, alguna variante de gesto más

elegante pero grosero de similar significado. Pero se limitó a sonreírle a lo lejos. Aunque, discretamente, sostuvo su pasaporte diplomático un poco más alto y más tiempo del necesario, para que ella lo viera aquella arpía y se reconcomiera por dentro todavía un poco más.

En la zona de recepción de viajeros, le esperaba el nuncio con dos monseñores. Sin perder tiempo, se dirigieron al coche. Desde las ventanillas se veía fuera todo blanco. Estaba cayendo una fuerte nevada. El limpiaparabrisas barría con energía los copos, que como insistentes plumones se posaban en el cristal. Henry se reclinó sobre el asiento y trató de descansar. Tenía que descansar. Dentro de dos días llegaría el Papa al Concilio. Debía cumplir muchos encargos, antes de que Su Santidad pusiera su pie en la sala de la asamblea conciliar. Lo cierto es que se encontraba muy cansado, tremendamente cansado. En ese momento, se hubiera metido en la cama a dormir. Sentía que hubiera podido dormir sin interrupción durante doce horas. Pero bien sabía que hasta dentro de, al menos, siete horas eso sería imposible. Esa tarde ya tenía algunos encuentros.

Entre las citas de su agenda para esa tarde, encontró tiempo para confesarse. Se confesó, sin demasiado arrepentimiento, de haber pecado ese día con la lengua contra la caridad. Henry logró (no sin esfuerzo) excitar en él un justo dolor por la falta cometida. Más arduo le resultó tener pensamientos caritativos hacia aquella

mujer. Lo que nunca sabría Henry, es que lo que el le había dicho a la mujer en el avión, ella lo contaría con rabia varias veces a todas sus amistades y familiares que quisieron escucharla en los dos años siguientes.

-¡¡Te llamó bruja!!

-Sí, sí, como lo oyes.

-¿¿Y urraca??

-Con todas sus letras. Qué marrano.

Lo contó, entre cigarrillo y cigarrillo, en el sofá de su salón, en la cafetería, en una fiesta y en la peluquería. Al menos, mantenía una notable fidelidad histórica, sin enriquecerlo con nuevos detalles. El Cardenal Williams desconocía la desabrida llamita de rencor que aquella vestal de la ordinariez mantenía viva. Tampoco se enteraría nunca de que dos años después, una nuera de la mujer que escuchaba la historia, le dijo a ella que el cardenal se había quedado corto, que ella era peor que una bruja y que una urraca. Las palabras le provocaron ira y rabia en ese momento, pero lloros por la noche. Y ese llanto y ese dolor iniciaron un proceso de revisión de toda su vida. El proceso duró medio año y acabó con la vieja urraca convertida en una fiel y generosa colaboradora de las monjas de la Madre Teresa de Calcuta. Pero ésa es otra historia. Una historia que ni Henry, ni sus dos anteriores maridos sabrían nunca.

Al día siguiente

10 de marzo



Henry asiste a una deliberación en el aula conciliar. En la solemne sesión de apertura habían asistido mil doscientos obispos. Pero, desde el principio, se había dispuesto que para el resto de sesiones asistirían sólo doscientos obispos. Dos centenares de obispos escogidos en representación de todo el episcopado, y escogidos por el episcopado. El método para escoger a esos doscientos obispos no había sido por países, pues se pretendía que todas las sensibilidades se sintieran realmente representadas. Así que, antes del Concilio, se había ofrecido un tiempo de diálogo al episcopado. Y después de cuatro meses, cualquier obispo del mundo había podido elegir a cualquier otro obispo del mundo. Los doscientos obispos que más apoyos recibieron, directamente recibieron la invitación al concilio.

Henry, como todos los cardenales, podía asistir a las sesiones cuando lo deseara. Y ese día asistió. Más que nada para que se le viera. Su ausencia del Concilio había sido patente, aunque excusada por todos. Bien sabían la necesidad que había tenido de estar empeñado en otros asuntos. Por otra parte, Henry era, más bien,

hombre de pequeñas reuniones, no orador de grandes multitudes. Se le daba bien la pequeña negociación. Pero su carisma para las masas era prácticamente nulo; incluso para las masas pequeños. Ni siquiera pidió intervenir una sola vez en esa sesión. Aunque, al comienzo de la sesión, el Secretario del Concilio lo presentó al aula y le dio la bienvenida en nombre de todos. El Cardenal Williams agradeció el recibimiento con medio minuto de palabras; de pie, pero sin moverse de su asiento.

Después se calló para no volver a abrir la boca. La única razón de su presencia allí era que le vieran. No deseaba que pareciera tener desinterés por las discusiones y documentos de la asamblea. Y allí delante, de rojo, en la presidencia del Concilio, bien que se le veía. Los cardenales, si asistían, se sentaban en la presidencia. En esta sesión había cuatro cardenales.

Lo de Henry eran las cuestiones prácticas. Las discusiones teológicas no eran su punto fuerte. Como la sesión tenía lugar en la Catedral de la Santa Cruz de Boston, a ratos, la vista de Henry se paseaba por aquel magnífico marco conciliar. Ocho columnas corintias sostenían un dintel del que contaba un cortinaje, que separaba la zona de sesiones del resto del templo. El ábside había sido reservado para los padres conciliares. Y su retablo constituía una pétrea predicación neogótica. Una predicación elegante y primorosa. Los cardenales estaban vestidos de rojo en la mesa central. Después, dispuestos en forma coral, se sentaban los

arzobispos, con sotanas violáceas. Cerrando el perímetro, en forma de hemiciclo, estaban los obispos con sotana negra y fajín violáceo. Los peritos, sacerdotes y laicos, se sentaban en dos grupos en la parte que cerraba ese semicírculo. El concilio, visualmente, formaba un conjunto armonioso.

Durante las primeras horas, la mente de Henry divagó. Cierta que podía hacer como que tomaba notas, mientras estuviera atendiendo su correo electrónico o leyendo cosas de su trabajo. Pero esos se las sabían todas. No era tan fácil darles con el queso a los allí presentes. Así que había que aceptar que toda esa mañana estaba perdida. Había que hacer el esfuerzo de realizar una inmersión en todos aquellos vericuetos dogmáticos. Afortunadamente, había una pausa en medio y podían tomarse unas galletas o un café. Pero a pesar del aburrimiento de todos esos pormenores de la discusiones, en la parte final de la mañana, lo teológico fue aterrizando hacia temas muy concretos. Henry abrió completamente los ojos y hasta se puso más derecho en su asiento. El cardenal fue como si aguzase el oído, como un perro de caza que olisquea que algo se mueve oculto entre el follaje. Hablaba un obispo luxemburgués, Monseñor Rambrouch:

-Ya hemos discutido en las comisiones este problema. No voy a reabrir el debate, que ustedes creen cerrado. Sólo quiero recordarles, que debemos estar guiados por la misericordia. En mi país, esta semana, se han unido cien sacerdotes más a la Declaración

de Friburgo. Y públicamente han afirmado que darán la comunión a los divorciados vueltos a casar. No podemos cerrar nuestros corazones a esta gente. Hoy son cien sacerdotes más en otro país, pero mañana serán más. Lo digo aquí, en la sala conciliar, para que conste en acta. Para que en el futuro se vea que ya ahora y en este lugar, se dijeron las cosas y se advirtió de lo que iba a pasar.

La réplica fue contundente de parte de santo varón, un obispo iraquí que había sufrido en sus carnes la persecución de los fanáticos. Su rostro mostraba marcas indelebles de las torturas sufridas.

-Sí, como usted bien dice, este asunto y otros por el estilo, ya han sido abordados de forma exhaustiva y esta sala ha llegado a sus conclusiones. No nos es desconocida su disconformidad. Y bien sabemos que existen muchos sacerdotes en centroeuropa cuya comunión con la Iglesia pende de un hilo. Bien sabemos que cualquiera puede prender la llama de la rebelión. No desconocemos que hay obispos que les apoyan. Si la rebelión comienza, dispondrán de diócesis, con sus templos, con su estructura curial. El cisma recibirá el reforzamiento de la estructura diocesana. Cuántas parroquias, ¡enteras!, se separarán en Austria, Suiza, Holanda... en fin, los Países Bajos y...

Se oyó al fondo a un obispo que le apoyaba y que gritó:

-También en Canadá y Alemania.

-Sí, sí –continuó el obispo iraquí-, también en otros lugares prenderá la mecha, la vieja mecha de Marción, Apolinar, Nestorio y Eutiques. Estoy seguro. Pero, Monseñor Rambrouch, si la misericordia pasa por encima de la verdad, su iglesia desaparecerá. La modernidad, le recuerdo, se muestra muy ingrata con sus siervos. Hoy honramos a los campeones de la Ortodoxia. La buena voluntad de los heresiarcas sólo nos merece compasión. Sólo la Iglesia fundamentada en la Verdad atravesará los siglos invencible.

Y dijo esto último con tal convicción, santiguándose, que todos los presentes se santiguaron. Hasta Monseñor Rambrouch se santiguó, de mala gana, pero lo hizo.

Henry desde su asiento trató de vislumbrar el futuro. Se sentía el aire denso, oscuro, cargado de ozono, de una tormenta que no ha estallado todavía. Se le puede pedir que obedezca a un asceta, a un santo, a un hombre que cree en la Tradición, pensó. Pero no es tan fácil pedir que someta su voluntad a alguien que cree en la modernidad, que considera que somos unos fariseos. Nosotros, para ellos, somos los descendientes de los escribas y fariseos. Ellos se consideran por encima de la Ley, de las leyes canónicas, de las decisiones de los concilios.

Henry salió apesadumbrado del ábside de la catedral. Tantos años defendiendo a la Iglesia. Para ver cómo unas cuantas raposas depredaban la viña desde dentro. En un primer momento, pensó:

-Me he desvivido por mi trabajo en la Secretaría de Estado. ¿Qué han estado haciendo en la Congregación para la Doctrina de la Fe? ¿O en la Congregación del Clero?

Pero después se arrepintió. Bien conocía sus esfuerzos, su profesionalidad. Las cosas había que hacerlas, como se habían hecho, con guantes de terciopelo. Sí, él había participado en muchas comisiones de años pasados. Se había hecho lo que se había podido. El mal estaba en la sociedad. Era la sociedad la que arrastraba a los miembros del clero más débiles. Los arrastraba, los contagiaba. Sí, no había que rasgarse las vestiduras. Lo admirable era que un tanto por cierto tan pequeño se hubieran dejado abrazar por las ataduras del mundo y la carne.

A la salida de la catedral, en el camino hacia la entrada a la rectoría, se le acercaron varios obispos a saludarle. Les sonrió, pero menos. Ese día no estaba para muchas amabilidades. Normalmente es la gente la que se acerca a los obispos para saludarles. Los obispos están acostumbrados a eso. En su caso, eran los obispos los que se acercaban a él, solos o en grupos. Ya estaba acostumbrado. Cuánta gente importante hubiera deseado charlar un rato con este presidente de una conferencia episcopal y con este otro primado de la capital de su país. Pero Henry, aunque atento y deferente, no se detuvo, a esas horas sólo pensaba en tomarse un sandwich de lechuga y salmón con mostaza, un vaso entero de café negro sin azúcar y una galleta blanda con chips de chocolate. Antes de entrar

al aula conciliar, había entrado en cocina para ver el menú, para saber si se quedaba a almorzar allí. Cuando eres el N° 2 del Vaticano, nadie te detiene a la entrada de la cocina. El jefe de cocina en persona le había abierto las cajas ya preparadas.

-Bien, perfecto, han pensado en mi colesterol –comentó el cardenal.

Por el pasillo de salida de la cocina, añadió al obsequioso jefe de cocina que l seguía:

-Debemos pensar en la salud de los obispos.

Boston y las nubes carmelitanas



Cuatro días después

13 de marzo

Clemente XV, con un ligero mal humor poco disimulado, se dirigió hacia el primer asiento que encontró.

-¿Aquí?

-Sí, sí, aquí mismo –respondió Clemente XV.

El lugar no era un despacho, sino un espacio que llevaba hacia dos despachos del palacio episcopal del arzobispo de Boston. Se había sentado en una silla situada junto a una pared cubierta por un tapiz. El Papa no quería perder tiempo, y se había sentado en el primer lugar que había visto en ese corredor. Le llevaban de camino hacia otro lugar, pero recibiría un minuto a esa persona, tal como le había pedido Ndoumbe, el laico encargado de la Jefatura de la Casa Pontificia.

Tenía poco tiempo, las ocupaciones del Concilio ya eran de por sí muy absorbentes, para encima tener que recibir a una loca – pensó-. Pero había cedido a la petición de concederle esta entrevista, para que así dejara de insistir. No la loca, sino el Jefe de la Casa Pontificia. La loca no tenía acceso a él. Pero Ndoumbe podía llegar a ser muy insistente de una forma sutil. Bien lo había comprobado esto en los años anteriores. Y cuando encima la visionaria cuenta entre sus aliados al Secretario de Estado, entonces se ahorra tiempo concediéndole la breve entrevista, que teniendo que escuchar las razones de Ndoumbe, una vez más, para que la recibiera sólo unos segundos. Aunque bien sabía que detrás del Jefe de la Casa Pontificia el que realmente estaba era el Cardenal Williams. La insistencia de Ndoumbe, en el fondo, era la insistencia de ese cardenal. Ndoumbe le daría el gusto al cardenal, y después, sin prisas, más adelante, ya le pediría algo. El Jefe de la Casa Pontificia no tendría que recordarle que le debía un favor. Bien, lo mejor era concederle un minuto de audiencia, y asunto concluido.

La que había pedido la entrevista era la señora O'Dochartaighç, la santa anciana de Keshcarrigan, el pequeño pueblecito irlandés al que había ido Henry a visitarla varias veces. Un buen día, esta señora había llamado a su hermana para pedirle una cita con el Papa. La hermana había insistido e insistido. Su

hermano, al final, había cedido ante su hermana. Clemente XV nada más sentarse ordenó:

-¡Venga, que pase!

La venerable nonagenaria, al entrar, besó en silencio el anillo del Sumo Pontífice. Clemente XV no estaba muy inclinado a sonreír aquella mañana, y no se esforzó. Como no quería perder tiempo, no le invitó a sentarse. El Jefe de la Casa Pontificia le había dejado claro a la visita, que disponía de cinco minutos. Ni siete, ni seis, cinco. Exactamente cinco. Lo que tuviera que decirle, debía decírselo en ese tiempo. La ausencia de sonrisa en el rostro del Papa, y el mismo lugar donde le recibía, sentado sin ningún protocolo en una silla junto a una pared, manifestaba lo mismo: que aquello era un hueco hecho en la agenda. Un hueco entre una reunión de preparación para la sesión conciliar del día siguiente, y una visita del arzobispo de Los Ángeles.

La señora O'Dochartaighc miró a Ndoumbe y a los dos clérigos presentes. Después, preguntó con dulzura:

-Santidad, ¿podría hablar a solas con usted?

Los dos monseñores miraron al Santo Padre, una discreta señal y les dejarían a solas si lo deseaba. Pero el Sumo Pontífice indicó:

-Son de mi total confianza. Puedes hablar ante ellos, como si estuviéramos a solas.

-Pero creo que...

-No tenemos mucho tiempo, hija mía. Si vas a consumir tus minutos en decidir si hablas a solas o en presencia de mis colaboradores, entonces vas a perder tu tiempo y yo voy a perder el mío. Así que adelante.

El anciana irlandesa dudaba, le costaba dar su mensaje. El semblante de la ascética nonagenaria manifestaba sus dudas, sus esfuerzos. Clemente XV, al ver que le costaba arrancar, aún se impacientó más. Finalmente, la señora O'Dochartaigh le comunicó aquello para lo que había venido:

-Santidad, la Iglesia gime. En su mano está poner orden a todo este desconcierto. La Iglesia está en manos de los laicos. La voluntad de nuestro Señor Jesucristo, es la única voluntad que importa. Que se realice su voluntad, la de Él; y no la de los hombres.

El Sumo Pontífice exhaló un suspiro de infinita paciencia. ¿Era aquella una enviada por los cismáticos? Le habían asegurado que no. Sin dejar de mirar fijamente a los ojos de la dulce anciana, dijo sonriendo, tratando de no trasparentar indignación:

-Muy bien, hija mía, lo tendré muy en cuenta. A partir de ahora, voy a hacer todo lo posible por hacer la voluntad de Cristo.

Tras eso el Papa levantó la mano para darle la bendición y marcharse lo más rápidamente posible al despacho donde le esperaba el arzobispo de Los Ángeles. La anciana percibió el tono irónico del Papa. Se dio cuenta de cuánto le había importunado. Ella

pensaba haberle dicho más cosas. Pero estaba claro que la audiencia ya se daba por terminada. De pronto, los ojos de la anciana cobraron firmeza y dijo.

-Santidad, una cosa más.

Clemente XV reconociendo que no había consumido más que medio minuto del tiempo concedido, en un gesto magnánimo, tan magnánimo como lleno de cansancio, le preguntó que qué más quería decirle, pero lo hizo ya de pie. Ella le dijo:

-Quiero darle un mensaje de parte de Dios.

El Papa arqueó la ceja izquierda. ¿Además de una enviada de los cismáticos, era una desequilibrada? Le habían dejado muy claro que no era partidaria de los cismáticos, le habían insistido que era una mujer santa. Le habían explicado que aquella anciana era un verdadero ejemplo de mortificación y de vida alejada de las pompas del mundo. Ndoumbe había dicho: su vida habla con una fuerza propia y arrolladora. Nadie le había advertido que se tratara de una iluminada. Con todo el trabajo y las reuniones de esos dos días, de justamente esos dos días, le ponían una audiencia con una visionaria loca. La culpa de todo la tenía el Jefe de la Casa Pontificia. Era un santurrón y un crédulo. Estaba teniendo demasiada paciencia con él. Ya se estaban acumulando demasiados errores en su labor. A pesar de todo, el Papa le preguntó a la irlandesa de los ojos azules como el cielo:

-¿Un mensaje de parte de Dios?

La asceta miró fijamente al Papa, sin sonreír.

-Sí.

Se dio cuenta, por la mirada y la brevedad de la respuesta, de que no era un buen mensaje. Después la humilde viejecita, sin esperar respuesta alguna, dijo:

-Así dice el Altísimo: No has escuchado a mi sierva. Pues me escucharás a mí. Tienes dos días de plazo para reflexionar, meditar y llevar a la oración lo que ella te ha dicho. Haz lo quieras. YO no te impongo nada, haz lo que creas que debes hacer. Mas si en esos dos días tu diestra consagrada no comienza a segar lo que hay que segar, y a arrancar lo que hay que arrancar, después de esos dos días, te llamaré a mi presencia y dejarás este mundo, y mi juicio será inapelable.

El Romano Pontífice se quedó impertérrito. Era como si nada de lo que le hubiera dicho ella le hubiera afectado lo más mínimo. Al final, el Papa preguntó:

-¿Así que acaba mi plazo de vida el miércoles?

-Efectivamente, Santidad.

La faz papal era indescifrable. Por un momento, los dos monseñores presentes se preguntaron: ¿le habrá conmovido el mensaje? Pero eso, inmediatamente, quedó claro, pues Clemente XV añadió:

-El miércoles... ¿debo considerar ese límite a mi pontificado, a mi pobre pontificado, según el cómputo hebreo, el romano o el

actual? El final del plazo, según los hebreos, estaría situado en las vísperas del día anterior. Para los romanos, el día acababa en el amanecer del día siguiente. Para nosotros, el plazo alcanzaría su fin a las 00.00 de la noche. ¿Con qué computo computará el Máximo Enumerador?

Eran bien conocidas las ironías de Clemente XV. Por fin el Papa sonrió, por primera vez en toda esa conversación. Le dio desganadamente la bendición, con un signo que casi consistió en un irreconocible movimiento en el aire, y siguió su camino hacia el despacho donde le esperaba el arzobispo de Los Ángeles. El cual, sin duda, venía con asuntos concretos y no con entelequias celestiales. Un monseñor, amablemente, le indicó a la venerable anciana que le siguiera. Sin decirle una palabra en todo el recorrido por el pasillo, le guió hasta el vestíbulo de entrada al arzobispado.

Dos días después

15 de marzo



Hermanos, tengo la tristeza de comunicaros que el Santo Padre, nuestro Papa, Su Santidad Clemente XV, ha fallecido hoy miércoles, 15 de marzo, a las 10:07 de la mañana, hora de la Costa Este de Estados Unidos. Los cardenales del mundo entero han sido ya avisados. A las 13:00 de hoy, su féretro será trasladado con honores de estado desde el New England Hospital, donde ha fallecido, hasta la Catedral de la Santa Cruz de Boston. Allí quedarán expuestos sus despojos mortales, hasta el día siguiente. Mañana, 16 de marzo, a las 19:00 será repatriado a Roma en un avión especial de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Hoy a las 16:00 se concelebrará una misa de *corpore insepulto* en la misma catedral de Boston. También hoy, a las 17:00, hora de Italia, tendrá lugar una misa de funeral en la Basílica de San Pedro del Vaticano.

Las primeras exequias romanas con el cuerpo presente, se celebrarán el 17 de marzo. Constituyendo éstas el tercer día de los nueve días de luto. El 24 de marzo, se culminarán los nueve días de luto, con la misa en la Plaza de la Basílica de San Pedro del Vaticano. Tras la cual, su cuerpo será inhumado en la cripta de la

Basílica. Que Dios le pague al difunto en la eternidad, los afanes que tuvo en la tierra.

Dieciseis días después

31 de marzo



El elegante coche negro donde era llevado el cardenal, aparcó en la calle Bruno Buozzi 75, delante de la puerta principal de Villa Tevere. Un edificio anodino cuya fachada no mostraba ningún distintivo especial. Allí le estaba esperando el Prelado del Opus Dei acompañado de varios cargos de la prelatura. Esa sede era el centro donde tenía su residencia el Prelado de la Obra y desde donde se dirigía el Opus Dei en todo mundo. El Cardenal Williams estaba allí, porque había sido invitado cuatro meses antes a presidir y predicar en la misa del 31 de marzo, fiesta de San Álvaro del Portillo, segundo prelado de la Obra.

Dado que había muerto el Santo Padre y que dos días después ingresaría en el cónclave, todos dieron por supuesto que se anularía aquel compromiso. El secretario personal del Prelado del Opus Dei llamó al secretario del Cardenal Williams para confirmar la anulación. Pero, ante la sorpresa de todos, el secretario del

cardenal les llamó al día siguiente, para comunicarles que el cardenal mantenía el compromiso.

El secretario indicó que el cardenal había pedido que no se hiciera público en ningún medio de comunicación esta misa, para que no dar pábulo a interpretaciones torcidas. Dado que la misa se celebraba en una capilla no abierta al público, sino situada en el interior del edificio de la curia de la Obra, tal petición resultaba muy fácil de cumplir.

La llegada a Villa Tevere fue como tantas otras a este tipo de instituciones. El Prelado del Opus Dei le esperaba en la puerta principal; en la acera, para ser más precisos. Rodeado de cuatro numerarios y cuatro sacerdotes de la prelatura. Como siempre, manos que se estrechan, sonrisas y amabilidad, frases de rigor. El cardenal, aunque llevaba sotana roja, se puso encima un abrigo negro. Abrigo que desentonaba totalmente, pero tenía frío. En seguida le hicieron pasar adentro. A su eminencia le gustaba empezar con puntualidad las misas, así que sin preámbulos se dirigieron a la sacristía.

Henry predicó un sermón teológico. Un sermón que, aunque no lo leyó, parecía que lo leía. Su tono era el de una conferencia académica. Entreverado con veinticinco citas muy bien escogidas. Citas que iban desde San Jerónimo a la *Veritatis Splendor*, pasando por Hegel y Menocles el Pirrónico. Se notaba que era un especialista en la teología dogmática germánica de la segunda mitad del siglo

XX. Se trataba de un sermón que difícilmente podía entusiasmar, tan solo admirar por la inteligencia teológica que había detrás. Inteligencia teológica, la del cardenal, que había sabido escoger esas citas y entretrejerlas en ese tapiz de palabras que era su bien construido sermón. Aun así, su predica era pesada y discurría con lentitud e infinitos matices. El Cardenal Williams era un gran intelecto, no un notable predicador. Nunca había estado de párroco en una iglesia. Se echaba de ver que estaba acostumbrando a hablar en universidades, que ése era su lugar natural, no una parroquia de pueblo.

Aun así, los presentes en la misa elogiarían su sermón repetidamente, durante la cena que después vendría. El último de esos encomios, como un último eco perdido, llegaría incluso hasta el segundo plato. Nada falso en las loas, todas eran tributadas con sinceridad. El purpurado las creería. Resulta fácil bajar la guardia en este tipo de batallas. Podía ser un cardenal astuto, pero siempre creía con todo su buen corazón los elogios a sus homilías. Hay que insistir en que no había ningún cálculo en esos encomios, ninguna traza de servilismo. Estaban encantados con su presencia. El Cardenal Williams era como si llenase el presbiterio con su porte, con su rostro aristocrático. Hubieran quedado igual de entusiasmados si en vez de la homilía, se hubiera limitado a leer durante diez minutos la genealogía de Jesús desde Adán: *...Judá engendró de Tamar a Fares*

y a Zara, Fares a Esrom, y Esrom a Aram. Aram engendró a Aminadab...

Si al acabar toda la genealogía con todos sus hijos, nietos y primos, hubiera continuado con la genealogía de los Macabeos, y después con la de los reyes de Judá, no hubiera cosechado menos elogios. Siempre hubiese habido alguien que habría encarecido el tono con que leía esas listas, o la intencionalidad de tal o cual pausa entre los nombres. Es lo bueno que tiene ser cardenal. Y lo mejor es que a los setenta años de edad, ya puedes, con cierto derecho, comenzar a creer que, en el fondo, tienen razón.

Pero esos *dulces relenos de licor* vendrían después. De momento, en la sacristía, el cardenal se despojaba sin prisa, uno a uno, de todos los ornamentos que se había colocado para la celebrar la misa. Dos diáconos le ayudaban. Él les daba las prendas y ellos en silencio las colocaban cuidadosamente en la larga losa de mármol que tenían delante. No dijeron ni una palabra. Se notaba que les habían indicado que no fatigaran al purpurado con conversaciones inútiles. Debieron pensar, con razón, que los comentarios de sacristía de unos jóvenes diáconos son siempre inútiles. Henry, siempre acosado, agradecía este tipo de detalles.

A la salida de la sacristía, saludó con calma a todos y a cada uno de los que le esperaban fuera. Saludaba sin prisas. Miraba a los ojos como un águila. De nuevo, volvió a saludar al grupo que le esperaba a la puerta de la capilla. Después, aquel pequeño grupo de

sotanas y laicos vestidos con americana y corbata, le fueron enseñando las partes principales de aquel centro, que no conocía. Tras veinte minutos llenos de cortesía y exquisitez en el trato, le condujeron al comedor para cenar.

-¿No está cansado, eminencia?

-Pues no, francamente. Los últimos días que estuve en el Concilio, fueron de mucho trabajo. Pero tras el fallecimiento del Papa, todos cesamos en nuestras funciones y únicamente he tenido funciones culturales. Cierto que a mí, como Secretario de Estado, junto al Presidente de la Pontificia Comisión para el Estado Vaticano, nos corresponde disponer los locales de la Casa de Santa Marta para el alojamiento de los cardenales durante el cónclave. Pero todo está delegado y apenas me dio trabajo ese encargo.

-¿Y el Concilio?

-Incluso un concilio universal queda suspendido en el mismo momento en que se comunica de forma oficial la muerte del Romano Pontífice.

-Nos alegramos de que haya podido venir –intervino el Prelado del Opus Dei, hasta entonces callado-. Nos alegramos y lo valoramos mucho.

-Durante estos días he tenido más tiempo libre que nunca. No pertenezco a ninguna de las comisiones para la preparación del cónclave. Por eso he podido mantener mi compromiso de venir aquí a celebrar misa.

Evidentemente ésa no era la razón por la que el cardenal Williams había mantenido esa cita. Pero allí delante de todos debía dar ese tipo de razones.

-¿Todos los cardenales cesan en sus funciones?

-Todos, excepción hecha del cardenal camarlengo. Poca gente lo sabe, pero el Cardenal Vicario de la Diócesis de Roma tampoco cesa en sus funciones, así como tampoco lo hace el Cardenal Vicario del Vaticano. El Penitenciario Apostólico, ése tampoco cesa.

-Qué interesante. ¿El camarlengo es el que manda en el Vaticano durante la Sede Vacante?

-La administración del Vaticano es confiada, durante la Sede Vacante, al Colegio Cardenalicio.

-¿Y también ellos son los encargados del gobierno de la Iglesia?

-No, el Sagrado Colegio sólo se encarga de la administración del Estado Vaticano. El gobierno de la Iglesia es confiado a los cardenales únicamente para los asuntos ordinarios o los inaplazables.

-¿Y qué sucedería si ocurre una emergencia?

-¿De qué tipo?

-Pues, por ejemplo, ¿a quién tendría que obedecer el comandante de la Guardia Suiza?

-Durante la Sede Vacante, la Guardia Suiza y el resto de servicios de seguridad del Vaticano están bajo las órdenes del Colegio Cardenalicio.

-Eso puede dar lugar a ambigüedades acerca de a quién obedecer en caso de una emergencia, si hay voces discordantes.

-Todo está pensado. Ellos están bajo las órdenes del entero Colegio, pero obedecen al Camarlengo.

-Veo que han tenido en cuenta todo tipo de situaciones.

-Es nuestro trabajo. O mejor dicho, el trabajo de los equipos de canonistas. Evidentemente la Guardia Suiza no puede consultar a todos los cardenales cada vez que hay que hacer algo, así que obedece al Camarlengo.

Un numerario de pelo canoso le indicó unos sillones alrededor de una mesita, y le dijo:

-Eminencia, sentémonos aquí a tomar un aperitivo. ¿Prefiere un Beaujolais or un Borgoña?

Al poco, otro de los presentes le acercó una bandeja con bocaditos de langostino con piñones y espuma de queso. La conversación acerca de todos los problemas posibles durante la Sede Vacante continuaba. Un sacerdote de la Prelatura, con algo de temor, dada la importancia del Cardenal Williams, se atrevió a preguntar:

-¿Qué sucedería si algún día el Santo Padre cayera prisionero?

El sacerdote, un poco azorado ante la figura del purpurado, ahora se sentía un poco embarazado por su misma pregunta. Pero el Cardenal sin darle mayor importancia, respondió:

-Incluso los casos de Sede Impedida están contemplados por la Ley Eclesiástica, ya sea por relegación, cautiverio, destierro o incapacidad.

-¿Y qué se haría en esos casos, eminencia?

-Lo que determinaran los cardenales de acuerdo al ordenamiento canónico.

El cardenal había ido respondiendo a las preguntas con interés y vivacidad. Pero ligerísimos signos en su mirada indicaban que su mente progresivamente se iba alejando, como si rumiase otras cuestiones.

-Eminencia, si lo desea podemos pasar a cenar –le invitó el Prelado extendiendo la mano.

El cardenal miró la esfera del carillón situado en el salón que había en esa sala de estar. Titubeó un momento y después le dijo al prelado:

-Vamos muy bien de tiempo. Hablemos un momento a solas. Así no mezclaremos la comida con un asunto del que prefiero que hablemos en privado.

Ambos salieron hacia un pasillo cercano. Un pasillo de paredes blancas sin ningún lujo, con algunos lienzos de marcos dorados colgados en él.

-¿Desea que pasemos a mi despacho?

-No hace falta. Prefiero que paseemos por aquí. Va a ser un instante.

-Como prefiera, eminencia.

-He querido intercambiar unas palabras antes de la comida, porque si hubiera sacado el tema después, durante la comida, ya no hubiéramos hablado de otra cosa hasta el postre. Y hoy quiero descansar. Ya llevo todo el día enfrascado en esos asuntos. Además, tampoco quería que nos oyeran el resto de los que nos acompañan.

-Me parece muy bien.

-Mire -le dijo el cardenal mirándole con sus ojos castaños, de un castaño límpido-, querría saber sin ambages cuál es su postura acerca de toda la cuestión que ahora tantos conflictos ha suscitado: el papel de los laicos en el gobierno de la Iglesia, de su papel y sus límites -la inteligente mirada del cardenal, relajada pero penetrante, atravesó la cara del prelado.

-¿Sin ambages, sin rodeos?

-Sí, no busco una salida airosa que no le comprometa. Si esperase de usted una respuesta diplomática, no me hubiera molestado en preguntarle. Quiero conocer su postura. La de verdad.

-Pues ya que me lo pregunta así, de un modo tan... -iba a decir *brutal*, pero pensó que era un adjetivo excesivo-, tan *directo*, le contestaré con transparente claridad.

El cardenal hizo un leve gesto de agradecimiento con la cabeza.

-¿Pero podría decirme antes, cuál es el objeto de su interés en conocer mi opinión?

El cardenal se desanimó un poco. Esperaba una respuesta directa. Un movimiento claro sobre el tablero. Y su respuesta había consistido en no mover ni una sola pequeña ficha, y por el contrario obligar al cardenal a mover otras. Si el prelado seguía respondiendo con preguntas, no lograría saber lo que pensaba realmente. Si su interlocutor seguía moviendo pequeños peones que obligaran al cardenal a seguir moviendo más y más piezas, las verdaderas intenciones de él quedarían ocultas tras los peones. Todo esto pasó por la mente del cardenal en medio segundo, pero al instante respondió:

-Como espero una respuesta franca, le voy a dar yo también una respuesta franca. Mire, por un lado veo que el Opus Dei siempre ha buscado la implicación de los laicos en todos los niveles de la Iglesia. Por otro es evidente que ustedes son una fuerza amante de la Tradición, en medio de esta generación tan aficionada a... experimentos eclesiales. A pesar de todo, no tengo la menor duda de que su institución permanecerá al lado de Roma pase lo que pase. Pero aun así, quiero conocer con franqueza cuál es su posición en el tema. He leído todos los artículos que ha escrito usted. Sus conferencias y sermones sobre esta cuestión. Pero son escritos muy

formales... oficiales. Ahora quiero conocer de un modo espontáneo lo que piensa. Como estoy seguro de su ortodoxia y de su fidelidad a la sede romana, puede permitirse el lujo de ser franco.

-Quiero corregirle, eminencia. Usted ha dicho que el Opus Dei siempre ha buscado la implicación de los laicos en todos los niveles de la Iglesia. Permítame decirle que nosotros buscamos implicarnos en todos los niveles del mundo, no de la Iglesia. Los cargos que miembros de la Obra han ocupado en los dicasterios vaticanos, los han ocupado porque la Sede Apostólica así lo ha solicitado, no porque nosotros lo hayamos buscado.

-Bien, bien. Distinciones escolásticas.

-Para nosotros no son matices sutiles, sino algo importante. Porque lo que ha dicho refleja la visión que tienen muchos acerca de nosotros.

-Está bien. Acepto la aclaración.

El Cardenal Williams mostró la más amable de sus sonrisas, y el gesto de que aceptaba sin reservas la aclaración. Aunque, en realidad, no le gustaba que le llevaran la contraria, y menos que le corrigieran. De nuevo el tema, el único tema, que le interesaba parecía, entre aquellas cuestiones menores, volver a escaparse de entre las manos. Así que aparentando la mayor calma posible, retomó la pregunta:

-Sí, acepto la aclaración, pero dígame, cuál es su opinión sobre el gran tema teológico, continuamente debatido en los últimos

años, y que ahora nos ha explotado entre las manos con los cismáticos por un lado y las presiones de los más progresistas por el otro.

-Bien, eminencia -respondió el prelado-. Pues pienso que aunque todos consideran que nosotros debemos estar contentísimos, satisfechos, felices, por la dirección que han tomado las cosas, no lo estamos. Nosotros siempre hemos animado a la máxima colaboración de los laicos con los sacerdotes. Y hemos promovido la mayor consideración de la labor de los laicos dentro de la Iglesia. Sin embargo, no estamos a favor de una clericalización de los laicos. Tampoco de una laicización de los clérigos. Siempre hemos defendido que los laicos tienen su misión en la Iglesia, y los sacerdotes la suya. Mezclar ambas realidades será un desastre. De momento, ya tenemos un cisma.

-Y el proceso de laicización no parará aquí –corroboró el cardenal.

-Y el proceso de laicización, efectivamente, tampoco parará aquí. Ellos, los liberales, siempre querrán más. Los teólogos liberales, el clero progresista, siempre quieren más, porque, en el fondo, para ellos el cristianismo es meramente un espíritu, una actitud. Es un camino sin final. Ellos piensan como el mundo, y sólo estarían felices si nos diluyéramos en el mundo.

-Sí, todo es cuestión de medida. No le oculto que creo que hemos alcanzado una especie de techo, un límite máximo, o como lo

quiera llamar. Y que más allá de ese *borde máximo* que marca no sólo la Teología, sino hasta la misma prudencia, nos esperan conflictos intraeclesiales. Años antes de que surgiera el protestantismo, las nubes iban oscureciéndose, también ahora las nubes se están tornando más negras y densas. Debemos desinflarlas.

-Hemos rebasado ese límite máximo –indicó con energía el Prelado del Opus Dei.

-Sí, en cierto modo sí.

-Sé que usted, eminencia, trata de ser diplomático, de no decir nada que parezca que desautoriza a otros purpurados. Hemos puesto las bases para que comience un nuevo Siglo de Hierro.

-Los extremos son malos –reconoció Henry-. Todo es una cuestión de medida.

-No, no es una cuestión de medida. Se trata de que ambos estados, el sacerdotal y el laical, son estados distintos.

-Ya.

-Además, si esas nubes no se desinflan, nuestras posturas, las de la Prelatura respecto a los laicos, serán las más perjudicadas por el movimiento pendular. No dudamos que habrá un contramovimiento. Contamos con ello. Dentro de la Prelatura, para los miembros del Opus Dei, hace tiempo que emití directrices internas muy claras, de que ningún laico acepte cargos con potestad jurisdiccional dentro de los dicasterios. Cuando surja el contramovimiento, no nos debe atrapar en medio. Por lo menos,

vamos a hacer todo lo posible para no estar en medio. Y créame que el péndulo se moverá hacia el otro extremo, es una mera cuestión de tiempo.

-Veo que piensa en el mañana.

-Es mi deber, señor cardenal.

-Una decisión prudente, como todas las tuyas –le elogió Henry.

-No lo vea como una decisión astuta. No, no se trata de eso. Como usted ha dicho, nos consideran conservadores. Deseamos conservar la Iglesia que hemos recibido –recalcó la palabra *conservar*, con suavidad, pero la recalcó-. No sólo no debemos alterar la fe, sino que tampoco conviene meter la mano en las delicadas estructuras que sostienen este edificio eclesial.

-Lo tendré en cuenta a partir de mañana.

-Sí, ténganlo muy en cuenta sus eminencias, cuando el Señor los llame a elegir a un nuevo poseedor de la suprema autoridad de la Iglesia. Los asuntos estructurales son siempre muy delicados. Las estructuras, ya sea en un edificio o en un barco, no se deben tocar. De lo contrario las inmutables leyes de la gravedad actuarán sin piedad. Medítenlo bien, cuando dentro de pocos días entreguen, de nuevo, a alguien esa suprema potestad pontificia.

-Nosotros no entregamos esa potestad pontificia –aclaró Henry con amabilidad-. Únicamente designamos al Sucesor de

Pedro. La potestad papal viene de Dios. Nosotros nos limitamos a designar.

-Ha sido un *lapsus*. Tiene razón.

El cardenal se sonrió. El pasillo era no muy ancho, pero sí largo, permitiendo un cómodo paseo. Henry le había pedido franqueza. Y la había obtenido. Admiraba al prelado como a un teólogo, magnífico teólogo que unía a su ciencia la experiencia en el gobierno. Tampoco carecía de importancia conocer, en este tema tan crucial, la postura de una institución tan importante. Si se iniciaban reformas, había que contar quién estaba de un lado y quién de otro. Pero el cardenal no estaba allí por cálculo. Realmente, muchos obispos le habían hablado de la ciencia teológica de ese Prelado, así como de su vida espiritual.

-Hay temas que se consultan con un confesor, con cualquier confesor –dijo Henry deseando explicar su presencia allí-. Pero para otros temas, es preferible un colega en el episcopado. Alguien a quien no haya que explicarle *ex novo* todos estos intrínquilis.

-Me honra, eminencia. Me alegra el hecho de que haya aceptado nuestra invitación, y me honra que haya querido conocer mi punto de vista.

-No piense que le he querido ver por alguna otra razón, buscando alguna otra cosa.

-No tengo ningún motivo para pensarlo.

-Únicamente deseaba su opinión.

-Y ya la tiene.

El Prelado le miró con mirada un poco ladina. Tantas excusas indicaban que el cardenal albergaba algún temor, de que su visita fuera vista como una búsqueda de apoyo de algún tipo. Los años de ejercicio en la Secretaría de Estado favorecían este tipo de desconfianzas. El Prelado fue condescendiente y no le juzgó con dureza. Por un momento, creyó que allí acababa la conversación. Pero se hizo un silencio y Henry siguió andando. Sí, el cardenal deseaba hablar un poco más. Para distender la conversación, notaba que sus últimas excusas habían resultado excesivas, retomó sus palabras anteriores acerca de la designación del Papa, y añadió otra explicación a la que acababa de decir:

-Respecto a lo anterior, volviendo a lo de antes, concretamente, el Sucesor de Pedro, si ya es obispo, recibe su autoridad, no en el momento en el que lo elegimos, sino en el momento en que él acepta.

-Interesante distinción. La estudié, hace muchos años –dijo el Prelado.

-Y una vez que el Sucesor de Pedro acepta, no nos debe nada. El Papa no debe su papado a los cardenales.

-Bien, usted es el especialista en cuestiones de ese ámbito. Pero, dejando aparte sutilidades, ya me entiende lo que le he querido decir con lo de antes.

La mirada del Prelado, directamente a los ojos, fue firme. Con un mensaje claro de que no se fuera por las ramas. Henry captó el mensaje. Realmente, esa noche no estaba en su mejor momento. Quizá era la acumulación de tensiones de las jornadas anteriores.

-Sí, le entiendo –reconoció Henry-. ¿Y a su modo de ver, excelencia, cómo cree que respiran el resto de movimientos eclesiales?

-¿El resto de movimientos? –repitió, tomándose un tiempo para pensar.

-Sí.

-Tanto Comunión y Liberación, como los neocatecumenales, como el resto, siempre han propugnado esa participación laical. Pero ellos también piensan que hay una sana participación laical y una insana invasión de las funciones clericales. Se lo aseguro, ellos son de mi misma opinión... y como usted -por un segundo la mirada del Prelado se tiñó de un brillo malicioso.

-Mi pobre opinión, mi humilde pensar –rió-. Mi postura no es otra, que la que fue del Santo Padre.

-Por supuesto, por supuesto... como yo.

-Pero sí, qué caramba, tiene razón, la dirección no ha sido la correcta. Hay que dar un golpe de timón.

Los dos pasaron delante de un cuadro de dos metros de altura con la imagen de San Josemaría Escrivá besando el anillo de Juan

XXIII. Un cuadro coral, con muchos personajes, un óleo de tonos suaves.

-Al final, es el Espíritu Santo el que decidirá quien es el nuevo obispo de Roma –dijo el Cardenal Williams.

-Sí y no.

-¿Cómo?

-Si ustedes son hombres espirituales, si ustedes son purpurados que escuchan la Voz del Espíritu, elegirán a quién Él desea. Pero en la medida en que los cardenales se cierran a la santa inspiración que viene de lo alto, en la medida en que se dejen llevar por criterios humanos, entonces el elegido será el que Dios permita que sea. Aunque Dios hubiera preferido a otro. En efecto, todo ocurrirá con la permisión divina. Pero no necesariamente el elegido será, el que Dios hubiese preferido.

-Ya, ya.

-Recuerden que ustedes, los ciento veintidós cardenales, tienen en sus manos la dirección de la Iglesia. Porque el hombre que elijan, gobernará la Iglesia.

-Tener en nuestras manos la dirección de la Iglesia... ¡una vez que lo eligamos, nosotros sólo seremos tan solo unos humildes colaboradores del Santo Padre!

-Él gobierna la Iglesia, ustedes le eligen a él. Luego ustedes deciden qué línea tomará esa barca. El silogismo no tiene vuelta de hoja.

Henry era hombre más de negociaciones que de silogismos. Pero reconocía que su interlocutor estaba siendo extremadamente franco. Así que le dijo:

-No se preocupe, haremos lo que sea lo mejor para la Iglesia.

Por un instante le vino a la mente del cardenal, que aquel prelado sería un buen candidato. Nadie dudaría de su posición decididamente laical, pero al mismo tiempo a los conservadores les ofrecería la seguridad de su fidelidad a la Tradición. Él hubiera sido una buena apuesta tanto para el ala más tradicional, como para los prelados-laicos.

El cardenal comentó al acaso.

-Aquí lo que necesitaríamos sería un magnífico caballo de Troya.

-Sí, el Cardenal de Pekín podría ser un buen candidato.

Henry se calló. Aquí el Prelado desbarra complemente, pensó. No tiene ni idea. Si supiera cómo es. Qué distintas son las personas en un cóctel o dando una conferencia, a cuando hay que sentarse para tratar temas de gobierno y tomar decisiones concretas. Pero Henry no se lo tuvo en cuenta. Por razones de trabajo, conocía al Cardenal de Pekín mucho más que su interlocutor. Henry se limitó a decir:

-Ciertamente, se trata de un hombre dotado de características... notables.

El cardenal Henry pensó que tenía que olvidar la opción del prelado que caminaba a su lado, como candidato. Nunca se elegía al superior de un grupo eclesial determinado como Papa. Aun así, Henry, cedió, con una cierta malignidad, a tentarle. Se trataba sólo de una pregunta. Sencillamente, no pudo evitar la tentación de hacerle la gran pregunta:

-¿Usted aceptaría el papado?

El Prelado no pareció inmutarse. Pero no pudo evitar mirar de soslayo al cardenal. Después el Prelado contestó con calma:

-Nunca en veinte siglos el superior general de una orden religiosa ha sido elegido como sucesor de Pedro. Hay una gran sabiduría en ello. Mi situación es semejante a la de eoss superiores generales. El Obispo de Roma es Papa de todos. Si es elegido el superior general de un movimiento o de una orden o de una congregación religiosa, cualquier decisión conflictiva que tomase, se entendería como fruto de su anterior pertenencia a un grupo o a una espiritualidad determinada. Hiciera lo que hiciera, todo se vería con segundas intenciones.

El cardenal trató de no sonreír. Estaba seguro de que si fuese elegido, aceptaría. De eso no le cabía ninguna duda. Pero el Prelado decía lo que se esperaba que contestase, con un nivel de convicción razonable. El Prelado seguía hablando:

-Los cardenales, siglo tras siglo, han decidido votar por otros, pero no por San Ignacio de Loyola, ni por San Francisco de Asís, ni por Santo Domingo de Silos, ni por San Juan Bosco. En ello ha existido una gran sabiduría. El Papa debe ser un Papa de todos, para toda la Iglesia, para todos los movimientos, para todos los grupos eclesiales, para todas las formas de pensar.

Henry reconocía que su interlocutor había mantenido un rostro imperturbable al dar la respuesta. Pero esa imperturbabilidad dejaba entrever una cierta excitación a través de un único signo: un discreto aumento de la locuacidad. A Henry le hizo gracia este aspecto humano. Mientras, en la cocina, se esforzaban por mantener caliente la pasta. Para desesperación de las cocineras, ésa no era una pasta normal. Se trataba de un plato de diseño: pappardelle con calabacines rellenos de setas. Si la mantenían más tiempo caliente, la pasta se tornaría excesivamente blanda. Y había sido cocinada exactísimamente *al dente*, durante el aperitivo. En cocina luchaban por poner trapos empapados en agua caliente sobre la fuente.

Pero Henry y el Prelado trabajaban en sus propios fogones, cocinando sus propios menús eclesiales. Las cocineras estaban algo enfadadas, pero el Prelado hubiera tirado la pasta por el balcón con tal de que les dejaran cinco minutos más. Como es lógico, nadie osó interrumpirles. A nadie se le escapaba que una conversación a solas entre un cardenal (y justamente ése) con el Prelado del Opus Dei, el día anterior a ingresar en el cónclave, tenía que ser una conversación

importante. Justamente mientras las cocineras debatían, de nuevo, acerca de cómo mantener la temperatura sin cocer, el Prelado caminando con las manos a la espalda, le comentó al cardenal:

-Por favor, devuelvan la paz a la Iglesia. La paz en la Tradición, sin experimentos.

-¿Qué piensa del Cardenal Punzzétto?

El Prelado le miró y no dijo nada. Después se encogió ligeramente de hombros. Henry añadió con picardía:

-¿Va a soportar sobre su conciencia el haber callado en un tema tan trascendental?

-Mire, mejor Dallacosta que él. Punzzétto no es el más adecuado.

-Vamos, ahórrese diplomacias. Puede permitirse hablar abiertamente. ¡Ahora o nunca!

-He dicho que no me parece el más adecuado, no he dicho que sea indigno del cargo. Pero tiende al compromiso. Tiende demasiado al compromiso. En la paz es un negociador ideal. Pero en los dilemas, su figura se empequeñece. Lo hemos visto ya varias veces.

-Sí, es su único vicio. El compromiso y el acuerdo a cualquier precio. ¿Y qué me dice de Kdoumbe?

-Es un santo.

-En Tanzania, sí, lo veneran como a un santo –añadió Henry esperando algo más. El Prelado captó eso y añadió:

-Aunque ya sabe lo que dice Santa Teresa de Jesús.

-¿El qué?

-Que no siempre la monja más santa valdrá para priora.

-Es así, es así –musitó Henry sin darle mayor importancia, pero viendo confirmados sus pensamientos.

El Prelado prosiguió:

-En esta época, en concreto, con un cisma abierto, el elegido debe ser un Papa guerrero. Un Papa que venza la guerra civil que está en marcha. Un Papa para todos, que acabe con el cisma, y, sobre todo, que no comience nuevas guerras civiles en otros flancos, en otros extremos ideológicos de la Iglesia. Acabar la guerra civil eclesiástica en ciernes, y cuidarse muy mucho de no abrir ningún otro conflicto menor en ningún flanco. Un cisma ya es suficientemente doloroso, nadie quiere ni imaginar la posibilidad de un cisma en los dos extremos eclesiales simultáneamente.

Henry asintió y tras un instante de silencio, dijo:

-Muy bien, eso era todo. Pasemos a la mesa -indicó el cardenal, jovial, moviendo con gracia su derecha hacia la puerta del comedor, como si fuera el anfitrión.

Buscando los dos tercios



Al día siguiente

Y así, el 2 de abril del año 2030, se celebró, en la Capilla Sixtina, la misa votiva que tiene lugar justo antes de comenzar un cónclave. Tras la misa, se clausuraron las puertas de la capilla. El Maestro de Ceremonias que las cerró, quedó dentro. Fuera, tres hombres vestidos de frac se acercaron a ese portón, corrieron una cadena por los dos pomos en forma de agarradera, y sellaron la puerta con un sello metálico. Dos guardias suizos se apostaron a cada lado de esas puertas cerradas.

Los cardenales que se contaban tras ese portón de marco de mármol, debían haber sido ciento veinticuatro. Pero tres no habían podido hacer un viaje tan largo hasta Roma por encontrarse con graves problemas de salud. Viajar desde Australia hasta Roma recién operado del corazón, no era una cuestión menor para el cardenal de Melbourne. Los otros dos cardenales enfermos tampoco

eran unos chavales precisamente, y todos entendieron que lo más prudente para aquellos dos ancianos casi octogenarios era quedarse en sus respectivas residencias.

Lo que no supieron, los que no participaban en el cónclave, es que en los días anteriores habían llegado al Vaticano dos cardenales *in pectore* de los cuatro que existían. Sólo el Colegio Cardenalicio sabía de la existencia de cuatro obispos de iglesias clandestinas, que habían sido nombrados cardenales. Se trataba de pastores trabajando en naciones cuyas iglesias sufrían dura persecución. Y las autoridades civiles, ni siquiera debían saber que en sus países existían esos obispos. Los cuales obispos estaba investidos, además, nada menos que con la dignidad cardenalicia.

Desde destinos distintos, uno en Asia y otro en un país musulmán, habían llegado esos dos cardenales: uno vestido con americana y corbata, y el otro con un jersey barato y una gorra con visera en la cabeza. Los dos viajaban por separado, con una maleta solo, en clase turista. Se les veía que eran hombres humildes. Uno era profesor privado de ruso, el otro electricista. Y realmente ejercían esas profesiones. Ambos se trasladaron en autobús al centro de Roma. Pero no se dirigieron a ningún hotel, sino que directamente fueron al Vaticano, andando desde Piazza Cavour, que era donde les había dejado el autobús. Al llegar a la Plaza de San Pedro preguntaron a un par de policías y, al final, encontraron el

puesto de guardia de la Guardia Suiza. Ellos nunca habían estado en Roma.

El primero en llegar, al noveno día de fallecer el Papa, fue el obispo oriental. Aquel hombre bajito, canoso y humilde, vestido con un jersey y una gorra, con una maleta pequeña en la mano, solicitó que deseaba hablar con el Comandante de la Guardia Suiza. La pregunta sorprendió extraordinariamente al soldado de la puerta. Pero cierto era que, entre las notificaciones que habían recibido al declararse el estado de Sede Vacante, era que si alguien pedía hablar con el Comandante de la Guardia Suiza, se le llamase sin hacer más indagaciones. El soldado no sabía para qué, pero tal había sido la consigna.

Al cabo de cinco minutos, llegó el Comandante. Éste ordenó al soldado que les dejara a solas un momento, el puesto de guardia era pequeño y no contaba con sala de visitas. El hombre humilde y sencillo no traía papeles especiales con nombramientos, ni nada por estilo, sólo tenía su pasaporte. Se lo enseñó. El comandante consultó una libreta de notas que portaba en un bolsillo. No sabía quién era ese sujeto, pero su nombre concordaba. Las órdenes eran claras, si llegaba allí alguien que decía llamarse así, se debía telefonar de inmediato al camarlengo. El camarlengo en persona fue al puesto de guardia. La Guardia Suiza presente, incluido el Comandante, dio un tremendo taconazo ante la que era la máxima autoridad.

Ante la sorpresa de todos, el Camarlengo abrazó a ese desconocido. Lo abrazó con efusividad, con emoción, como hubiera abrazado a un santo o a un mártir todavía vivo. El mismo camarlengo tomó en su mano la maleta de ese pobre electricista. Al segundo, varios se ofrecieron a llevar esa maleta, pero el Camarlengo insistió en que deseaba llevarla él mismo.

Media hora después, el humilde electricista entraba en el dormitorio que le habían asignado en ese edificio. Sobre la cama, perfectamente plegadas, estaban dispuestas todas sus vestimentas de cardenal. No faltaba nada. En tres estuches abiertos, se podían ver una cruz pectoral, un solideo y un anillo. Incluso conocían su altura, pues la sotana era de su medida. El electricista se emocionó, mientras era ayudado por un monseñor, que le instruía acerca de cómo colocarse el fajín y la esclavina. Aquel hombre nunca se había vestido una sotana. Y la primera vez que lo hacía, se colocaba todas las magnificentes vestiduras de un purpurado.

El pobre hombre pensaba que cuando acabara el cónclave, todas esas ropas deberían quedarse allí. Regresaría a su puesto como un humilde electricista. Pensó en llevarse, al menos, el anillo como recuerdo. Pero no, no debía arriesgarse. Un simple anillo con símbolos cristianos, encontrado en una inspección de la aduana, podía suponerle diez años en prisión.

Los dos cardenales *in pectore* habían llegado durante los funerales del Papa. Pero no habían participado. Sus rostros no

debían aparecer en ninguna foto, y se tuvo buen cuidado de ello. Ni siquiera participaron en la procesión de entrada al cónclave, ni en la misa previa. Esperaron dentro, fuera de la vista de todos, hasta que se cerraron las puertas. Al iniciarse el cónclave, de forma oficial se les acogió en el Colegio Cardenalicio y se les entregaron las bulas de sus nombramientos. Hasta entonces, habían estado custodiadas en un archivo secreto, y a ese archivo retornarían, pues no podían llevárselas consigo.

El Decano del Sacro Colegio, acerca de los otros dos cardenales *in pectore*, no presentes allí, dijo que no solo no se sabía si llegarían, sino que ni siquiera les constaba si seguían con vida. Desde hacía varios años carecían de cualquier noticia acerca de ellos.

Hechas estas presentaciones y realizadas algunas explicaciones sobre otros temas, los ciento diecinueve cardenales revestidos con sus negras sotanas con borde rojo, comenzaron la organización de todo lo referente al cónclave. El día fue transcurriendo dedicado a preparativos menores. Tras la cena, los purpurados quedaron en libertad para moverse por toda la casa, ir a la zona de jardines habilitada para sus paseos o desplazarse por las inmediaciones de la Casa de Santa Marta. No había peligro de que se saliesen de la zona delimitada, pues la Guardia Suiza y la Gendarmería Vaticana patrullaba continuamente el irregular

perímetro que delimitaba la zona clausurada y reservada a los cardenales.

Durante ese primer día, ya se hubiera podido hacer una votación por la tarde. Pero la Constitución Apostólica daba libertad para hacerla o no. Pero todos estuvieron de acuerdo en que, la tarde de ese primer día, se empleara el tiempo para la lectura personal de las normas, la meditación y la oración. A las 18:30 se volverían a reunir y los cardenales más especializados en Derecho Canónico darían explicaciones a las dudas que cada uno quisiese preguntar. Después, fueron todos a la capilla de la Casa de Santa Marta a rezar vísperas.

Tras la cena, cada uno podía ir adonde quisiera dentro del recinto del cónclave. Pero como era de esperar, siendo el primer día, todos se fueron al gran salón de estar de la casa donde vivían. Se podría esperar que allí, algún cardenal propusiera tímidamente algún nombre, pero no. En el salón, esa noche, sólo se habló, con la mayor de las armonías, de la situación general de la Iglesia, de los problemas del Concilio, del mundo moderno y cosas así, generales. A las diez se rezó completas y todos se fueron a la cama. Diez cardenales más devotos, permanecieron algo más en la capilla. Era la calma antes de la tormenta.

2º día del Cónclave

3 de abril



Por la mañana, bien temprano, la capilla de Santa Marta estaba llena de purpurados haciendo su tiempo de meditación personal ante el sagrario. Algunos maliciosos pensarían, que había quienes habían llegado a orar tan pronto para ser vistos. Pero lo cierto es que todos los presentes se hallaban imbuidos del carácter sagrado de ese tiempo de elección. A las 7:30, comenzó puntualmente la celebración de la misa. Después vino el desayuno, bastante simple y espartano: pan, mantequilla, mermelada, manzanas. Nada más acabar el desayuno, ya todo el mundo fue teniendo reuniones en las muchas salas de la Casa de Santa Marta. Reuniones de pocos purpurados en las que se iban proponiendo nombres o se decía que el siguiente Sumo Pontífice convendría que gozase de tales o cuales cualidades.

Al mencionar algunos nombres, al momento se veía cómo unos recibían más apoyo que otros. Los cardenales hablaban de estas cosas sentados en sillones, sofás distendidos, relajados. Allí donde en una sala se concentraban más de siete u ocho purpurados, se

traían más sillas y ellos mismos se acomodaban por todos los rincones. De momento, no hacía falta usar ninguno de los salones más espaciosos. El ambiente era cordial. Los nombres iban siendo propuestos en manera informal, como si fuera una especie de reunión social, que nada tuviera que ver con las delicadas votaciones que pronto tendrían lugar.

Todo esto formaba parte de la tradición de los cónclaves. Era lo que se llamaba el *tanteo*. Cualquiera de los presentes, salvo que estuviera ciego, iba viendo por donde iban discurriendo las cosas. Es decir, quiénes recibían más apoyos, quiénes menos. Lo que no se daba en esa fase, era el que alguien hiciera campaña a favor de un nombre en concreto. Después, eso sí que se haría, pero en esa fase todavía no. En esa etapa, llena de amabilidades, llena de diplomacias, nadie solicitaba con descaro: votad por éste o por el otro. Lo único que se hacía, sin ningún tipo de vehemencia, era tantear las voluntades, proponer, señalar las virtudes de cada uno. Se actuaba con guantes de seda. La vehemencia hubiera estado muy mal vista. Los afanes hubieran sido considerados de mal gusto. Había que mencionar las capacidades, las conveniencias, como por acaso, sin insistir.

Por supuesto, las cualidades nunca eran de uno mismo. A un cardenal se le pueden perdonar muchas faltas, pero no el pecado de ambición papal. Alguien podría decir que eso era una campaña encubierta. Pero no, era algo más sutil, elegante sin duda alguna.

Aquello era como el sistema solar antes de la formación de los planetas. Todas las partículas se mostraban en suspensión, flotando cada una con su tamaño. Pero, poco a poco, suavemente, sin hacer ruido, las partículas se iban agrupando. Pronto la fuerza gravitatoria de ciertos pesos pesados del Colegio Cardenalicio atraería más votos alrededor de ellos, formándose los primeros núcleos planetarios. Después comenzaría una lenta y civilizada danza rotatoria. En esa rotación llena de buenas formas, se irían agrupando las partículas, hasta formar varios planetas. Es decir, se irían concentrando los votos en varios candidatos, cada vez en menos. De esta danza planetaria, surgiría una concentración suficiente que, al alcanzar cierta masa crítica, atraería al resto de purpurados hacia un solo centro. Habría surgido un nuevo astro rey. Tras la aceptación, comenzaría a brillar. Otro cónclave habría concluido.

Así que todas las conversaciones e intercambio de opiniones, se hacían observando la mayor de las caballerosidades. Como si fueran a seguir así, charlando y tanteando, durante un número infinito de días. A un observador externo, aquello le hubiera ofrecido una extraña sensación de falta de prisa. Incluso de falta de interés. Pero no. El conclave posesía su propio *tempo*. No se debía acelerar, ciertamente, pero nadie podía detenerlo. El tiempo, el mero paso del tiempo, agrupaba voluntades alrededor de varios nombres.

La designación como obispo de Roma recaía sobre aquél que recibiera dos tercios de los votos. De los votos de los cardenales que

participaran. Ya que si alguno no había ingresado en el cónclave, o no había votado por la razón que fuese, los dos tercios se calculaban respecto a los votos depositados, no respecto al número de cardenales. Si el número de votos no era divisible por tres, había que añadir un voto más a esos dos tercios. Dado que habían ingresado en el cónclave ciento diecinueve purpurados, setenta y nueve votos eran necesarios para alcanzar los dos tercios más uno.

A las diez y media de la mañana estaban convocados para la primera votación. De forma escalonada, todos se iban dirigiendo hacia la Capilla Sixtina. Unos andando, para hacer ejercicio, para charlar por el camino. Otros, menos provistos de fuerzas, eran llevados por pequeños minibuses. Faltaban diez minutos para la hora en punto. Dos ancianos purpurados, con las manos a la espalda, enfrascados profundamente en sus pensamientos paseaban por el centro de la larga capilla. Una veintena aguardaba en sus sitios. Unos leyendo, otros rezando. Dos o tres hablando entre ellos, en voz bajísima. Hablaban muy bajo, aunque nada malo había en hablar. Para eso estaban allí, para hablar entre ellos, y votar.

Cada vez veo más claro lo poco que me gusta esta capilla – pensó Henry, sentado-. Todo el mundo al hablar de la Sixtina se refiere, por supuesto, al fresco del techo, nadie al espacio de la capilla. Efectivamente, de la arquitectura de la capilla no hay mucho de lo qué hablar. Una arquitectura de la que ni te das cuenta que está

ahí. Y Miguel Ángel... nunca me ha gustado. Jamás me atrevería a decirlo en alta voz. Suena a herejía. Y de las peores. Pero nunca me ha gustado. Esta bóveda me parece la apoteosis de la decoración, pero nada más. Un estilo muy decorativo. Lo llenó todo de admirables estudios de anatomía. Todo este despliegue de técnica pictórica me deja frío. Y ya no digamos el *Juicio Final*. Es mil veces más evocador un Cristo burdo y mal delineado sobre piedra, en una portada del XII, amenazando con un Juicio Final, que toda esta colorida ostentación del santoral. Menos mal que un Papa mandó vestir todas esas desnudeces.

Seguro que algún Papa mandará desvestir a todo este conjunto. Sin duda se considerará un signo de apertura. En el *New York Times*, el *Herald Tribune*, el *Frankfurter Allgemeine*, aparecerán artículos de opinión haciéndose eco de que tal cosa es signo de una teología aperturista más humana. Los que escriben editoriales son como niños. No hay que tenérselo en cuenta. Los columnistas, al hablar del Vaticano, no tienen ni repajolera idea.

Minos y Caronte están abajo conduciendo a las almas a su no-descanso eterno. Pero en esta pintura, hasta ese infierno lo veo carente de estremecimiento. En este fresco, ni el Cielo te invita mucho hacia el bien, ni el infierno te retrae demasiado del mal. Nada que ver con El Bosco. El sencillo Hieronimus Bosch sería el colmo del intelectualismo para Miguel Ángel. Por eso a la gente le suele

gustar más Miguel Ángel: su pintura son como los seriales, gustan a las masas.

La gente, cámara de fotos en ristre, no busca complicaciones cuando se detiene a mirar una pintura. Tienen prisa. No están para cosas complicadas. Se entusiasman viendo toda la Capilla Sixtina en seis minutos. No pueden perder media hora contemplando diez centímetros cuadrados de tabla flamenca. A las masas hay que darles mucho Miguel Ángel y mucho Rafael. Todo bien grande y bien claro. Unos cuantos cuerpos saliendo de sus tumbas, otros cuantos elevándose por los aires. Como máxima sutileza, la cara de Biagio de Cesena, el maestro de ceremonias del Papa, en la cabeza del demonio. Ah -suspiró-, no dejo de pensar cómo hubiera quedado aquí El Bosco en un fresco de veinte metros de altura. Pero él siempre puso su paleta en pequeños trozos de tabla. La genialidad es siempre un perfume de frascos pequeños.

Hablando de frascos pequeños, aquí viene el cardenal de Oslo. Parece mentira que un país de vikingos tan altos, haya podido producir un prelado tan menguado. Eso sí, un prelado de lo más ascético. Ascético, envarado, coqueto y exigente, sobre todo con los demás. Además de un auténtico zelote. Y parece que viene hacia aquí con la intención de saludarme, otra vez. Todavía estamos lejos. No llamaré su atención. Es inútil, no hay nada que hacer, viene hacia aquí.

-¿Qué tal Cardenal Willliams?

-Muy bien, eminencia. ¿Ha dormido bien esta noche?

-Ya veo que ha oído, que padezco de insomnio.

-Algo tengo escuchado.

-Pues sí. Es frecuente en mí. Eso me permite poder trabajar todos los días varias horas más.

-¿Pero no es un insomnio por mala conciencia?

-No, no –respondió muy serio. Un segundo después, captó la broma. Ambos purpurados rieron. Henry no estaba seguro si no había captado la broma si por su inglés deficiente o por su poca capacidad para cualquier tipo de ironía.

El Camarlengo hizo sonar una campana. Todos los cardenales interrumpieron sus conversaciones y se colocaron en sus asientos, había tres filas de asientos en cada lado. En el fondo de la capilla, en el centro, el altar. Sobre él, un ancho recipiente de bronce con dos asas. Sobre la boca del recipiente, un plato metálico. La votación dio comienzo. En la primera votación, cada cardenal escribió un nombre una papeleta rectangular, y la dobló dos veces. Después, en fila, se acercaron al recipiente que hacía de urna. Cada cardenal al llegar al altar, levantaba la papeleta y prestaba juramento ante Dios, de elegir a aquel que su conciencia le dictaba:

Pongo por testigo a Cristo Señor, el cual me juzgará, de que doy mi voto a quien, en presencia de Dios, creo que debe ser elegido.

Después, depositaba su voto sobre el plato, y cogiendo el plato lo levantaba y dejaba caer el papel doblado en el recipiente. Mientras se marchaba, otro cardenal se dirigía a realizar el mismo juramento y modo de depositar su voto.

Después, acabada la votación, el contenido del recipiente se derramaba sobre una amplia mesa cuadrada de tres metros en cada lado: no había peligro de que ninguna papeleta cayese fuera. Allí un cardenal escrutador tomaba, una a una, cada papeleta, la desplegaba, y extendido se la pasaba al segundo escrutador, el cual leía el nombre, y éste se la pasaba al tercer escrutador la pinchaba con una aguja y se ensartaba en un hilo. Ni una sola papeleta debía perderse, ni una debía contarse dos veces.

Acabadas de contar todas las papeletas, el Secretario, desde la mesa de la presidencia leyó el número de votos que cada uno había recibido. La labor de sondear comenzaba a ofrecer resultados. Ya en la primera votación de la mañana, se perfilaron ocho candidatos de entre los veinte más votados. Los nombres de los que habían recibido uno o dos votos, pronto irían quedando olvidados. Sí, el cónclave poseía su propio *tempo*.

La norma dictaba que inmediatamente se realizara una segunda votación. De nuevo se repitió todo el ritual, menos el juramento. De nuevo, se leyeron los resultados. Después apuntados los resultados de esas dos votaciones, las ristras de ambas votaciones se quemaron en la estufa con paja húmeda. Se añadieron unos

granos como de incienso con una cucharilla, echándolos sobre las papeletas. Se trataba de un producto químico para que el humo que saliese por la chimenea, fuese más negro. Fuera, en la Plaza de San Pedro, se escuchó un largo y leve *ooohhh* de desilusión. Veinte mil personas en la plaza supieron que en esa mañana ningún candidato había logrado los dos tercios de los votos.

El almuerzo tipo buffet estaba desprovisto de cualquier lujo. Ni siquiera había camareros que atendieran las mesas, los mismos cardenales se servían. Con la excepción de cuatro que tenían problemas de movilidad. A los cuales sí que les traían la comida unos camareros. Después de un tiempo de descanso tras la comida, más reuniones en pequeños grupos. Más conversaciones informales, todas al acaso. A las 18:30, tuvo lugar la siguiente votación. Tras leer los resultados, de inmediato, como por la mañana, una segunda votación.

Henry, mientras veía como meía la paja en la estufa y se arrojaban encima las papeletas, Pensó que los días de sede vacante parecían inacabables. Pero la Historia demuestra que toda sede vacante, al final, acaba. Y después esos pocos días parecen como un instante, frente a los largos años de pontificado. El recuento en curso mostraba, que algunos nombres iban recibiendo más apoyos, en detrimento de otros. Todavía permanecían fluyendo los votos en torno a los candidatos menores. Esas corrientes parecían como las

corrientes de agua destinadas a desaparecer en el verano. Mientras tanto, esos votos desorientados seguirían yendo y viniendo entre los nombres de los candidatos menores.

Aquella noche, se reunieron los cardenales de la Curia. En total, veinticuatro purpurados. El encuentro tuvo lugar en una de las salas del primer piso de Santa Marta. Esa sala contaba con una larga mesa en el centro y dos filas sillas alrededor. Como todas las salas de esa residencia, sin frescos, ni mármoles, ni nada fuera del mobiliario funcional. Típica sala moderna construida en tiempos de Juan Pablo II.

El Cardenal Prefecto de la Congregación del Clero miró por la ventana, mientras se acomodaban todos. Fuera, bajo una lluvia fina e incesante, se veían, vestidos de paisano, a treinta agentes de los servicios de seguridad del Estado Vaticano. Paseando, charlando, dispersos por los alrededores del edificio, lejos y cerca. En ese edificio estaban todos los cardenales electores del mundo, la custodia del lugar resultaba de vital importancia. El Estado Italiano colaboraba a la protección del lugar con otros sesenta agentes de guardia, alrededor de las entradas al Vaticano. Se encontraban en disposición de intervenir, en cualquier momento del día o de la noche, en cuanto se produjera una petición del Comandante de la Guardia Suiza.

Por fin los últimos cardenales curiales en llegar, se acabaron de acomodar en la salita. A esas horas, varios purpurados estaban yéndose a dormir desconocedores de que se estaba gestando una reunión de la máxima importancia. La hora nocturna no se debía a que lo que allí se tuviera que hablar, fuera digno de mantenerse oculto. Si no a que la tarde, entre las conversaciones, la votación y los rezos, ya se había pasado, y no quedaba otro tiempo disponible. La reunión no era de naturaleza secreta, ni hacían nada malo en tener una última conversación tras las oraciones de la capilla. Todos los cardenales estaban allí para hacer eso, reunirse y dialogar. Pero el que fueran todos de la Curia y la hora nocturna, confería un ambiente especial a la reunión.

Los presentes en la sala se trataban con confianza. No en vano, se conocían desde hacía muchos años. Las oraciones realizadas a lo largo del día, el sermón del Decano del Sacro Colegio antes de entrar, la ritualidad de los actos y el ambiente con que había dado comienzo el cónclave, habían imbuido a todos de la conciencia de que todo este proceso debía mirarse de un modo espiritual. Allí no estaban para hacer campaña, ni para convencer según unos criterios humanos, sino para ponderar las virtudes y capacidades de cada uno. Todos pedían al Espíritu Santo ver con claridad cuál sería el mejor obispo de Roma. Todos lo pedían sinceramente, unos con más intensidad, otros con menos devoción.

Los nombres de posibles candidatos fueron poniéndose sobre la mesa. Había cuatro de los presentes que sonaban como posibilidades ciertas, pues pertenecían al número de los ocho más votados. Así que, a esos cuatro, les pidieron que salieran de la sala, para que los restantes veinte cardenales de la Curia, pudieran hablar acerca de ellos con libertad. Con una sonrisa o con un comentario jocoso o meneando la cabeza, salieron los cuatro. Sabían el gran honor que les hacían pidiéndoles que salieran. Así que ninguno de ellos se molestó, sino más bien todo lo contrario.

Henry tenía intención de votar para Papa a alguien, que reservase la potestad de gobierno sólo a los clérigos. Henry y otros tres purpurados habían pensado que constituirían una minoría, ya que creían que el resto de los curiales o estaban a favor de proseguir con el proceso de cambios, o no eran contrarios a ellos. No obstante, pronto observó Henry con satisfacción, que los curiales allí presentes estaban a favor de elegir a un cardenal que ralentizase el proceso de cambios que habían tenido lugar en los últimos pontificados. La realidad del cisma había sido muy dolorosa. La decidida voluntad de cerrar heridas, se imponía.

Si en esa sala, los miembros de la Curia se ponían de acuerdo en un nombre, ellos solos ya sumarían bastantes votos, y harían descollar un nombre hacia el que decantar al resto de purpurados.

Henry se fue a la cama ese día con una cierta pena. Nunca había ambicionado el papado. Nunca. Pero en la primera votación

sólo había recibido dos votos. Y en la cuarta ya ninguno. Cierto que la edad jugaba en su contra. A los cardenales no les gusta elegir a alguien para pocos años. Y esta vez, especialmente, no pocos habían insistido en que sería bueno elegir a alguien que durara, al menos, unos veinte años. Henry se fue a la cama con una cierta sensación de derrota. ¿Tan poco era valorado en lo personal? Bien es cierto que a lo largo de los años al frente de la Secretaría, se había ganado no pocos enemigos. Pero aquello no se lo esperaba. Era como si toda su vida quedara evaluada con un número. Y ese número era un pequeño 2.

3° día del Cónclave

4 de abril



Al día siguiente siguieron las conversaciones entre los curiales. Por la tarde, quedó claro que la Curia iba a promover entre el resto de los purpurados a su propio candidato, el francés Ethienne Becson. Se precisarían, por lo menos, de dos días de conversaciones, para que más apoyos del resto de los electores fueran concentrándose en ese nombre. Después, llegados a un cierto nivel de votos, era una mera cuestión de tiempo el que se fueran sumando votos a la meditada y siempre prudente opción de los más prestigiosos curiales. Por lo menos, ésta era la mecánica lógica. O al menos una mecánica lógica de cómo podían suceder las cosas.

Mientras el nombre de Becson se iba perfilando como una posibilidad real, era evidente que en el cónclave los cardenales fueron encuadrándose en dos grupos: el de los que querían proseguir con los cambios y la modernización, y los que deseaban restituir toda la potestad de gobierno a los clérigos.

A mitad de la tarde, el cardenal de Kinsasa dijo las siguientes palabras ante cuarenta cardenales reunidos en una salita de estar de la Casa de Santa Marta:

-Es evidente que nos hemos decantado en dos posturas. Pero debemos resistir la tentación de denominaros a vosotros progresistas y a nosotros conservadores. En la Iglesia no existen tales conceptos. Todos queremos la renovación, una sana renovación. Todos estamos a favor de la apertura. Nadie está en contra de la modernidad. En la Iglesia, no existen conservadores, ni progresistas, del mismo modo que no existen derechas o izquierdas. Sólo existe un único mensaje: el Evangelio. Sólo existe un concepto central: estar más cerca de ese mensaje o más lejos. Por favor, no nos contagiemos con los conceptos del mundo, conceptos mundanos que aquí no tienen sentido.

Las palabras del sabio cardenal fueron acogidas por todos con asentimiento. Pero, a pesar de las buenas intenciones, desde esa tarde se habló de progresistas y tradicionales. Todos reconocían lo inadecuado de esas expresiones, pero de algún modo tenían que entenderse y éstas categorías eran breves y sencillas.

De todas maneras, estos dos nombres utilizados para designar a las facciones, era cierto que resultaban completamente inadecuados. Pues la realidad por lo que abogaba cada grupo, era mucho más compleja que lo que daban a entender estas dos categorías. Pero como dijo el cardenal Ortiz con una guasa llena de

gracejo mexicano: existe la necesidad de poner nombres a las cosas, y lo demás son músicas celestiales.

El candidato promovido por los curiales comenzó con pocos partidarios entre los conservadores. Pero con el correr de las conversaciones, más y más cardenales se dieron cuenta de que había una gran sabiduría en lo que decían los curiales, y que su eminencia Becson estaba dotado del don de la moderación y la prudencia. Poco a poco, conversación a conversación, reunión a reunión, fue ganando fuerza la sensata idea de que era necesario un tiempo de calma, de prudencia en la Iglesia, no de experimentación e innovación. El nombre de Becson ganaba fuerza.

Al final del día, este grupo llegó a estar conformado por unos treinta y cinco cardenales más o menos. *Más o menos*, porque los límites de una *región cardenalicia* siempre están un poco desdibujados. Había otros electores de la línea conservadora que, ciertamente, votarían por Becson. Pero que, de momento, seguían votando por candidatos más radicales en su defensa de la Tradición. Esta región ideológica más conservadora que la de los curiales, abogaba por la elección de un Sumo Pontífice enérgico. Alguien que fuera devolviendo el poder de jurisdicción a los clérigos, de forma paulatina, sí, pero consciente de que un papado no es eterno, y de que convenía que las reformas fuesen realizadas en unos cuatro o seis años. El gobierno de la Iglesia debía ser restituido a los ordenados *in sacris*. Éste podía ser definido como el interés

fundamental de este grupo de prelados. Para ellos, Becson se eternizaría con su prudencia temerosa. La ventaja para Becson, era que, por ahora, se hallaban divididos entre demasiados nombres.

El grupo de los curiales contaba con una gran ventaja, y era que con su unidad de acción habían logrado hacer despegar el nombre de Becson. El cual comenzaba tener peso frente a los nombres de otros candidatos. Resultaba evidente que entre los progresistas, ninguna figura descollaba. Ellos querían consolidar el proceso de apertura eclesiástica. Era patente que los laicos purpurados constituían el núcleo más duro de la postura continuista, la postura progresista. Así estaba la posición de partida al inicio del cónclave.

4º día del Cónclave

5 de abril



Aunque Becson sigue subiendo en votos, permanecen siete candidatos principales que, sorprendentemente, van atrayendo más del resto de los candidatos menores. Becson no acababa de convencer a muchos. Quizá por su misma prudencia y deseo de complacer, era visto como un prelado sin carisma. Y en eso tenían razón. Becson estaba dotado del mismo carisma que una tortuga.

A pesar de estos vaivenes, propios de todos los cónclaves, el proceso seguía su marcha, y los nombres que en anteriores votaciones habían aparecido con un voto, tres o cinco votos, comenzaban a desaparecer en los recuentos sucesivos. Sí, el proceso avanzaba. E iba quedando claro, como todo el mundo esperaba, que los electores iban decantándose hacia el grupo conservador de los cardenales o hacia el grupo más progresista. Al principio, como también era frecuente en los cónclaves, esos ocho candidatos principales trataban de mantenerse equidistantes. Sabedores de que el punto intermedio es siempre lo que más gusta, y que los extremos son siempre la primera cosa en desaparecer. Pero este afán de equidistancia era difícil de mantenerlo ante las preguntas de sus

colegas en el comedor, en los pasillos, en las reuniones con pocos presentes. A pesar de todos los esfuerzos, pronto quedaban situados en una órbita o en otra.

De todo lo dicho, podría parecer que esos candidatos principales hacían lo posible por ser elegidos. Lo cierto es que eran los demás los que se movían. Los demás se movían alrededor de estos ocho. Los cuales candidatos se limitaban a orar y dialogar. Entre los ocho cardenales más votados, había unos cuantos que hubieran deseado ser los elegidos, era algo humano, comprensible. Pero incluso estos trataban de alejar de sí cualquier pensamiento de ambición. Aquello no era una reunión como las del mundo civil, en la que uno hace todo lo que está en su mano para lograr un puesto de preeminencia. Aquello era una reunión de oración. Varias veces al día, los candidatos mejor posicionados se repetían a sí mismos, que no debían ceder a la tentación de los honores. Por otra parte, entre esos ocho, cinco no deseaban ser elegidos. No rechazarían la designación, en el caso de que acaeciera. Pero bien sabían ellos que no se consideraban dignos. Realmente un cónclave consiste en una serie de votaciones, pero no es sólo una serie de votaciones. Aquellos príncipes de la Iglesia estaban verdaderamente convencidos de que la naturaleza misma de aquella reunión, iba más allá del aspecto humano. Lo que no podían adivinar entonces los ciento diecinueve cardenales, era que sus más nobles sentimientos iban a enfrentarse a una tormenta eclesial perfecta. A una tormenta

de ese tipo en la que sale a relucir el aspecto menos espiritual de sus protagonistas.

5º día del Cónclave

6 de abril



La Constitución Apostólica *Universi Dominici Gregis* dictaba que tras tres días de escrutinios, las votaciones se suspendieran durante un tiempo para tener una pausa de oración. Se especificaba que ese tiempo podía ser como máximo de un día. Las normas también dictaban que una breve exhortación espiritual fuera hecha por el primer cardenal del orden de los diáconos. El cual, en la Capilla Sixtina, dio un sermón de gran belleza acerca de las responsabilidades que conlleva ser cardenal. Se centró en ese tema, la grandeza del cardenalato. Prefiriendo evitar cualquier otro tema, que pudiera ser entendido como un modo de querer instrumentalizar el sermón en favor de cualquier grupo dentro del Colegio.

Durante esa jornada, los cardenales, sobre todo, se dedicaron a pasear por los jardines vaticanos. El día era luminoso y se prestaba a ello. Fue, para todos, un día relajado y agradable. Un oasis en medio de las tensiones precedentes.

El mismo día por la tarde



Henry, sentado en la antepenúltima fila de asientos de la capilla de la Casa de Santa Marta, pensaba:

Que manía le tengo a esta capilla. Qué tengamos tantos lugares maravillosos a un tiro de piedra, y que nos tengamos que reunir a orar en éste. No sé por qué, pero siempre he sentido una especial antipatía a este sitio y a la Casa de Santa Marta en general. De acuerdo que no hubiera que dar impresión de suntuosidad. Pero una cosa era eso, y otra esta ramplonería. Todavía no han puesto la custodia ante la que vamos a rezar el rosario. Hoy se va a encargar de eso el Cardenal-Protodiácono.

Se acordó de que ese cardenal hoy había cumplido ochenta años. Los cardenales-electores son aquellos que no hayan cumplido ochenta años. Pero la Iglesia posee una sabiduría de siglos acumulados a la hora de dictar sus normas. De ahí que para evitar problemas, la ley dictase que *no participan en la elección aquellos que ya han cumplido ochenta años de edad el día en el que comienza la vacante de la Sede Apostólica*. Una vez que comienza el periodo de sede vacante, ya no importa si se cumplen o no años.

Especificar así las cosas, elimina infinidad de problemas e intrigas. De lo contrario, se podría retrasar un día o dos el cónclave, si ello supiera que un miembro muy relevante del Sacro Colegio, iba a cumplir los ochenta años ese día; con lo cual no podría votar, ni siquiera ingresar. Sí, la Iglesia era sabia.

Aunque, a veces, parece que al Destino le gusta jugar. Cuando se notificó la Sede Vacante, el Cardenal de la diócesis de Ranchi, en la India, estaba participando en las sesiones del Concilio. No hubo necesidad de llamarle por teléfono. Henry, personalmente, llamó a la puerta de su habitación y se lo comunicó. Entonces, el cardenal indio puso cara de sorpresa. Después de un momento de vacilación, le pidió a Henry que pasara. *Estimado hermano, tengo que hacerte una consulta.* El purpurado indio le explicó que justamente ese mismo día 15 de marzo, cumplía ochenta años.

-Bueno –le contestó Henry-, la Constitución Apostólica dice que si el día que comienza...

El cardenal indio le interrumpió:

-Lo que ocurre, es que yo nací a las ocho de la tarde del 15 de marzo.

-¿Qué quiere decir?

-Si el Papa ha muerto a las diez de la mañana, y yo nací a las ocho de la tarde. Yo cumplí los ochenta años después de su muerte.

Henry le miró con pena. Ese cardenal indio nunca había asistido a un cónclave. Pero Henry le dijo:

-Estimado hermano, cuánto lo siento. Pero la norma dice que no participarán los que ya han cumplido esa edad el día de la Sede Vacante, el día que comienza. Es decir, se habla del día, no de la hora. Si uno cumple años, por poner un ejemplo, el 3 de febrero, a efectos de la ley, es el 3 de febrero. Sin detenerse a mirar si fue a tal o cual hora cuando uno nació.

-¿Estás seguro?

-Completamente. Aun así puedes consultarlo, para quedarte más tranquilo, a la Congregación de Cardenales o al Presidente del Consejo de Interpretación de Textos Legislativos. Pero estoy seguro de lo que te digo. La ley habla del día, sin hacer otra distinción.

Henry recordaba en la capilla esa escena, la cara de pena del purpurado, su posterior consulta y la respuesta, concordante con la de Henry. Y mientras que el bueno del Cardenal de Ranchi no había podido ingresar, allí tenía delante al Cardenal Yong de Pekín. Más a la derecha estaba su amigo de la Congregación de Obispos, que le hecho una mirada, aunque no hizo ningún gesto. Más al fondo, estaba el cardenal-laico de la Prefectura de Asuntos Económicos con el que había tenido aquella tensa conversación hacía no mucho. Uno a uno se conocía los rostros de todos los sentados en esos bancos. Sabía a quién votar y a quién no votar. Sabía que él mismo no iba a ser un candidato con posibilidades. Pero en lo más profundo de su alma, le dolió recibir únicamente dos votos. Ni siquiera cuatro, ¡dos!

En ese momento, el Protodiácono entró en el presbiterio y comenzaron los cantos de los cardenales. Allí no había coros. Sólo las voces de los purpurados, que no lo hacían mal. El clero suele cantar bien.

6º día del Cónclave

7 de abril



El grupo de los cardenales conservadores va reduciéndose a tres candidatos. Becson sigue encabezando los recuentos de votos. Pero, con una cierta insatisfacción, comprueba que su candidatura ha perdido impulso. No sólo a él, sino a sus más optimistas seguidores, albergan el temor de que Becson haya podido alcanzar su número máximo de votos, y que sea difícil ir más allá. Los reformistas, por su parte, siguen divididos entre dos nombres. Continúan divididos, pero ya sólo entre dos. Todo va procediendo de forma habitual.

El único elemento lamentable en toda esta concordia, era el enfado cada vez mayor de veinte de los purpurados más liberales. Enfado que venía motivado cuestiones personales, aunque después eso se revistiese de motivaciones más serias. Un cardenal canadiense y otro coreano habían ridiculizado a varias figuras del grupo aperturista. Las palabras de estos habían sido bastante impropias y, lo peor, dichas públicamente en el salón de estar. Los cardenales aperturistas aludidos se habían ofendido, y habían provocado un enfrentamiento verbal durante algunas de las reuniones posteriores

en la Casa de Santa Marta. Pero eso era lo más relevante que había ocurrido en esa jornada, nada más.

Como curiosidad, había que hacer notar que uno de los cardenales se puso ese día enfermo con fiebre, nada grave, una fuerte gripe. De acuerdo a las normas, tres clérigos con una caja subieron a su habitación. La caja tenía una abertura en su parte superior por donde la mano no muy firme del anciano cardenal introdujo su papeleta doblada. Todo este proceso estaba muy especificado en las normas de elección papal. Las normas precisaban que estos tres *infirmarii*, antes de subir a la habitación, debían mostrar la caja a los escrutadores y abrirla para comprobar que estaba vacía. Y que, tras cerrarla, la llave debía quedar sobre el altar de la Capilla Sixtina hasta que bajaran con la papeleta dentro de la caja.

7º día del Cónclave

8 de abril



Contrariamente a lo que se daba por supuesto, Becson sigue aunando votos. Poco a poco sigue subiendo. Pero entre los más notables candidatos reformistas y los liberales, todavía existe una región intermedia de nombres hacia los que se dirigen los votos. Becson araña dos o tres votos más en cada votación, pero va a requerir algo de tiempo el convencer a los moderados.

En el grupo reformista, hay unas cuantas cabezas que dicen cosas totalmente inadecuadas. Y es que unos ocho afirman que se negarán a aceptar a ninguno de los dos grandes candidatos conservadores. Es algo que se ha dicho en el arrebato de un acceso de ira de un purpurado. Los otros *humillados* han formado una piña con el que ha dado un puñetazo en la mesa y se ha marchado de la sala donde se tomaba el almuerzo. Pues eso ha sucedido durante la comida. Al principio, se pensaba que esto había sido la lamentable reacción de un momento de ira. Pero a lo largo de la tarde, esos ocho han dejado claro que no estaban dispuestos a que se echase por tierra la labor de tres papas.

-Entiéndanlo como un derecho de veto –dijo el cardenal holandés.

-En un cónclave nadie tiene derecho de veto –repuso fríamente el Decano del Sacro Colegio.

-No estamos pidiendo ese derecho, le comunicamos que, de hecho, tenemos capacidad para ello y la vamos a usar.

-¿Es que quieren que se haga lo que ustedes digan?

-¡No!, sólo deseamos que el sucesor del Obispo de Roma sea elegido por consenso. No impuesto por la mera presión de los votos. Si es así, también nosotros podemos ejercer nuestra propia presión.

-¿Habla en serio? ¿No lo aceptarían?

-Exacto, porque no sería nuestro obispo, un obispo designado por consenso, sino alguien impuesto. Si nos lo imponen, también nosotros podemos imponer algo: nuestra no aceptación.

La conversación fue larga. El Decano del Colegio salió meneando la cabeza. Esto es lo que pasa, cuando se escoge para cardenal a alguien que no es una persona de oración, pensó el Deán. Lo malo era que esos ocho habían hablado entre sí, y habían decidido mantenerse firmes.

Aunque el amplio grupo de los conservadores y los moderados no han llegado todavía a un entendimiento entre ellos, los que han propugnado a Becson no están preocupados. Son

conscientes de que, les guste o no a los progresistas, una vez que el resto se ponga de acuerdo en un nombre, contarán con dos tercios de los votos. Las matemáticas hacen que a los conservadores no les preocupe demasiado el malestar de los reformistas. Y eso precisamente es lo que más molesta a los aperturistas, que les digan una y otra vez que ya es una mera cuestión de tiempo saber quién de entre los dos nombres conservadores resultará elegido. El tercer candidato conservador va retrocediendo en cada votación, y eso es un signo magnífico para Becson. Entre los progresistas reina la frustración y el malestar. Especialmente, por algunos comentarios personales, todavía más, que han ido sumándose a las desgraciadas declaraciones del día anterior. Toda esta situación de los comentarios hirientes ha generado en una gran tensión.

8º día del Cónclave

9 de abril



Estaba mandado por la Constitución Apostólica que tras siete escrutinios infructuosos, se hiciese una nueva pausa de oración. Por eso en la tarde del día anterior, sólo se había realizado una sola votación, pues ése era el escrutino 7º. En la segunda pausa, debía predicar el primer cardenal del orden de los presbíteros. Quién había de hacer la exhortación, era algo determinado con toda precisión por el documento papal. Para evitar las suspicacias. También este cardenal hizo un sermón de lo más aséptico, centrándose en hablar de la virtud de la pobreza y de la necesidad de regresar a la pureza de los tiempos apostólicos.

De nuevo los cardenales se dedicaron ese mañana, sobre todo, a pasear por los jardines. De nuevo volvió a hacer sol, aunque algo de frío. Muchos purpurados, hombres ancianos, prefirieron quedarse en sus habitaciones. Como ya todos deseaban acabar cuanto antes el cónclave, se determinó que la suspensión de las votaciones duraría duraría sólo una mañana. Las normas del cónclave marcaban un tiempo de pausa preceptivo, pero no

determinaban su duración. Una mañana pareció bien a la mayoría. De forma que por la tarde, los escrutinios retornaron.

Esa mañana, dos ancianos purpurados se habían ido rezando el rosario hasta la réplica de la gruta de Lourdes que se halla en los Jardines Vaticanos. Como se haya algo lejos de la Casa de Santa Marta, los servicios de seguridad les preguntaron si tenían inconveniente en que les siguieran a distancia un par de agentes. Convenía que los cardenales estuvieran localizados. Ellos respondieron que no había ningún problema en ello. Los dos venerables cardenales, al regresar a la Casa de Santa Marta y dirigirse a sus habitaciones, observaron que los del sector progresista no se habían dedicado mucho a la oración. Pues salían de una animada reunión. Uno de los dos ancianos cardenales le comentó al otro

-Era de esperar. El progresismo nunca se ha destacado por orar mucho.

-Sí, son más activistas.

9º día del Cónclave

10 de abril



Hoy se ha visto con claridad, que el segundo candidato conservador ha llegado a su techo de votos. Le faltan muy pocos votos a Becson para lograr los dos tercios. Se espera que en un día o dos, alcance la mayoría suficiente. No obstante, comienzan a inquietarse todos los purpurados, porque el que el malestar en el núcleo duro de los progresistas está yendo más allá de los límites de lo aceptable. Ese núcleo van dejando más claro, que no piensan aceptar a ese candidato conservador. Incluso cinco cardenales reformistas han amenazado con marcharse del cónclave. La presión de estos días ha crispado el ánimo de algunos. En el ambiente del cónclave, flotan las amenazas las cabezas de la desobediencia. No han faltado entre los conservadores, quienes les hayan dicho con desprecio que si quieren marcharse, que se marchen cuando quieran.

Los conservadores creen que es conveniente, que el cónclave concluya cuanto antes. El cardenal Gerald desbordante de autosatisfacción ha dicho en tono altanero ante todos: *Las amenazas no añaden votos a su causa. Los votos o se tienen o no se tienen. Las*

amenazas son como la rabieta del mal perdedor. Desgraciadamente nos hacen constatar la poca categoría de los que defendían otra postura distinta a la nuestra. A esto el cardenal de Johannesburgo enfadado le ha replicado con palabras bastante duras. Concluyendo así.

-Ustedes los curiales se han erigido en los defensores de la Tradición. Nosotros nos hemos erigido en defensores de la reforma. Aquí no está en juego tal o cual candidato. Aquí está en juego qué modelo de Iglesia vamos a dar a la humanidad. Queremos una Iglesia moderna, más humana, más compasiva. Esto no se puede resolver por la mera lógica de los votos.

-Eminencia, el tema de la comunión de los divorciados, del sacerdocio de la mujer y del matrimonio de los homosexuales ya ha quedado claramente definido por el magisterio.

-Yo no he dicho nada acerca de todo eso.

-Se le ve el plumero. El tema de los preladados-laicos es la excusa. Ustedes ocho quieren ir más allá. Pero son astutos. Sobre la mesa han puesto un tema discutible, para así no espantar a los moderados.

-Mire, las normas que rigen este cónclave son meras palabras escritas en un papel –repuso otro de los progresistas más radicales-. Debemos mirar al espíritu, no a la letra. *El espíritu vivifica, la letra mata.*

-Eminencia, que desilusión. Jamás lo hubiera pensado. ¿No se da cuenta de que obedecer a las normas de un cónclave es obedecer al Sucesor de Pedro?

-Él ya ha muerto –dijo otro progresista desobediente-. Que en paz decanse –y se hizo la señal de la cruz-. Pero él nos hubiera apoyado. Me habría gustado ver la cara que hubiese puesto, si él hubiera visto a sus eminencias destruyendo su obra.

Otro de los ocho intervino:

-Si así presentamos nuestra postura ante el Pueblo Fiel, como la fidelidad al difunto Papa, ¿creen que nos nos apoyará la gente?

-Efectivamente, ¿por qué no hay que contar con la voz del Pueblo? –corroboró otro de los ocho.

-Eminencias –exclamó el Camarlengo-, *lo que atares en la tierra, será atado en el Cielo*. El Papa y sus antecesores ataron el asunto de cómo se debe elegir al Romano Pontífice. Obedecer al Papa difunto, ser fieles ahora al Clemente XV, implica someternos a las normas de elección papal.

-¿Cómo vamos a obedecer a un difunto? –preguntó con desprecio uno de los ocho.

-¡Está atado! –repuso el Camarlengo.

La discusión fue degenerando hasta convertirse en una confrontación de reproches personales. Cuando salieron de la sala, resultaba evidente que las cabezas desobedientes eran sólo esas ocho. El resto, tuvieran las ideas que tuvieran, se mantenían en la

obediencia a las normas. Como dijo con preocupación el Cardenal de Nueva York, considerado como un gran biblista, conservador y un hombre de oración:

-No se puede pedir ni obediencia, a aquellos que no admiten la fidelidad a la Tradición. El sometimiento a la autoridad requiere de toda una visión de las cosas. Ellos desobedecen, porque su teología les lleva a ello. En el fondo, su desobediencia es consecuente con sus principios que llevan a la ruptura.

Por la noche, tras la cena, los ocho cardenales progresistas han vuelto a amenazar con marcharse. El resto del Colegio, incluso los progresistas, están sorprendidos de esta postura tan antieclesial de aquellos que deberían ser los máximos garantes de la eclesialidad. Pero, al mismo tiempo, tenían pánico de que pudieran salir del cónclave y exponer al mundo sus argumentos, presentándolo como una postura de fidelidad al difunto Clemente XV. Sería un desastre. Hasta los más conservadores reconocían que había que reconsiderar la postura de pasar por encima de ellos a base sólo de votos.

10º día del Cónclave

11 de abril



Los acontecimientos se precipitan. Temprano por la mañana, varios de los cardenales reformistas, veinte en total, se reúnen con los ocho disidentes para realizar votaciones propias, e ir viendo quién podría ser el más adecuado para ser presentado como el candidato progresista, que uniera a todos los favorables al progresismo. Nada malo hay en reunirse para discutir acerca de un candidato. El problema aparece cuando alguien propone, que no deben presentarse a la votación general en la Capilla Sixtina.

-Debe quedar patente para todos, desde ahora, que el Papa ha de ser elegido de común acuerdo entre los candidatos que surjan del diálogo entre lo que votemos aquí y lo que se vote en la Sixtina. Si votamos allí, supone admitir que admitimos las viejas normas.

-Estoy completamente de acuerdo. El próximo obispo de Roma debe ser el natural resultado del consenso entre las dos votaciones.

La propuesta se vota. Por dos votos a favor, se aprueba ese modo de proceder.

Cuando comunican esta decisión al Camarlengo, éste, literalmente, se echa las manos a la cabeza. De inmediato, se convoca una reunión sólo con los más prestigiosos cardenales del Colegio. El Cardenal de París dice:

-Si esos veintiocho electores en rebeldía no asisten al cónclave, con seguridad los conservadores esta vez alcanzarán los dos tercios de votos. Elegiremos canónicamente a un Papa, sí. Pero a un Papa que, desde el primer momento, no será aceptado por una parte importante de los cardenales. Si persisten en la idea de seguir adelante con la votación de la mañana, la lucha existente en el seno de ese cónclave, se trasladará a toda la Iglesia.

-Cierto –asintió el Cardenal de Sao Paulo-, hoy, en este día, en pocas horas, se puede dar comienzo a un cisma que podría prolongarse durante siglos.

-Hermanos, por el amor de Cristo –añadió el Cardenal de Tokio-, actuemos con la mayor de las prudencias. Nada será mucho para evitar este mal. El cisma ortodoxo se inició en el año 1054, y ya lleva un milenio de duración. Hermanos, hagamos lo que sea para evitar este mal a la Santa Iglesia.

Mientras se tiene esa reunión del Camarlengo con los más importantes purpurados, los ocho disidentes no se quedan inactivos esperando en sus habitaciones mano sobre mano. Y así, el Camarlengo y los purpurados, al salir de la reunión, ya con el ánimo

bastante abatido, se encuentran con que los rebeldes han emitido un manifiesto dirigido al resto del Colegio acerca de la validez del método actual de elección. No es que se cuestionara, simplemente no se acepta. Entre otras afirmaciones, se lee:

Nosotros no nos hemos separado del cónclave, ni nos hemos ido a otro lugar, sino que hemos formado un cónclave dentro del cónclave. Pues no tenemos que marcharnos a ningún lado, ya que nosotros representamos las aspiraciones del clero y el pueblo, al que no descartamos apelar. Nuestro lugar es éste. Y lo afirmamos con orgullo: debemos estar aquí, dentro del cónclave.

Se convoca, de inmediato, una reunión de todos los cardenales en la Casa de Santa Marta. Se convoca allí y no en la Capilla Sixtina, para evitar el riesgo de que se decida, en un arrebatado, proceder a la votación que está prevista para la mañana, en una hora. Al menos así, comentó el Camarlengo, podrán meditar mientras se trasladan a la Sixtina, si realmente deciden seguir adelante con el orden de votaciones establecido.

Algunos purpurados ya se dirigían lentamente hacia la Capilla Sixtina, cuando se les avisó del cambio de planes. Muchos insisten en preguntar a los que les avisan, en si estaban seguros de que debían ir a la Casa de Santa Marta y no al otro lugar. Y se les respondía, sin dar más detalles, que sí, que algo había pasado y que se había convocado esa reunión extraordinaria. Una vez que todos

están reunidos, se comunica cuál es la situación a todos. El Dean del Colegio se levanta y dice:

-No podemos, de ningún modo, aceptar el chantaje. Pero fuera de los muros del Vaticano ya hay un cisma, el del Sínodo de Jerusalén. Si ahora se consolida esta semilla de cisma, se formarán tres grupos eclesiales en situación de sede vacante: el Cisma de Jerusalén, el cónclave dentro del cónclave, y el resto del Sacro Colegio. Esta situación resultaría sencillamente catastrófica.

Así que de común acuerdo, se decide, por bien de la paz, suspender dos días las votaciones para ofrecer un tiempo de meditación y oración, que calme los ánimos. Si hoy se hubiera votado, con casi total seguridad, Becson, el candidato de los progresistas habría obtenido la mayoría de los dos tercios necesaria para ser el nuevo Sumo Pontífice.

11º día del Cónclave

12 de abril



Continúa el tiempo de pausa y oración. Los cardenales pasean, oran. Se interrumpen las conversaciones entre los dos grupos enfrentados, para intentar que los enfrentamientos personales de los miembros de cada facción se vayan enfriando.

Ocho cardenales pasean por los jardines, desde el Governatorato hasta la Fontana del Aquilone. La zona de clausura se había ampliado. La tensión era muy fuerte. Se pretendía que los purpurados se relajaran dando paseos. Que la sensación de estar encerrados se disminuyera al mínimo. Pequeñas casitas, monumentos en piedra iban jalonando el trayecto que recorrían estos ocho cardenales. Alrededor del camino por el que andaban, el césped estaban bien cortado, los macizos de begonias y narcisos bien cuidados, algunos gorriones iban y venían. La escena podría haber sido idílica de no ser por la tormenta eclesiástica que tenían tras sus espaldas.

-Para mí no es nada desconocida, cuál ha sido la raíz de la conmoción que ahora vivimos –comentó Henry-. Hay una raíz

subterránea de corrupción, cuya ponzoña ha envenenado este proceso de elección. El mal había estado en nombrar a obispos y cardenales con una visión tan humana de las cosas de la Iglesia. El resultado: el que ahora vemos.

-Totalmente de acuerdo. Cuando esta elección se ve simplemente como una lucha entre grupos, suceden cosas así.

-Esos reformistas han olvidado –añadió un obispo neozelandés- que el clima que ha de reinar es de oración, de amor y colaboración, no el de las presiones. Francamente, su eminencia Dammert me ha decepcionado.

-¿Y qué me dices de Hon-shé?

-¡Lamentable! Oh, que espectáculo –comentó cerrando los ojos con fuerza durante un segundo.

-Cada vez lo veo más claro –añadió Henry-. Debemos elegir a un hombre santo, prudente, que no se amilane y que ponga las cosas en su sitio.

-¿Pero sabéis lo último que salió ayer de la boca del Cardenal de Nueva Delhi? Explicó de un modo grandilocuente, como siempre, que *no será la Iglesia la que sufra un cisma, sino que la verdadera Iglesia del Pueblo será la que tenga que abandonar a su suerte a los cardenales inmovilistas.*

-¡Este hombre! Siempre tan abierto a todo... ¡y tan soberbio! Qué insensatez. ¿No han dicho siempre lo mismo cada uno de los heresiarcas que en el mundo han habido desde el primer siglo?

-No te crees mala sangre. No se merece ni que te cojas un berrinche.

-¿Eso fue lo del pasillo?

-Sí, la escena del pasillo, que acabó casi a gritos.

-Es que estos creen que la Iglesia lo resiste todo, que pueden hacer cualquier tropelía y que la barca seguirá a flote. Son tan insensatos, están tan confiados en la flotabilidad de la embarcación, que si fuera por sus continuas medidas de imprudencia, los cristianos tornaríamos de nuevo a ser un grupo perdido en las montañas de Armenia.

-Tranquilos. Los exaltados siempre son pocos. Siempre *suelen* ser pocos.

-¿Y qué ha dicho el cardenal de Brasilia? ¿No es él el vecino de la habitación que salía en ese momento?

-Ha impuesto la sensatez. Frente a la insensatez de unos pocos exaltados, está la prudencia de la mayoría. Y lo mismo el cardenal de La Habana. Ha estado en su sitio, prudente y apaciguador.

-No debemos imponer nuestra mayoría de votos. Si hay una nueva escisión, los enemigos de la Iglesia se van a echar encima.

-¿A qué te refieres, Henry?

-Me refiero a que hay litigios en segunda instancia en los tribunales de Milán y Génova. Litigios con los cismáticos de Jerusalén. Los tribunales civiles decidirán, en segunda instancia,

sobre a quién corresponden los bienes patrimoniales de esas diócesis. El asunto no es preocupante, tenemos ganados esos pleitos si la legitimidad legal de la Iglesia Católica es pacíficamente aceptada. Pero no quiero ni pensar en la posibilidad de que se activen pleitos en distintos lugares del mundo si se produce una nueva escisión.

-Si vamos a tener que defender los bienes inmuebles en los tribunales, con una situación ambigua acerca de la personalidad jurídica en la misma cabeza de la Iglesia, eso va a ser una ruina. Judicialmente va a ser una catástrofe.

-A mí esto no me coje de sorpresa. Yo ya sabía que las decisiones de los últimos años nos iban a llevar, de nuevo, a los peores años de Constantino.

-Por eso urge que de este cónclave surja un Papa, no un nuevo problema. Que se acabe cuanto antes el cónclave, pero en paz. Y desafortunadamente la minoría reformista sabe tan bien como nosotros, cuál es la situación. Y está dispuesta a jugar una partida peligrosa.

-Saben que con no ceder, nos vamos a ver obligados a sentarnos a dialogar.

-Eso es lo que se creen ellos. Van listos.

-Tranquilo, Pierre. La amenaza que ahora se cierne es demasiado grave como para mantenernos inamovibles en nuestra posición de seguir con las votaciones, pase lo que pase.

-Sí, nos guste o no, hay que sentarse a dialogar.

-No, no contéis conmigo para eso.

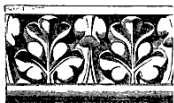
-Es evidente que la apuesta del núcleo duro de los progresistas es demasiado alta. El embate es tan fuerte que si nos empeñamos en no ceder, obtendremos una victoria pírrica. Victoria de la que no tengo la menor duda: el número de votos está a nuestro favor. Pero zanjaríamos la cuestión, abriendo una herida de difícil cicatrización. Una herida por la que supuraría la Iglesia durante, por lo menos, un par de generaciones. Hay pues que buscar una solución intermedia. Hay que pactar.

Henry que había estado en silencio, dijo sin muchas ganas:

-A veces... hay que tragarse muchos sapos.

12° día del Cónclave

13 de abril



El tiempo de oración ha serenado más los ánimos. Hasta el núcleo más duro de los mismos conservadores se ha convencido de que no se puede proceder a una votación apisonadora, a menos que se acepte la tormenta de destrucción que se desataría.

Había un aspecto positivo y era que la capilla de Santa Marta estaba llena de purpurados casi todo el día. Los electores leían la Biblia en sus habitaciones, paseaban en silencio no pocos, o se llevaban un libro a la capilla, donde permanecían mucho tiempo. Se hacían conscientes de la gravísima responsabilidad que pesaba sobre ellos. Y, además de orar con intensidad, trataban de evitar cualquier confrontación con los más extremistas en el comedor o los pasillos.

Henry comprobaba, día a día, que los que habían caído en la desobediencia, no rezaban mucho. No les veía demasiado por la capilla. Humanos, eran demasiado humanos en sus apreciaciones. Precisamente por eso, había que hacer lo imposible para evitar que la Iglesia sufriese.

Precisamente, para evitar que la Iglesia se angustiase haciendo suposiciones, se decidió, desde que se inició esta pausa, el encender la estufa de la Capilla Sixtina, dos veces al día. Dos fumatas negras seguirían apareciendo en cada jornada, a las horas acostumbradas. De lo contrario, todo tipo de cavilaciones comenzarían a correr. Resultaba prudente tomar esa inocente medida. No era una mentira. Era sólo fuego con paja húmeda.

13° día del Cónclave

14 de abril



Hoy ya se recuperan las conversaciones entre los grupos. La consigna es evitar cualquier descalificación personal, favorecer el ambiente de entendimiento. El Camarlengo ha encargado que se traiga para este día un menú de óptima calidad, a uno de los mejores restaurantes. Hoy prescindiremos de las monjas cocineras. Hay que buscar alguna excusa en el santoral, para celebrar el día con una buena comida. Piensa el Camarlengo, y no se equivoca, que si hoy se les da una comida, reinará un mejor humor, y que eso facilitará el entendimiento. No es que él piense que la comida va a lograrlo todo. Pero es un elemento que, ciertamente, ayuda.

Desgraciadamente, el santoral no está por la colaboración. 14 de abril: San Asaco (un discípulo de San Patricio), San Benito de Avignon (un pastor que construyó un puente sobre el Ródano), San Frontón (un abad del desierto de Nitria en Egipto), Santa Lidia de Schiedam (patrona de los enfermos crónicos que quieren aprovechar sularga enfermedad para pagar sus pecados)... Al final, el Decano

del Sacro Colegio, en connivencia con el Camarlengo, anuncia al principio del almuerzo, que ese banquete especial se debe a que es el 80 cumpleaños del Cardenal de Burundi, que es un hombre dotado de unas cualidades especialísimas, que ha entregado su vida al Evangelio y un par de cosas así, genéricas a más no poder. La verdad es que el pobre Cardenal de Burundi estaba un poco chocho, no se enteró del todo de que iba aquello y, por supuesto, no dijo esta boca es mía. Todos se dan cuenta de sus verdaderas intenciones, pero ninguno se queja.

Mientras tanto, fuera del edificio, los miembros de las fuerzas de seguridad vaticanas y la Guardia Suiza se extrañan de que los cardenales no vayan a la Capilla Sixtina. Pero un día antes del comienzo del cónclave, han jurado no revelar nada de cuanto ocurra. Los cardenales podrían desplazarse a la Capilla Sixtina sólo para orar. Pero ni el Camarlengo, ni el Deán, ni nadie, quiere correr el riesgo de que alguien, en algún momento, reunidos todos allí, se canse y proponga que se realice una votación. Las cosas van bien o, por lo menos, no van a peor. La paciencia y el tiempo siempre constituyen dos grandes medicinas para los ánimos alterados.

14º día del Cónclave

15 de abril



Siguen las deliberaciones y el tiempo de oración. Las votaciones continúan suspendidas de mutuo acuerdo. Ambas partes se reconocen lo positivo de haberse dado un tiempo para meditar. Se ha acordado reanudar las votaciones dentro de dos días, el 17 de abril.

Fuera, en la Plaza de San Pedro, miles de personas se reúnen espontáneamente para orar, pidiendo a Dios que ilumine a los purpurados. Esos laicos que rezan con fe, nada saben de lo que sucede dentro de los muros del Estado Vaticano. Las murallas no hablan. La gente que reza fuera, lo único que sabe es que detrás de ese recinto clausurado está el Sacro Colegio reunido parlamentando acerca de una acción, que será trascendental para el rumbo de la Iglesia. Pero nada, absolutamente nada, saben de esas deliberaciones. De esas deliberaciones, no saben nada ni siquiera los soldados o la policía que custodia la clausura, ni los cocineros que preparan la comida a los cardenales, ni las señoras encargadas de la

limpieza de las salas comunes. Los trapos sucios se lavaban dentro de casa y nada trascendía fuera.

Por la noche, se comprueba que las posturas de los ocho rebeldes, al final, se mantienen. Habían dudado, habían vuelto a votar entre ellos. Pero, desde el primer día de su revuelta, habían tomado la decisión de no abandonarse entre ellos. Y, aunque con dudas, se mantenían en su decisión inicial. Esa misma noche, las cabezas más prominentes del Colegio Cardenalicio comienzan a barajar la posibilidad de hacer una interrupción acordada del cónclave por espacio de dos semanas.

15° día del Cónclave

16 de abril



Por la mañana se sigue considerando la posibilidad de hacer esa interrupción, para pensar detenidamente todas las implicaciones que las posiciones de cada facción tendrían en la Iglesia Universal. Al cabo de quince días, todos volverían a reunirse y se reanudarían las votaciones. En estos días de pausa se ha avanzado mucho, muchísimo, pero el ambiente ahora dentro del cónclave sigue demasiado crispado, las posiciones son demasiado inamovibles. Todo conduce a una ruptura dentro del Colegio. *Si ha de haber un cisma, concedámonos, al menos, una tregua de diez o catorce días, para pensar*, suplicó el cardenal de Tokio a sus colegas.

Corre prisa por acordar algo, aunque sea una nueva pausa, de lo contrario mañana a las 10:30, se procederá a una nueva votación. Dada la mayoría suficiente conservadora, una votación significaría nuevo Papa y nuevo cisma. Dentro del colegio cardenalicio ya se habla abiertamente del *Cisma Romano*, como se ha dado en llamar a la situación que se incubaba.

16º día del Cónclave

17 de abril



El cónclave queda, definitivamente, interrumpido durante quince días. Así se ha decidido tras una maratoniada deliberación que acabó a las cuatro de la mañana. En su habitación, en la que reinaba un perfecto silencio, el Cardenal Williams, hacía sus maletas. Aunque él, a diferencia de algunos de sus colegas, no tendría que ir muy lejos. Regresaba a su apartamento, no a su cargo. Cuando trece días antes los cardenales habían entrado en el cónclave, todos los cargos curiales habían quedado cesados por el propio Derecho Canónico. Esta cesación es automática por ley eclesiástica desde la notificación oficial del fallecimiento del Romano Pontífice. Así que los miembros del Colegio con cargos curiales no podían regresar a sus puestos.

Alguien sugirió que regresasen a sus oficinas, con sus cargos prorrogados durante medio mes bajo la autoridad del mismo sacro colegio cardenalicio. Pero los canonistas recordaron que ni siquiera todo el colegio cardenalicio tenía potestad para ello. Estaban cesados de sus cargos y ningún oficial de la Curia les obedecería, si

intentaran ejercitar una potestad de la que carecían. Mientras que los cardenales obispos residenciales de diócesis, sí que seguían siendo pastores de sus rebaños. Ellos sí que retornaban a sus puestos.

Los que ese día hacían sus maletas sabían que iba a ser difícil explicar ante los medios el por qué de aquella interrupción. Pero por difícil que resultase, todo lo deliberado en el cónclave estaba bajo secreto y así debía quedar. Todos se habían comprometido con nuevo juramento a guardar el secreto. Que el mundo hiciera las especulaciones que desease, ellos callarían. Para la prensa se redactó un comunicado oficial leído esa mañana por el Secretario de la Oficina de Prensa del Vaticano. El aula normal para las ruedas de prensa se había quedado completamente insuficiente para recibir a los dos mil periodistas que habían presentado credenciales, para asistir a la rueda prensa que se había anunciado cinco horas antes, a las 11:34 de la mañana. Así que se había comunicado que ésta tendría lugar en el Aula de Pablo VI.

En el estrado se había colocado una larga mesa y detrás de ésta, una especie de pared con el escudo de la tiara y las llaves. A la hora exacta, los comparecientes se sentaron en la mesa en medio de un inacabable rumor de miles de flashes. En el centro de la mesa se sentó el Camarlengo, a su derecha y a su izquierda el Secretario y el Subsecretario de Prensa del Vaticano. El cardenal dio comienzo a la lectura del comunicado.

-Buenos días a todos, procedo a la lectura del comunicado aprobado para su publicación hoy, día 17 de abril, a las 10:54, por la Congregación Particular del Colegio Cardenalicio, es decir, la comisión formada por el Camarlengo, yo, y los tres cardenales que me asisten. Paso a leer el comunicado:

Nosotros, los integrantes del Colegio Cardenalicio, frente a la trascendente tarea de elegir para la Iglesia, a su cabeza visible en la tierra, hemos tomado de común acuerdo y por unanimidad, la decisión de concedernos quince días más de reflexión y oración. Acordamos volvernos a reunir el próximo día 1 de mayo, día en que se reanudará el cónclave. Ese mismo día, a las 16:00 horas se cerrarán y sellarán las puertas, reinstaurándose la clausura del Sacro Colegio.

El Camarlengo leyó el comunicado sentado y serio en una larga mesa, con un gran escudo pontificio en la pared a sus espaldas. En el escudo, las llaves gruesas y pesadas, de un metro de longitud, así como la robusta tiara, todo de color dorado apagado, resaltaban sobre la pared de un tono crema liso. Cuando las palabras frías y carentes de emoción del portavoz acabaron de leer la nota que sostenía entre sus manos, no se dio espacio para turnos de preguntas a los periodistas. A su lado, el Jefe de Prensa se limitó a añadir la siguiente explicación:

-Comprendemos que tal medida puede causar perplejidad en muchos fieles. Pero ante una misión de tanta importancia, sus

eminencias han entendido que no debían sentirse presionados ni agobiados por el tiempo. Sino que, por el contrario, su decisión debía ser fruto de una madura reflexión. Su decisión debe ser la mejor posible, la más ponderada, la más acordada entre todos y para todos. Lograr esa decisión requiere que mediten sin sentirse presionados por el tiempo. Y si para ello son necesarios unos días más, que así sea, puesto que así lo han decidido.

El Jefe de Prensa dio por terminada su intervención. El cardenal encendió su micrófono y añadió:

-Sabemos que haber acordado una pausa como ésta, dará lugar a mil cavilaciones. Pero hemos preferido hacer bien la misión que la Iglesia nos ha confiado, y afrontar esas especulaciones. Frente a la mucho más fácil alternativa de zanjar la cuestión bajo la presión de la premura del tiempo o el temor a la opinión pública. Pues, ciertamente, somos conscientes de que esta pausa dará pábulo a muchos comentarios y elucubraciones. Pero la Iglesia nos pide que realicemos nuestra peculiar tarea lo mejor posible, y eso es lo que de verdad importa. Así que respondiendo de nuestros actos ante el Juez universal, vamos a darnos un poco más de tiempo para satisfacer esa demanda de la entera Iglesia universal: hacer bien nuestro trabajo de designar un obispo de Roma, un sucesor del apóstol Pedro. Que el Espíritu Santo nos ilumine a todos.

Decir que hubo un estallido cegador de flashes y mil manos levantadas de periodistas, tratando infructuosamente de hacer una pregunta, es quedarse corto. Ese día todos los noticiarios abrieron con esa noticia. Pero los cardenales habían acordado no revelar nada de las deliberaciones que había habido dentro del cónclave. Sabían que resultaría inevitable el que se hablara en los medios de que había habido dos bandos durante los días de clausura. Los periodistas especularían acerca de lo que había sucedido dentro del cónclave. Pero los cardenales, impertérritos, debían no comentar absolutamente nada. Ni siquiera afirmar la existencia de los dos grupos dentro del cónclave. Todos guardarían el secreto. Lo habían jurado ante Dios. Y todos sabían que se cumpliría la palabra dada, pues eran hombres de conciencia. Unos podían ser progresistas y otros tradicionales, pero todos buscaban lo mejor para la Iglesia, la gloria de Dios y la salvación de las almas. No había un bando de buenos y un bando de malos.

Se comprometieron antes de salir a no conceder entrevistas, a no hacer declaraciones. Si alguien en la calle, antes de entrar a una misa, les preguntaba algo con una cámara al lado grabando, debían limitarse a decir: *existe un comunicado del Colegio Cardenalicio, a él les remito*, sin añadir ni una sola palabra más de su cosecha.

Sería duro no ceder a la tentación de pensar que alguien del otro bando había revelado algo relativo a las deliberaciones,

posiciones o bandos. La prensa haría públicas centenares de falsas filtraciones. Pero había que resistir ese tipo de trampas.

-Los teléfonos desde los que nos llaméis a Roma, pueden estar intervenidos. De ningún modo hagáis consultas que revelen algo a los que puedan estar escuchando –les advirtió el antiguo Prefecto del Clero.

-Y recordad –añadió el ex Prefecto del Culto Divino-, no caigáis en la trampa de los periodistas, cuando os digan que tal o cual cardenal ha hablado y ha revelado esto o lo otro. Digan lo que digan, vosotros responded que no podéis decir nada, que debéis respetar el juramento hecho al ingresar en el cónclave.

Henry se fue andando a su propio piso. Las maletas se las llevaría su secretario. Cuando abrió la puerta de su casa, comprendió la gran necesidad que tenía de descansar. Fue al llegar a su hogar, entonces, cuando se hizo consciente de la tensión que había acumulado en los días anteriores. Puso la televisión para ver qué se decía de ellos en los canales internacionales de noticias. Tras media hora, tiempo en el que llegaron sus maletas, apagó la televisión, y se sentó en su sillón, con una taza de té en la mano, pensando:

-Durante años, me podré preguntar qué hubiera sucedido si hoy hubiéramos seguido adelante con la votación, pasase lo que pasase. Los ritos de consagración de un cardenal son impresionantes, pero es que el poder que se nos confiere es colosal. Los ritos de

santificación de la consagración de un cardenal no hacen otra cosa, que orar por por aquellos que van a estar investidos de un gran poder de atar y desatar en ese reino espiritual que es la Iglesia. Viva yo los años que viva, siempre recordaré como ocho cardenales, los ocho del núcleo más duro, tuvieron el poder para rasgar una Iglesia de mil cuatrocientos millones de creyentes. Jamás olvidaré que por sólo dos votos de diferencia, ese núcleo de cardenales siguió adelante en sus amenazas. Si esos dos cardenales no hubieran sido nombrados, quizá se hubiera evitado una gran división en la Iglesia.

Me acuerdo de cuando se le entregó la birreta al cardenal belga, verdadero mentor de esta rebelión. Siempre hubo algo en su mirada que no me gustó. No es que en él hubiera iniquidad. Pero su forma de hablar, de moverse, de obrar... Ser discípulo de Cristo es otra cosa. Y ser obispo debería ser otra mucho más noble. Ahora vemos los resultados de esos errores. El error estuvo en quien lo nombró. Cuánta más oración habría que haber hecho, para saber qué nombres debían ser inscritos en la lista de aquellos a los que se iba a revestir de la púrpura cardenalicia. Ahora es tarde.

Sí, es sorprendente cómo un grupo tan minúsculo puede provocar una división que perdure durante siglos, que provoque una controversia dogmática que se materialice en miles de libros, que tenga consecuencias planetarias como la que provocó la rebelión protestante. Es admirable lo que pueden unos pocos sobre muchos. Ocho seres humanos que tienen en sus manos el poder de dividir la

Santa Iglesia en dos partes. Menos mal que todos, ayer por la noche, aceptaron la pausa. Es curioso, pero con esa interrupción todos creen haber ganado algo.

Los conservadores se han ido contentos a sus casas, creyendo haber detenido (al menos temporalmente) lo inevitable: un cisma. Los progresistas se han marchado felices: siendo pocos, hemos logrado más de lo que nunca hubiéramos imaginado, hemos detenido lo inevitable, la elección de un Papa involucionista. Eso es lo que habrán pensado. Todos se han ido felices.

Henry sabía que durante estas dos semanas no podría llamar a sus amigos cardenales para charlar. Se habían comprometido a no llamarse por teléfono, a no reunirse entre ellos. Estas dos semanas eran para reposar, para calmar los ánimos, para orar, no para organizarse. Cualquier llamada telefónica podría ser escuchada. Si estos días se empleaban para reorganizarse, esta pausa sólo serviría para llegar más firme en las propias posiciones, más cerrado a los otros. Tenían dos semanas para hablar del tema con Dios y volver a reunirse. A ello se habían comprometido todos, haciendo uno a uno un juramento ante el altar. Ni reuniones, ni llamadas, sólo dejar que la acción de Dios actuase en cada uno.

Henry se fue a la cocina a prepararse un sándwich, pero encontró que la nevera estaba completamente vacía. La había dejado vacía antes de ingresar en el cónclave. Se quedó mirando las repisas

vacías. No le apetecía ir a un restaurante, tendría que volverse a vestir de nuevo, se había duchado y andaba en bata por la casa. Sí, no le apetecía volverse a vestir. Además, si iba a un restaurante, sería reconocido. Los rostros de los cardenales más importantes ahora eran del dominio del gran público, gracias a los continuos reportajes de la televisión. Dudó si pedir una pizza por teléfono. Se decidió finalmente por un poco de comida china. Ya no era Secretario de Estado del Vaticano, pero en la Secretaría de Estado siempre había un departamento de protocolo y otro de mensajería. A un conocido de uno de esos departamentos le llamó.

-Hola, Arnaldo, soy el cardenal Henry Williams.

-Eminencia, buenos días.

-Mira, ya no soy Secretario de Estado, ¿pero podríais traer la comida a su apartamento a un cardenal cansado?

-Por supuesto. Eso no tiene ni que preguntarlo.

-Gracias. Por favor, envía a alguien al restaurante de la Piazza Condoleschi. (...) Sí, exacto, es un restaurante chino. Quiero dos rollitos de primavera, pollo, y un arroz oscuro que ahora no sé como se llama. Es un arroz como tostado. Como si lo hubieran frito después de cocinarlo. (...) Que no pongan salsa agridulce en el pollo. Sin salsa. Y tráeme de esos fideos de arroz que son... como traslúcidos. No sé cómo se llaman. Vale, hasta luego. Se lo pago al mensajero cuando me lo traiga. (...) No, no, quiero pagarlo. Sólo

falta que alguien me acuse de estar abusando de los servicios de la Secretaría de Estado cuando ya no ejercía mi puesto.

Al otro lado de la línea, hubo un comentario. El cardenal rió con gusto. Después añadió:

-Sí, sí, eso me podría costar el papado –más risas-. Sería la forma más tonta de perder el papado: no haber pagado el arroz en un restaurante chino.

Henry colgó. No hubiera querido usar a un mensajero de ese departamento. Pero tampoco podía coger el teléfono y, como un ciudadano cualquiera, pedir que le traigan la comida al Vaticano. Sin duda, hubiera pensado que era una broma.

Henry regresó a su salón y a sus pensamientos. Quería descansar, sólo descansar. Puso de nuevo la televisión, a ver si había algún reportaje que le gustase. Encontró uno que le gustó en el Discovery Channel. Trató de sumirse en las explicaciones de la estructura de un gran rascacielos de Shangay, trató de que su mente abandonara el laberinto del cónclave. El Cisma de Jerusalén no le preocupaba demasiado. Pero ese Cisma de Jerusalén combinado con la nueva escisión romana, sí que le preocupaba. Eran pocos los que se marchaban. Pero se iba a dar una impresión mundial de que todo se desmoronaba. Unos pocos obispos y cardenales darían una consistente impresión de desmembración de la unidad. La Iglesia sobreviviría, Jesucristo lo había profetizado. Pero el trabajo

misionero y de apostolado de varias generaciones iba a quedar devastado. Qué tremendo retroceso.

Junto a los trascendentes temas cardenalicios, estaban, por otra parte, sus asuntos pendientes en la Secretaría de Estado. Le hubiera gustado pasarse, al día siguiente, por su despacho y hacer una serie de llamadas y que le dijeran cómo iban varios de esos asuntos. Pero era mejor que no apareciera por ahí. Desde la muerte del Papa, él era cardenal y sólo cardenal, nada más.

Apagó el reportaje sobre la construcción de la estructura metálica de ese aburrido rascacielos. El cardenal se levantó del sillón repitiéndose que, al final, habían reconducido los problemas del cónclave. Un cisma siempre es un estallido. Si logras prorrogarlo y prorrogarlo, puede que no se produzca nunca. El peor momento, el momento en el que los temperamentos están a punto de estallar, es el peor. Después todo se va apaciguando.

Esa tarde
a las 18:40



Henry, en varios momentos delicados de su vida, se había ido a rezar a solas a la Capilla de Santa Rita. Esa tarde decidió hacerlo también. La pequeña iglesia, diminuta, no estaba abierta normalmente. El cardenal tuvo que llamar al superior de la archiconfraternidad que se encargaba del culto, para pedirle que le abriera la capilla y poderse quedar allí rezando a solas un rato. Francesco, el superior de la fraternidad de laicos que se reunían allí a rezar dos veces a la semana, era un antiguo electricista jubilado. Jubilado, ancianísimo, siempre sonriente y feliz de que les hiciera el honor de esa visita, de escoger esa capilla. A su lado, el cardenal parecía estar en la flor de la juventud. A pesar de los achaques, Francesco, siempre venía cojeando y alegre de poder prestar ese servicio al cardenal. Una vez que el bueno del superior de la archiconfraternidad salió, Henry cerró por dentro la puerta y se quedó a solas allí. El modesto templo no descollaba en nada. Todo era digno, nada sobresaliente. Pero al cardenal eso no le importaba. Estaba allí con gusto, por los recuerdos de las horas que había

rezado allí, desde los tiempos en que joven y recién entrado en la Secretaría de Estado, había sustituido muchas tardes al, entonces, enfermo capellán de esa capilla. Ir allí era como volver al escenario de su juventud. Recordar sus primeros años de fervor, de entrega.

Henry no miraba la belleza del óleo central que dominaba el retablo, y menos sintiéndose lo mal que se sentía en ese momento. Le remordía la conciencia. Habían hecho algo incorrecto. Nunca debían haber interrumpido un cónclave. Las mismas normas les advertían que no hicieran tal cosa. El que quisiera marcharse, que se marchara. Pero los que quedaran, debían continuar. El cónclave era una reunión sagrada. No un consejo de administración convocado para discutir asuntos durante una mañana. Se trataba de un tiempo de oración y diálogo. Debían haber invocado más al Espíritu Santo y haber cedido menos a consideraciones mundanas. La reacción de suspenderlo, era una reacción humana. La sucesión de plegarias y parlamentos había quedado truncada. En ese momento, por primera vez, se dio cuenta de que ahora podía suceder cualquier cosa.

Ciertamente que si se hubiera tratado de cualquier otro grupo humano, la decisión tomada era la mejor. Es preferible parar y tomarse un tiempo de reflexión, que continuar pasara lo que pasara. Pero el cónclave era otra cosa. Es cierto que la suspensión del cónclave estaba prevista por causas de fuerza mayor. ¿Acaso no era una causa mayor evitar un cisma? ¿Era más razonable una suspensión, por el hecho de que, por ejemplo, se aproximara un

ejército en mitad de una guerra? ¿Acaso no era una razón superior, suspender un cónclave para evitar una guerra dentro de los confines del reino espiritual de la Iglesia? Eso habían dicho los favorables a la suspensión. Ahora Henry se arrepentía. Nunca debieron haber detenido la acción sagrada que estaban realizando, nunca. Los males que ahora podían caer sobre la Iglesia eran terribles. Arrodillado en el primer banco, musitó mirando hacia el sagrario.

-Señor, perdónanos. Perdóname.

Los ojos del cardenal, azules y ancianos, se quedaron mirando el crucifijo del altar.

-Hubiera sido tan sencillo, preguntarte a ti, Jesús. Si hubieras estado visible entre nosotros, te hubiéramos preguntado y hubiéramos hecho lo que nos hubieras dicho.

El silencio en la capilla era absoluto, la oscuridad casi total. Sólo dos luces cerca de la puerta por donde había entrado.

-Pero has dejado la Iglesia en nuestras manos. Somos nosotros los que tenemos que decidir. Nos has nombrado administradores.

Henry se quedó en silencio un rato con los ojos cerrados y las manos juntas. Siguió devotamente arrodillado. El tiempo pasaba con lentitud, con quietud. Pasaron diez minutos más. Diez minutos más, en una historia que duraba dos mil años.

-Administradores... –musitó sin abrir los ojos.

El gran purpurado, aquel peso pesado del Sagrado Colegio, consideraba la gran responsabilidad que era ser administrador. Jesús podría haber optado dirigir la Iglesia directamente a través de profetas, de oráculos. Pero había decidido hacerlo a través de administradores. Y él era uno de ellos. Para bien o para mal, la Iglesia estaba en sus manos.

-Qué gran cosa es la Iglesia, qué poca cosa nosotros. Señor, ayúdanos. Señor, ayúdame. No he estado a la altura de las circunstancias.

El tiempo siguió pasando. Muy de vez en cuando, los tablones de los retablos y de los bancos crujían. A esas horas, la temperatura bajaba unos grados y eso provocaba, de tanto en tanto, contracciones en las maderas. La vieja iglesia se quejaba. A lo lejos, se escuchaba muy débil alguna sirena de alguna ambulancia o coche de la policía, que se esforzaba por abrirse paso en aquellas calles estrechas siempre llenas de tráfico. El mundo seguía con su vida, con sus afanes, ajeno a las oraciones de ese anciano cardenal encerrado en esa pequeña capilla. Le dolían ya las rodillas, se sentó en el banco. Rezó un rosario sin prisas. Se imaginó que la Virgen María estaba allí delante escuchando cada avemaría. El cardenal nunca había visto a la Virgen María. Nunca había tenido ninguna visión. Nunca había recibido una locución interior. Era un administrador, no un místico. Pero no era un administrador corrupto,

como los de las películas, sino un creyente de buena voluntad, que había entregado su vida al servicio de la comunidad de creyentes.

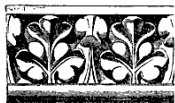
El clérigo se levantó del asiento con cansancio, se arrodilló unos instantes con devoción, para despedirse del Jesús en el sagrario. Con paso lento, salió del banco. En la oscuridad no era fácil caminar de lado por el estrecho espacio entre el reclinatorio y el banco. Hizo genuflexión, una genuflexión solemne, consciente. Se dirigió a la caja de interruptores cerca de la salida y apagó las dos luces que estaban encendidas. Los interruptores eran gruesos. Hicieron un fuerte click al ser presionados. Después abrió la achacosa puerta, achacosa como él, y la volvió a cerrar con los chirridos de aquella llave antigua. Francesco vivía cuatro números más abajo en esa misma calle. Debía devolverle la llave y resistir sus insistencias a que subiera arriba, a su piso, a tomar unas pastas calabresas acompañadas de un chianti.

En la calle, Henry, vestido de clergyman, se arrebujó en su gabardina negra, estaba oscuro y llovía. La típica llovizna romana, insistente y blanda. Las aceras estaban mojadas. Las gotas resbalaban por la superficie de los pequeños utilitarios aparcados. Llamó al timbre. Esperó a que respondiese Francesco o su mujer al portero automático. Se tuvo que hacer a un lado, dos señoras de sesenta años años, bastante gruesas, venían con sus bolsas de hacer la compra. Le miraron: ¿Qué haría ese cura aquí? *No es del barrio*. Un grupo de turistas japoneses venía de frente. De nuevo, Henry se

subió al escalón de la puerta para dejar sitio. Una motocicleta impertérrita pasaba, en medio de todos, pitando.

Esa noche

A las 3:30



Henry se despertó en mitad de la noche, más que una pesadilla le había despertado una inquietud. Había soñado con un conejito que se le escapaba por entre la hierba de un campo que desconocía. El conejito tenía el pelaje suave, blanco, casi esponjoso, y sonreía. Había visto a ese entrañable animalito, pero a sí mismo no se había visto. Pero en el sueño se movía con la ligereza de la que disfrutó en la niñez. El sueño estaba ornado de extrañas flores, del color de la miel. En medio de las cuales, distinguió a lo lejos el graznido de los cuervos, graznido desagradable que curiosamente no le asustó, como si ya estuviese habituado. También vio a lo lejos, una empinada colina con setos alrededor, setos que formando un laberinto de círculos concéntricos rodeaban la colina hasta la cima. La colina no era muy alta, no era una montaña, pero era empinada. En su parte superior había una especie de trono pontificio, barroco, ornado con figuras cubiertas de pan de oro, el respaldo y los reposamanos estaban tapizados en terciopelo granate con pequeñas

flores de lis. Lo miró, dudando si aproximarse. Lo que le llenó de temor, fue la irrupción de Moisés que preguntó con voz atronadora, no a él sino a otros a los que no veía: ¿Qué habéis hecho?

El cardenal trató, más que de huir, de escabullirse sin ser visto. Y fue entonces cuando, en un trecho con mucho barro, despertó no pudiendo resistir más el sueño. Más que un despertarse por un susto, fue un no poder resistir más el *peso* del sueño, quizá la resistencia que ofrecía ese lodazal que al final le llegaba hasa las rodillas y que apenas le permitía dar un paso si no era con mucho esfuerzo. El sueño había sido breve. En esencia, la visión, la voz y el intento de huir.

La pregunta *¿qué habéis hecho?* era la que se le había clavado en el corazón. De hecho, el sueño no era otra cosa, que un estuche para contener esa pregunta. No era difícil encontrar razones psicológicas para entender, que esa pesadilla no fuera nada diverso de una razonable obra de su subconsciente. Bien sabía cómo podía interpretarse el conejito que caminaba en dirección contraria a la colina, poco alta pero empinada. Pero la explicación racional del sueño no le tranquilizaba. Bien cierto era el clamor de su sueño, de su conciencia, o de su subconsciente: podía suceder un desastre. Estaba sentados sobre un polvorín. Henry se sosegó un poco al pensar cuánta gente estaría rezando todos los días porque todo aquello acabara bien. Millones de creyentes. Si contaban con sus propias fuerzas, las cosas se podían enredar mucho. Desenredarlo

todo, generaciones. Pero si contaban con Dios, Él podía arreglarlo todo. Se trataba de un Dios Fuerte, Santo y Celoso.

Pero eso no quitaba el hecho de que habían obrado lo ilícito. La suspensión del cónclave... ojalá pudiera retroceder en el tiempo. Jamás había que haber hecho eso. Aunque, dentro de lo malo, menos mal que todos habían, finalmente, aceptado. Ya lo último que hubiera podido suceder hubiera sido que, encima, el Sacro Collegio se hubiera dividido, quedándose unos, marchándose otros. Pero estaban cansados de tantos días allí. Sólo catorce habían querido proseguir contra el parecer de todos. Se les explicó que si sólo ellos se quedaban allí, se perdería el *quorum*. Que a efectos jurídicos quedaría suspendido el cónclave, aunque los catorce se empeñaran en proseguir. Al final, cinco flaquearon y aceptaron la suspensión. Los otros nueve fueron descolgándose uno a uno, aceptando lo inevitable del hecho. Menos mal. Las cosas se podían haber líado de un modo increíble.

El Camarlengo le había comentado a Henry que no pasaba nada, que si incluso los catorce hubieran querido permanecer allí, eso no habría provocado ningún inconveniente canónico. *La Guardia Suiza me obedece a mí. Ordenaré que desalojen la Casa de Santa Marta. Ninguno se quedará aquí provocando algún problema de tipo jurídico. El cónclave de facto quedará suspendido en el momento en el que aquí no quede nadie. Y ya me encargaré yo de que aquí no quede ni uno solo de ellos.*

Ahora, todos esos momentos a Henry le parecían de pesadilla. Se levantó de la cama y dio unos cuantos pasos erráticos por la habitación, primero, y después por la sala de estar. Al final, se sentó delante del libro del Nuevo Testamento que tenía abierto. Un libro grande con el texto en griego. Había estado meditando la Primera Epístola a los Corintios antes de acostarse. Se sentó para leer un rato. El libro abierto le invitaba a sumergirse en sus párrafos espirituales. Recorrió sus textos lentamente durante seis minutos. En el capítulo 14 estaba escrito:

Los secretos de su corazón quedarán al descubierto y, postrado, rostro en tierra, adorará a Dios confesando: Dios está verdaderamente entre vosotros.

Le pareció muy interesante ese versículo. Se detuvo especialmente en su final: *Hoti ho Theos ontos en humin estin*, decían, en el texto canónico, aquellas lejanas palabras griegas del siglo I.

-En el fondo -se dijo a sí mismo Henry-, en eso consiste todo: en mostrar que Dios está en nosotros, en que Dios esté en nosotros. La esencia de todo se halla en ese verbo *estar*.

Henry repasaba su vida y se preguntaba, si en su existencia había estado suficientemente presente Dios. El cardenal era un buen hombre. Y como todo buen hombre, tenía sus momentos de escrúpulos. Como todo hombre honrado, se fagelaba con ese tipo de dudas.

Dos semanas después

17° día del Cónclave

1 de mayo



Cerradas de nuevo las puertas del cónclave,
reunido el Colegio Cardenalicio

-Bien, aquí estamos aposentados de nuevo en nuestros sitios de la Capilla Sixtina, para otra votación –pensó el cardenal Williams-. Mi vista se pierde, otra vez, en el fresco de delante, en el Juicio Final. Hoy otros trabajarán en sus oficinas, o en la portería de una empresa. Nosotros trabajamos aquí, delante del Juicio Final. Otros trabajan fabricando zapatos, o sacando carbón de la tierra, o sembrando patatas. Nuestro trabajo es peculiar. Nuestro trabajo, todo lo que se nos pide hoy y en los próximos días, es producir un nuevo Romano Pontífice. Verdaderamente qué miles de variaciones tan bellas posee en su seno el mundo. El ser se despliega en todas sus posibilidades.

Esqueletos desnudos eran de nuevo cubiertos con carne recién creada por la mano de Dios. Hombres muertos, desde hacía siglos, se ayudaban entre sí a alzarse del suelo. A base de venir tantas veces a votar en esta capilla, y mirar la obra de Miguel Ángel

durante las esperas, me he reconciliado con esta pintura. En el fondo, esto es un tímpano gótico como los que hay en las portadas catedralicias, sólo que explicado con un lenguaje renacentista. Me ha traicionado mi gusto por el románico. Reconozco haber visto esta capilla siempre con prejuicios. Prejuicios no de orden religioso, sino estético. Pero debo admitir que ésta es la continuación de mi querido románico. Si dejas que el románico crezca, al final el árbol del arte produce esto.

Según me explicó el Cardenal Camino, experto en cuestiones históricas, y experto maniático, las dimensiones de esta capilla son 40 metros de largo, por 13 de ancho y 20 de altura. No hay, por tanto, que infravalorarla: sus dimensiones son mayores que las del Templo de Salomón, pero similares. Los Príncipes de la Iglesia nos reunimos en esta especie de Templo de Salomón, para dar al mundo un nuevo Sucesor de Pedro. La Revelación de los profetas y de los Apóstoles nos rodea hecha imágenes, formas. Historias de la Vida de Cristo en la pared norte. Historias de la vida de Moisés en la pared sur. Sí, la Sixtina empieza a darme devoción.

El cardenal levantó la vista justo hacia arriba de donde estaba sentado, para mirar la escena de la separación de la luz y las tinieblas. Sin bajar la vista, se detuvo a mirar como, en las alturas del techo, cinco profetas del Antiguo Testamento se alternaban con la sibila délfica, la eritrea, la egipcia, la cumea, la persa y la libia.

Las sibilas... antiguos oráculos paganos y antiguos profetas israelíticos.

-Nuestra fe hunde sus raíces en la oscura antigüedad –se dijo a sí mismo. Bajó la vista de la bóveda del techo. Miró como los cardenales iban llegando sin prisas. Todavía faltaban un par de minutos para empezar. Henry se dijo:- Veo a los purpurados con sus impresionantes vestiduras rojas, y me viene a la mente que somos los seguidores de un galileo cubierto de heridas y con sólo una clámide sobre sus espaldas y una caña en su derecha. Pero nosotros no somos la traición de ese ajusticiado. Jesús, el pobre hombre de Nazareth, el peregrino, sabía muy bien qué estaba fundando. Sabía que su Iglesia se extendería y crecería. Los profetas del Antiguo Testamento entrevieron la edad del triunfo de la Iglesia. Somos seguidores del Mesías que fue flagelado, ciertamente, pero Jesucristo ha resucitado. Nuestro esplendor es el resplandor de una Iglesia, cuyo centro es el Mesías resucitado, glorioso. El que quiera retornar a las cavernas troglodíticas, es muy libre de hacerlo, y que nos deje a los demás en paz. Creemos en un Dios de Gloria, en un Dios de la Belleza. Los que piensan que sería mejor que hiciéramos el cónclave de ciento diecinueve cardenales en unas chabolas de algún suburbio, les invito a que vayan allí a prepararnos el sitio y que esperen. Dios ha vencido, y esta capilla y el complejo de construcciones que la rodean son una expresión, no la única, de ese triunfo.

Toca la campana. Se sientan todos. Cuando hay votaciones, normalmente, tras sonar la campana, el camarlengo dice tres o cuatro frases de rigor, y después los cardenales van desfilando hacia el altar, para depositar su voto sobre el plato y el recipiente inferior. Pero ahora no va a ser así, porque esta mañana no hemos venido a la capilla para proceder a una votación.

Los ocho cardenales que constituían el núcleo duro del progresismo están avergonzados. El tiempo nos ha hecho reflexionar a todos. Nadie les apoya en sus amenazas de escisión, y ellos mismos están avergonzados de haber considerado tal posibilidad. Desde por la mañana, el ambiente de derrota resulta patente en las filas de los aperturistas. Ellos mismos han sido los que han insistido en que por la tarde se efectuara la primera votación. Les dijimos que podíamos esperar un par de días y charlar. Pero no. Han dicho que no hay ninguna necesidad de esperar a mañana. *Nos someteremos a lo que salga de los escrutinios.* En el fondo, son hombres de fe. Hace catorce días, por la presión de la situación, se sulfuraron, perdieron los estribos, apareció su lado humano.

Precisamente, por ser hombres de fe, defendieron con tanta vehemencia su postura. Porque les importaba la Iglesia, quisieron, a toda costa, que su visión prevaleciese. Sí, no quisieron ceder porque estaban convencidos de que su forma de ver las cosas era lo mejor.

Pero ahora... los ánimos se han quietado. Un cierto sentimiento de culpabilidad se ha instalado en la mayoría de ellos. El Espíritu Santo parece haber iluminado incluso a los más exaltados inquisidores de la facción conservadora. También en sus descalificaciones personales hubo algo de soberbia, y no sólo de falta contra la caridad. Ahora, incluso estos, lo que postulan, ante todo, es la conveniencia del acuerdo, no una votación arrolladora de una sola de las facciones. Los progresistas se han humillado y han pedido que se vote. Pero el camarlengo, casi con lágrimas en los ojos, ha dicho que no, que agradecía ese gesto, pero que se tomarían un día entero para dialogar amigablemente y escuchar las predicaciones. Hombres santos, reconocidos ascetas, misioneros perseguidos, habían sido convocados a Roma. Su misión sería dar un breve sermón en la misa concelebrada de la mañana, y otro en el rezo de vísperas por la tarde.

El Camarlengo, que había consultado a todos los cardenales, dijo unas palabras que asumían el sentir de todos:

-Debemos reconocer nuestros errores, hermanos. Jamás debe ser interrumpido un cónclave. Las cosas han salido bien, por la oración de millones de católicos. Pero podían haberse escapado de nuestras manos. Yo mismo abagué por la interrupción, y reconozco mi error, y después rezaremos el Yo Confieso y una letanía de kyries, pidiendo perdón a Dios. Oficialmente, todos, pediremos clemencia a Dios. En un cónclave, debe respetarse escrupulosamente

todo lo dictado para su desarrollo. Es mejor hacer eso, someterse, que no comenzar a cambiar las cosas en algo tan sagrado.

Sí, tenía razón –reconoció Henry-. Han sido las oraciones de tantos creyentes de una fe pura y sencilla, las que han logrado esto. La oración puede llegar a ser una fuerza incontenible. También yo apoyé la interrupción del cónclave. Si las cosas hubieran dependido de nosotros, todo hubiera podido acabar en el más completo desastre. Una vez más, Dios ha venido en nuestro auxilio. Otros darán a estos hechos una explicación más... humana. Cabían incluso explicaciones psicológicas de por qué ese núcleo duro de la disidencia había cedido. El tiempo, el aislamiento de los protagonistas, la constatación del sufrimiento que había producido el mero hecho de la suspensión temporal del cónclave. Sufrimiento en personas concretas, quizá familiares, una madre, una hermana. Sí, existía una causalidad humana que, sin duda, podía explicar el plegamiento de esos ocho individuos, una vez que estuvieron a solas y dispusieron de días enteros en sus casas para pensar en lo que habían hecho. Pero detrás de la causalidad humana, está Él, que ha escuchado la oración de toda la Iglesia.

Henry se sorprendió al descubrir el sermón que se estaba echando a sí mismo. Pero era verdad, o se aceptaba la visión espiritual, puesta en palabras por el Camarlengo, o mejor era

marcharse a casa. Si no se aceptaba la visión espiritual, dejaban de tener sentido tanto los candidatos de unos, como de los otros. Todo dejaba de tener razón de ser. Así que Henry, internamente satisfecho de los acontecimientos, se acomodó mejor en su asiento, y se aprestó a escuchar devotamente la primera de las predicaciones. Durante esa jornada, los actos centrales eran dos predicaciones, y una bendición con el Santísimo Sacramento en medio de las dos.

Qué hermoso era aguardar allí, sentados en la Capilla Sixtina, no para votar, sino para escuchar al Prior de la Gran Cartuja. Mañana llegaría un misionero de Asia, con fama de santidad, que trabajaba perdido en una selva, desconectado de todas las cuestiones eclesiales. No sería fácil acusarle de favorecer ninguna postura. Ahora el prior cartujo, un venerable anciano de larga barba banca que caía sobre su hábito también blanco, hacía la señal de la cruz ante el altar, y se dirigía hacia un lado del presbiterio, desde donde predicaría. Sobre su sencillo, pero amplio hábito cartujano, llevaba un roquete y una estola. Comenzó su sermón sin preámbulos, diciendo:

-Pongo por testigo a Dios de que no sé nada de lo que aquí se ha hablado o sucedido. Únicamente se me ha dicho: ven y predica. Padres Cardenales, es lógico que el rito de consagración de vosotros, sea impresionante. Cuánto poder se os ha concedido, cuánta autoridad en la Casa de Dios. Jesús de Nazaret trabajó, oró largas

noches luchando contra el sueño, hizo penitencia, predicó y sufrió para construir esta Iglesia. Lo que decidáis aquí, bien sabéis será para bien o para mal del Rebaño. Mirad a la Iglesia como la obra de Dios. Cuando uno es cardenal tiende a ver esta institución más en sus aspectos finitos y visibles, olvidando lo invisible. Lo importante es el espíritu. En esta construcción reside un poder divino. Un poder divino que sana a la Humanidad, que llena de luz el corazón de los que la acogen. Una luz que procede del Dios que habita en las alturas. Un poder divino puesto por Nuestro Redentor en manos de pobres hombres, indignos de un poder tan alto. La fuente de los siete sacramentos mana en este edificio espiritual. Sed custodios amorosos de este misterio, la Iglesia, que contiene tantos tesoros espirituales.

Así comenzó el padre predicador, y conmovió a todos durante los quince minutos en que habló. Se centró en una bellísima exégesis de Jacob cubriéndose los brazos con la piel de un carnero, para presentarse ante Isaac y recibir su bendición. Qué predicación tan impactante y salida del corazón. Pues predicó lo que le vino al corazón, sin leer nada. No habló a favor de nadie. No nos dijo nada que no supiéramos. Nos recordó a nosotros, los príncipes de la Iglesia, las verdades que preservábamos. Era un hombre del espíritu, el Espíritu Santo nos habló a través de él.

Tras sus palabras, el maestro de ceremonias hizo una señal y todos rezamos el Yo confieso y la serie usual de kyries. Tras eso, el Dean del Sacro Colegio, revestido con capa pluvial morada y mitra del mismo color, se puso en el centro del presbiterio, vuelto hacia la imagen de Jesucristo en la Cruz, con dos monseñores revestidos con roquete a sus lados. Hizo sobre sí la señal de la cruz, y leyó una oración pidiendo perdón por los pecados cometidos en los días pasados: por la desobediencia a las normas, por las amenazas de división, por las faltas a la caridad, por la soberbia.

Salimos de la Capilla Sixtina renovados. Por lo menos yo, salí como si sobre mí hubieran derramado un agua lustral. Y eso que ya me había confesado. Pero aquella ceremonia en la que el Sacro Colegio oficialmente pedía perdón ante Dios, había sido una verdadera catarsis. No exagero, si digo que tras la primera predicación, todos deseamos que llegaran las siguientes. Había prevista otra predicación para la tarde. Queríamos escuchar a los predicadores. Deseábamos ser predicados, lo necesitábamos. La ceremonia había gustado tanto, que se acordó que cada día que durara el cónclave, se repetiría la ceremonia de la petición de perdón oficial.

Una elección papal tiene un aspecto jurídico. Las normas debían ser respetadas. Nosotros habíamos sido indulgentes con nosotros mismos. No sólo las líneas de la Tradición, sino incluso las mismas normas de un conclave debían ser respetadas. Si no, el

abismo, el caos de la división que se vuelve a dividir. Frente a ello, la ley, el orden. Había que pedir perdón, como personas y como grupo. Deseaba sentarme en mi asiento de la Sixtina y escuchar más predicaciones. Volver al espíritu sencillo y humilde que tiene el seminarista. Sentarme y sumergirme en la oración. Pero no, debíamos ponernos manos a la obra. Por delante de nosotros restaba la obra: elegir un Romano Pontífice. Había que retomar el trabajo. Así que nos dedicamos durante esa primera jornada al diálogo sereno y constructivo. Y ocurrió lo inesperado.

Se formó una tercera postura entre los votantes del Colegio: la de los progresistas moderados. Era una postura muy intermedia, pero lo esencial, para personas como el cardenal Williams, era que reconocían que la división entre poder sacramental y poder de jurisdicción sería fuente de tensiones para las generaciones futuras. Dadas las cabezas que lideraban a estos progresistas moderados, era evidente que no pertenecían al bando de los conservadores, pero deseaban que la Iglesia volviese a disfrutar de la paz. El Cardenal Montes dijo unas palabras muy sensatas, que acabaron con una frase muy inspirada: *Entreguemos a la Iglesia algo que está en nuestras manos concederle: la paz. Hagamos este regalo a la Iglesia.*

Al principio esta nueva facción, únicamente la constituían veintitrés prelados. Pero en la segunda reunión informal del día, resultó evidente que iba sumando apoyos. Incluso esa noche, tras la cena, fruto de los encuentros que se iban teniendo entre pequeños

grupos, quedaba claro que el nuevo candidato, iba aglutinando los votos de todos a los que no les había complacido ni Besson ni los candidatos progresistas. El núcleo más duro de los progresistas se dio cuenta de que en un par de días el nuevo candidato podía quedar elegido. Las medidas de presión, la desobediencia, quedaban excluidas. Pero tampoco querían quedarse de manos cruzadas, viendo cómo se promovía a un conservador con un barniz moderno. Si se hacía algo, había que hacerlo ya. Así que esa misma noche, cerca de las once y cuarto, se pusieron de acuerdo para proponer algo totalmente distinto a los nombres escuchados hasta entonces. Propusieron como candidato a un arzobispo bien conocido, pero que ni siquiera era cardenal: el arzobispo de Berlín, Helmut Schlengler. Una gran figura teológica. No estaba encuadrado en ningún grupo. Un hombre encantador, dotado de verdadero calor humano, pero que había demostrado ser de hierro cuando había sido necesario. Alto y con una figura esbelta, majestuosa; culto, siempre con la palabra justa. La propuesta, desde el primer momento, les pareció novedosa y acertada a los de la facción moderada.

Era una gran vaca sagrada del mundo académico contemporáneo. Ortodoxo al Magisterio, pero de ideas teológicas muy renovadoras. Progresista, pero contrario a la división entre potestad de orden y de jurisdicción. Desde que era joven sacerdote, había dedicado todo su tiempo libre a atender a los presos y a ayudar en los centros de rehabilitación de drogadictos. Aunque

absolutamente obediente a toda indicación que viniera de Roma, se sabía dentro de la Curia que Clemente XV le había tomado cierta animadversión.

Dentro del cónclave, la facción más radical de los progresistas resumió su postura en un pragmático *éste, mejor que otros*. Ya que se iba a escoger a alguien que no iba a ser de su gusto, mejor ese arzobispo. Candidato que, con la exclusión del tema de la potestad de jurisdicción, les encantaba. Además, eran ellos mismos los que lo proponían. Su elección, lejos de verse como una derrota, sería vista como una victoria. No total, pero una victoria dentro de lo que cabía.

Consultaron con los curiales qué les parecía este nombre. Después de varias deliberaciones, dijeron que sí, que estaban dispuestos a apoyar la candidatura del Arzobispo de Berlín. Era la una de la mañana, cuando se fueron a dormir los líderes de los diversos grupos.

17º día del Cónclave

2 de mayo



En la primera votación, su excelencia Helmut Schlengler rozó ya los cincuenta votos. Hay que hacer notar que él no sabía nada. Se hallaba en su archidiócesis, desconocedor de todo lo que sucedía dentro del cónclave. De hecho, a la hora de la votación, él estaba en un supermercado comprando bolsas de gominolas y gorritos de fiesta para el cumpleaños de un sobrino. Si hubiera sospechado lo que estaba sucediendo a mil doscientos kilómetros más al sur, en Roma, las bolsas se le hubieran caído de las manos y se hubiera quedado sin habla, en mitad del pasillo de la sección de jardinería. En la votación de la tarde, el nombre de monseñor Schlengler obtuvo nueve votos más, llegando a cincuenta y nueve. La mayoría de los dos tercios requeridos, más un voto, estaba fijada en setenta y nueve votos. Según las normas, se precisaban dos tercios más un voto, ya que el número de cardenales presentes no era divisible por tres de un modo exacto. Así que se su designación se había quedado a veinte votos de distancia.

Cuando su eminencia Becson, sentado en su escaño de la Capilla Sixtina, escuchó esa tarde de parte de los escrutadores, que el arzobispo de Berlín había alcanzado los cincuenta y nueve votos, no tuvo la menor duda de que al día siguiente Schlengler, y no él mismo, lograría la mayoría suficiente. Hay quien dice que una lágrima pequeña y breve resbaló por su mejilla. Varios cardenales le miraron discretamente cuando se pronunció su nombre, el de Becson, y el número de votos que había obtenido, número que lentamente decrecía. Él trató de mantener una cara seria, inexpresiva. Pero debe ser muy duro saber que uno ha estado a punto de obtener el papado, y se ha quedado literalmente a las puertas. Sin duda, si el 10 de abril se hubiera realizado la votación prevista, él hubiera sido elegido. Jamás lo reconoció ante nadie, pero en lo más secreto de su corazón, él hubiera deseado ser Sumo Pontífice. Y se quedó a un paso de ello. Pero cuando la Congregación General de los cardenales decidió hacer una interrupción, él no pudo hacer nada. Contra eso no podía hacer nada. No podía ni reclamar, ni protestar, ni quejarse. Pero durante toda la vida le perseguiría el recuerdo de que se había quedado a cuatro votos del papado. Sí, varios cardenales no pudieron evitar mirarle, con delicadeza. Algunos con compasión. Becson tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantener un rostro inexpresivo. Pero varios afirmaron ver esa mínima lágrima correr por su mejilla, antes de que cerrara los ojos y bajase la cara como para meditar.

Esa tarde



Por la mañana sólo habían realizado una votación, pues se había alcanzado otra serie de siete escrutinios; y en ese caso, la Constitución Apostólica imperaba otra pausa de oración. Algunos pocos discutieron si ésta era necesaria, después de una pausa de dos semanas. Pero la gran mayoría se manifestó por el más perfecto sometimiento a las normas. Así que se tuvo medio día de oración. Ese día predicó el primer Cardenal del Orden de los Obispos, tal como esta preceptuado.

18° día del Cónclave

3 de mayo



En la segunda votación de la mañana, el nombre del arzobispo de Berlín alcanzó los sesenta y cinco votos. Sólo diez votos le separaban de la mayoría de los dos tercios más uno. Saliendo elegido Schlenger, nadie podría decir que los progresistas habían sido derrotados. Ellos habían propuesto su nombre. Él era un hombre buscado *ex profeso* entre los seis mil obispos de la Iglesia Católica, para que fuera del gusto de los curiales, de los conservadores, de los moderados, de todos.

Tras las dos votaciones de la mañana, varios cardenales decidieron pararse en uno de los bancos de los jardines frente al Gobernatorato. Se detuvieron allí a disfrutar del sol, antes de entrar al comedor para la comida. Así evitarían el barullo de la primera media hora. El comedor era muy ruidoso. El buffet les permitía llegar más tarde. El día era excelente, luminoso y con buena temperatura.

-¿Qué edad tiene Schlenger? –preguntó Henry.

El camarlengo consultó en una libretita de notas que llevaba en el bolsillo de la sotana.

-Cincuenta y dos años.

-Eso supone, razonablemente, un largo pontificado.

-Entre veinticinco y treinta años. Dispondrá de tiempo, para poder llevar a cabo las reformas que crea conveniente.

-Nosotros ya habremos muerto de viejos, y él no habrá llegado ni a la mitad de su tiempo como pontífice.

-El cónclave no ha acabado. Todavía puede suceder cualquier cosa.

Dos religiosas sudamericanas pasaron por el camino de arena del jardín, preguntando si necesitaban alguna cosa, si querían que les trajeran agua o un refresco. Amablemente dijeron que no. Cuando las religiosas se fueron, el Cardenal de Viena comentó:

-Ninguna norma de la Constitución Apostólica nos prohíbe ponernos en contacto con monseñor Schlenger... si la Congregación General lo permite –dijo mirando al camarlengo-. Sería lamentable todo este esfuerzo, para que después descubriéramos que él no desea el cargo.

-¡Pero uno debe aceptar! Es un deber.

-No, tiene razón. Entra dentro de lo posible que no acepte. Preguntémosle. Además, también podríamos indagar un poco acerca de cuáles serían sus líneas de acción si llega a ser Papa.

-Eso daría más elementos de juicio a los cardenales, para tomar una decisión

-No, no –dijo el camarlengo-. Es un hombre responsable. Si hubiera del deber, no habría aceptado una archidiócesis como ésta.

-¿Pero y qué me dice de lo otro? Podríamos preguntarle un poco acerca de sus puntos de vista.

-No –volvió a decir el camarlengo con suavidad, pero con energía-. Que sea libre. Elijamos al Sucesor de Pedro, pero después que él tome el camino que crea conveniente. Lo importante es elegir a un hombre digno.

-Sí, estoy de acuerdo.

-Yo también.

Por la tarde, una nueva votación. Desde la mesa situada en el centro con tres cardenales escrutadores, se toca la campana y todos se sientan en sus escaños. El silencio durante las votaciones impresionaba. No se oían los pasos sobre la moqueta, pero sí el rasgar de las vestiduras rojas al rozar entre sí. Los escrutadores comenzaron el proceso de recuento bajo la atenta mirada de todos. Después, los resultados:

Damar Aloranh, 5 votos.

Helmut Schlenger, 69 votos.

Juan Castán, 3 votos.

Benoit Hunbassa, 8 votos.

Daniel Becson: 24 votos.

Como siempre, la lista continuaba con nueve nombres más. Pero el mensaje había quedado claro para todos. El arzobispo de

Berlín había recibido el apoyo de cuatro cardenales más, y se hallaba a sólo diez votos de los dos tercios.

En el Sacro Colegio reina una cierta decepción. Tras la suspensión de las dos semanas, habían esperado llegar con rapidez a la conclusión del cónclave. Pero ahora se veía que la resistencia de algunos progresistas por un extremo, y de algunos conservadores por otro, persistía. Tal vez había sido demasiado cándido pensar que la oración de los días de pausa lo había solventado todo. Las profundas divisiones manifestaban que estaba allí todavía.

Los principales representantes del Colegio se asustaron. El aumento de votos iba demasiado lento, si las votaciones se prolongaban más días, la candidatura de Schelenger podía ir recibiendo nuevas críticas, nuevos ataques. Era indudable que persistían ciertas dudas, acerca de cuál podía ser su línea de futura actuación en ciertos temas. La ventaja de escoger como candidato a un cardenal es que resulta bien conocido. Otra ventaja es que se le puede preguntar qué piensa acerca de algunas cosas. Promover a un candidato no cardenal, comportaba ciertas dificultades.

Después de las votaciones de la tarde, tras observar que Schlenger sólo recibe un voto más en cada votación, se reúne una reducida representación de los más prestigiosos cardenales. El Cardenal de Río de Janeiro expuso su punto de vista:

-Si se empieza a extender la idea de que Schlenger piensa de tal o cual manera sobre ese u otro punto, ya nos podemos olvidar de alcanzar los dos tercios. Propongo que se le llame y se le pregunte acerca de esos dos o tres asuntos, que más están impidiendo que algunos le otorguen su confianza.

-Y no debemos olvidar –intervino el Cardenal de Sidney-, que si después de todo este esfuerzo él no aceptara, eso nos devolvería al punto de partida. Sería un desastre. Yo también estoy a favor de llamarle y preguntarle, al menos, si aceptaría en el caso de ser elegido.

Desde antes de la cena, se va extendiendo entre más y más electores la propuesta de llamarle para preguntarle si aceptará, pero también para que los representantes de cada uno de los grupos principales del cónclave, le hagan unas pocas preguntas acerca de su pensamiento acerca de ciertos puntos cruciales. La presión llega a ser tal, que se convoca una reunión informal a las 22:00 en el salón principal de la Casa de Santa Marta. Si todos estáis de acuerdo, yo no me opongo, dijo finalmente el Camarlengo. La votación a mano alzada, reflejó el asentimiento mayoritario a la propuesta.

-Muy bien. Pues sea –concluyó el Camarlengo-. Tal como habéis propuesto, esos tres cardenales hablarán juntos con él durante un rato, y después comunicarán a todos sus impresiones. Samuel –

preguntó a uno de los secretarios del cónclave-, ¿cómo podemos hacer para tener una llamada segura?

-Aquí en la casa de Santa Marta hay una habitación cerrada con tres cerraduras. Tres cardenales de la Congregación Particular tienen cada uno una llave. Dentro de la sala, hay teléfonos para comunicarnos: teléfonos internos del Vaticano y teléfonos normales. Esa sala está preparada así, por si existe la necesidad de hacer una llamada y la Congregación Particular lo aprueba. Con esos teléfonos se puede llamar a cualquier parte del mundo.

-Ya, pero no me siento tranquilo. Puede haber servicios de inteligencia interesados en rastrear las señales de las centralitas de llamadas internacionales. No quisiera usar la línea telefónica normal.

-Los especialistas en estos casos son los de Secretaría de Estado –comentó el Secretario del Cónclave.

-Cardenal Williams. Usted es el que sabe de estas cosas.

El ex Secretario de Estado les explicó que existían varias posibilidades. La más sencilla consistía en usar un teléfono móvil al azar. Pero no era un sistema seguro al 100%. Pues existía el riesgo de que las cuatro centrales de conmutación que recogían las señales de todas las torres de transmisión de telefonía móvil que rodeaban el perímetro del Vaticano, estuvieran intervenidas. Otra opción era que el primer tramo de la conferencia se transmitiera por radiofrecuencia hasta un terminal colocado frente al auricular de un teléfono normal

situado en Piazza Navona o en la cima de Santa Trinitá dei Monti. Existían cuatro opciones más, cada cual más complicada. Al final se optó por una llamada, en la que preparar los detalles técnicos no retrasase todo más allá de media hora.

Tres cardenales sucesivamente abrieron las tres cerraduras de una habitación en la casa de Santa Marta. La salita era de reducidas dimensiones, pero impresionaba. No tenía ninguna ventana, carecía de cualquier adorno. Las paredes, suelo y techo eran de color beige. En el centro de la sala había una mesa con tres teléfonos blancos y dos listines de teléfonos encuadrados en tapas azul oscuro. Los teléfonos eran los tres iguales, no inalámbricos, sino con cable. La mesa estaba rodeada de sillas, las cuales formaban un cuadrado perfecto. Los cardenales fueron situándose en las sillas. Dos altavoces en las paredes, permitían escuchar a la vez a los diez purpurados allí presentes. Usarían un teléfono sin conexión al exterior del Vaticano, un teléfono interno. La llamada llegaría a Secretaría de Estado, de allí se transmitiría encriptado por radio a otro terminal situado frente a un teléfono móvil localizado en las inmediaciones de la Estación de Términi, y de allí por línea telefónica normal a Berlín.

A las 22.34, sonó un teléfono móvil en el palacio arzobispal de Berlín. El que se puso era el secretario personal. Al principio,

creyó que se trataba de una broma. Él sabía bien que los cardenales, una vez que entraban en el cónclave, quedaban incomunicados. Pero pronto reconoció que la que estaba al otro lado del aparato, era la voz del cardenal de Colonia. Así que le pidió que esperara, que tenía que subir al piso de arriba donde vivía monseñor Helmut. Con el teléfono en la mano, subió ligero las escaleras. A monseñor Schlenger no le hizo mucha gracia que su secretario llamara a su puerta a esas horas. No se había acostado, pero estaba en bata viendo el final de la película *Pleasantville*. Por eso no abrió la puerta con cara de buenos amigos. Al abrir el arzobispo, su secretario exclamó:

-¡Helmut!

-Espero que sea importante de verdad –le dijo el arzobispo.

-Al teléfono está el Cardenal de Colonia.

El rostro del arzobispo no se inmutó. Pero tras dos o tres segundos se limitó a decir:

-Eso no es posible.

El secretario le mostró el móvil con cara de decir: compruébelo usted mismo.

El arzobispo agarró el aparato con energía. Reconoció la voz. El cardenal de Colonia le pasó al Camarlengo y al Decano del Colegio de Cardenales. Ambos le explicaron la situación y indicaron que era deseo de todos los cardenales, el que ellos le hicieran algunas preguntas.

-No tengo ningún problema –dijo el arzobispo de Berlín-.
Pero antes deseo hablar un momento con el cardenal de Colonia.

-Sí, no hay problema. Ahora se lo paso.

-Sí, ¿Que deseas?

-Perdona Andreas, pero hoy día hay magníficos profesionales en el campo de la imitación de la voz. Tengo que hacerte una pregunta, para asegurarme de que esto no es una trampa de algún canal de televisión.

-Por supuesto, adelante.

-Déjame pensar.

El arzobispo necesitó algunos segundos. Después dijo:

-Hace dos años, cuando estábamos de excursión en Bieswaden, entramos en un albergue en el campo. Estábamos solos. ¿Qué sucedió?

-Entró por la puerta de atrás un niño con una rana en la mano. Tú después hiciste un comentario de que esa rana se parecía al obispo de Maguncia.

-Muy bien, ahora estoy seguro de que eres tú. Responderé a las preguntas que deseéis.

El arzobispo con su mano izquierda indicó a su secretario (el cual seguía aguardando en el pasillo) que se marchara. Helmut en vez de meterse en su habitación, se dirigió en bata y zapatillas hacia un despacho personal que tenía al final de ese pasillo alfombrado y con cuadros de arzobispos del siglo XVIII en las paredes. Se sentó

muy serio delante de su mesa, cubierta con libros de exégesis del siglo I y escritos de Qumran, que era su especialidad, y notas, muchas cuartillas de notas. Junto a los libros, una carpeta con nombramientos parroquiales a la espera de ser firmados.

En el teléfono móvil, las voces habían cambiado. A partir de ese momento, fueron tres cardenales los que le hicieron una serie de preguntas. El primero comenzó excusándose por aquella llamada intempestiva:

-Excelencia, nos ayudaría mucho si nos dijera cuáles son sus puntos de vista, su parecer, acerca de algunos temas delicados. Algunos de nosotros le conocemos poco, y nos gustaría saber algo más sobre su forma de pensar.

A lo largo de las preguntas, el temple de monseñor Schlenger quedó bien patente. Porque recibir una llamada así, y poder charlar tranquilamente sobre los temas que le proponían, era toda un hazaña. No era fácil mantener la calma en tal situación. Pero la voz de Helmut sonaba firme. Denotaba que había una voluntad de hierro detrás de ella. Las preguntas fueron desgranándose con tranquilidad, no había ninguna prisa.

El arzobispo de Berlín dejó claro que, si era elegido, sería partidario de no volver a separar la potestad de jurisdicción del sacramento del orden. A partir de entonces sólo se nombrarían como prelados a clérigos. Pero, al mismo tiempo, sin que nadie se lo preguntara, dijo que no quitaría a ningún prelado-laico de su puesto,

y que se limitaría a no nombrar a ninguno más. De manera que los preladados-laicos irían muriendo de viejos, las estructuras eclesiales se reformarían de forma lenta y sin convulsiones. Otro punto a tener en cuenta era que los obispos rebeldes del Concilio de Jerusalén serían informados de forma secreta de esta nueva línea que se emprendería, la de no nombrar a más preladados-laicos. Y si cesaban en su disidencia, serían reintegrados por el nuevo Papa en menos de un mes a sus sedes y funciones. Monseñor Schlenger fue dejando claro a lo largo de la conversación que todo lo haría de la forma más suave y prudente que fuera posible.

-Gracias, excelencia –se despidió el camarlengo antes de colgar-. Le pediría que mañana esté localizable en todo momento. Le llamaremos a través del teléfono que usted está usando ahora mismo, o de alguno de los de su arzobispado.

-Mañana tengo unas confirmaciones y un acto con el cabildo.

-Me atrevo a sugerirle que envíe a un delegado en su nombre, y que no salga del palacio.

-Bien –dijo dubitativo el arzobispo.

-Hasta mañana –y el camarlengo dándose cuenta al momento de su error, corrigió:- Perdón. La prohibición de comunicarse con el exterior seguirá vigente en cuanto cuelgue. Así que si no le llamaremos mañana, simplemente esté localizable en los días siguientes.

Los cardenales, nada más colgar el teléfono, hicieron unos cuantos comentarios entre ellos, muy breves. Ordenadamente salieron de la sala de los teléfonos. Cuando salió el último, se volvió a cerrar con tres llaves la puerta. Los ciento diecinueve cardenales se fueron a dormir casi a las doce y media de la noche, pues todos fueron informados esa misma noche de las cosas que les había dicho en la conversación telefónica y de la impresión que les había causado. Antes de reunirse todos esa noche, hubo reuniones por grupos. Los representantes expusieron que les había causado una magnífica impresión. Impresión carente de entusiasmos, pero también carente de sobresaltos negativos.

19º día del Cónclave

4 de mayo



Desde el momento en que se sentaron en sus siales para proceder a la votación, ya todos sabían cuál iba a ser el desenlace de ese escrutinio. Uno a uno, fueron depositándose los votos en el recipiente sobre el altar, no se esperaban sorpresas. Y no las hubo. Monseñor Schlenger superó en once votos la mayoría de dos tercios.

Habiéndose acabado de producir la elección, se envió una comisión de cardenales a Berlín a preguntar al interesado si aceptaba su designación como Sumo Pontífice. Tal como manda la Constitución Apostólica, tal pregunta le corresponde hacerla al Cardenal Decano en nombre de todos los cardenales. Y debe hacerla en presencia del Secretario del Colegio de Cardenales y del Maestro de Celebraciones Litúrgicas Pontificias. Un avión privado les trasladó en dos horas y veinte minutos hasta la capital alemana.

Los trabajadores del Arzobispado de Berlín ajenos a lo que sucedía, observaron que siete clérigos vestidos con sotanas negras filetadas y fajines, unos rojos y otros violáceos, fueron recibidos por el secretario del arzobispo en la puerta del edificio. De allí, y casi sin ninguna ceremonia, los guió directamente al despacho del arzobispo.

Las puertas del despacho se cerraron. Una secretaria escuchó que, desde dentro, uno de los dos secretarios particulares que allí estaban echó la llave.

El decano saludó con amabilidad al arzobispo, sin ninguna prisa, estrechando su mano. El rostro del decano manifestaba una extraña tranquilidad. Como si realizase eso cada semana. Después dejó un maletín sobre la mesa, lo abrió y sacó un cilindro que le entregó solemnemente a Helmut. El cual sacó la tapa redonda de uno de los extremos, extrajo una hoja de papel de doble dimensión que una normal. Tenía sólo tres párrafos escritos por el Camarlengo con su propia mano. Bajo los tres párrafos había veinte firmas, las firmas de veinte cardenales que daban fe del resultado del escrutinio de la última votación. Un sello de lacre rojo colgaba al final de dos cintas de seda amarilla y blanca, que formaban una especie de triángulo que se metía en una doblez del grueso papel a través de dos aberturas planas. El Decano leyó el documento y se lo pasó después al arzobispo, que a su vez lo leyó entero en silencio.

Una vez que el arzobispo lo leyó, lo volvió a enrollar y sosteniéndolo todavía en su derecha escuchó como el Decano del Sagrado Colegio de Cardenales le preguntaba: *¿Aceptas tu elección canónica para Sumo Pontífice?* Sólo las seis personas dentro de aquel despacho fueron testigos de la aceptación. Una vez recibido el consentimiento, el Decano le preguntó: *¿Cómo quieres ser llamado?*

A lo que respondió: *Gregorio*. Acto seguido todos los presentes le besaron su anillo de obispo, reconociéndole como Papa. Tras eso, el Maestro de las Celebraciones Litúrgicas Pontificias, actuando como notario y teniendo como testigos a dos ceremonieros venidos con él, así como a los cardenales allí presentes y a los dos secretarios particulares del arzobispo, levantó acta de la aceptación del nuevo Pontífice y del nombre que había tomado. El documento fue sellado con tres sellos de tinta roja.

Aquella era una diferencia entre los reyes y los Papas. Un rey no es rey hasta que es coronado, el presidente de una nación no es presidente hasta su investidura. Sin embargo, un obispo es Sumo Pontífice de la Iglesia universal de forma irrevocable y con todos los poderes desde el mismo momento en que acepta, aunque lo haga en un despacho, en medio del campo o donde sea.

A las puertas del palacio episcopal, le esperaban tres coches negros con agentes del servicio de seguridad vaticano. Los agentes habían viajado en el mismo avión privado. Los coches habían sido alquilados, durante el viaje de Italia a Alemania, por la nunciatura en Berlín. El nuevo Papa vestido con un simple clergyman se despidió de uno de sus dos secretarios personales, dándole la mano. Uno de los dos secretarios tenía que quedarse para atender a la gente que iba a llamar haciendo preguntas. Se quedaba también para enviarle sus objetos personales.

Siguiendo los consejos del Decano, no se despidió de nadie más, ni dio ninguna explicación de por qué se montaba en uno de esos coches que le esperaban con los motores encendidos delante de la puerta del arzobispado. Los coches le condujeron rauda y discretamente hacia el aeropuerto privado donde aguardaba el jet. Tres horas después, aterrizaba en Roma. Aterrizaba como un avión privado más. Fuera de los que habían volado en ese aparato, nadie en el mundo sabía todavía que ya había un Papa. Aunque en el palacio episcopal de Berlín algunos habían reconocido a varios cardenales. ¡Un cardenal en Berlín, mientras todos están reunidos en cónclave! ¡Y encima el cardenal decano! En el arzobispado de Berlín no eran tontos y comenzaron a formular hipótesis, acerca de lo qué podía significar aquello. No hace falta decir que, desde aquella visita, los despachos de la archidiócesis de Berlín se habían convertido en un hervidero de llamadas. En el edificio del arzobispado trabajaban ochenta personas. En las dos horas siguientes, se hicieron desde allí más de mil trescientas llamadas. No hubo ni uno sólo de los empleados (ni siquiera las señoras de la limpieza) que no tomara su móvil y le dijera a cuatro o cinco amigos lo que había pasado allí esa mañana. *Mira, yo no sé nada. Pero sólo te digo que tres coches negros con personas que parecían guardaespaldas se han llevado a nuestro arzobispo. Nadie sabe nada. Ni el vicario general, ni el canciller. Sólo el secretario*

particular dice que no nos preocupemos. Repite que el arzobispo ha tenido que salir, pero que no nos preocupemos.

El avión aterrizó en la terminal de Ciampino dedicada a estos jets privados. De forma que pudieron salir de la pequeña terminal sin que la presencia de los tres cardenales llamara excesivamente la atención. En el resto de terminales esto hubiera resultado imposible. Siempre hay periodistas al acecho. Si el Vaticano lo hubiera solicitado, hubieran podido aterrizar en un aeropuerto militar. Pero no deseaban advertir al gobierno italiano de la naturaleza de ese viaje.

Al salir de la terminal, una comitiva de seis coches sin distintivo alguno les llevaron desde el Aeropuerto del Fiumicino hasta el Vaticano. Justo cuando la comitiva de coches enfilaba por la Via de la Conciliazione, algunas cadenas de televisión alemanas daban por primera vez, de forma extraoficial, la noticia de que había sospechas de que el nuevo Santo Padre podría ser un obispo prusiano o bávaro. Las noticias verdaderas se habían mezclado con rumores completamente ajenos a la realidad. Las redacciones, al principio, habían desestimado los rumores que les parecían menos creíbles. Pero después habían cedido a la creciente ola, que se estaba generando en las redes sociales. Las cadenas de televisión enviaban más y más equipos a los lugares, que supuestamente se señalaban como epicentros de esos rumores. Y, sin poder confirmar o

desmentir, íban haciéndose eco de un creciente número de supuestos testigos, proceso éste que hizo que las noticias deformadas preponderasen sobre la verdadera. De ahí que había varias versiones del hecho, situándolo en tres ciudades alemanas; y media hora después ya eran cinco ciudades.

El hecho no dejaba de ser gracioso, porque el cúmulo de llamadas de los medios de comunicación a los arzobispados de cada una de estas tres ciudades había sido tal, que a esas horas en Francfurt y Dresde ni los mismos trabajadores de esas instituciones estaban seguros si el episodio había sucedido allí o no entre ellos. Cualquier conserje de esos arzobispados, tras recibir las primeras cien primeras llamadas, comenzaba a preguntarse si no habría sucedido realmente allí, pero que en realidad sus jefes no habían querido decirle nada. De ahí que los conserjes, los delegados diocesanos de medios de comunicación, los cancilleres, llamaran a sus vicarios generales y episcopales preguntando: *Dime la verdad, ¿ha sucedido o no? Mantendré el secreto, pero dímelo.*

Bajo esa presión, ninguna respuesta resultaba satisfactoria. Y además siempre había un viandante, un electricista que trabajaba en la calle, o un cartero que pasaba, que aseguraban que sí, que habían visto a los famosos coches, a la misteriosa comisión de cardenales, alguno, incluso, podía jurar que le había parecido ver al ministro alemán de Asuntos Exteriores.

Pero mientras más y más detalles contradictorios se iban acumulando en las redacciones de periódicos y canales de televisión germaos, una comitiva silenciosa de seis coches entraba a la Vía de la Conciliazione. Los vehículos no llamaban la atención, aunque eran todos del mismo color, y los dos vehículos del centro llevaban los cristales oscuros. Pero eso era todo. Desde el mismo coche, por teléfono, el Camarlengo llamó al Cardenal Protodiácono para que avisara a los cardenales para que se dirigieran a la Capilla Sixtina.

La comitiva de seis coches desde Via de la Conciliazione se desvió a la izquierda, por la Via del Santo Ufficio, para entrar por la cancela situada junto a la Congregación para la Doctrina de la Fe. Los turistas que se hacían fotos junto a la columnata, no prestaron atención a esa comitiva de cuatro coches oficiales. Pero algunos clérigos romanos que pasaban por ahí, sí que se olieron algo raro. No era solo que los vehículos llevasen los cristales oscuros, sino que los coches no se detuvieron ante el puesto de guardia. Varios agentes con americana y corbata habían venido antes del interior del Vaticano y esperaban junto a la entrada. Los vehículos no se detuvieron, pues estaban comunicados con los agentes a través de los pinganillos de las orejas. Sí, los astutos y experimentados cuatro o cinco clérigos romanos que pasaban por ahí, se dieron cuenta de que esos coches no eran unos coches más.

Los vehículos rodearon la Basílica de San Pedro por la parte de atrás, dirigiéndose a la entrada de la Capilla Sixtina. Al bajar del automóvil, los tres cardenales presentes fueron recibidos con el enérgico saludo militar y el taconazo de los ocho soldados de la Guardia Suiza. Ni siquiera el coronel de la Guardia Suiza, allí presente, reparó en quién podía ser el obispo vestido de clergyman que iba al lado de ellos.

Como la aceptación de su designación canónica como nuevo Pontífice, se había producido, ya era Papa. Y, por tanto, se revestía como tal, sin prisas, poniéndose una sotana blanca en una sala contigua a la Capilla Sixtina, la llamada Habitación de las Lágrimas. Los calcetines y zapatos negros del, hasta entonces, arzobispo destacaban estruendosamente con la nívea sotana papal. Hasta los pantalones negros se asomaban bajo la sotana. En esa habitación, todo estaba previsto. y esos y otros elementos necesarios estaban dispuestos en varios armarios, para aparecer con dignidad en esa solemne ocasión. Un mayordomo bajito, vestido con frac negro, con ojo experto iba escogiendo de los cajones todo lo necesario. Después le acercó un roquete. Le asistió al ponerse la esclavina de seda púrpura sobre los hombros. Permítame, le dijo al ayudarle a abotonársela. Desués el Papa inclinó el tronco y el mayordomo le colocó la pesada y gruesa estola de las grandes ocasiones. Por

último, lo último de todo, le colocó el solideo blanco sobre los rizos canosos de su cabeza.

El experimentado mayordomo le miró. Torció la boca:

-Con todo respeto, Santidad, ese anillo yo lo cambiaría –iba a decir: parece de hojalata. Pero se limitó a decir: yo lo cambiaría. Sacando una llave de su bolsillo, abrió un apartado de ese armario y le mostró el Anillo del Pescador de su predecesor.

-Yo me pondría éste. Dada su altura, no le va a ir pequeño.

-Pensaba que se destruía.

-Ya no. Con este tipo de anillos ya no se sella nada. Existe, aparte, el sello papal. Pero, desde hace más de un siglo, los anillos del pescador se guardan.

El Papa se lo probó, le iba bien.

-Si me lo permite, me pondría una cruz pectoral más... esplendorosa.

El nuevo Papa que se había dedicado siempre a los libros, se dio cuenta de que estaba ante un profesional. Así que se dejó hacer. Obedientemente, se quitó la que llevaba dejándola sobre la mesa cubierta con terciopelo. La cruz vaticana era, en efecto, mucho más bella, más pesada, una pequeña obra de arte.

Después de que recibir la leve sonrisa de visto bueno del mayordomo, el arzobispo se miró en el espejo. Helmut Schlenger ya no era Helmut Schlenger, era Gregorio XVII. Hasta aquí, hasta ese reflejo en el espejo, me han llevado mis estudios sobre la literatura

aramaica del siglo I, se dijo a sí mismo sin la más pequeña satisfacción interna.

-¿Desea alguna cosa más? –preguntó el mayordomo antes de hacer una pequeña inclinación y salir.

Mientras el mayordomo salía, Gregorio XVII volvió a mirar con pena la imagen que le devolvía el espejo, mientras se hacía consciente de que toda su ciencia exegética se había transmutado en vestiduras sobre él. Todos los cardenales esperaban en sus asientos. Sólo un par más ancianos aún se dirigían a sus sillas con lentitud.

¿Cuál fue el último pensamiento del Papa antes de salir? No hubo un único último pensamiento, sino unos cuantos surgiendo de forma desordenada: su sobrino celebrando su cumpleaños esa tarde, él empujando el carrito del supermercado el día anterior, cosas así, la diferencia abstracta entre su vida hasta ayer y su vida hoy.

En la Capilla Sixtina se oía el bisbiseo de las conversaciones. Aunque muchos estaban en silencio, orando. Recapitulando lo que habían sido esos días.

-Ha ido a Habitación de las Lágrimas a revestirse con la sotana blanca –le comentó por lo bajo el anciano cardenal Bogotá a otro más anciano todavía que caminaba con su bastón y se dirigía a su asiento, y que fue el último en llegar.

Al ver que el mayordomo salía de la Habitación de las Lágrimas, el Decano se levantó de su asiento y entró. Volvió a salir medio minuto después, colocándose junto a la puerta.

Se hizo un silencio absoluto. Entonces, anunció con potente voz:

-¡Su Santidad, el Papa Gregorio XVII!

El Decano tenía setenta y cinco años, pero su voz fue emitida con claridad y potencia. El clero está acostumbrado a hablar a grandes grupos de gente desde su juventud, desde la ordenación. Sus palabras se escucharon hasta el final de la capilla sin necesidad de micrófono alguno

El Papa apareció por la puerta. ¡Una tremenda ovación resonó, mientras todos los purpurados se ponían en pie! El Sumo Pontífice alzó los brazos. Los alzó poco, con timidez. Movi6 las manos con el gesto habitual de los Papas cuando son recibidos con aclamaciones. No habían acabado los aplausos, cuando el Papa se sentó a pocos metros del altar, para recibir el homenaje. Hubiera sido lógico decir unas palabras, pero el Santo Padre estaba tan emocionado que no se sintió con fuerzas como para poder hablar sin que se le saltase alguna que otra lágrima. Por otra parte, los aplausos no cesaban. Alguien entonó el *Te Deum* y los últimos aplausos, extinguiéndose, se fueron mezclando con los acordes del himno en acción de gracias.

Sentado, recibió en el anillo el beso de todos y cada uno de los cardenales. Sólo después de recibir el homenaje, es decir, únicamente tras que todos los cardenales reconocieran al Sucesor de Pedro, fue cuando el Maestro de Ceremonias hizo un gesto a dos monseñores que bien sabían lo que eso significaba. Sin necesidad de hacer ninguna pregunta se alejaron del trono, para encender el fuego de la estufa de esa misma Capilla Sixtina. Esta vez sin paja húmeda, para que todos vieran la fumata blanca.

Siguiendo la tradición, la fogata en la estufa que debía producir ese humo blanco sólo se encendió después que el último de los cardenales que estaban en la larga fila besara el anillo ofreciendo con ello su acatamiento al nuevo Obispo de Roma. Eso se debía a que si algún cardenal tenía alguna alegación que hacer con respecto a la validez de la elección, debía manifestarla en ese momento. De ahí que el beso del anillo por parte de todo el Sacro Colegio tuviera una indudable relevancia jurídica.

La hilera de ciento diecinueve cardenales avanzaba sin prisas. Por rápido que fueran, el acatamiento de los purpurados duraría no menos de veinte minutos. Cada uno de ellos, y muchos ya tenían una edad considerable, se tenían que arrodillar y besar el anillo. Dos monseñores, a cada lado, ayudaban a los más mayores a levantarse. La Iglesia tenía ya un Romano Pontífice, pero sólo lo sabían los presentes en esa capilla. El mundo debía esperar. En esta materia no se podían dar pasos adelante y pasos atrás. Únicamente

en cuanto el último anciano de venerables cabellos blancos se arrodilló y besó el anillo con lágrimas en los ojos, se produjo la inclinación de cabeza del Maestro de Ceremonias hacia los dos monseñores que aguardaban algo más lejos, y se prendió fuego a la paja.

Una vez que uno de los dos monseñores cerró la portezuela de la estufa, el otro salió sin prisas hacia los lejanos interruptores de las campanas, situados al lado opuesto de la Basílica. Esta lejanía física de las campanas hacía que, como siempre, sonasen tres o cuatro minutos después de que la humareda blanca comenzara a salir por la chimenea.

Hay que hacer notar que el monseñor de unos cuarenta años que salió de la capilla lo hizo con toda dignidad. Con su sotana y su roquete caminaba vestido de la conciencia de la noticia que iba a dar al mundo. Para salir de la zona de la clausura, hizo girar un gran llave en un portón. Detrás de ese portón había unos guardias suizos. Era una de las pocas puertas de esa zona que se podían abrir desde dentro para entrar en la zona reservada al cónclave. Las otras puertas estaban cerradas desde fuera y selladas. Razón por la cual, apostados junto a esa puerta, había a todas horas, al menos, uno o dos soldados allí con sus yelmos y alabardas. Al salir el monseñor hubiera preferido no decir nada, pero los cuatro soldados que en ese momento charlaban en ese corredor, sabían muy bien qué quería

decir que él, precisamente él, fuera camino de la sacristía de la Basílica. Así que le preguntó detrás de él un joven soldado:

-¿Ya?

El monseñor se volvió e hizo un gesto rápido, pero claramente afirmativo con la cabeza.

El sargento dio orden a dos soldados que le acompañaran. Los soldados corrieron para alcanzar al monseñor. El cual había ido aligerando el paso, aunque al final acabó por correr en la menguada medida de sus fuerzas. Los soldados, felices, iban a sus lados, conscientes de vivir un momento histórico. En ese preciso momento, el humo blanco comenzaba a salir de forma más patente de la chimena. Un gran oohhh se escuchó en la plaza. Pero había un ligero viento y el cielo estaba cubierto de nubes que quitaban bastante luz, de forma que, aunque parecía humo blanco, no estaban al 100% seguros. Si la fumata era blanca, las campanas lo confirmarían en breve.

El monseñor encargado de tocar las campanas seguía su camino a paso ligero por pasillos y salas. Todos los alrededores del cónclave tenían a bastantes fuerzas de seguridad. A lo largo del trayecto a la sacristía, los soldados indicaron a varios agentes vestidos de paisano que les dejaran pasar. También los agentes sabían que significaba ese recorrido hacia las campanas, y más cuando iban tan apresuradamente y con una sonrisa en el rostro. Un par de agentes de paisano se unieron al gozoso grupo. El Vaticano

era seguro. Pero los agentes querían acompañar al mensajero de tan buena nueva. Aquel clérigo, andando a grandes zancadas, era portador de una noticia para todo el mundo. Sí, merecía ser escoltado. En ese momento, el viento de la plaza se apaciguó. Sí, el humo era claramente blanco. ¡Es blanco! Esa frase era repetida en todas las lenguas del mundo, un mundo congregado allí. Por fin, el monseñor y los seis agentes que le acompañaban, llegaron a la sacristía. El monseñor abrió con nerviosismo la cerradura de la puerta. Sus rollizas manos fueron bajando, uno a uno, todos los interruptores. Incluso en la sacristía comenzaron a oír el bronce más potente de la más grande. Los siete que estaban junto a los interruptores supieron que todo el planeta estaba oyendo esos tañidos. Fuera, en la plaza, sí que escuchaban en todo su poderío y fuerza las centenarias grandiosas campanas. Todas las campanas del Vaticano, pequeñas, grandes y medianas, repicaban. Volteaban como locas, sin cesar, como insistiendo una y otra vez en la noticia.

En ese momento, el mundo tuvo la confirmación indudable de que había un nuevo Papa. En menos de cinco segundos, doscientos canales de televisión interrumpieron sus programaciones. Diez segundos después, eran mil quinientos canales los que detenían sus programaciones para conectar en directo con la Plaza de San Pedro.

Desde Alaska a las metrópolis de los países del sudeste asiático, desde los poblados de Sudáfrica hasta las cabañas cercanas a los fiordos noruegos, las pantallas de todo el orbe mostraban la multitud congregada en la Plaza de San Pedro. Las redes sociales expandían la noticia a la velocidad de la luz. Las aplicaciones de los teléfonos móviles advertían con un bip bip, que había una nueva noticia relevante. Los televidentes creyentes o ateos, sentados en sus casas o viendo la televisión en una sala de espera, conduciendo su coche hacia el trabajo o paseando por un parque, se enteraron en ese momento de que la Iglesia tenía un nuevo sucesor de Pedro.

Cientos de miles de portales de noticias en Internet en el plazo de un solo minuto cambiaron su titular principal. Millones de mensajes SMS recorrieron el planeta como una ola incontenible. Muchos viandantes con curiosidad se detuvieron ante las pantallas gigantes de las calles de Nueva York o Tokio que mostraban escenas la misma Plaza de San Pedro, mientras los mensajes escritos de esas pantallas explicaban que se tardaría todavía algunos minutos, para que saliera al balcón y el mundo conociera la identidad del elegido.

Las campanas del Vaticano seguían tronando con toda solemnidad, mientras las campanas de catedrales a miles y decenas de miles de kilómetros de distancia, comenzaban a repicar también. Era como si de un eco se tratara. En la entera la ciudad de Roma, sonaban centenares de campanas de basílicas e iglesias. Pero también resonaban, en esos precisos momentos, en Washington, en

Londres, en Varsovia, en Johannesburgo, en Buenos Aires o en Sao Paolo. Sólo en la parte del planeta donde todavía era de noche, las campanas siguieron silenciosas.

Como era costumbre, tras aceptar la reverencia del Sagrado Colegio, el Decano llamó por teléfono e indicó a unas monjas que trajeran unas pastas y unas copas de champán. Había que celebrar el hecho de que Roma tuviera su nuevo obispo. La alegría embargaba a todos. Hubo unos breves momentos de distensión. No muy largos, pues aunque la noticia ya había sido dada al mundo con la fumata, Roma debía conocer a su nuevo pastor. Tras diez minutos de brindis, los purpurados fueron dirigiéndose hacia los balcones de la fachada de la basílica que flanqueaban el balcón central. Los hábitos rojos de los purpurados llenaban todos los seis balcones que se abrían a ambos lados del balcón central situado sobre un relieve que representaba a San Pedro arrodillado ante Jesucristo y recibiendo de éste su autoridad. Un extenso tapiz de un escudo papal se extendió en el balcón central. El escudo mostraba la tiara y las llaves, pero por dentro estaba vacío.

El Papa, acompañado sólo de cuatro purpurados, dos monseñores y diez miembros del servicio de seguridad, se dirigió hacia la tumba de San Pedro. Allí se arrodilló y rezó en silencio un minuto. La Basílica entera estaba vacía, oscura, eran las 18:30, pero dentro el crepúsculo ya había llegado. Impresionaba el silencio del

templo. Y en medio de ese mundo de quietud y penumbra, el Papa rezando arrodillado en un reclinatorio.

Un minuto después se levantó y se hizo la señal de la cruz. Se dirigió hacia el balcón. Llevaba tres minutos llegar hasta él. Bastó simplemente que se abrieran las puertas acristaladas de ese balcón central, para que la Plaza de San Pedro literalmente retumbara con el fragor de decenas de miles de personas gritando a la vez. El Cardenal Protonotario con voz maravillosamente pomposa, alargando las sílabas de un modo completamente acorde con la ocasión, pronunció las famosas palabras: *anuntio vobis gaudium magnum*, os anuncio una gran alegría. Sólo tras decir estas palabras, la plaza se vino, de nuevo, abajo con las aclamaciones. El anuncio del Protodiácono había sido engolado, rotundo, como regodeándose en la felicidad que contenían esas palabras. Después, el estallido. Ni la antigua Roma imperial había conocido ovaciones a sus césares, que de lejos se parecieran a éstas.

Medio minuto después, apareció en el balcón primero la cruz procesional y tras ella, varios monseñores que precedían al nuevo pontífice. Inconfundible con su vestidura blanca, salió al balcón para que el mundo pudiera conocer, por fin, su rostro.

Allí estaba, saludando el Obispo de Roma, Vicario de Cristo, Sucesor del Príncipe de los Apóstoles, Príncipe de los Obispos, Pontífice Supremo de la Iglesia Universal, Primado de Italia,

Arzobispo y Metropolitano de la Provincia Romana, y Siervo de los
siervos de Dios.

Palestrina, Bernini

e incienso



Dos días después

6 de mayo

En la Basílica de San Pedro del Vaticano, además de los representantes del clero y el pueblo de la Urbe y el orbe, había ocho monarcas, cuatro príncipes, veintiocho jefes de estado, y ciento cuarenta y ocho embajadores. Los purpurados, revestidos con sus hábitos cardenalicios y sus capelos, esperaban dentro del templo. Repentinamente, con un gran crujido, los portones centrales de la basílica se abrieron. El grupo cardenalicio se dividió en dos, haciéndose a ambos lados de la puerta, para dejar pasar la procesión de los oficiantes de la ceremonia. Acababa de dar comienzo el ceremonial de coronación papal. Ceremonial que comenzó a las diez de la mañana, al día siguiente a la elección.

El Santo Padre, a diferencia de la ceremonia de consagración de los neocardenales, entraba revestido con todas las insignias

episcopales desde el principio, al entrar ya era Sumo Pontífice. La coronación nada añadía al oficio. La Ceremonia era para pedir gracias para ejercer bien esa función sagrada, así como para expresar ante la Iglesia la grandeza de ser Vicario de Cristo. Por otra parte, era un modo litúrgico de celebrar el hecho del advenimiento de un nuevo Papa. Y una forma de honrar a Dios, aunque a través de una coronación papal. Gregorio XVII era el que presidía la ceremonia. Siete cardenales, revestidos pontificalmente, ejercían de consagrantes, completamente cubiertos de brocados de oro y perlas, de pies a cabeza.

Al entrar en la basílica, nada más cerrarse las puertas, el Santo Padre se detenía un momento para hacer la señal de la cruz diciendo: *In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*. Después, la recitación coral del confiteor y los kiries se hacían con la procesión avanzando por la nave central. En tres lugares de ese recorrido, el maestro de ceremonias quemaba un poco de estopa y la elevaba en un pequeño brasero, exclamando: *Sancte Pater, sic transit gloria mundi*, Santo Padre, así pasa la gloria del mundo.

Tras la segunda admonición del Maestro de Ceremonias acerca de la vanidad de las cosas de la tierra, el cortejo se desviaba hacia la izquierda. El Papa y unos acólitos eran los únicos en entrar en la Capilla del Coro. Ésta se cerraba, y los acólitos le retiraban por este orden la mitra, la capa pluvial, la cruz pectoral, y todos los demás ornamentos e insignias. Dejándole sólo revestido con el alba.

Y así, humildemente vestido, aunque en el centro del cortejo, se encaminaba hacia la *confessio* de San Pedro, la pequeña cripta que se abre delante del Baldaquino de Bernini.

La invocación a los santos tenía lugar, mientras el Papa bajaba a la pequeña cripta bajo el presbiterio, para venerar la tumba de Pedro, lavar sus manos en agua bendita, arrodillarse y pedir perdón de sus faltas. Después, subió las escaleras y se se dirigió a la sede, situada fuera del presbiterio, aunque sobre un estrado de cuatro gradas, cubierto de alfombras. Sobre el estrado había tres mesas cubiertas con telas azules adamascadas. Sobre ellas estaban magníficamente dispuestas a varios niveles, muchas reliquias. La riquísima cruz-relicario del emperador Justino, del siglo VI, presidía esas reliquias en el centro detrás de la sede.

El Papa se sentó en la sede. El coro polifónico cesó sus cantos. Doce cardenales se le acercaron y le hicieron doce unciones con el santo crisma. El primero de ellos, con dalmática, le hizo la primera unción en el centro del pecho, sobre el corazón. Se retiró y otros cuatro cardenales con alba y también revestidos con dalmáticas le hicieron simultáneamente: dos unciones sobre los pies, esos pies que debían recorrer el mundo para predicar la Buena Nueva, y otras dos unciones sobre las manos, las manos del Sucesor del Pescador. A cada unción, el Cardenal Decano, de pie, a cierta distancia, vuelto hacia el Santo Padre, recitaba una fórmula del libro que contenía el

ritual de coronación papal. El libro, sostenido por un acólito, era grande, escrito a mano, semejaba a uno de esos rituales antiguos, con letras doradas y marcos que contenían bellas iluminaciones. Pinturas, todas ellas, relativas al tema de la ceremonia. Las letras de aquellas hojas eran de buen tamaño, para ser leídas sin dificultad de lejos o, incluso, con poca luz.

Al retirarse los cardenales-díaconos, era el turno de los cardenales-presbíteros, revestidos con capas pluviales. Dos de ellos le hicieron simultáneamente dos unciones sobre esos oídos, que debían escuchar las inspiraciones del Espíritu Santo. Mientras, otros dos le hacían simultáneamente dos unciones sobre los párpados cerrados, ungiendo esos ojos que habían de leer la Sagrada Escritura.

Al retirarse ellos, era el turno de los cardenales-obispos. El primero le ungió sobre la boca, para que con ella predicase fructuosamente al rebaño de Dios. Después, otro le ungió en la frente, sede del pensamiento. La duodécima unción la realizó el duodécimo cardenal. Primero se le retiró el solideo blanco, y allí, sobre la coronilla, en el mismo lugar donde en el rito del bautismo se le ungió al comienzo de su vida como cristiano, se hizo la señal de la cruz con el sagrado crisma.

Tras las doce unciones, los miembros del Sacro Colegio le fueron colocando una nueva estola, una nueva cruz pectoral, el palio, otra capa pluvial, y otra mitra, más bellas que con las que había entrado. El Papa, ya sentado, ya de pie, permanecía en silencio,

estático, dejaba que el colegio de cardenales le revistiese con los ornamentos litúrgicos. Hay que hacer notar que cada prenda, que se le colocaba venía acompañada de un oración ritual en latín. Mientras los cardenales se aproximaban o alejaban de él con los ornamentos litúrgicos. Tras recibir la mitra, se le coloca el Anillo del Pescador. Entonces, dos cardenales le trajeron en posición horizontal la férula, que el Papa la tomó en sus manos.

Completamente revestido, el Romano Pontífice subió al Altar de la Confesión, lo besó y lo incensó. Tras entregar el incensario, bajó del baldaquino, y se sentó en una sede junto a esas gradas. Un acólito le quitó la mitra. Gregorio XVII extendió los brazos y cinco purpurados derramaron un poco de bálsamo en cinco lugares de su persona. Con cinco recipientes muy pequeños, parecidos a aceiteras, derramaron perfume sobre la cabeza, palmas de las manos y empeines de los pies. Cada esencia fragante era portadora de un simbolismo.

Después, el Papa se dirigió al lado izquierdo del transepto, donde está situado el sagrario. A cada lado del tabernáculo estaban divididos los noventa y nueve miembros del coro de la basílica. Al llegar el Santo Padre delante del Sagrario, hizo genuflexión. Entonces el coro canta a cuatro voces:

-¿Me amas más que éstos?

-Sí, Señor, tú sabes que te quiero –contesta el Papa recitando su respuesta con voz normal, sin cantarla.

-Apacienta mis corderos –añadie el coro, cantándolo de nuevo a cuatro voces. Hay una pausa.

-¿Me amas? –canta de nuevo el coro.

-Sí, Señor, sabes que te quiero –contesta el Papa.

-Apacienta mis ovejas –añade el coro. A lo que sigue una pausa.

-¿Me quieres? –pregunta el coro por tercera vez.

-Señor, tú lo sabes todo; sabes que te quiero –contesta el Papa.

-Apacienta mis ovejas –concluye el coro.

Entonces, resuena por primera vez con todo su poderío el órgano de la basílica, mientras el Papa se arrodilla en un reclinatorio ante el sagrario. Esa parte de la ceremonia expresa el hecho de que el apóstol Pedro primero fue nombrado Jefe de los Apóstoles, después abandonó al Maestro en Getsemaní, pero por último Jesús le hizo esas preguntas, confirmándole en su misión. Así también el Sucesor de Pedro era primero revestido, después se le hacían esas preguntas y también él era confirmado en su misión, allí, delante del sagrario.

Por eso, cuando el estruendo del órgano cesó, habiendo el Santo Padre venerado a Jesucristo en la Eucaristía, éste se sienta. La

sede se halla mirando hacia el sagrario, simbolizando con ello que es de Cristo de quien ha recibido esa potestad papal. Un acólito trae una caja especial acolchada. Portaba las Llaves de León XIII. Dos llaves de plata, de dos palmos de longitud cada una, ornamentadas con relieves y figuras. Dos cardenales se sitúan a cada lado del acólito, y tomando cada uno una llave, las depositan en las manos del Papa. El Decano recita una fórmula latina relativa a la salvaguarda de la fe y a la potestad sobre el Rebaño de Cristo. El Papa sostiene ambas llaves sobre su regazo, hasta que la larga fórmula latina que recita el Decano. Una vez que finaliza esta, entrega las preciosas llaves a los dos diáconos de pie a su lado.

Entonces, de nuevo suena el órgano y los cardenales forman dos hileras, precediendo procesionalmente a Gregorio XVII en su camino hacia el ábside de la basílica. Tras los triunfales acordes del órgano, el coro canta el *Tu es Petrus* de Palestrina. Mientras los purpurados se van colocando en sus asientos del coro del ábside.

El Papa se sentó en la sede situada en el centro de ese ábside, bajo la gigantesca representación de *La Cátedra de San Pedro* de Bernini. Allí, tres cardenales se inclinaron y sin más preámbulos, recitando a la vez la fórmula de coronación, pusieron sobre su cabeza la tiara, una tiara con tres coronas de oro blanco y cien diamantes. Una tiara que ofrecía una sublime impresión de blancura,

de luz. Los cardenales ordenadamente, en fila, pasaron uno a uno a besar el anillo papal.

Cuando acabaron, el Pastor de la Iglesia universal hizo una oración a Dios Padre con los brazos extendidos, después dio la bendición y se dirigió al balcón de la fachada de San Pedro a bendecir a la multitud congregada en la plaza y que había visto la ceremonia a través de las pantallas de televisión. Habían estado afuera, pero no se habían perdido ni el más pequeño detalle del ceremonial de coronación.

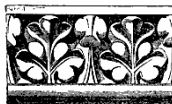
El primer canal de la RAI entrevistó a una chica joven de la plaza. La cual entre lágrimas acertó a decir: *Es el día más feliz de mi vida. Yo no veo en él más que al Pastor que nuestro Padre Dios nos ha dado.* No acertó a decir nada más. Pues sepultó su cara entre sus delicadas manos blancas y los desbordantes rizos leoninos que le caían de la cabeza.

En un canal francés, a un conocido político de izquierdas se le entrevistó, y éste se limitó a decir: *Un escándalo, un auténtico escándalo. Si creyera en la otra vida, estoy seguro de que Marx se estaría revolviendo en su tumba. Esto en Francia sería impensable.*

En un canal argentino, durante un debate, un erudito historiador tras unas gafas gruesas de pasta negra, comentó: *No soy creyente, pero me embelesa el poder asistir una estructura ritual que a mí me evoca los antiguos pasajes iniciáticos de los faraones.*

Hoy día, la antropología interpretativa es muy respetuosa con este tipo de elaboraciones simbólicas.

Aquella tarde



Era costumbre que ese día el Romano Pontífice se retirase a sus aposentos papales, en los que ya había dormido el día anterior. Durante esa jornada almorzaría y cenaría con sus familiares y amistades más íntimas. No habría ninguna reunión hasta dentro de dos días. No era que las emociones de la coronación hubieran supuesto un esfuerzo, que requiriesen un descanso antes de retomar el trabajo. Sino que mañana el Santo Padre se encargaría de las cuestiones de la mudanza. Ser elegido Papa, entre otras cosas, supone encargarse de organizar la mudanza de los archivos y objetos personales, que toda una vida puede acumular en la vivienda de un purpurado.

Pero eso era trabajo del Papa. Henry hasta el jueves podría dedicarse a pasear por los jardines vaticanos y a leer. A eso de las cuatro de la tarde, fue a la sacristía de la Basílica de San Pedro. Creía que se había dejado allí unos papeles por la mañana, al prepararse para la ceremonia. Papeles sin demasiada importancia, pero con la suficiente como para pasarse por allí.

En seguida encontró los papeles, justo donde los había dejado. También encontró al canónigo encargado de la sacristía. Había vuelto después de la comida, para seguir organizando todo lo

utilizado por la mañana. El canónigo fue de una gran amabilidad con Henry. Le comentó al cardenal, yendo y viniendo, llevando cosas, que era ésa su última coronación papal. Se jubilaba, le esperaba un nuevo destino dentro de un mes.

-Yo hubiera deseado seguir en el puesto hasta la muerte. Pero una cosa es la voluntad y otra las rodillas.

-¿Las rodillas?

-Sí, cada vez me sostienen menos.

A pesar de ello, el canónigo estaba de excelente humor, así que con la mirada maliciosa del que revela un secreto, le dijo a Henry que le siguiera.

El canónigo le llevó a una estancia, donde se hallaba un voluminoso armario. Allí sólo se guardaban objetos que tenían relación con Papa. Abrió las dos puertas y el interior mostró una bien jerarquizada sucesión de cajoncitos pequeños, sobre los cuales había cuatro cajones mayores. Y sobre la repisa que formaban estos, cuatro tiaras papales colocadas sobre una especie de almohadones de forma especial para sujetar las coronas que había encima. Entre las cuatro tiaras, un gran ritual sobre un atril de grandes dimensiones y forma de águila. Aquel armario era de grandes dimensiones, de forma que, a ambos lados de las tiaras, también había dos férulas apoyadas verticalmente. En el centro de un arco, colgaba una cruz pectoral con esmeraldas, había pertenecido a San Pío X. Debajo de ésta, se veía una especie de caja que contenía seis ampollas

herméticamente cerradas. Pero el canónigo no se distrajo con el resto del contenido del armario, sino que directamente tomó el ritual y lo puso sobre la mesa cubierta de tela aterciopelada, para enseñarle al cardenal varias preciosas escenas pintadas al estilo de las iluminaciones renacentistas.

El libro que le mostraba, era el *Ritual de Coronación Papal*. Las pinturas eran pequeñas, pero soberbias. El canónigo, que se lo conocía página a página, le mostraba pormenores de tal y cual parte del libro. Henry valoró hasta qué punto en aquel libro, había sido cuidada la realización de sus más ínfimos elementos: el dorado de una inicial formando una filigrana, el azul que formaba volutas en el fondo de una iluminación al margen. Pronto lo estuvo hojeando con pasión de cabo a rabo. El ritual era una obra de arte en cada una de sus páginas, fruto de la paciencia de *scriptorium* de algún monasterio. Claramente se trataba de una obra de muchos monjes.

Sus ojos fueron curiosos a los cien puntos del proemio que precedía al ritual, exactamente cien. El canónigo con voz cantarina leyó el punto nº 1 del Proemio: *Recordad que el poder espiritual del sucesor de Pedro no depende ni de los ritos que se van a realizar, ni del lugar donde tengan lugar, ni de las unciones que va a recibir, ni de los perfumes que se derramarán sobre él, ni de los objetos que se le van a entregar. Su poder viene de Dios a través de la designación del colegio cardenalicio.*

El Cardenal Williams pasó varias páginas del Proemio. Su vista se detuvo admirada, al llegar al punto nº 58. El referido a los perfumes usados para culminar la consagración. Ese punto ocupaba cuatro páginas enteras. Cuatro páginas preciosas con dibujos explicando a los cardenales dónde derramar los bálsamos, así como esquemas con números romanos de color violeta las distintas opciones que el ritual ofrecía a la hora de escoger qué balsamos se usarían para ese rito. Era el ceremoniero el que se encargaba de elegir tres perfumes entre nueve aceites esenciales, procedentes unos de flores, otros de maderas aromáticas y otros de sustancias animales. El esquema ofrecía las siguientes posibilidades:

Perfumes de flores:

- rosa
- lirios
- jazmín

Perfumes de maderas:

- resina de cedro
- enebro
- sándalo

Perfumes de origen animal:

- almizcle
- ámbar gris
- castóreo

Le llamó la atención a Henry que fuera el ceremoniero el que decidiera tal punto sin necesidad de comunicárselo a nadie. *A no ser que el Romano Pontífice decida una combinación concreta u otra cosa*, añadía el subpárrafo XVII del punto 58. El proemio consideraba que el recién elegido Sumo Pontífice estaría demasiado ocupado ese día, como para tener tiempo en preocuparse de las insignificancias, y pedía, por tanto, al ceremoniero que no importunase al Santo Padre con una cuestión menor como ésa. Detrás de cada sustancia odorífera, había una explicación en letra más pequeña acerca del simbolismo de ésta. No había una sola sustancia sin su esclarecimiento de por qué estaba allí. Algunos de esos símbolos eran evidentes. La rosa, símbolo de María. Los lirios, símbolo de la pureza. Pero otros, como el ambar gris, contaban con cautivadores explicaciones que Henry leyó de principio a fin. Le hubiera gustado estar por lo menos media hora sumergido en la lectura de ese proemio. Retrocedió al azar dos páginas, y leyendo el punto nº 46, miró hacia el armario y entonces comprendió qué contenían las nueve ampollas de cristal tan cerradas, que había visto al principio.

-Y éste de aquí es la férula usada en la coronación, ya la habrá visto muchas veces –le comentó el canónigo abriendo los cierres que lo sostenían en posición vertical en su hueco.

Henry lo había visto sí repetidas veces. Pero en medio de los saludos de las sacristías, nunca había tenido tiempo de pararse a

contemplantarla con detenimiento. Al Papa, el día de la coronación, se le entregaba esa férula que simbolizaba su nuevo cayado. Después, en su pontificado, los Papas usaban otras, pero en la ceremonia se les entregaba siempre ésta: una obra de arte de platería que había sido entregada ceremonialmente a cada Papa desde hacía más de treinta años. En el centro de la cruz estaba labrada una representación de la Santísima Trinidad. En el arranque de la cruz, estaba representada la Iglesia Universal como una torre formada por varios arcos. Cada arco había sido cincelado con una minuciosidad apabullante. Cuatro anillos dorados rodeaban la torre, engarzando varias piedras de jaspe. Henry observó que incluso el varal estaba recorrido por varias inscripciones.

-Son de estilo carolingio –explicó el canónigo-. Aunque observé aquí, estas pequeñas están en griego. Y más aquí, hay dos en hebreo. Estas pequeñas hornacinas de la torrecilla, contienen reliquias. Hay reliquias de ocho santos Sumos Pontífices.

El cardenal ponderó el peso del báculo en sus manos, era muy ligero.

-Titanio –comentó el sacristán.

-El poder del Sumo Pontífice, no depende de los objetos. Pero cuídeme estas cosas. Aunque le queden pocos días al frente de todo esto, cuídemelas con cariño. Usted es el guardián de estos objetos.

-Otros son los guardianes de la fe, yo lo soy de los tesoros.

-Otros son guardianes de los ritos, otros de las palabras -dijo el cardenal dejando la férula en su sitio-. A mí se me ha concedido algo más prosaico. Algo que tiene que ver más con la administración.

-Vamos, vamos. También usted ha hecho lo suyo.

-Créame, hubiéramos tenido una vida más tranquila siendo sacristán como usted.

Mientras tanto el canónigo fue cerrando las puertas del armario y echando la llave a la cerradura. El armario, en su parte superior, estaba coronado por cuatro torres góticas de madera. Torres decorativas de menos de un codo de altura, rematadas por pináculos. Torres melladas y que habían perdido casi toda su pintura original. Aunque formaban una perfecta unidad con el armario, el ojo experto de Henry se apercibió que habían sido reutilizadas. ¿De dónde vendrían? ¿Qué historia propia poseerían? Se las quedó mirando y después, sin venir a cuento, comentó con inocencia:

-Él es el dulce Vicario de Cristo en la tierra, el Apóstol Pedro entre nosotros. Debemos estar unidos a Gregorio XVII y a cualquiera que venga.

El sacristán no dijo esta boca es mía, pero pensó que el cardenal ya chocheaba. El pensamiento era edificante, ¿pero a qué venía eso? Henry pensaba en los tormentosos días del cónclave. En cierto modo, pensaba en toda su vida. Siguió mirando esas torres y añadió con un suspiro: *somos hormigas*. Los dos ancianos, el

purpurado y el sacerdote fueron saliendo de la sacristía sin prisa, con los brazos a la espalda.

-Le contaré una curiosidad que pocos clérigos de esta casa saben –le comentó el canónigo en tono de confidencia-. El crisma que se usa para ungir al Papa y a los cardenales es de aceite de oliva, como manda la tradición, con los aditamentos que se hacen en la ceremonia normal de la Misa Crismal. Pero...

-¿Pero? –repitió intrigado Henry cuando el canónigo hizo una pausa intrigante.

Y el sacristán sin decir nada, le abrió con otra llave una puertecita de un armario con aspecto muy vetusto. Aquello era como un tríptico, con pinturas en el reverso de las dos puertas. En el centro un icono muy antiguo. Un icono de la Virgen María, cuya pintura aparecía engastada en ébano. Un doble marco de ébano rodeaba aquella tabla, que mostraba deterioros sufridos en los siglos.

-Miré –ordenó el sacristán señalando con su índice algo retorcido por la artritis.

-¿El qué?

-Esto. ¿No lo ve?

El cardenal aguzó la vista. El sacristán le explicó:

-Trasuda óleo.

-¿En serio?

-No lo dude. Toque, toque. Siempre hay este rocío de gotitas pequeñas de aceite. Van resbalando y caen en esta repisa de aquí.

Bajo la repisa, en el centro, había una ampollita de cristal amarillo que a su vez recogía el óleo de la repisa. La ampollita de cristal estaba metida dentro de un estuche metálico de 8 cms de altura y hecho a medida. La superficie de ese estuche mostraba infinidad de pequeñas abolladuras y casi imperceptibles arañazos. Sobre esa superficie alguien había cincelado unos ángeles de estilo copto. Una inscripción en caracteres irreconocibles recorría circularmente ese estuche en su panza abombada.

-Cada año recogemos una ampolla como ésta. Con este óleo se consagra a los Papas.

-Sorprendente, no tenía ni idea. ¿Y de donde vino este icono?

-¿El icono...?, Es muy primitivo. Yo he oído que si lo trajeron de una iglesia copta en algún lugar de Egipto. Pero no vino aquí, no. Lo llevaron a una iglesia de un lugar que creo que se llama Tamra. Quién sabe por qué razones acabó en una iglesia melquita de Galilea. Allí estuvo varios siglos. Eso es lo que me han dicho. Hay que desconfiar de las tradiciones orales. Ya sabe, de sacristan a sacristán. Lo único cierto y seguro, es que el obispo, moribundo, llegó a Roma donde vivió sus últimos días. Había llevado consigo treinta reliquias, dos cálices y este icono. Había salvado esos objetos sagrados antes de que destruyeran la iglesia en la que se contenían. Según él, su mínima comunidad ya no existía, y pidió que estas reliquias se quedaran en Roma. Esto pasó hace dos siglos. Quién sabe.

-¡Vaya!

Henry estaba sorprendido. Él, que estaba todo el día encargándose de papeles, reuniones y asuntos materiales, se hallaba bien lejos de imaginar que a ocho minutos de su despacho existiera todo este mundo de enigmas. Cuántas otras cosas estarían bien guardadas en otros armarios, en otras salas. Se había dedicado en exclusiva a los asuntos de la Secretaría de Estado. Habían falta años años, para revisar todos los rincones.

-Pero lo importante es la fe –añadió el sacristán echando de nuevo la llave a las portezuelas que cerraban el tríptico del icono-. Lo importante es que estamos redimidos. Esto es sólo como si Él dijera: estoy aquí.

Epílogo australiano



El nuevo Santo Padre había escogido como nombre el de Gregorio para su pontificado. Un nuevo Gregorio VII, con un muy pensado escudo pontificio que representaba un bonito galeón. El mástil de la vela y el palo mayor formaban una cruz evidente. Sobre la embarcación, suspendidos, tres ángeles de aspecto gótico que simbolizaban el divino auxilio. Bajo las ondas marinas, en la esquina inferior del escudo, dos brazos se daban la mano. Una mano con anillo y la otra sin él. Todos los elementos del escudo estaban muy meditados. Y bajo el escudo el lema: RENOVATIONEM CONTINUAM IN CONTINUA TRADITIONE, llevando a cabo una renovación continua en una continua tradición. Se trataba de un escudo estéticamente muy equilibrado y armonioso. Uno de esos escudos llenos de detalles, que lo hacían muy adecuado para tapices. Si tenía que ser reproducido en pequeñas dimensiones, existía una versión sólo con las manos y tres estrellas suspendidas sobre él,

simbolizando a los ángeles. Incluso el lema se contraía bajo la fórmula: REN.i.TRA

Una de las grandes virtudes del nuevo Papa residía en su juventud. (Sus enemigos decían que ésta era su más grande virtud, y quizá la única.) Dada la edad de los cardenales, en quince años habría renovado al 80 % de los purpurados. Una nueva mayoría nacería de este nuevo Papa alemán, extrovertido, férreo y que tenía las ideas muy claras acerca de adónde quería ir.

En los años siguientes, nombró algunos cardenales-laicos. Al principio había manifestado en privado su intención de no nombrar ni uno más. Después se dio cuenta de que era preferible reducir su presencia de un modo gradual. Y así, a pesar de los nombramientos, su proporción cada vez fue menor. A esto se añadía que las edades de los prelados-laicos nombrados cada vez eran más altas. Quedó meridianamente claro, que si Gregorio XVII vivía hasta los ochenta años, no quedaría ni un solo prelado-laico en el Colegio Cardenalicio.

El nuevo Obispo de Roma mantuvo en sus puestos curiales a todos los prefectos. De forma que la Curia mantuvo la calma ante la nueva línea. Sólo algunos teólogos comenzaron a hablar de involución y hubo unos cuantos incidentes desagradables en algunas pocas diócesis. Hubo que retirar la *licentia docendi*, la licencia de enseñar, a una veintena de profesores de universidad en los dos primeros años de pontificado, y a cien en los tres años siguientes.

Pero tras unas cuantas acciones de este tipo, ya no hubo ni más declaraciones, ni más firmantes de cartas conjuntas. Según el decir de algunos, la situación tenía su gracia: la *evolución* retrocedía y la *involución* avanzaba. El mismo Papa, en privado, ironizaba sobre sí mismo. Una de sus frases favoritas era: *Con paso lento, siempre hacia delante, que, en este caso, significa ir hacia atrás*. Todos los progresistas se vieron obligados a replantearse qué significaba el término *evolución* dentro de la Iglesia. *Nadie tiene el monopolio de la evolución*, recordó Gregorio XVII en una audiencia ante los obispos holandeses en su visita *ad limina*.

Yo fui jubilado pronto. Era tradición desde los últimos cuatro pontificados, mantener al Secretario de Estado. Pero Gregorio XVII decidió no conservar esta costumbre. Durante dos meses todo siguió como si nada. Nada en su trato hacia mí, me hizo sospechar que tuviera algún designio sobre mi persona. Un día me llamó a su despacho y me dijo que agradecía muchísimo lo que había hecho por la Iglesia, y todo lo que se suele decir en ocasiones como éstas. En ese momento no pronunció la palabra *jubilación*, pero su mensaje quedó claro. Ni él pronunció la palabra *jubilación*, ni yo dije en ese día que presentaba mi dimisión. Pero sólo tuvimos que hablar un cuarto de hora, para que ambos tuviéramos claro tanto que se daba por finalizada mi etapa en la Secretaría de Estado, como que yo no tenía ningún problema en retirarme.

Un mes después, yo hacía las maletas en mi apartamento romano. No sin antes tener que asistir a los rutinarios homenajes, agradecimientos y demás formalidades que se dan por descontadas cuando alguien en mi puesto abandona el barco. Me retiré a mi Australia natal. Busqué una deliciosa parroquia rural cerca de Esperance, en la costa sur de la región de Australia Occidental. ¡Soy párroco! Por fin, soy párroco tras cuarenta y dos años. Con esa idea me ordené, y ahora por fin voy a cumplir el deseo que me hizo entrar al seminario. Cuando pensé qué hacer con los últimos años de mi vida, preferí no aceptar mi nombramiento para dos o tres consejos de varias congregaciones romanas. Comenzaba una nueva etapa, y si dejaba Roma prefería no tener que esperar en ninguna terminal de aeropuerto más. Para mí, se habían acabado las salas de espera, y las salas decimonónicas con purpurados alrededor de una mesa.

Además, produce una cierta sensación de melancolía ver a uno de esos pesos pesados cardenalicios convertidos en una especie de fantasma de lo que fueron. Sigo siendo cardenal. Si por un giro imprevisto del Destino se diera un nuevo cónclave en los próximos nueve años, tendría la obligación moral de trasladarme a Roma y participar de las votaciones. Lo que para otros sería la máxima aspiración de sus existencias eclesíásticas, para mí se convertiría en una carga. Ahora soy párroco y no deseo otra cosa que ser párroco. Soy el pastor de una pequeña comunidad, en un bello pueblo costero emplazado en medio de suaves colinas verdes, donde pastan

tranquilas las ovejas. Ahora paso mis días leyendo, paseando al lado de algunos de mis parroquianos jubilados. Cada semana visito tres o cuatro enfermos. Confieso un rato antes de la misa. Me paso por los tres grupos de catequesis a ver qué van aprendiendo los niños. He oído que dicen que soy un párroco comprensivo. Una magnífica culminación para mi vida, sin problemas de conciencia, sin agendas apretadas, sin detestables comisiones cuyas discusiones ocupan toda la mañana. Dedicándome sólo a mi alma y a las almas de mi pequeña grey de fieles. Sí, el mejor destino del mundo. El descanso del guerrero. Además, he comprobado que ser párroco, es como ser Papa en pequeño.

Henry con paso lento, por un estrecho sendero, se dirigía hacia su casa parroquial, ya había corrido mucho en su vida. Quince metros separaban el pequeño templo de la casa donde vivía. Por un momento le vino a su mente la idea de que si antes tenía que hacer viajes de 4.000 o 9.000 kilómetros, ahora ya sólo estaba obligado a hacer ese trayecto de quince metros de la iglesia a la rectoría, y de la rectoría a la iglesia. Unos cuantos gruñidos de su respiración al subir los dos escalones del porche, le recordaron que había engordado unos kilos. Entró en su vivienda. Una encantadora casa, pequeñita, de madera blanca, de un piso de altura, rodeada de araucarias de troncos todavía jóvenes. El cardenal observó que el cesped

necesitaba ser cortado y por algunos extremos claramente amarilleaba. A ver si hoy por la tarde, se dijo.

Henry se preparó una taza grande de té y se sentó en una mecedora de aquella sala de estar unida a la cocina. Iba vestido con un simple clergyman de manga corta, sin cruz pectoral. Su camisa, incluso, era más gris que negra.

Después de unos minutos de descanso, fue al comedor situado al lado, y tomó una caja de cartón repleta de papeles de diversos tamaños. Henry se puso unas lentes de montura metálica y cristales estrechos. Y sin ninguna prisa, con la taza al lado, fue extrayendo notas, cartas, folios y carpetas. De tanto en tanto, rompía una hoja. La rompía a conciencia, reduciéndola a pedacitos muy pequeños. Otras hojas las colocaba ordenadamente sobre la mesa, donde había ido formando tres montones. Henry dedicaría ratos perdidos durante una semana, a decidir qué parte de su archivo personal se salvaría, y qué parte quedaría condenado a la destrucción. Lo que decidiera conservar, configuraría la visión que en el futuro se tendría de él. En el caso de muchos papeles de los que no había copia alguna, lo que destruyera, sencillamente dejaría de existir. Eran muchos los asuntos importantes que se habían tratado de una forma exclusivamente oral. Normalmente los temas más delicados, eran objeto de conversación, no materia de la que levantar acta.

Después de tantos años sirviendo en la Secretaría de Estado, tenía muy claro que la parte más importante para la Historia serían sus apuntes personales, no los documentos oficiales, impersonales, siempre prudentes. Una vida entera había dado para llenar una veintena de cajas de cartón, que aguardaban cerradas en la habitación contigua a su dormitorio. Ahora le tocaba el turno a la tercera caja. Ésta, como las otras, tenía en su interior muchas cuartillas que nada tenían que ver con su trabajo vaticano. Le hacía ilusión descubrir aquí y allí momentos de su vida ya enteramente olvidados. En medio de serios asuntos vaticanos, encontró varias cuartillas con asuntos enteramente personales. Momentos que revivían en su memoria al descubrir. Henry sostenía un pequeño trozo de papel con letra menuda, donde había escrito cuando era un jovencísimo sacerdote:

Tras esto, Moisés mandó acercarse a los hijos de Aarón, los revistió con las túnicas, les ciñó el cinturón y les anudó las mitras, conforme Yahvéh ordenara a Moisés. Entonces hizo aproximar el novillo del sacrificio expiatorio, y Aarón y sus hijos apoyaron sus manos sobre la cabeza del novillo del sacrificio expiatorio. Moisés lo inmoló; tomó la sangre y la aplicó con su dedo sobre los cuernos del Altar. (...) Después tomó toda la grasa que recubría el intestino, el redaño del hígado y los dos riñones con su grasa, e hízolo arder Moisés en el Altar.

El texto del capítulo 8 del Levítico estaba escrito por delante y por detrás del trozo de papel con una letra progresivamente más estrecha. No sólo eso, al no caberle bien, había escrito en vertical incluso en los márgenes. Recordaba el momento en que lo había escrito. En un retiro espiritual de cinco días en la Abadía de Montecassino. Otras notas serían más enigmáticas, como la que simplemente constaba de dos líneas sin ningún contexto:

*La religión natural. El factor común de todas las religiones.
Una religión de la razón, un culto racional.*

Henry rememoraba unas veces fácilmente, otras con dificultad, en qué momento escribió cada cosa. Las cajas harían las delicias de su sobrina. Esa sobrina querida y pecosa que estaba acabando la carrera de Historia, y a la que le regalaría su archivo personal. Aunque a los veintitrés años de edad, es imposible valorar lo que significaba ese legado. Así que las cajas serían custodiadas por su hermana. Era lógico pensar que su hermana, diez años más joven, viviría más que él. Y si no su marido. Sólo cuando su sobrina cumpliera cuarenta años, ella le comunicaría que existían esas cajas y se las daría. Sólo a partir de esa edad, es posible comenzar a escribir con la ponderación que da la madurez. Al alcanzar esa edad recibiría las cajas, cerradas, selladas con lacre, numeradas y bien ordenadas. Él le haría el trabajo. También él decidiría que no se incluiría en el legado. Hasta entonces, hasta que cumpliera los

cuarenta años, no sabría de su existencia. Era preferible, para que no presionara a su tía.

-Pronto estaré todavía más decrepito. Ahora todavía conservo energía. Llegará el momento en que me dedique únicamente a esperar... la hora.

El Cardenal Williams levantó la vista del siguiente papel que tenía entre manos y mediocerró los ojos, pensando en los meses en los que se dedicaría sólo a esperar el momento de perderse en el abismo sin fondo de la Divinidad, participando así de la luz inefable de las inteligencias angélicas.

Ah, cuánto me gustará conocer la historia del mundo angélico. Poder ver con mis ojos como fue la creación de los ángeles, su prueba y su caída.

Después, abrió los ojos y tornó a mirar la cuartilla que sostenía.

En mis últimos años ya no estaré con fuerzas, ni con lucidez mental, para poner en orden estas cajas de papeles. Es una tarea para este momento de la vida.

Tomó un papel arrugado.

No entiendo ni mi propia letra. ¿Dónde escribí esto?

Entornó los ojos, la miró del revés. Era un fragmento de una hoja irremisiblemente perdida. ¿Por qué no conservé la hoja entera? ¿Por qué sólo una parte de ella?

Estuvo a punto de romperla, pero al final tomó la decisión de echarlo en uno de los tres montones de papeles.

Cuando un cardenal muere en el ejercicio de su cargo, especialmente si se trata de un cardenal de la Curia Romana, sus papeles privados, correspondencia y apuntes son cuidadosamente introducidos en cajas, que se sellan y guardan en archivos especiales. Esas cajas permanecen clausuradas durante setenta años. Henry se dijo a sí mismo con satisfacción moderada, rompiendo cuatro hojas grapadas de una carta:

-Jubilarme me ha concedido la oportunidad de poner en orden los vestigios de una vida antes del naufragio final. Mi sobrina tendrá dificultad para recomponer las líneas generales de algunos episodios de mi trabajo. Cuánto le valdrían en el futuro ciertas explicaciones al leer ciertos apuntes míos. Pero ni me veo con fuerzas, ni tengo interés, para ir explicando el contexto de cada escrito que le dejo. Los contextos se perderán indefectiblemente. Pero ahora no tiene sentido que yo mismo imponga sobre mis hombros ese trabajo. He dejado Roma para poder vivir feliz mis últimos años como párroco. Hay que resignarse a las limitaciones de las personas y de mi tiempo, del que me queda. Mi regalo para la sobrina será este puzzle de fragmentos de una vida.

En estos papeles, aunque ciertamente no están todos, no encontrará ningún gran secreto. El único secreto que guardan estos apuntes, esta correspondencia, algunos borradores, es el detallismo

de una existencia dedicada al trabajo bien hecho. Nada que se contenga en estas cajas, dejará boquiabierto a nadie. Estas cajas no esconden ninguna gran revelación, salvo la revelación de la minuciosidad. El texto decepcionará a mi sobrina si quisiera buscar asuntos turbios y conjuras, que sin duda los buscará. Necesitaría haber trabajado en mi puesto para comprender que los individuos suelen ser bastante mediocres en el ejercicio del mal. Sólo cuando se ha llegado a la mitad de la vida, se puede valorar la realidad; la realidad y sus detalles, sin necesidad de ambicionar más. No es preciso más. La realidad basta.

Ahora hay que dejar tiempo, para que se mueran ciertos protagonistas que aparecen, por ejemplo, en este memorandum. Dejemos pasar el tiempo. Que el tiempo cumpla su función. Dentro de un cuarto de siglo, Evelyn recibirá mi archivo, y tres cuartas partes de los que pululan en estas notas, ya no estarán en el mundo de los vivos. El tiempo es un asesino muy efectivo. Pocos escapan a su acción. Y los que escapan, lo hacen por poco tiempo.

A Henry le hizo gracia su último pensamiento, le pareció muy ocurrente. Mientras, rompió varias cartas más, por razones varias que no tenía por qué explicar a nadie. Sonó el teléfono, se levantó.

-Sí, dígame. (...) No, se ha equivocado. (...) No, no, no. No es éste el número. (...) Que no, que esto no es la peluquería.

Henry volvió a la mesa pensando que este tipo de cosas no le pasaban cuando era Secretario de Estado. Nadie llamaba a su despacho preguntando si era la peluquería Cheska & Love. La jovencita insistía en que si le podía hacer una melena clásica, que se viese llena, pero que no acabase en pico. No paraba de hablar. Una vida que comienza. El encantador aturdimiento de la juventud. Este tipo de llamadas nunca aparecían en el teléfono de mi despacho romano.

Si el Papa moría, tendría que desplazarse a Roma para otro cónclave, pensó. Ese mundo quedaba lejos. Y, al mismo tiempo, podía verse inmerso en él súbitamente. Henry se volvió a sentar frente a los papeles. Tomó una pastilla de regaliz negro de la cajita metálica que tenía al lado. El regaliz era bueno para la gastritis de su estómago. Prosiguió en su tarea. Varios escritos más se salvaron, a pesar de que él tenía la pretensión de que las diez cajas, quedaran reducidas a la mitad o menos. Sacó más notas y apuntes de la caja. Las sacó con cuidado, usando las dos manos, evitando que cayeran fuera de la mesa.

Mientras mi sobrina investigue y acabe de redactar el libro que quiera hacer con este archivo, pasarán algunos años más. Primero tiene que cumplir los cuarenta, después tendrá que emplear algunos más en la realización de su obra, bien sea su tesis doctoral o artículos. En cualquier caso, suficientes años para que ya no quede nadie vivo. Todos serán entonces agua pasada. Un cierto número de

esos personajes han escrito memorias, o las han hecho escribir. Los protagonistas suelen mostrar una perceptible tendencia a dar una buena impresión de sí mismos. Los historiadores del futuro leerán mis breves apuntes, y las autobiografías de cartón piedra hechas por encargo. Ellos sacarán sus propias conclusiones.

Aquí he encontrado varios centenares de fichas que les pasaba a mis subalternos, cuando tenían que tratar con algunos ministros o jefes de estado. No infrecuentemente, son suficientes tres o cuatro detalles para hacerse una idea global de la psicología y la valía del presidente en cuestión, o de su ministro. Esos detalles resultaban de cierta utilidad a mis secretarios y subsecretarios, para saber qué se iban a encontrar en ese despacho, cuando les fueran a visitar. A menudo, en el centro de esos grandes despachos llenos de opulencia, se encontraban con un pobre hombre que valía menos que el panadero del supermercado.

Hay notas sin importancia. Como está que le pasé a un monseñor que iba en misión especial a visitar a un presidente africano: *Si la conversación se deriva hacia lo intelectual, dale la razón en todo. Se enfada terriblemente si alguien le lleva la contraria en la más mínima cosa. Háblale por el oído derecho, no escucha nada por el izquierdo. Le gustan mucho los caballos. Conviene que leas algo acerca de los caballos, o que saques el tema. Deja que hable todo lo quiera sobre los caballos de su cuadra, le pondrá de magnífico humor.*

Mientras que otras notas sí que son más importantes, como la que tenía en sus manos ahora. En la que le advertía a un monseñor que iba a ser recibido por un ministro de justicia centroamericano: *Urgente: Monseñor, no llegue a ningún acuerdo con él, límitese a escucharlo, pero no firme nada. Sabemos por dos fuentes seguras, que él ha sido el que dio la orden de asesinar a ese sacerdote. Escúchele con atención, pero las investigaciones que le va a prometer, no servirán de nada. No acepte que ningún eclesiástico sea incluido en las comisiones de las que le habló.*

En otras tres notas reservadas, había detalles todavía más escabrosos de ese régimen formalmente democrático. Fueron preservadas, colocadas en el montón adecuado.

Ah, aquí encuentro otro notita de las mías con un texto bíblico. Que santito era yo. Recuerdo perfectamente que ésta la medité varios días en mi oración:

Aumentó la gloria de Aarón y le dio heredad. Le asignó las primicias de los frutos tempranos, y ante todo le preparó pan hasta saciarse; pues comen de los sacrificios del Señor, que les concedió a él y a su descendencia. Pero en la tierra de su pueblo no tendrá heredad. Eclesiástico 45.

Henry estaba embebido en su inspección. Aquel escrutinio era el repaso de una vida. Lo realizaba sin prisa. No le hubiera

importado tener todos los días que hacer esa labor. Esa especie de excursión por su pasado. No le hubiera importado, que el panorama de una vida se desplegara sobre esa mesa de la cocina un rato a esa hora de la tarde, cada día, como si fuera una rutina, como si se tratase de una cita. Mas el número de cajas era limitado. Se levantó para poner un poco de música. Había comprado en Esperance unos CDs. Puso el *Requiem por un sueño* de Clint Mansell. Regresó a la mesa. La luz que venía de afuera comenzó a atenuarse. Sin darse cuenta, pasó hora y media.

Resultaba encantador ver al anciano párroco inclinado sobre la mesa, leyendo, muy concentrado en su tarea, decidiendo dónde recolocar tal o cual trozo de su pasado. Era un final de la tarde había feliz y sosegado. Mañana tendría otras ocupaciones. Ahora gozaba de muchas aficiones. Más que nunca. En esta etapa, la vida se le había tornado maternal para él. La existencia ya no constituía un conglomerado de problemas de la Secretaría, que había que afrontar. La vida se había convertido en una madre que le cuidaba. Se había vuelto jardinero y cocinaba unos soufflés de queso que eran la delicia y la envidia de los parroquianos que tenían la dicha de ser invitados a su acogedora mesa. Una mesa en la que reinaba el buen humor. Aunque se sabía que a Henry, sentado a la mesa, no le gustaba tocar los grandes temas de Roma. Ya había discutido esos importantes asuntos toda una vida. Si un tema así aparecía en la conversación, bien sabía él desviar la conversación en otra dirección, normalmente

cuestiones parroquiales: la salud de la pobre viuda de Cunningham y su hernia discal, el niño rollizo de los Fischer que va a ser puesto a Dieta, la pesadez (a veces graciosa) de la hermana de la sacristana, la necesidad de reparar el techo del desván del salón parroquial, la rifa del día de San Patricio. Soy cardenal y ¡párroco!, repetía siempre. Como si lo segundo le hubiera costado toda una vida el obtenerlo.

Hasta cuidaba de una colmena que le había dejado su predecesor, el anciano padre Bykar. El pobre a la residencia geriátrica no pudo llevársela. Le dejó su querida colmena y todo el equipo de apicultor. Un parroquiano jubilado le estaba enseñando a Henry el paciente arte de la apicultura. Disfrutaba mucho con ella. Henry pensaba que aquella colmena era como la Iglesia, pero en pequeño. Su herencia había sido esa colmena. Todo un reino en miniatura. Una noche que cenaba en la rectoría con sus matrimonios amigos, tan septuagenarios como él, en medio de las risas de todas las bromas, explicó desbordante de buen humor (un humor bien regado por una botella de Burgundy traído como regalo), que cuando miraba con atención dentro de los panales de la colmena, estaba seguro de que acabaría por encontrar en ella alguna abeja-obispo.

Este libro fue escrito en el año 2003 en Alcalá de Henares. En aquella época, el texto no tenía más allá de unas setenta páginas.



Su tercera revisión fue finalizada un día lluvioso del 25 de octubre de 2010 en Roma a poca distancia del Vaticano.



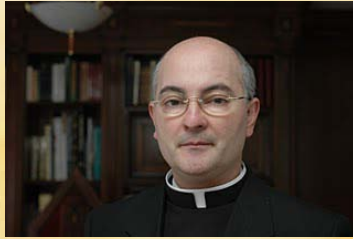
Su cuarta revisión fue acabada en el mes de diciembre de 2012, durante mi cuarto año de doctorado en Roma.

Si desea enviar un comentario al autor

fort939@gmail.com



www.fortea.ws



José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en demonología.

Cursó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. Se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas.

Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (Madrid). En 1998 defendió su tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*, dirigida por el secretario de la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española.

Ha escrito distintos libros de teología, aunque es más conocido por sus títulos sobre el tema del demonio, la posesión y el exorcismo, publicados en cinco lenguas.



www.fortea.ws